La Vida en la Amazonía Peruana

Observaciones de un Médico



Por

Máximo H. Kuczynski-Godard
Doctor en Ciencias Médicas y Naturales

Prefacio del Doctor

Carlos Enrique Paz Soldán



LIMA 1944
LIBRERIA INTERNACIONAL DEL PERU, S. A.

INDICE

* * *

* * *

The child is the test. (*E. D.* **SIMON**)

A MANERA DE PROLOGO

He aquí un Libro!

Un libro que demandará del lector que quiera conocerlo, aliento y valor. No es un relato frío de cosas vistas, ni una crónica para diversión general, tampoco la disección que en la helada mesa de autopsia, realiza el patólogo, para penetrar en las estructuras vitales, cuando de ellas se ha ido la vida.

Libro de un médico, es un libro de pulsaciones vigorosas, que agita al lector, que le plantea angustiosos problemas múltiples, que le hace sentir cuanto hay aún por hacer, en esa región que llamamos la Amazonía, tan vinculada al hoy, y sobre todo al mañana del Perú.

Su autor, mi amigo y compañero de trabajos médico-sociales, Prof. Maxime Kuczynski-Godard — hombre que como muchos ambulan por el haz doliente de la tierra llevando por marca su saber y su talento, más estigmatizados por las fuerzas oscuras de la tiranía y de la ignorancia — ha querido reservarme el privilegio de que sea yo, el primer lector de esta nueva producción suya.

Asociado a su labor, desde hace un septenario — asociación que ha sido fecunda para mí, y que como lo escribe el Prof. Kuczynski, ha sido para él, incitación a orientarse por nuevos aspectos de los problemas médicos, que patólogo consumado el domina a maravilla — fué su propósito que algunos capítulos de este libro, respondieran a las doctrinas que enseño, desde años, en la cátedra de Higiene, convertida en Instituto de Medicina social, de la venerable Universidad de San Marcos. Y por eso, me pidió que los escribiera, como colaboración.

Así pensé por un momento, hacerlo. Mas al leer los capítulos que forman este libro, me he recusado a tan subido honor. No es posible, que en una obra que es fruto de muchas horas de sacrificio, de estudio, de observación alerta y aguda, de directa visión penetrante y de asombros frente a este mundo en formación que es todavía la Amazonía, se incluyan cosas académicas, de reposado trabajo de gabinete, y de lenta exposición doctrinaria. Todo ello disonaría con las polífonas palabras que de estos capítulos se difunden.

Por eso he reducido voluntariamente mi cooperación a estas líneas de prefacio, no para exaltar la obra que aparece, la que será exaltada por los buenos peruanos que la lean, sino para agradecer desde su pórtico el privilegio reservado a quien, por coincidencias temáticas y por afinidades conceptuales, está mejor capacitado para con-

ducir a los lectores desapercibidos hacia las esencias íntimas que en estas páginas se atesoran, emanación de esas otras que misteriosas, guarda la Amazonía, región que tenemos que adecuar para el futuro de la civilización.

Antes que nada haré el elogio de la oportunidad con que aparece esta obra, — fruto directo cogido en la misma Selva inmensa — en nuestra biblioteca peruana.

Un libro, cuando lo es de verdad, es siempre un mensaje que un espíritu hace al espíritu de sus semejantes. Si a esto se agrega, que el libro trae consigo trozos vivos del humus originario de donde procede, su valor se acrece, y con él, su influencia y utilidad generales.

Y este libro tiene tal calidad. Invita, apenas se comienza su lectura, a preguntarse qué debemos pensar sobre la Amazonía, dentro de la compleja evolución política nacional del Perú.

En el despedazado mundo en que se está jugando el mañana mismo de la Humanidad, es evidente que nuestra América, mejor la América meridional, todavía preservada de destrucciones directas, se brinda como un futuro paraíso para la rehabilitación misma del hombre. Y esta condición la debe a esas feraces zonas desoladas que forman la Amazonía, donde aguas y tierras esperan a las fuerzas humanas que han de dictarles su ordenación final.

De parte de estas comarcas desiertas, somos los peruanos, poseedores teóricos, con derechos de dominio, que si aceptados hoy por los equilibrios políticos del momento, pueden dejar de serlo, si acaso el juego mundial de la guerra, quiere imponerles nuevo régimen, cuando se produzca, como un cataclismo étnico, la redistribución de los hombres sobre los Continentes.

Esto nos impone penetrar con valor, y con claro propósito de posesión, en estas comarcas, no para explotarlas únicamente — como muchos imaginan, aventuras sin mañana y sin grandeza — sino para convertirlas en hogar de las futuras generaciones peruanas.

Para tan gigantesca empresa, hay que efectuar los inventarios indispensables. Este libro, es un apunte rico de datos, para semejante tarea.

Siendo la obra de un médico, puede servir para cuantos sin serlo, quieran conocer lo que realmente es esta porción del suelo patrio, este Perú de la montaña, tan poco explorado y conocido, pero tan pleno de mirajes para los que todavía tienen la heredada mentalidad de El Dorado legendario.

Precisamente, para conocer esta Amazonía, fué que se creó la Supervisión Sanitaria del Oriente, servicio absolutamente nuevo en nuestra organización de la higiene patria, no servicio ejecutivo, ni sujeto a las rutinas de orden, preocupado de los pequeños menesteres administrativos, rígidamente canalizados por el uso.

La Supervisión Sanitaria, tuvo otros fines: "Para tener un conocimiento en qué fundar la política sanitaria futura del Gobierno, el Ministerio de Salud Pública, decía el titular de la cartera, Dr. Constantino J. Carvallo, al Parlamento nacional, en marzo del año 1490, ha encomendado a un patólogo de fama, el Dr. Kuczynski-

Godard, el estudio integral de la Selva, desde el punto de vista de su patología y de sus condiciones higiénicas para poder dictar las medidas que sean necesarias".

Fruto abundante ha dado esta manera de enfocar los enigmas sanitarios que la Amazonía plantea. La Supervisión, pese a las dificultades inmensas de tal empresa, a cargo del ilustre maestro que la ha desempeñado con devoción infatigable, y con un gasto de energías poco común, ha dado resultados halagadores, y este libro, viene a poner un cuadro de conjunto, de lo que tendrá que hacer el higienista en el mañana de la colonización en seguridad sanitaria de estos desiertos, vestidos por una flora que les presta, en la incisiva frase de Euclides da Cunha, traicioneramente el color de la esperanza.

Muchos trabajos anteriores de la Supervisión, sobre los hechos relacionados con la exploración médico-social de la Amazonía, han sido ya objeto de comentarios míos. Desde ese libro "La Selva Peruana y su Colonización en Seguridad Sanitaria" que marca el preludio de las preocupaciones públicas sobre la sanidad del Oriente, que editamos, bajo el patronato del Instituto de Medicina Social y la ayuda comprensiva del Ministro Héctor Boza, en 1939, hasta esa reciente y valiosa publicación que brinda datos sobre "Los Escolares de Iquitos", mi pluma, y mi crítica jamás subalternizada por mezquinos intereses y siempre al servicio de la grandeza bio-social del Perú, han procurado informar a la opinión pensante del país, sobre lo que era esta porfiada y tesonera labor del Prof. Kuczynski-Godard.

No temo afirmar, que mucho de lo que después ha venido, con relación a la salubridad del Oriente peruano, se ha inspirado en las ideas tan pródigamente difundidas, y con tanto desinterés. La idea central: adecuar la Amazonía para que en un porvenir más o menos próximo, sea elemento de importancia nacional e internacional, está en marcha; y las cooperaciones recibidas por el Perú, para llenar este propósito de alta política previsora, no han venido sino a demostrar la justa orientación dentro de la cual se ha desarrollado la exploración médico-social de esta zona aún no incorporada a la normal existencia de la patria.

No voy a repetir aquí, con ocasión de este libro de síntesis, tantas cosas como he ido escribiendo sobre esta atrevida exploración de nuestras regiones selváticas que desde 1938, ha venido realizando el Profesor Maxime Kuczynski-Godard, dentro de directivas trazadas, con estrecha unidad de miras con quien prologa este volumen. Día llegará en que, como a Antonio Raimondi, se apunte en el historial de Kuczynski, tan porfiada como feliz labor.

Mas ahora deber mío es decir en el liminar de estas páginas, que pocos hombres como el Profesor Maxime Kuczynski Gordard, han dedicado a los problemas médicos del Perú, devoción más limpia y sostenida. Este libro mismo, es un himno al Perú grande que, patria adoptiva suya, quiere que sea el Perú del porvenir.

Para que los lectores puedan condividir este juicio justo, y que no vacilo en hacer público, quiero entrar al examen analítico de esta obra, que ve la luz en el preciso momento en que el Gobierno, ha creído estar ya en posesión de rumbos firmes, para el desenvolvimiento de su futura labor administrativa y política en la sanidad de la Amazonía, como para prescindir del metódico estudio que la Supervisión implicaba.

Desde el primer momento, el lector que lea esa optimista "Alba sobre la Amazonía", lienzo de un verismo que es todo en honor del artista que lo ha trazado, se sentirá fuertemente atraído a la obra. En ese lienzo verbal, hay, como en los que dejó Arnold Boecklin para asombro del arte pictórico, una luz que inunda el cuadro, mas no zenital, sino luz que viene de la tierra, del misterio de la oscuridad, para alumbrar las escenas con policromía inesperada.

Es la influencia decisiva de la realidad, la que de esta suerte se deja sentir. Porque el estilo con que está escrito este libro, escapa a los cánones del idioma. En su polifonía confusa hay algo así como un eco selvático. Tal vez nadie mejor que el Profesor Kuczynski, estaba preparado para hacer tal cosa. Políglota, su poliglosis, responde a esta Selva, donde todas las razas se han dado cita, y donde se darán, todavía, en el mañana.

Si el estilo es el hombre, como lo quería Buffon, aquí, en este libro, está de cuerpo entero el eminente maestro de Berlín, trashumante del mundo, el autor, de "Hombre y Estepa", el luchador infatigable que en alemán, en inglés, en francés, en ruso y en español, ha dejado huellas de su robusta capacidad de sabio.

Sin caer en las buscadas descripciones de la realidad que la Amazonía ofrece, para hacer de ella, objeto de misterio, el misterio mismo que es la realidad, se torna accesible al estudioso, que lea con detenimiento estas páginas que quedarán entre las más vivaces de nuestra bibliografía sobre el Oriente.

Y este es el prodigio de lo que se toma de primera mano, sin deformar lo que el ojo diestro sorprende en esa viviente y seductora Naturaleza.

Porque aquí está la Selva, con sus tierras mal solidificadas, "la selva densa y oscura, amenazante y matadora según su ley orgánica que hace de la muerte accidental, la natural, y de la natural la excepcional", como lo escribe el autor. Y con sus pobladores, realidad humana, plena de lacras y de dolor, buscando como náufragos, las playas de salvación, en medio del poder omnipotente de cuanto les rodea, imponiéndoles un modo de vivir, que es apenas un modo de morir conforme leyes, hasta ahora no modificadas por el poder de la civilización.

Aquí, en estas páginas, que siendo de subida calidad científica, tienen el hechizo de una alucinante novela a lo Edgard Poe, vive, monstruosamente, la Amazonía.

Viven las plantas, viven los animales, vive el Cosmos, y en este círculo vital, el hombre se siente aprisionado y limitado en sus potencias existenciales.

De ahí el enorme interés con el que Kuczynski estudia las estructuras sociales que, actualmente, ofrece esta Amazonía transitoria que poseemos, en devenir ininterrumpido hacia mañanas imprevisibles.

El poblador, su forma de vivir, la sociología en suma de la Amazonía, he ahí el centro mismo de la visión certera que, hecha después de largo enfoque, muestra esta obra. No es una región desierta, donde podría implantarse, de inmediato, por poderes fakíricos, un modo de estructurar la sociedad. Ya existe esta sociedad, primitiva, dispersa, carente de cosas esenciales, pero real, como un fenómeno inexorable. Y esto es el mayor problema que de inmediato hay que encarar. Desconocerlo, sería

absurdo. Y negarlo delito contra el mañana bonancible. Este libro nos lo plantea como una ecuación cuyas incógnitas es posible despejar.

El libro que presentamos, se compone de varios capítulos. En un Proemio muy modesto, el autor expone sus finalidades y los medios de que ha dispuesto para componer la obra, que persigue ser útil "igualmente para el sociólogo como par el médico, quien para dirigir bien sus acciones, tiene que enterarse del fondo social del problema". Es una profesión de fe que coincide con la que profeso como maestro.

El capítulo en que se estudia el "Panorama general" de la Amazonía, es uno de los más completos de la obra. A cada paso la enorme cultura del Profesor Kuczynski-Godard, se exhibe, con alardes de seguridad, que crean confianza en el lector, en los puntos de vista personales, que en su texto se ofrecen.

El "Ensayo de la Sociología Médica del Oriente Peruano" que para el autor es viático esencial para una mejor comprensión de los problemas médicos que esta zona brinda, quedará entre los más felices intentados hasta ahora para conocer la trama íntima de la vida social de la Selva. La lepra, es apenas, en este capítulo, un leitmotiv, para examinar las condiciones en que se desenvuelve la vida colectiva de la región. Hechos individuales, bien interpretados, y largas perspectivas generales, se confunden en síntesis afortunadas, que consienten vislumbrar el mundo humano que la Amazonía ofrece en la hora actual.

Mas no se detiene en esta inmovilidad el espíritu dinámico del autor, sino que. penetrando con certero juicio en la Escuela, pide al escolar, anticipación del poblador futuro, que le revele el mañana que aguarda a la Amazonía, si por acaso, núcleos exóticos no vienen a perturbar su proceso demogenético y social. Este capítulo es sin duda uno de los más alertas de este libro, escrito con agilidades de un atleta de la mente.

En la Amazonía, la tuberculosis comienza a pesar sobre su inmediato destino. El capítulo en que el autor nos ofrece lo que es esta plaga para la dispersa población amazonense, merece detenida consideración. Las reflexiones que hace Kuczynski, tienen sólido fundamento epidemiológico.

Mas donde la preparación del patólogo se muestra plenamente, es cuando hace esa "Digresión sobre las Enfermedades Selváticas, capítulo impregnado de espíritu moderno, y documentado como lo exige la Higiene, partiendo de los datos concretos de la acción. A este respecto, el Centro de Salud, inaugurado por la Supervisión, ha tenido papel explorador de primer orden.

Tan importantes prolegómenos, culminan en los dos capítulos finales del libro, sobre los cuales quiero llamar la atención de los lectores.

Trata uno de estos capítulos de "La Campaña Sanitaria en el Oriente Peruano". En su texto, se formula el plan de la acción sanitaria, encaminado a devolver a la Amazonía, a su condición pristina de zona salubre. Es la lucha contra la Insalubridad, y cómo vencerla, lo que el autor examina. Su juicio personal está comprometido aquí a fondo. Y es a su experiencia directa, a la que recurre, para tal compromiso. El cuadro que previamente traza, sobre la situación efectiva, es de aquellos que imponen severa meditación. Porque esta comarca "ha guardado hasta un alto grado su carácter virgen fundamental de húmeda selva tropical; caracterizada por su red

fluvial, sus habitaciones dispersas, su atraso notable en todo lo que se refiere a la enseñanza general y a los conceptos higiénicos de un lado, y a la vigilancia y asistencia médicas competentes, del otro". Es la primitividad biosocial, en equilibrio, por mecanismos que la Higiene no ha condicionado.

Advertencia original, valiosa, y que conviene no olvidar, es la que hace Kuczynski al indicar que no hay una, sino tres Selvas distintas, desde el punto de vista sanitario. Tal situación mesológica, que impone otra social, es necesario tenerla presente, para las determinaciones efectivas. Toda esta parte del capítulo demanda detenida consideración, si es que se desea que la obra ulterior de saneamiento, la corone éxito feliz.

Suscribo, con entusiasmo, esa sentencia que la modestia inspira y que la razón fundamenta, de que "el problema del saneamiento de la Amazonía es asunto de la generación venidera, cuya preparación apropiada es el deber más urgente y más noble que tenemos que postular".

Y no puede ser de otro modo. Cambiar fundamentalmente la existencia resignada y "zoística" que todavía impera, es labor apostólica, que sólo puede medrar en la conciencia en formación de la juventud. Es labor educacional de subida calidad y de abnegación profunda. La Higienización no es un traje que puede venir de no importa donde, para cubrir miserias y lacerías profundas del cuerpo que ha de vestir. "El renacimiento es un movimiento activo, espontáneo de la juventud, no una cosa impuesta, un injerto extraño que se asimila a cualquier momento de la vida para florecer". "Ninguna medida, por buena que parezca, contribuirá al saneamiento, si no ataca este punto fundamental de la campaña, y miro esto como la esencia misma del programa que proponemos". Son palabras literales que al correr del capítulo se leen, pero que responden a lo más moderno que piden, por doquiera los higienistas, aleccionadas por largas campañas, que les ha permitido comprender que sin una educación sanitaria de las masas, la labor técnica no logra los resultados apetecidos, consumiendo tiempo, energías y recursos valiosos.

No es otro el programa novísimo que se desarrollará en este año, en la Universidad de California, escogida para que sirva de centro de formación de los futuros educadores en materia de sanidad pública, que está demandando la salubrificación del Continente. Educación de la que se espera la más fructífera cosecha.

El mejoramiento de la vivienda, de la alimentación, de la forma cotidiana del vivir, en estado primitivo todavía en la Amazonía, poco pueden beneficir de la simple acción de hospitales y de servicios ambulatorios de emergencia, que apenas servirán para comprobar, la intensidad de las caídas sufridas.

Otro es el camino, y otros los medios. En este capítulo, un conocedor de la realidad, que ha vivido intensamente, señala cuáles son los que demanda la Amazonía, y hay el deber de escuchar su consejo, que es además, sendero.

El capítulo final, trata de la "Colonización Amazónica". Es la cumbre de la obra. El Profesor Kuczynski-Godard, acumula aquí cuanto sabe y cuanto piensa, para enfocar ese tema de complicado contenido de poblar la Amazonía, para que sea asiento de una peruanidad fundamental, tuteladora del futuro.

En el prólogo que escribí para "La Selva Peruana" abordé este asunto, que tengo por primordial para el hoy y para el mañana de nuestra patria. La moderna colonización, ya no es, como fuera otrora, simple migración emergente de individuos aislados, movidos por subalternas apetencias. Y cuando se trata de la colonización interior, el problema es de mayor jerarquía y de más trascendentales proyecciones.

Porque en buena cuenta de lo que se trata es de saber quiénes han de poblar esta porción del suelo de nuestra heredad nacional. La discusión profunda a que se entrega el Profesor Kuczynski-Godard, debe ser aun profundizada por el lector. No me corresponde ahora tomar parte en esta discusión, que me llevaría muy lejos en mi labor de prologuista. Apenas si quiero señalar este capítulo como uno de los más sólidos escritos hasta ahora en el Perú, sobre materia tan colmada de incógnitas. Ciencia y experiencia le dan su contenido. Y un acento de emoción recóndita, lo impone a la meditación. No puede demandarle más para consagrarle aplausos.

Cierra este libro, que la opinión pública recibirá con regocijo, y que el Perú premiará con largueza, una colección de ilustraciones singularmente valiosa sobre las realidades que ofrece el panorama amazonense. El atlas de ellas, que como lo dice el Profesor Kuczynski-Godard, son los trozos dispersos de un mosaico logrado con paciencia y con trabajo, da testimonio fehaciente a muchas afirmaciones y descripciones del texto. Se trata de la visión fugaz, pero penetrante, de un observador de rara habilidad, recogida para conocimiento general. No son composiciones fotográficas, para determinado propósito, sino pruebas documentales, sinceras, directas e inobjetables que vienen a sumarse a la palabra hablada, dándole el decorado de imágenes fieles. De esta suerte el libro se avalora, y adquiere un carácter que le presta resonancias anímicas profundas, que el lector sentirá al contemplarlas. Si no tuviera la obra tantos méritos, le bastaría con esta ilustración copiosa y oportuna, para que el autor recibiera la felicitación unánime de cuantos aman conocer la realidad, como orientadora de la acción fecunda.

Es así cómo juzgo este libro. Servirá de derrotero, por años, a la lenta obra penetradora que nos aguarda, para hacer de la Amazonía una tierra definitivamente ganada al haber patrio. Desde este punto de vista, la Supervisión confiada al Profesor Kuczynski-Godard, ha obtenido el más rotundo éxito favorable y con él, el Gobierno ha logrado justificar su creación, y el apoyo que por tres años le ha prestado.

Este libro, singular en nuestra biblioteca peruana, servirá para que pensemos de otra forma cuando se trata de los magnos problemas oscuros que brinda la Amazonía. Su autor, quedará entre los pioneros atrevidos, que por siglos han entregado a este hinterland misterioso y alucinante, desvelos, fatigas y abnegaciones.

Dr. *Carlos Enrique Paz Soldán,*

Catedrático de Higiene del Instituto de Medicina Social de la Universidad de San Marcos, Lima.

Lima, 27 de enero de 1944.

* * *

PROEMIO

"En cada generación los contemporáneos no ven más que la pequeña marcha cotidiana. Un impuesto que encareciese el vino o los pollos tendrá siempre más importancia para la generación contemporánea que la misión de un régimen, descubierto por la filosofía de la historia un siglo más tarde. Tal la flaqueza natural del juicio humano". (Guglielmo Ferrero).

La Amazonía, según palabras de un antropólogo norteamericano (John Gillin) "quedó una de las manchas blancas más amplias del Globo, fuera de las regiones polares, no sólo desde el punto de vista de la densidad de sus pobladores, sino bajo otro, de la importancia cultural, en términos de un sistema mundial dominado por la civilización occidental". Esta Amazonia ofrece el espectáculo singular de un ensayo de incorporación y de reconstrucción culturales y económicas, de una selva tropical, hasta ahora bastante apartada y abandonada, con sus habitantes de civilización arcaica, sujeta a cambios e intercambios, que los antropólogos norteamericanos estudian como fenómenos de transculturación ("acculturation"), la que resulta, "cuando grupos de individuos de diferente cultura entran en contactos continuos e inmediatos, con los cambios subsiguientes del cuadro cultural de uno o de ambos grupos". (Redfield, Linton, Herskovits).

La Política hace Historia; y política, en veces, es la prolongación del pasado aunque parezca discontinua hasta el extremo, tal la fuerza de los factores naturales que constituyen un ambiente determinado para un grupo humano. La política se hace por hombres y para hombres. Por ende, estos hombres, materia prima de la reconstrucción, deben ser objeto de nuestro estudio, con sus virtudes y fallas, más aún, en vista de éstas que de aquellas, comprendidas como fenómenos de acomodación al ambiente, y de sociabilidad, derivada de la acomodación. Nada sirve mejor para enterarse de la realidad de un grupo humano, que observar su vida cotidiana.

El médico no hace historia; pero precursores tan geniales como Ambroise Paré, Sydenham, Pasteur, Koch, Virchow, Ehrlich, a los cuales se

(1) Véase John Gillin, 1940, Some anthropological problems of the tropical forest area of South America; Americ. Anthropologist, 42, 4.

agregaron aficionados pensativos como Graunt y Farr, ingenieros de visión social como Le Play y William Booth, militares como Lyautey, prepararon el terreno para la intervención cada vez más importante de la Ciencia Médica en la Historia. Hoy en día, la Medicina Social extiende conscientemente su labor hacia los fondos humanos de la vida común de los hombres, señalando sus características, y juzgándolas según entran en los acontecimientos, ya pequeños, ya grandes, analizando los impulsos y frenos por los cuales la materia humana contribuye a los movimientos que la política impele. El médico al indicar las calamidades, ayuda a encontrar los medios para subsanarlas.

En la Amazonía, este punto de vista tiene importancia especial a raíz de la distancia mental, del "clima de opinión", tan diferentes, las que separan a la mayoría de los moradores de sus gobernantes. Así como una casa no puede construirse sino conforme al material disponible, quien escribe considera como su deber dilucidar, en cuanto pueda, lo que se le presenta como "el problema humano de la Amazonía", con todo el cariño que tiene para la región y sus moradores, pero sin caer en el grave error de descripciones falaces o románticas que no sirven para nadie ni para nada. El problema se puede definir, también, como la "economía de la eficiencia", y es acaso trivial y de ninguna manera específico, pero esta circunstancia no excluye la utilidad o necesidad de un trato particular dedicado al conjunto amazonense.

El médico busca la realización de la salud general, y se concentra en el estudio de las enfermedades; el sociólogo médico busca la plenitud social, cuyo control pertenece en gran parte al higienista; se detiene, lógicamente, en lo que pueda o ha de trastornarla. Trabaja, en cierto sentido, como el historiador moderno esforzándose en "comprender y entender, inducido por los requerimientos de la vida práctica" (Benedetto Croce).

Un ensayo, como este que me propongo presentar, debe apoyarse en vivencias propias, sin desconectarse del tesoro de conceptos que nuestra cultura ha acumulado y sin ahogarse en la inmensidad heterogénea de sus contribuciones. Es reflejo de la Selva, de sus choques de razas (1) y de culturas, producto de comprensión y de respeto, todo ello base del valor que se necesita para hacer frente a las exigencias de un porvenir más feliz.

He gozado de la ayuda de todos mis colaboradores en la obra de la Supervisión Sanitaria del Nor-Oriente, en el estudio de la tuberculosis en especial de la del doctor don Luis Chavez Pastor. El maestro de la Medicina

(1) Al hablar de "razas" sigo una costumbre que tiene algo, pero no mucho en común con las subespecies y la variación geográfica de la génetica. La diversidad humana es el resultado de una mezcla algo opaca de adaptaciones especiales y de un bastardeo extenso de lo que resultan "tipos". (Compárese R. Goldschmidt, 1939, The material basis of evolution).

Social Peruana, el profesor Carlos Enrique Paz Soldán, en ningún instante me ha negado su cooperación generosa, que me ha permitido, primero vislumbrar, más tarde penetrar cuestiones que, al principio, me han sido doblemente extraños, procediendo de otro continente, y patólogo, aunque dedicado desde años al estudio de la patología étnica. Partes de este libro han sido publicadas en forma de memorias, de informes y de conferencias. El material ha sido revisado y coordinado para formar bases fácilmente accesibles para quienes se interesan en la vida humana, propia de la región. Por eso, cuestiones médicas, inevitables para acercarse al problema, han sido tratadas de tal forma que su fondo y sus consecuencias sociales resalten, sin entrar en detalles meramente médico-técnicos. En este sentido el autor espera que sus exposiciones puedan ser útiles, igualmente, para el sociólogo como para el médico, quien para dirigir bien sus acciones, tiene que enterarse del fondo social del problema amazónico.

* * *

PANORAMA GENERAL

("ALBA SOBRE LA AMAZONIA")

Hace cuatro años el doctor D. Carlos Enrique Paz Soldán y el que escribe, publicaron un libro titulado "La Selva Peruana", un ensayo sobre sus pobladores y su colonización en seguridad sanitaria.

Nuestro estudio que acaso fué algo atrevido, se limitó a la selva del río Perené, una región, por supuesto, amazónica, pero que pertenece a la pendiente andina, a la "cabecera", con un nivel del río entre 650 y 400 metros sobre el nivel del mar, con cerros y valles, con pajonales altos y quebradas donde corren riachuelos jóvenes, hilos alegres de agua cristalina que dentro de pocas horas se convierten en torrentes turbios y peligrosos y en cascadas ruidosas que llevan piedras enormes como si fuese cascajo.

Pero la verdadera Amazonía la forma esta enorme planicie, a un nivel de 150 metros hasta el nivel del mar Atlántico, planicie cubierta de selva y de agua. Esta selva es densa y oscura, amenazante y matadora según su ley orgánica que hace de la muerte accidental la natural y de la natural la excepcional. La cruzan venas fluviales enormes, perezosas y cargadas de materia erosiva; y ellas nacen de una red fantástica de venas de todo tamaño, y finalmente de vénulas que se abren en sinuosidades y cavernas mal definidas donde selva y agua se confunden . Hasta la más débil corriente desaparece a veces, cambia, también, de sentido, durante los largos meses de la "creciente" del río, o mejor dicho, de las crecientes, porque cada una de las más pequeñas unidades tienen hasta cierto punto vida propia. Si las lluvias, por ejemplo, abundan en la cabecera del río Ucayali, pueden faltar en la del Napo, y viceversa. No hay una sola, hay repetidas crecientes, en cada ciclo anual. Así, desde enero hasta mayo o junio, según la región, gran parte de la selva está bajo el agua. Por supuesto, el terreno es ondulado: hay colinas, a veces hasta cerros, pero, con todo, la distinción entre "ta-

(2) Este capítulo fué publicado en "Historia", Lima, I, 3, 1943.

huampa" o tierra inundable (e inundada regularmente durante las crecientes), "restringa" o tierra neo-aluvial y "altura" o terreno que se eleva algunos metros encima del nivel máximo del río, es distinción esencial tanto para la flora y fauna amazónicas cuanto para la vida humana, la mera existencia y la "industria". Domina la condición humana, la alimentación y la vivienda, el trabajo y hasta las enfermedades. No hay énfasis que pueda exagerar su importancia fundamental para comprender la Amazonía, aunque nos falta aún un conocimiento íntimo del "microclima" de las diversas regiones.

La hoya amazónica no es ni selva, ni agua: es una mezcla muy especial de ambas; terreno en gran parte a veces hundido, a veces saliendo del agua, según las pulsaciones rítmicas del río que crece y merma, que se extiende o se retira. Es como si fuese una ilustración viva, periódica, impresionante del diluvio, casi como si la historia bíblica fuera una reminiscencia oscura de esta vida primordial que el hombre condujo, quizá, en una selva tropical de donde salió, por primera vez, homo sapiens.

Este ritmo fluvial depone la carga fertilizante del agua en las "tahuampas" donde ya millones de hojas muertas y de frutos en descomposición forman un humus precioso. En los lugares de "agua muerta" abundan los insectos, ahí van los peces en el invierno, ahí les siguen los lagartos. Ahí se encuentran las condiciones favorables para la cría de anofeles, vectores del paludismo. Comprendemos, por ende, este fenómeno de primera importancia: que el paludismo se establece de preferencia y con persistencia en estos brazos de tercer y cuarto grado y no en las venas principales o en sus pueblos importantes donde no se halla formación alguna que se asemeje a estos "swamps", a estas "tahuampas" de la selva interior.

La vida humana siempre se ha concentrado primeramente en las restingas de estos ríos principales, tanto la vida de los indios cuanto la de los colonos. En los "bajíos" la chácara exige el mínimum de trabajo aunque expuesta al riesgo de crecientes caprichosas. Las quebradas y los riachuelos son lugares de "industria" o de "refugio", en el sentido estricto de la palabra, buscándolas aquellas personas que, por una u otra razón, temen la sociedad de la mayoría de los pobladores. Ahí van los enfermos "inmundos" y los prófugos de la justicia, ahí van también los indios que reniegan de la colonización mestiza. Las plantas mismas se agrupan conforme a este esquema básico de la Amazonía, y mueren a veces en masa, en cuanto cambia su configuración.

El hombre forma parte importante de este equilibrio variable entre cazadores y cazados que es la ley implacable de la naturaleza virgen. Por eso, su vida con justeza se ha caracterizado como "zoística" (Spengler, Unwill). Keyserling se ha pronunciado muy acertadamente acerca de este hecho, en

sus "Meditaciones Suramericanas" (1933). Sobre todo Abguar Bastos ha dicho palabras muy justas sobre la posición del hombre amazónico en su cosmos amazónico: "En otros lugares el hombre se casa con la tierra, preña a la tierra, pide hijos a la tierra y los vende en los mercados del mundo".

"En el reino de la castaña es diferente, porque el hombre no pide cosa alguna. El hombre ya encuentra el camino abierto por las fieras, la planta criada y madurada por la naturaleza".

"Ahí el hombre no es dueño sino huésped, no es el padre sino el hijo, no es él quien espera, sino el esperado, fatalmente".

"Ahí la brutalidad de la tierra es la señal de Dios. Es la voz misteriosa que dice: "Yo vivo sin necesitar de tu auxilio ni de tus teorías. Yo me eternizo sin necesitar de tus máquinas ni de tu mecánica". (1939, Zafra).

Todo aquí está arreglado, dominado por el hambre, por la necesidad de encontrar la comida diaria, y no sólo diaria, sino casi de día en día, porque esta selva, por su clima y su civilización, no se presta para almacenar víveres y, por lo general, no lo exige tampoco. En el último caso hay fariña y masato. Vive el pescado durante la creciente en las "tahuampas", en el "verano" en los ríos, por donde pasa en sus migraciones ("mijanos") tan impresionantes, nadando y saltando, golpeando el agua y llenando el aire con su ruido sordo que colma los corazones de los pescadores con alegría loca. Impulsos instintivos conducen a los peces irresistiblemente y el hombre los espera con ansiedad: la orgía del animal provoca otra del hombre y la ley del hambre agita la naturaleza tropical.

Cuando el agua merma se puede cazar el venado, los huanganas (cerdos silvestres), el sajino, el ronzoco (rata gigántea), el añuje, el tapir (la "sacha vaca"), en resumen lo que se llama "animal del monte".

Así vive el hombre de la selva, como cazador o pescador, y en la mayoría de los casos empleando ambas posibilidades para procurarse comida, siempre al lado de la chácara que abastece con yuca (mandioca) y plátanos, así como con el ají indispensable.

El verdadero hombre amazónico vive íntimamente ligado a su naturaleza circundante, un señor, sin duda alguna, sobre los animales; pero prisionero de su ambiente que le domina abasteciéndole de día en día, con su comida, subyugándole con sus vicisitudes caprichosas, obligándole a seguir una vida que refleja invariablemente, año tras año, el ritmo suyo. Esta vida tiene sus estaciones como el año mismo y las generaciones humanas siguen como las de los animales repitiéndose fielmente. Es una vida estática sea cual fuese la cultura que cada grupo haya desarrollado. No muestra "en cuanto a su esencia, en ninguna parte, una línea de ascenso dramático, ni una elevación cargada de tragedia, ni un subsiguiente derrumbamiento" (Alfred Weber).

Son primitivos, cautivos en la forma mágica. Muy débil es su inserción en el proceso civilizador humano, en la corriente unitaria del acontecer humano, en el proceso inquietante de un desarrollo que a cada paso ofrece sorpresas y perspectivas nuevas, es decir, en la verdadera Historia. Tal inserción existe pero en forma tan poco ostensible que la mayoría de los hombres no se da cuenta de la realidad.

No hay sociólogo que no esté de acuerdo sobre el papel decisivo que desempeñan el contacto con otros grupos, las transferencias, los préstamos, para el desarrollo cultural de cualquier grupo humano. Se ha aludido, también, a la influencia retardante de ciertas enfermedades, como ocurre, por ejemplo, en Africa. Creo poder afirmar que eso no es así entre los indios verdaderamente selváticos. Su condición física, por lo menos en algunos grupos, quizá en muchos, es aún relativamente excelente. Su condición estacionaria se debe, al parecer, al tipo de su vida, moldeado en estrecha congruencia con los fenómenos eternos de la naturaleza que les rodea, a la falta de intercambios culturales y al hecho de habitar este hombre un terreno inmenso, formando muy pequeñas comunidades, casi iguales entre sí, protegidas, hasta cierto grado, por la naturaleza recia de su "refugio", cada una capturada en los vínculos de su vida "apetitiva, de impulsos y tendencias, ligada por la forma mágica" (A. Weber). Todos, por supuesto, son analfabetos. No hay, aún, ni una sola escuela indígena. La educación, basada en la imitación del padre por el hijo, afirma más que suelta los lazos que atan al hombre a su ambiente haciéndole un ser "zoístico", firme en su esencia y en sus prácticas; aumenta la autoridad de costumbres y conceptos que se han convertido en leyes rígidas, garantía suprema de la continuidad y freno supremo de cada "libertad". Sin embargo, no es conveniente exagerar demasiado este concepto cuya importancia nos consta, pese a ciertas excepciones que se observan sin duda alguna.

Pero en la Amazonía no viven sólo indios. Al contrario, su existencia desde hace tiempo ha sido amenazada y reducida por una colonización progresiva, por colonos, que hoy en día forman la mayoría de los pobladores. El censo de 1940 opone a una población de 180,000 "colonos" en Loreto, un número aproximado de 140,000 "pobladores de la región selvática". Entre los colonos el 61% se consideraron como blancos y mestizos, el 38% como indios.

La Montaña, durante mucho tiempo, ha "sido tierra de refugio" para el hombre. Ahí se retiraron siempre los grupos y los individuos que debían ceder a la presión de los más fuertes. Lo sabemos, por ejemplo, de los Mayos que se replegaron hacia la selva cuando los Incas quisieron subyugarles. (Compárense las exposiciones de Víctor Andrés Belaunde, 1911 y de Genaro E. Herrera, 1918). Según se nos comunica fué el Inca Tupac Yupanqui quien conquistó la provincia de Maynas (región de Loreto actual), y esta dominación duró 85 años, o sea desde 1447 hasta 1532, cuando los Espa-

ñoles sujetaron a los Incas. Es probable, aunque no me consten datos muy exactos, que grupos de esclavos negros del mismo modo entraron en esta planicie amazónica, aunque en cantidad reducida, desde la sierra peruana. Negros sirvieron, también, como espías o combatientes en la "Revolución de la Montaña" (Francisco A. Loayza, 1942, Juan Santos). Los serranos mismos hacían y hacen semejantes inmigraciones. Vienen a la cabecera para cosechar café, vinieron y vienen hasta la planicie amazónica atraídos por las esperanzas que nutre el hombre pobre en su existencia dura, hombre al cual llegan los rumores de tierras desconocidas, donde uno no vive de la labranza penosa, donde el suelo abunda y donde hay oro, jebe, maderas que uno puede simplemente recoger. Y tal idea no ha sido del todo falsa.

Así poblaron la Amazonía peruana — después de la primera invasión incaica — los hombres de San Martín, indios mestizos, fuertes, sanos y resistentes, trabajadores, mestizos como sus perros, según las palabras de un escritor famoso, él mismo serrano. Poblaron paulatinamente la Amazonía y presionaron fuertemente sobre los autóctonos disputándoles el vasto terreno que el grupo primitivo exige para vivir cómodamente, en primer lugar a lo largo de los ríos más importantes. Fué, con toda verosimilitud, al principio una penetración pacífica, provocando sólo más tarde hostilidades cuando se produjo el choque entre dos mentalidades bastante diferentes, cuando el intruso, por descuido o abuso, por ignorancia o desprecio, violó los derechos consuetudinarios, los conceptos mágicos, el ritual de los nativos; cuando les mató o causó, al juicio de ellos por brujería, la muerte de un autóctono, lo que establece deuda de sangre y exige venganza y matanza recíproca, fuente de conflictos continuos y trágicos si el choque ocurre entre miembros de dos grupos, diferentes en sus conceptos fundamentales y ambos relativamente primitivos. Tales hombres tienen su mundo conceptual mágico y una sensibilidad extraordinaria de lo lícito: cada acontecimiento inquietante es, por naturaleza, efecto de hechicería e invoca su expiación, su purificación; "la palabra que significa purificar en los idiomas primitivos quiere decir a menudo al mismo tiempo curar y exorcizar" (Roger Caillois, 1930). Ahí se encuentra una de las raíces del choque inevitable del cual he hablado. Otro, igualmente fundamental, es, por supuesto, la intrusión en el terreno de caza de un grupo establecido. La idea de "propiedad" tiene muy poca importancia en la vida del indio amazónico"; sin embargo, el grupo familiar tiene "su" terreno, como el individuo "su" arma.

Es extraordinariamente interesante que, pese a todo, la primera colonización mestiza de nuestra Amazonía se acercó mucho a la vida autóctona. El fenómeno se explica, a mi modo de ver, por el hecho que desde el principio de esta inmigración la mayoría de los colonos fueron hombres sol-

teros que buscaron sus mujeres entre los autóctonos. Con su compañera de cama y casa, con la madre de sus hijos, adquirieron la herencia de gran parte de la civilización y cultura indias. (Si aceptamos la definición de Mac Iver, de que nuestra cultura es lo que somos, y nuestra civilización, lo que usamos). El hombre solo, para mantenerse, para implantarse, tuvo que recurrir a lo que le brindó la experiencia secular acumulada en las madres, y estas criaron a sus hijos conforme a su manera de ser. Ciertamente la vida india se transformó, se empobreció o se enriqueció en este molde nuevo del coloniaje mestizo, pero se prolongó siempre. El colono casi siempre fué y se quedó pobre. No dispuso de grandes conocimientos técnicos que le permitieran dominar su ambiente tan extrañamente nuevo y diferente de su mundo original. Quedó su vida condicionada por lo que Spengler y Weber llamaron "la cualidad materna del paysaje": se hicieron hombres de la Amazonía, hombres un poco diferentes de los autóctonos, pero unidos con ellos no sólo por múltiples y fuertes lazos de sangre, sino por el mismo imperio de la naturaleza, por los hechos invariables de la misma geografía, siguiendo de manera semejante a la de los indios una vida cuya esencia fué y es la gran familia. Es la comunidad cooperante primitiva de todos los tiempos y de regiones tan diferentes como la Roma antigua, la Rusia medioeval y la Amazonía de ayer y hoy. Aquí, además, es la comunidad dispersa sobre una cinta estrecha que sigue las venas de agua, entre ésta y el bosque, en un terreno inmenso. Sin embargo, entre los colonos la hostilidad de los grupos chicos entre sí fué mucho menos pronunciada que la que se estableció casi como regla para los indios selvícolas. Se prestaron con mucho más facilidad para formar cierta sociedad. Fué eso, sin duda, consecuencia del pasado de los padres entre los cuales encontramos no sólo los laboriosos mestizos de la Sierra, sino pronto hombres de la Costa, y verdaderos extranjeros, judíos, sirios, chinos, mestizos del Brasil, alemanes, algunos italianos y franceses y además españoles. El "boom" o auge del jebe selvático, el oro, les atrajeron, y muchos se implantaron, quedaron "arraigados" en la Selva. Si se sabe que muchos de estos hombres vagaron la mitad de su tiempo por estos ríos, que tuvieron múltiples uniones con mujeres y dejaron, algunos 10, otros 20, algunos hasta 50 hijos (legítimos y naturales), entonces se comprende el mestizaje profuso y verdaderamente rico que se produjo dentro de 40 años, mestizaje que llama la atención de cualquier observador que pasa sólo unos días en Iquitos.

* * *

En la Amazonía Peruana los trabajos del jebe comenzaron más o menos desde 1880. (Ya desde 1876, la manufactura de impermeables y de otros artículos hechos a base de jebe, fué un pequeño negocio próspero, y el jebe vino exclusivamente de la Amazonía). La extracción del jebe sil-

vestre duró intensamente hasta fines de 1911 cuando se quebró a raíz de los cultivos de la Hevea en Ceilán, Malaya y las islas del Pacífico. El precio del jebe nuestro cayó de 95 a 15 soles por la unidad de 15 kilos. La riqueza se convirtió en pobreza; muchas personas se quedaron definitivamente en la Amazonía, por falta de recursos para regresar a su tierra natal. La producción se mantuvo un poco durante la primera guerra mundial para reanudarse ahora, en 1942-43, en razón de la situación bien conocida que creó la pérdida de las Islas holandesas: Borneo, Malaya y de Tailandia, para los aliados.

Durante la primera guerra mundial y, después, hasta 1921, la producción de algodón fué importante y se ha mantenido en el Río Huallaga.

Madera, cedro y aguano, se cortó desde principios del siglo y ya unos 20 años antes, al principio para el uso local; y desde 1918 comenzó la exportación, especialmente de caoba. En 1920 se estableció la primera empresa extranjera de importación, con un aserradero propio.

Desde 1910 se inició la extracción de balata, mucho más tarde la de "leche caspi" (Couma esp.), para la fabricación de "chewing gum".

Desde 1928 se intensificó el comercio de pieles, en primer lugar de huangana — "black pécari" — y de sajino — "grey pécari" — y ambas forman el 80% de la exportación. Un 15% lo forman las pieles de "venado"; y un 5% las pieles finas de "tigrillo", ozelot, "lobo", otorongo y nutria.

Tagua fué exportada desde más o menos 1910. (Vegetable ivory).

En el Departamento de San Martín, Provincia de San Martín (Tarapoto), el valle de Cumbaza produce buen tabaco que abastece la industria costeña.

Desde 1931, más o menos, se exporta barbasco, materia prima preciosa para la fabricación de insecticidas (rotenona). Hace dos años se instaló la primera fábrica en Iquitos.

Café se produce principalmente en San Martín. La Amazonía baja no tiene sino cultivos insignificantes. Los de cacao se han destruído en su mayoría, aunque existan muchas plantas salvajes. Las quebradas del Alto Marañón producen buenas cosechas de cacao; pero la pasta sale por la Sierra hacia la Costa y no entra en el cuadro de exportación que nos presenta el puerto amazónico de Iquitos. (Ver Cuadro Nº 1).

Ese cuadro nos informa sobre las "materias primas" a las cuales se debía gran parte de esta colonización que se ha discutido antes. Estas extracciones fueron y son la primera y prácticamente única "industria" de los colonos. No hablo de la búsqueda de oro que, en general, no hizo daño sino a los buscadores mismos, y en parte también a los indios vecinos de

los ríos que cargan el oro aluvial. (Algunos lavadores inteligentes tomaron mujeres autóctonas e hicieron trabajar a sus nuevos parientes, lo que les procuró ventajas enormes). La naturaleza misma ha sufrido muy poco de este asalto, en contraste con la orgía destructora que desencadenaron las verdaderas extracciones que son, quizá, la expresión más cabal del verdadero analfabetismo amazónico, de esta vida instintiva que no llega a grados superiores de conciencia. Esta explotación devastadora fué la prolongación lógica de dos factores que se unieron en esta tarea: del "hambre" del colono pobre y de la colaboración del indio selvícola que participa en esta "obra" sin posibilidad alguna de juicio propio, sin otra inversión de intereses que aquella que le ata a la posesión de aquellos objetos que quiere obtener, en recompensa de su trabajo al lado del colono que, de una u otra manera, es su "empresario". Sin embargo, éste mismo no dirige, tampoco. Es "fiado" de un comerciante que le da crédito, que le abastece con artículos de primera necesidad para "sus indios", con armas, pólvora, machetes, hachas, alimentos adicionales, telas y chucherías.

Con muy pocas excepciones todos los indios tienen cierto contacto con los colonos y con su mundo civilizador, por muy pobre que sea éste. Cuanto más aborrecen mezclarse con este mundo ajeno, tanto más fácil una sola persona se hace su intérprete e intermediario; una persona que habla su idioma, que les aconseja (tanto para el mal cuanto para el bien), que paulatinamente se convierte en "curaca", en "patrón". Así ha sido y ocurre aún. No hay que olvidar donde se encuentra el mayor provecho. El indio desea el aporte del colono sin depender de éste. Lo que al principio es mero gusto se convierte en codicia, el lujo origina dependencia, el aporte rudimentación de la civilización propia, muy a menudo, sin provecho objetivo. De un modo lamentable, pero muy humano, el patrón tiene un supremo interés en mantener a sus indios en gran dependencia fomentando aún, con frecuencia, los sentimientos de aversión que el autóctono tiene frente al mundo del colono, de organización diferente al suyo, con una existencia que le llena de temor. En muchos casos, por supuesto, la cooperación se convierte paulatinamente en algo que podemos llamar "domesticación del indio" acercándole más y más a la vida de su patrón, haciéndole "compadre", dejándole compartir, aunque en un plano muy bajo, en la vida del colono, el mismo que, no lo olvidemos, es pobre. Así resultó, por ejemplo, la domesticación de muchos Campas y Chamas proletarizándoles, con mucha frecuencia, de un modo atroz e irrevocable. Los Cocamas, a veces, se han mostrado más aptos y resistentes, pero, también, al precio de muchísimas existencias rotas. Los Capanahuas no han entrado en condiciones tan desfavorables por el mero hecho que no se encontraron tan cerca de los centros densos de la colonización mestiza. Los ríos chicos dan más libertad, son más "refugio", como lo he señalado.

En esta Amazonía hay el cuerpo administrativo con sus altos empleados que por su origen frecuente y su educación se orientan hacia la Costa, o por lo menos, hacia la Sierra; hay una mayoría de funcionarios de origen local que deben su tarea temporaria, muy a menudo, a "influencias" y la consideran como una de las pocas bendiciones que uno pueda tener después de tantas vicisitudes y tanta labor ingrata en todas las ocupaciones del hombre amazónico, desde la del seringuero hasta la del maestro de escuela. Hay los indios, hay los colonos mestizos, de todo matiz, que siguieron una vida no esencialmente diferente de la de los indios, pero modificada, más abierta a cambios y al desarrollo cuando las necesidades económicas y otras comenzaron a vencer el analfabetismo general, consecuencia de las condiciones fisiográficas y otras de índole social y económico. El censo de 1940 fija para Loreto, considerando tan sólo la población mestiza de 180,000 almas 43,000 niños entre 6 y 14 años. El "Extracto estadístico del Perú", para el año 1941, señala 15,000 niños matriculados en escuelas primarias (15,014) (Ver Cuadro Nº 2).

El número de matrículas no señala que los mismos escolares hayan seguido sus cursos; la "deserción escolar", el mal continental, existe ampliamente. La disminución progresiva del número de escolares en los diversos años escolares no se debe a una mortalidad elevada, por supuesto. Muchos niños repiten el primer curso; pocos siguen más de dos. Es evidente cuanto aún dista la realidad del deseo tan arduo de liquidar el analfabetismo.

La vida amazónica, tal cual se presenta hasta ahora, se ha formado a raíz del derrumbe catastrófico de la explotación del jebe, en el año 1911. Se ha formado a raíz de la pobreza de los colonos y de este estilo indio-mestizo de la vida que corresponde estrechamente a la naturaleza amazónica. Sus elementos o moléculas son los grupos familiares que forman "grandes familias" de singular importancia, por su origen, su composición y sus consecuencias. Es la agrupación de un hombre con una mujer, con los hijos que tienen y que cada uno tuvo en uniones anteriores, con hijos adoptivos y simples "cholos" criados. Es una "cooperativa" primitiva, con prerrogativas para algunos de sus miembros y mucho trabajo, para otros. Todas estas moléculas de la sociedad amazónica fueron esencialmente idénticas, produjeron la mayor parte de lo que necesitaron; se procuraron lo que faltó, por el trueque y por un comercio accidental, de "regatones". Pero eso no es el todo del problema amazónico.

El indio selvícola sigue su tipo de vida establecido desde hace mucho tiempo. Hubiese perecido si éste mostrara graves defectos. Se arregla, como lo hacen los esquimales y tantos otros pueblos en situación difícil, aprovechando de todo lo que la naturaleza ofrece. Come el pescado íntegro, con

tripas, puesto en la brasa, envuelto o nó en hojas (cuzuishca y taparashca), hormigas fritas (siquisapa), larvas de coleópteros (suri), toda clase de huevos, algunas plantas silvestres de las cochas, caracoles, langostas, monos; el hombre de la selva es omnívoro. Tiene sus aversiones, por supuesto: un Andoa al cual traté, por una leishmaniosis, aceptó, sin dificultad carne de chancho que consideró igual que la huangana y el sajino, sus acostumbrados "animales del monte"; pero rehusó enérgicamente la carne de res. Ni siquiera quiso tocarla con sus dedos utilizándola para su pesca; la agarró con una hoja o con papel para fijarla en el anzuelo. Fué para él cosa "sucia" como para muchos colonos el ronsoco o el suri. El colono pobre ha aceptado la vida india excluyendo una multitud de alimentos que le parecen "sucios". Así se ha privado de la variedad que le procuraría la protección nutritiva de que goza el indio primitivo. Las consecuencias son desastrosas, tanto más cuanto que la vida primitiva, rural, se reduce al fijarse el pobre en pueblos y ciudades donde se le obliga a comprar su comida diaria.

Sin embargo, esa protección nutritiva se mantuvo, en cuanto la molécula familiar quedó aislada y se alimentó con sus chacaritas y su pesca y caza, y sus frutos del monte. (Compárese mis publicaciones anteriores sobre "Los Escolares de Iquitos", y "La Protección del hombre en el Estado del Porvenir". Sentido y finalidad de los servicios médico-sociales con referencia especial a las condiciones del Oriente Peruano. Lima, 1941, 1942). En diferentes ocasiones he expuesto detenidamente cómo la desalimentación típica del colono pobre, y sus infestaciones e infecciones frustran su existencia, mantienen y acentúan su analfabetismo y le hacen víctima y no señor de su selva. Diversas veces he señalado cómo la vida india se opone como contrapunto a la del colono: la vida india autóctona, relativamente sana y vigorosa, pero endurecida en sus tradiciones y su primitividad mágica, y la vida del colono, semi-india, reducida y ampliada, al mismo tiempo, pero rudimentaria en razón de sus dolencias evitables y accidentales, de su ignorancia e inconciencia, de su miseria, factores que tienden a mantenerla como una vida pobre. Y estas dos formas de vida, semejantes y diferentes, se han coordinado, se han asociado hasta cierto grado, tomando el colono pobre, con frecuencia, la "dirección" del indio selvícola.

Así la Amazonía quedó en la noche del alfabetismo, pese a todos los esfuerzos tan meritorios de los últimos años, porque pocas fueron las personas que participaron conscientemente en el proceso evolutivo que se anunció, de día en día con más insistencia, por los dirigentes políticos, algunos maestros y abogados, los dueños y gerentes de las pocas casas de importación y exportación, frente a la masa, masa en su sentido íntimo, masa "siempre negativa y destructora" de la cual dijo Geiger: "El espíritu de la Masa es comunidad en el No".

La masa amazónica es la unidad muy débil compuesta por las comuniones del tipo familiar (gran familia), extrañamente homogenea en su analfabetismo, en el estilo estereotípico de su vivienda y de sus ocupaciones, en su dependencia de la naturaleza ambiente, en su aislamiento geográfico. Hubo algunos cerebros que impusieron el ritmo, que conocieron algo del mundo exterior, que coordinaron la labor anónima y casi accidental de aquellos individuos que, según la constelación, se unieron a la ejecución. Fueron éstos, en general, sin más preparación que aquella que les proporcionó su disposición física y su vecindad a la naturaleza. La labor, en esencia, fué robo a la naturaleza, extracción de lo que la naturaleza hace crecer, hasta que esta "riqueza" se agote.

Eso explica tanto las exportaciones, en su carácter y su cantidad, cuanto la subproducción alimenticia que determina de manera ineludible la limitación de cada "industria".

El indio siempre ha producido lo que necesita. Sus intercambios de bienes fueron muy casuales. La vida atomizada del colono no favoreció la producción más allá de las exigencias de la gran familia, eventualmente de algunos vecinos que se abastecen con fariña o chancaca para sus excursiones de caza o para un trabajo mayor. Algunos hombres de energía superior han organizado ciertas empresas industriales, trabajando madera, convirtiendo hojas de palmera en "crisnejas" para el techo de las casas, cogiendo tagua, haciendo cacerías con indios o buscando, con ellos, leche caspi. Alrededor de tal hombre se agruparon familias que mantuvieron cierta dependencia de él, lo que recuerda los "villanos", aunque tan sólo algunos indios completamente ignorantes se degradan hasta una condición que semeje verdadera servidumbre; y eso, felizmente, no es muy frecuente en nuestros días aunque ocurre, sin duda, en ciertas regiones poco traficadas.

Unicamente los centros poblados han favorecido cierta producción alimenticia excedente y semiprofesional. Hasta en Iquitos mismo es bien característico que los únicos que crían ganado y cultivan verduras, en una forma un poco importante y como profesión, son extranjeros. La masa de los pobladores produce gran parte de lo que exige su grupo para alimentarse. El resto se lo procura a raíz del trueque primitivo, casi atávico. Pero se ha aprendido a comer conforme a cierto esquema. Como esto se ha establecido durante una época de coloniaje dedicada a la extracción de substancias primas relativamente preciosas, como el número de brazos siempre ha sido y es aún escaso, coincide en nuestra Amazonía la sub-alimentación con la sub-producción, el sub-consumo con la dependencia de importaciones.

Desde el año 1930 hasta 1942 cada año se ha importado un promedio de 740 toneladas de arroz, sea de la Costa peruana o del extranjero; de la misma manera llegó anualmente al puerto de Iquitos un promedio de 240 toneladas de azúcar. (Ver Cuadro Nº 3, al final de este artículo).

La región ucayalina mandó hasta 1939 no menos de 90 a100 toneladas de arroz a Iquitos. Pero, en primer lugar, esta producción no se ha podido mantener, porque muchos colonos se dirigieron a la búsqueda de oro o se instalaron en los centros poblados, y después las dificultades del transporte que se hacían críticas desde el año 1941 mostraron la insuficiencia absoluta de la producción regional de los alimentos básicos. Hasta los frejoles faltaron, en el año 1943, varias veces, completamente en el mercado; y en años anteriores por lo menos mil toneladas se llevaron al mercado de Iquitos procediendo del Ucayali y del Huallaga. Sobre la cantidad exacta no hay certidumbre porque la mayoría de los productos llega en balsas y escapa a un control numérico. Por eso, los datos citados se refieren a estimaciones cuidadosas del comercio de víveres.

En Loreto hay cerca de 42,000 hombres de 15 a 50 años, sin considerar a los indios selvícolas. Estos 42,000 hombres hacen todo lo que produce esta parte de la Amazonía: alimentos, extracciones y todo el resto de las labores. Esta es la base y el límite de edad en cada trabajo. Si volvemos al cuadro de las exportaciones que he reproducido antes, hay que decir que el algodón se produce en el río Huallaga y el café en San Martín; que la extracción de gomas fué, hasta 1942, residuo de la producción dominante del pasado; que tagua, leche caspi y cueros se obtienen en cooperación con indios cuyo número exacto no se puede señalar, aunque suman algunos miles los que intervienen en este trabajo aun cuando sea por muy pocos meses (2 a 3, máximum) en cada año.

La mayor parte del trabajo del colono es en cierto grado domiciliario. Acepta, mayormente de modo transitorio, y esencialmente para procurarse "algunos centavos", trabajos extra-domiciliarios, como peonaje de agricultura, trabajos en lanchas, transporte de cargas, ayuda en carpintería y albañilería, extracción de materias primas. Más del 80 por ciento de estos hombres pasan la mayor parte de su tiempo con trabajos menudos que se concentran en su vivienda, su chácara, las que abandonan, de vez en cuando; pero son muy pocos los que verdaderamente se hacen pescadores, carpinteros, albañiles. Pasan su vida con ocupaciones diversas, sin profesión definida. Siguen por consiguiente los estímulos de perspectivas nuevas, de esperanzas fantásticas: "van al oro", se hacen madereros, se hacen serin-gueros. Pero ya al intensificarse el cultivo del barbasco se descuida la chá-cara alimentadora.

Hay ciudades como Iquitos, con sus 36,000 habitantes, Yurimaguas con 6,000, Contamana con 10,000 habitantes, sin hablar de los otros centros con escasísima producción propia. Con eso, 100,000 personas desaparecen de la producción regional y se convierten en consumidores, contando todos aquellos que, por una u otra razón, no pueden producir, aunque sea de la manera más modesta. Nos quedan menos de 27,000 hombres que trabajan, sea para procurarse alimentos o para extraer en la selva lo que Loreto exporta. El resto interviene, por supuesto, pero como consumidor e intermediario. Por eso, la suma total de las exportaciones parece sorprendentemente constante y cada intensificación de un trabajo se obtiene al costo de la disminución de otro. Especialmente cada reducción del volumen de la producción alimenticia regional obliga a la importación de víveres de primera importancia y aumenta la escasez de animales domésticos que, para criarse bien, exigen una alimentación apropiada, es decir, trabajos de chácara y de pastos. Los dos años pasados nos han dado una lección dura en este sentido, aunque, a mi modo de ver, nadie se ha preocupado de remediar la situación. Forzando el trabajo se ha creado la carestía de víveres: al procurar trabajo abundante, el alza de todos los precios ha sido inevitable y fatal, y ha influído hasta en el último rincón de la selva donde el pobre cholo no comprende por qué su jabón, su azúcar, sus telas han aumentado tanto de precio, ni por qué le es imposible comprar arroz. En lugar de una planificación de la producción, se dejó todo al libre albedrío, lo que pone a la población amazónica entera no sólo en una situación difícil, sino muy peligrosa. El médico que se ocupa de la Salud Pública lo nota, de día en día con más angustia.

Sin embargo, el interés general se concentra en la Amazonía que se considera nuevamente como tierra de promisión. Se construyen hospitales, se invierte dinero. El trabajo del jebe y de barbasco se estimula, a base de créditos muy liberales. Para las empresas que extraen jebe se proporcionan hasta víveres a precios reducidos. Pero eso no resuelve el problema. El hombre abandona a su familia y a su chácara, y aunque él coma, no lo hace del mismo modo su familia; no lo hacen aquellos pobres que trabajan en los centros poblados donde la afluencia de personas abundantemente asalariadas vence fácilmente el control de precios, donde el índice del costo de la vida ha subido más de 100% en 14 meses. La desalimentación de los niños, la propagación sin precedente de la tuberculosis, la última pandemia de influenza, han alarmado a los que vigilan sobre la condición sanitaria actual. ¿A dónde vamos?

Alba sobre la Amazonía. Con la colonización lenta de mestizos o forasteros que se han cruzado con indígenas, la vida india selvática paulatinamente ha entrado en contacto con el mundo exterior. Los incas ya han influído algo, los colonos más aún. No hay lugar a dudas que este proceso va

a extenderse en un porvenir cercano hasta lograr la incorporación hasta cierto grado, de todos los indios a la sociedad a la cual pertenecen los colonos. Estos mismos se encuentran expuestos a cambios profundos de sus condiciones de vida. Si antes los Andes separaron la Montaña de la Costa, y por consiguiente del progreso que se condensa, con la vida nacional, en la Costa, hoy en día la Amazonía ha encontrado y encuentra continuamente más su comunicación y comunidad con el resto del país. La aviación ha abierto la brecha; las carreteras la intensificarán. La Amazonía peruana es territorio peruano, es una parte del Perú que de año en año con más intensidad sostiene intercambio comercial con el resto del país. Ayer mandó tan sólo tabaco y maderas, pronto mandará gomas y otros productos que la industria costeña transformará; y del mismo modo las fábricas de la Sierra y la Costa mandan telas y ciertos alimentos al Oriente. El intercambio de personas se hace más intenso; funcionarios, médicos, técnicos de toda clase, van a la Selva y este movimiento no queda sin repercusión en la población oriental. Se abren nuevas posibilidades. El magisterio se reforma paulatinamente y con eso se puede esperar que el analfabetismo se reducirá, que la enseñanza se hará más viva, más eficaz, especialmente si una verdadera Campaña Sanitaria venciera un día lo que es el verdadero peligro, la verdadera falla y falta de la cual sufre la población pobre del Oriente: la ineducabilidad artificial de gran parte de sus niños, a raíz de su desnutrición y de sus parasitismos, lo que les impide el desarrollo, tanto físico como mental. No se trata sólo y en primer lugar de procurar trabajo; se trata de crear las condiciones básicas para un desarrollo propicio de cada individuo, de garantizarle la comida necesaria, de proteger su salud. El tipo rudimentario del niño amazónico actual es accidental y evitable. Pero el hecho de su existencia, la condición humana que él representa, son síntomas mórbidos que aún carecen de la curación que les corresponde. Como un edificio se construye comenzando por los cimientos, una población sana y activa se cría de niños sanos y educables. Para eso se necesita la base que la organización del Estado ha de procurar.

Cuanto más pobre la vivienda, tanto más necesario el hospital. Pero la vivienda es infinitamente más importante que el hospital. La "cultura física" aplicada a niños sanos y vigorosos es bastante preciosa si la vida diaria no exige y procura los ejercicios musculares que la cultura física practica. Pero tales ejercicios son contraindicados en niños "raquíticos", desalimentados, que sufren de su postura mala, de una falla profunda en su desarrollo normal. Por eso, la protección a la madre anémica y agotada, la protección al niño que crece, es mucho más trascendental que la "cultura física". Se forman grupos de normalistas cuya preparación y cuyo entusiasmo hacen esperar que la enseñanza primaria saldrá pronto de su condición actual que he caracterizado varias veces como insuficiente y, con

frecuencia, atávica. Pero el niño, para aprovechar de la buena enseñanza debe disponer de la aptitud para el aprendizaje, y por eso el control extenso e intenso de los escolares es el contrapunto inevitable para la política escolar de la cual nuestros gobiernos pueden enorgullecerse. Feliz el Estado que procura a sus ciudadanos un empleo, un trabajo, que les garantizan su pan diario. Pero es lamentable si el rendimiento humano es tan bajo como el que se nota aún en muchos habitantes de la Amazonía. Los 27,000 hombres que aproximadamente trabajan en Loreto para procurar alimentos y materias primas exportables, no corresponden en su capacidad de trabajo al de igual número de hombres que disponen de la plenitud de sus funciones. Gran número no se presta sino para faenas muy fáciles. Si la explotación de la Selva debe continuar y en una forma constante que no sea sólo robo y destrucción, entonces se necesita gente de mejor preparación física, de mayor rendimiento, de una conciencia cívica desarrollada. Son muchos los puntos de vista, pero es uno solo el problema: liberar al hombre amazónico de la servidumbre que le sujeta, de la pobreza que le amputa sus mejores posibilidades y que tiende a reproducirse en un círculo vicioso eterno, y desenvolver sus capacidades, frenadas y paradas por el ambiente físico y social. Un auge social y económico duradero no es posible si el hombre, que lo debe soportar, es el mismo una falla.

Se ha demostrado, lo creo, la escasez de hombres que impide tanto un desarrollo rápido de los recursos regionales. Se ha mostrado, igualmente, que el indio selvícola de un modo siempre más acentuado interviene en el proceso económico que caracteriza la Selva. Pero este indio, y quizá especialmente sus mejores representantes, no se ha incorporado todavía a la vida nacional y no puede hacerlo. Tenemos muchas "Misiones" y ni una sola escuela indígena cuyo valor en el sentido mencionado es indiscutible. Creo que tal labor es mucho más interesante que expediciones cinematográficas. Un programa nacionalista no puede, no debe desprenderse de esta necesidad urgente. La región, tan escasa de hombres, para desenvolver sus riquezas en forma duradera y sana, debe hacer todo lo posible para que participen los indios, sus pobladores más sanos y más adaptados, en el proceso evolutivo. Me permito citar palabras muy acertadas de Ralph Linton (1936, 1942, Estudio del Hombre, edición cast. pág. 76):

"Rara vez se halla un etnólogo que trabaje in situ que admita que el grupo indígena que mejor conoce sea intelectualmente inferior a los europeos. Aunque muchos de estos investigadores no niegan que hay diferencias de inteligencia entre las razas, prefieren considerar como inferiores a los grupos sobre los que nunca han trabajado o que sólo conocen muy por encima. Si es cierto que tales juicios pueden ser atenuados por razones sentimentales, nos hacen pensar en que, si existen diferencias auténticas en inteligencia entre los diversos grupos, no pueden ser muy grandes. De-

terminados grupos podrán ofrecer, cuando más, un porcentaje un poco mayor de individuos sobresalientes que los restantes. Esta condición podrá contribuir a la elaboración de la cultura, pero muy poco efecto ejercerá sobre su conservación. El tipo medio de individuo en todas las sociedades humanas no parece ser más que un vector pasivo de la civilización que recibe la cultura de sus predecesores y la trasmite a sus descendientes sin modificar gran cosa".

El que escribe estas líneas es médico con un interés vivo por los grandes problemas de la Medicina Social. Llamado para desempeñar un modesto papel en el desarrollo de una política, que anhela el progreso social de todo el país, en el conjunto de naciones que aceptan y defienden la libertad del individuo, se siente obligado a decir, sin tergiversación y con claridad, como se le presenta el problema del desarrollo futuro de la Amazonía. Nuestra región, como todo el mundo, exige reconstrucción. Como lo dice Sir William Beveridge, son 5 gigantes que se oponen en el camino: penuria, enfermedad, ignorancia, suciedad y pereza. Cada uno debe contribuir para vencerlas; y cada uno tiene el derecho y la obligación de aprovechar de sus experiencias para discutir los mejores métodos que se deben emplear. He hablado como médico. Es curioso que las exigencias de la Amazonía se puedan comprender y señalar bajo puntos de vista de mi profesión. No tengo que decir que la Medicina moderna es funcional y preventiva. En este sentido el programa evolutivo para la Amazonía debe ser igualmente funcional y preventivo, o, como se dice con frecuencia, protector. La noche de la Amazonía fué su estancamiento en formas rígidas e invariables; el alba de la Amazonía será el desenvolvimiento, la liberación de sus fuerzas innatas, bajo puntos de vista que no distarán mucho de normas que la Medicina Social ha establecido en todo el mundo civilizado.

* * *

CUADRO Nº 1

Cuadro de los productos que han sido exportados desde el Muelle de Iquitos.

(Años 1932 hasta 1942).

Los valores corresponden a kilos.

Fueron considerados 100,000 pies de madera como equivalente a 136 toneladas.

Desde principios del año 1939, el tabaco de Cumbaza fué transportado a la Costa por medio de aviones y desaparece, por consiguiente, desde 1940, de la exportación de Iquitos. Ahora se producen anualmente cerca de 200 toneladas.

La exportación sorprendente de gomas, en el año 1935, se debe a una alza de precios, con la subsiguiente liquidación de antiguos depósitos.

Otras irregularidades se deben, en parte, a peculiaridades del transporte, como en el caso de los cueros de res. Desde 1940 se notó gran escasez de tales cueros, lo que hizo sufrir la curtiembre (tenería) local: Iquitos tiene 4 talleres, con cerca de 25 operarios, el primero fué abierto en 1916. Ultimamente, el abastecimiento fué completamente insuficiente, por falta de animales en el camal.

Hasta 1941, las variaciones en la exportación de madera se deben a la variable posibilidad de embalzar y mover los troncos cortados hasta los aserraderos. Eso depende de la magnitud de la creciente mayor del año.

Ya en 1942 la escasez de transportes marítimos influyó visiblemente sobre las exportaciones.

PRODUCTOS EXPORTADOS POR EL PUERTO DE

Años	Algodón Kgs.	Balata Kgs.	Café Kgs.	Cueros Kgs.	Gomas Kgs.	Maderas Kgs.
1932	324.054	163.271	606.117	21.564	51.064	5'030.337
1933	402.822	219.846	559.458	44.534	99.268	6'238.484
1934	571.136	325.157	953.461	45.899	26.035	4'067.481
1935	750.699	142.597	700.402	73.954	209.976	3'476.829
1936	1'193.896	127.477	1'060.895	111.054	60.576	3'179.376
1937	517.864	150.221	1'106.507	140.093	49.901	3'315.369
1938	669.391	147.228	530.285	111.737	38.526	3'496.221
1939	488.239	168.881	692.980	162.695	47.486	5'955.276
1940	157.136	132.666	337.662	171.732	6.234	4'195.169
1941	139.724	113.455	88.370	190.191	65.206	3'972.243
1942	409.370	191.222	28.000	160.470	12.673	1'572.429

CUADRO Nº 2

NUMERO DE ALUMNOS EN LAS ESCUELAS PRIMARIAS DE LORETO EN 1941

Se matricularon:

1º año	9.595
2º año	2.392
3º año	1.491
4º año	983
5º año	553
	14.964

IQUITOS (CAMARA DE COMERCIO, IQUITOS)

Kgs. Semilla de Algodón	Kgs. Tagua	Kgs. Barbasco	Kgs. Leche Caspi	Kgs. Tabaco	Kgs. Cueros de res	Total kgs.
372.030	1'374.299	6.659	287.620	44.180	——	8'237.015
413.918	2'006.101	16.140	128.221	——	——	10'128.612
669.171	1'831.385	244.131	221.158	62.051	11.791	8'967.293
1'359.979	1'743.653	418.723	308.608	83.346	13.446	9'198.866
1'395.179	1'903.927	377.008	609.737	49.888	1,330	9'930.455
685.108	1'445.388	365.165	839.883	——	10.008	8'626.407
110.250	1'210.092	523.247	520.742	88.084	760	7'358.479
330.000	1'962.924	1'129.309	317.353	22.850	4.233	11'259.466
——	1'032.736	1'207.555	559.000	——	6.441	7'806.331
——	1'106.725	1'247.202	806.122	——	3.143	7'732.381
——	1'605.585	1'595.637	1'064.194	——	3.014	6'642.594

CUADRO Nº 3

RELACION DE ARTICULOS DE IMPORTACION AL PUERTO DE IQUITOS

Años	Arroz		Azúcar	
	sacos	kilos	sacos	kilos
1930	1,351	135,100	964	96,400
1931	2,352	235,200	702	70,200
1932	1,413	141,300	1,164	116,400
1933	1,283	128,300	1,855	185.500
1934	1,973	197,300	2,751	275,100
1935	1,620	162,000	3,883	388,300
1936	6,365	636,500	4,139	413,900
1937	6,174	617,400	4,695	469,500
1938	4,644	464,400	5,486	548,600
1939	8,271	827,100	4,380	438,000
1940	7,490	749,000	3,304	330,400
1941	5,676	567,600	1,615	161,500
1942	730	73,000	1,215	121,500

CUADRO Nº 4

OBSERVATORIO No. 402, COLEGIO NACIONAL DE IQUITOS

Longitud 73º — 11' W de G.
Latitud 3º — 46' Sur.
Altitud 106 metros sobre el nivel del mar.

Total mensual de lluvias (observaciones del señor Vásquez Montero):

Mes	1941	1942	1943
		caída en milímetros	
Enero	115	127	366
Febrero	201	345	225
Marzo	200	255	362
Abril	198	453	362
Mayo	193	358	159
Junio	101	80	296
Julio	82	122	53
Agosto	38	154	115
Septiembre	78	129	226
Octubre	118	113	288
Noviembre	288	266	152
Diciembre	354	104	—

La temperatura media varía entre 27 y 28.9, baja raras veces hasta 24,4.
La humedad relativa varía (promedio) entre 82 y 91 por ciento.

El lector se fijará que la temperatura media del aire coincide, prácticamente, con la del sistema fluvial de la Baja Amazonía. (Ki G.).

* * *

3. ENSAYO DE SOCIOLOGIA MEDICA DEL ORIENTE PERUANO

ANOTACIONES PRELIMINARES SOBRE LA LEPRA ENDEMICA EN LA AMAZONIA

Todo hombre, por pobres que sean sus conocimientos de patología, sabe, por instinto, que la lepra es un mal atávico, horroroso, que no existe más entre gente civilizada, sino donde reina la suciedad, la miseria, el obscurantismo. Un leprólogo destacado, de pensamiento sobrio, ha dicho "que mayor aseo, mejor comida y un dormitorio propio para cada persona bastan para exterminar el mal". La lepra depende de la condición humana miserable, su eliminación, al revés, de la prosperidad. Un historiador de "Hambre e Historia", E. Parmalee Prentice (1939) termina su libro fascinante con estas palabras ajustadas: "Cuando los alimentos y otras necesidades de la vida son disponibles en cantidad y variedad adecuadas, y cuando el hombre es libre, existirá industria. Cuando los ahorros están protegidos contra confiscación y desvalorización, existirá un manejo económico; gentes industriosas y económicas hacen una nación próspera y rica".

La lepra es indicio de una condición social y económica, mórbidas, y, por lo tanto, exige la plena atención de aquellos que dirigen su rumbo. Como la experiencia demuestra que la lepra puede desaparecer por sí sola cuando la condición humana mejora considerablemente, como se observó, por ejemplo, a partir del siglo XV en Francia, es muy importante darse cuenta, si este mal progresa o no aún, en la Amazonía Peruana. He tratado acerca de esta cuestión hace 2 años y me limito a dar algunos datos estadísticos que demuestran ciertamente que el progreso del mal, su propagación endémica, no se ha detenido, todavía. Y este progreso deriva del aumento considerable de casos infantiles y adolescentes.

En la Antigua Colonia de San Pablo, que he dirigido desde fines del año 1941 hasta fines del 43, se encontraron leprosos:

Edad	0-5	6-10	11-20	21-30	31-40	41-50	51-60	61-70	71-80 años
1942	3	8	47	60	65	29	24	5	5
1943	6	13	62	74	78	32	28	6	3

Tuvieron:

	20 años o menos de edad	30 años o menos de edad	
1942	24	76	por ciento
1943	27	73	— —

De los leprosos, establecidos en San Pablo (1943) sabemos por observación e información definitiva que se encontraron en sus respectivas familias no menos de:

	2	3	4	5	6	7	8	9	10 enfermos
Número de familias:	31	21	19	11	5	0	2	2	1

Sin embargo, pese al conocimiento íntimo de los enfermos y de sus familiares, estudiados en sus hogares rurales muy dispersos, escapan siempre algunos casos "de contacto" al conocimiento del observador. En la monografía sobre "San Pablo" 1942, he publicado, cómo un enfermo del Ucayali (Juan F. de Painaco) había contagiado a 7 personas; mientras tanto he encontrado a 2 leprosos más que derivan su mal directamente de esta misma fuente (9 personas, dentro de 13 años infectadas por un solo leproso). En el caso de la familia Al. de La Pedrera, tenemos una cadena conocida de 11 casos, dentro de 13 años; en el de Romelia B., de Tomishico, de 8 casos dentro de 10 años. Hay infinidad de tales experiencias que se revela lentamente a quien penetra la oscuridad de las relaciones interhumanas de los pobladores pobres. La cadena de contagios más impresionantes, quizá se refiere a una enferma de Nauta, que en el transcurso de 36 años, primero por contactos directos, después por otros, familiares, derivados de éstos, ocasionó el contagio de 21 casos nuevos que conozco! Pero con toda seguridad, el número verdadero es más elevado, aún. A título de ejemplo especialmente apto para introducir al lector en este mundo amazónico, reproduzco otra "cadena", de singular interés.

Doña Leonor, maestra rural, enseñaba en Contamana, Orellana, Olaya y Pampa Hermosa, pueblos del Ucayali. Su pueblo natal fué Contamana. En Orellana enseñó a algunos niños leprosos (en 1931 y 32), entre ellos a Angélica Men., actualmente internada en San Pablo. Dentro de año y medio, la maestra cayó enferma, según su afirmación, de la noche a la mañana, después de haber comido tapir, "sacha vaca", lo que, si fuera justo, comprobaría cierta reserva que el pueblo tiene a este alimento. Siguió como maestra en Pampa Hermosa, donde 3 de sus alumnos cogieron la lepra, de los cuales uno, Oscar Qui., está internado, mientras que 2 viven todavía en su pueblo, enfermos. Oscar afirma que su maestra mostró los síntomas que en la actualidad conoce como inconfundibles. Pero en el año 1935, la visibilidad demasiado grande de su mal la obligó a esconderse en casa y hasta en cama, tratándose, como es costumbre, durante 2 años con "dieta" de plátanos y peces frescos, sin sal o manteca, con "catagua" (hura crepitans) como purga. Además, "un sanitario" la puso inyecciones de chauimoogra "por su erupción de la sangre".

De doña Leonor el contagio se propagó a sus sobrinos, de los cuales, entre 1935 y 40, 3 cayeron enfermos, además su madre, la hermana de la maestra, Julia Ma., la que salió de su casa en Contamana para esconderse en la chácara de otro caserío, "La Unión".

Doña Leonor tiene un tío Doroteo Gr. Pl., natural de Tarapoto, que durante largos años fué empleado de comercio y regatón en Contamana. Su hijo Hernán cogió la lepra en casa de Nicolás Ar., quien murió, así como su hija Dolores, en San Pablo. Bernardo Dr. fué su ahijado y mostró la lepra al mismo tiempo que su amigo Hernán. Lo mismo ocurrió con su condiscípulo Julio Mo. L. y con su prima Elsa S.. además con otro primo: Jorge Lo. R.

Isaías, hijo del mencionado Nicolás Ar. vivió leproso en Pucallpa. En su casa se contaminó Santiago R. S. Pero. Pero este hombre tuvo en su familia ya otros enfermos, un tío y dos primos, no obstante sin haber mantenido contacto con ellos.

Tampoco la familia del joven Julio Mo. L. careció de enfermos de lepra. Su tío Santiago fué, quizás, el primero de todos, siguió su prima, Semira, aparentemente no contagiada por su padre que se había alejado hace muchos años. Ella afirma haber cogido el mal con su cuñado Gavino Ra., o con su amigo Samuel S. Fl., ambos al mismo tiempo enfermos de lepra, en Florencia. Samuel mismo acusa a un condiscípulo, Isaías Sa. de haberle transmitido su enfermedad; otro miembro de la misma familia, Alberto, parece haberse contagiado en esta época, pero cayó enfermo en el Puinahua, no sin haber tenido contacto con otro centro de lepra, en persona de un maderero enfermo de este último sector.

Es un cuadro algo perturbador, pero muy propio de la región, que se comprenderá plenamente al estudiar la vida cotidiana de los moradores pobres, su vivienda, sus migraciones perpetuas.

En el pasado casi siempre, y en ciertos casos hasta hoy, los enfermos se quedaron un tiempo suficiente en el seno de sus familias, entre los colegas de su trabajo, en sus pueblos o chácaras, para contaminar a otros, sanos. Es consecuencia del miedo de los lazarinos y de un servicio de control que nos falta todavía.

Entre 295 leprosos de San Pablo, en el año 1943, había vivido fuera de toda atención médica:

Menos de 1 año	**1**	**2**	**3**	**4**	**5**	**6**	**7**	**8**	**9**	**10**	**11**	**12**	**y más años**
No. de casos 17	48	52	42	32	31	18	10	20	6	8	2	9	

Vivían en San Pablo mismo:

Años	**1**	**2**	**3**	**4**	**5**	**6**	**7**	**8**	**9**	**10**	**11**	**12**	**13**	**14**	**15**	**16**	**20**	**28**	**años**
Número	82	57	37	22	24	12	11	9	4	10	13	2	6	3	2	1	2	1	

Entre estos enfermos se hacen responsables del contagio contactos:

de familia	**escuela**	**regateo**	**enfermería**	**partera**	**con otros conocidos**	**desconocidos**
123	7	24	4	1	78	61

De estos pocos datos resulta que la lepra se infiltra aún, de modo progresivo, en el ambiente amazónico, aunque una apreciación del verdadero número me parece sumamente difícil (1), antes de establecer un censo de leprosos, obra impostergable que exige por lo menos 2 años de un trabajo altamente profesional, exclusivamente dirigido hacia este fin. Recordaremos estos cuadros ilustrativos al estudiar ahora la situación de este grupo humano, responsable del mal.

---

(1) Con respecto a la penetración de la lepra, la Amazonía peruana puede ser considerada como terreno relativamente virgen. Las historias familiares nos llevan hasta la generación de los abeulos. El progreso sigue una curva parabólica que actualmente sufre trastornos a causa de las interferencias mutuas de las diferentes cadenas de contagio, porque la endemicidad en ciertas partes ha llegado ya a cerca de uno y medio por ciento de la población ribereña de los colonos pobres. Hasta en el Bajo Amazonas peruano el nómero de enfermos, aún escondidos, es mayor de lo que se supone. Cada mes nos ha presentado casos nuevos. De esta suerte no es exagerado sospechar que fuera de San Pablo existan unos ochocientos enfermos que necesitan tratamiento y vigilancia, sea para eliminar el peligro que presentan ya o para impedir que su dolencia les convierta en un peligro social, en gentes muertas para la sociedad. En eso el higienista experto debe tomar el mando.

La selva necesita salubridad. La lucha en este sentido, forzosamente, será de año en año más intensa. Pero esta Campaña Sanitaria y Antileprosa, debe basarse en conocimientos íntimos de la situación social; exige más que mera preparación técnica, especialización y cumplimiento de funciones públicas, es decir aptitud médica pura —premisa natural—, fundamentalmente esa "lógica del corazón" de la cual habla Pascal, identificación con el problema humano íntegro, indispensable para sanear esta vida. Si el problema de la lepra es social, el médico, inevitablemente, debe hacerse sociólogo médico; debe combatir el mal en el grupo como en el individuo. Por eso, a mi parecer, hay que ocuparse de la Sociología médica de la Amazonía peruana tal como se nos presenta, "hic et nunc".

Durante su primer florecimiento, el Oriente peruano miraba hacia Europa. El mundo amazónico se cerró por los Andes y se abrió por el Atlántico. El cultivo artificial del caucho en las Indias creó la miseria económica y la interrupción súbita de gran parte de la inmigración y de cierta parte de le emigración, quedándose muchas personas en la selva oriental, por falta de recursos para regresar a sus regiones y países de origen. Se cristalizó la situación presente o, mejor dicho, del pasado inmediato que, una vez más, sucumbe ante cambios graves a los cuales asistimos actualmente, cambios que nuevamente orientan la vida de los colonos en forma más intensa hacia la extracción de productos selváticos. En esta situación tiene sus raíces la endemicidad de la lepra, en ella vive el Oriente Amazónico; en ella entran aún, hasta cierto grado, aquellos hombres que inmigran de nuevo para participar en el nuevo "boom", nueva hazaña viril, en regiones fabulosas, desconocidas; entran sin saber, a menudo sin el deseo de saber, como, por desgracia, voluntad y conocimiento, parecen en veces antinómicos. Hasta los dirigentes ignoran en su mayoría el hecho de que se estableció, bajo la presión de las potencias geográficas y económicas, una forma de sociedad humana que sostiene la condición humana y que está sostenida por ésta.

Exponiendo vistas de la vida cotidiana de la Amazonía, con intención no se trata separadamente lo que hace y lo que es la población ribereña. El hombre amazónico, en cuanto no es inválido, por la fuerza de las circunstancias se mantiene viviendo. Vivir, en la Amazonía, es mantenerse. Hablo, por supuesto, de la vida más primitiva, de la condición humana más rudimentaria, por desgracia muy frecuente. Los pobladores no se diferencian mucho entre sí: cada uno sabe algo de cada trabajo que entra en la órbita de su existencia por ser su base idéntica a la de sus padres. Tan sólo hacen excepción parte de la población pobre de la ciudad, y ciertos indios completamente dependientes que han degenerado, ambos, hasta la condición de un verdadero proletariado andrajoso por haberse separado de la naturaleza. Pasajeramente el hombre roza su terreno para hacer su

"chacrita"; pasajeramente el hombre sale a la pesca, y el pescado le sirve durante mucho tiempo como alimento principal; pasajeramente se impone algún otro trabajo, la construcción de un tambo, de una cocina; pasajeramenfe, también, sale el hombre para "ganar algunos centavos" trabajando como peón. La mujer, con sus hijos, mantiene la chácara, cría las aves, sala el pescado. La mujer cocina, lo que es trabajo sencillísimo, lava la ropa. Muchas personas nos sorprenden por estar paradas, echadas en hamaca, fumando, charlando, aunque nos parezca ser día y hora del trabajo. No lo es para ellas. No hay razón para que la vida del colono pobre sea más intensa; hay muchas razones por las cuales no puede serlo. Vive, se mantiene, "con la gracia de Dios", como se apresura añadir a sus declaraciones empleando estas palabras como una fórmula mágica para conjurar el mal. El hombre se ocupa, de vez en cuando, como por saltos, pero la mayoría no ha desarrollado sus ocupaciones para hacer de ellas profesión, es decir "la prestación continuada de servicios para realizar una finalidad consuntiva o un acto de lucro" (Max Weber).

El hombre amazónico.

La vivienda amazónica refleja fielmente la condición humana. ¿Cómo pudo tomar forma?

He mencionado ya que los colonos actuales son los productos de una migración y mezcla reciente en la cual participaron indios mestizos de San Martín, europeos y asiáticos de origen muy diferente, algunos negros, zambos y mulatos, e indios de la Selva — más bien indias que indios, en este último caso. La única excepción, quizá, la forman los Cocamas, indios de los ríos grandes, que se han entendido y mezclado rápidamente con los colonos de afuera. De un modo general se puede decir que en ciertas migraciones (como aquella que pobló la Amazonía) el hombre suele transplantarse solo y busca, después, la mujer, en cuanto "el movimiento de la vida se mantiene por el hambre y por el amor" (Schiller). La mujer configura su hogar conforme al modelo de sus padres, cría a sus hijos al tenor de lo que ha visto en su propio contorno. Por eso, la personalidad del padre no entra tanto en consideración para formar la vida nueva del colono: "la psicología lo encuentra necesario tomar nota del hecho que impresiones derivadas del ambiente social desempeñan una función única para guiar el desarrollo humano" (Charles H Judd); en la mayoría de las casas la madre domina el ambiente social y le da su forma característica.

Los inmigrantes carecían de experiencia propia para fundar un hogar, para apoderarse de la tierra y para labrarla; al contrario, se separaron más bien definitivamente de una vida, establecida en normas conectadas con su tierra natal, para buscar fortuna, para sacar jebe y resi-

nas, para tumbar árboles, para lavar oro, en una palabra: para regresar ricos; — se quedaron pobres y no salieron más. No fueron "pioneers" de una nueva cultura, no pertenecieron a un movimiento orgánico y perenne de grupos, fueron hombres que se apartaron de su pasado, hambrientos de "riquezas", hombres que se arreglaron entre el río y el monte, según el estilo primitivo del indio autóctono, modificando muy poco su vivienda futura con arreglo a ciertas exigencias que sobrevivían, quizá, pese a todo. El "puesto" fué al principio un abrigo temporal y se convirtió tanto más en morada permanente y en prototipo de la vivienda amazónica, cuanto más sobrevino la decadencia económica y la pobreza permanente, a raíz de los cambios en el mercado del caucho, y cuanto más, también, las condiciones primitivas favorecían cierto nomadismo.

Influyó, por ende, mucho la mujer, verdadera creadora de la vivienda, que, por no conocer o no poder trasplantar otro estilo de vida, muy a menudo por pertenecer ella misma al tipo autóctono, dió a la casa y a sus alrededores, a sus crías y chácaras, un carácter que, sin ser autóctono, tampoco distó mucho de su esencia. Se estableció, pues, bajo la influencia de los elementos ya durante siglos adaptados a la Selva, nuevo tipo de vida, característico para el colono mestizo.

Por el contacto continuamente más íntimo con indios selváticos este proceso no ha llegado aún a una condición estable. El acercamiento mutuo cultural ("acculturation") está en pleno desarrollo, no sólo de parte de los indios que se abastecen por intermedio del colono substituyendo industrias propias y arcaicas por bienes del mercado de los "blancos", sino, también, de la de los colonos que, por ejemplo, a raíz de la escasez de pólvora y fulminantes se procuran y emplean de modo creciente la saramatana, la pucuna (la sarbacane) cuya fabricación queda un arte de ciertos grupos indios y forma, así como el curare, objeto de cierto comercio o trueque suyo. La introducción de tal nueva arma de caza fué relativamente fácil como muchos niños de colonos jugando han tenido la posibilidad de aprender el manejo del arco y de la pucuna; el arco y la flecha son el juguete de preferencia de los niños indios (de ambos sexos, pero, por supuesto, más de los varones) y el tubo lanzador de flechas, demasiado pesado para un niño, le llena de admiración y lo emplea en cuanto se siente ya suficientemente fuerte para manipularlo.

El hombre que emigra y no quiere sacrificar el standard de su vida, debe llevar a su mujer y procurarse muy pronto la escuela apropiada para sus hijos. Los hombres que vinieron al Oriente no lo hicieron en general, y mujeres forasteras hubiesen sido de poco valor en esta lucha, primitiva y atroz, que el inmigrante pobre tiene que sostener para perdurar frente a una naturaleza extraña y hostil que exige mucha experiencia especial para garantizar la vida humana. La simbiosis con la mujer autóctona o, por lo menos regional, ofreció ventajas enormes. Así los hombres

entregaron a la Selva, cuerpo y alma. Al empezar, toleraron, más tarde adoptaron este estilo de vida que hoy en día es tan común en estas regiones que casi nadie se sustrae a su influencia, aun cuando sus recursos lo permitiesen.

La mujer maneja no sólo la casa, es compañera del hombre, de día y de noche, apaciguadora de sus deseos, y se impone, silenciosamente, sumisa, séalo o no; se ocupa de la crianza de los hijos y les forma de acuerdo con su propio modo de ser; si el padre interviene, lo hace más tarde, en general, demasiado tarde: el niño ya ha recibido su moldeado "amazónico". No nos puede sorprender que esta vida tenga su "estilo" peculiar, sus "modas", sus cánones que rigen hasta los regalos que se deben hacer, y las groserías que se aceptan entre personas "de confianza": cánones que determinan ritmo, contenido y color de la vida cotidiana legítima. El poder asimilador de esta vida es decisivo.

Un ejemplo muy demostrativo ofrece el desliz social de tantos hijos de extranjeros, hecho triste que resultaba ya del estudio de ciertas colonias tiroleses y, más aún, del hecho que no pocos hijos y nietos de tales inmigrantes aparecen entre nuestros leprosos. Por supuesto, son hijos de "náufragos" o forman la prole descuidada de uniones desfavorables. En el grupo conocido de leprosos hay 4 alemanes, 4 hijos, y por lo menos 3 nietos de alemanes, 2 hijos de inglés (el padre regatón...); existe un hijo de madre austríaca; hubo un italiano, con 4 hijos leprosos como él; hay un número crecido de españoles y portugueses.

Muy pocos grupos, de importancia insignificante, escaparon por cierto tiempo a esta suerte "de convertirse en autóctonos" ("going native"), y eso gracias a subsidios económicos, a las inmigraciones de grupos familiares enteros, con escuelas especiales que mantenían, pese al ambiente, la tradición cultural, tan reducida que fuera la herencia. (Pozuso, Villarica).

El analfabetismo higiénico.

La Amazonía, durante dos generaciones, no ha tenido escuelas, o las ha tenido en número tan reducido y de calidad tan pobre, que su influencia no iba más allá de trasmitir ciertos fundamentos del arte de leer y escribir y de las prácticas religiosas cristianas. Gran parte de la educación consistía, y consiste, hasta hoy, en un aprendizaje basado en la observación e imitación de la vida de los adultos, a la cual el niño asiste, desde la cama hasta la caza.

Este carácter y esta pobreza de la educación es de importancia trascendental, siendo, como lo dice M. H. Cornejo (cita de Bernabé L. de Elías) "la educación, fenómeno común y constante, que tiene el carácter de fuerza general de la evolución social". En este sentido, el movimiento humano, tan acelerado por los acontecimientos últimos de un nuevo auge de la ex-

tracción de jebe, no dejará de producir consecuencias benéficas haciendo comprender a muchas personas cómo es necesario instruírse mejor. Pero tal impulso pertenece aún al porvenir.

Con muy pocos excepciones, la coerción que los padres ejercen sobre sus hijos es mínima, y nada es más frecuente que la contestación de un chiquitín que dice: "no quiero", y, por lo general, no lo hace tampoco. El médico tiene amplia ocasión de verlo. Si los padres esconden a hijos enfermos, sus párvulos siguen, en su ausencia, fielmente su ejemplo, y niños de 6 y 4 años nos engañaron una vez pretendiendo que su hermana enferma se había ido 'a la banda", en el arrozal, con la mama", aunque en verdad se encontró encima de nosotros, en el terrado de la choza.

Analfabetos existen aún en gran número, especialmente entre la gente adulta, pero también, hasta cierto grado, entre la juventud de los ríos. Sin embargo, el analfabetismo se liquidó hasta cierto grado. En el "Panorama general" he citado datos estadísticos que ilustran bien la situación. Pero haber seguido dos cursos de la escuela elemental amazónica, como lo hace un número muy elevado de los alumnos, no es igual a una instrucción elemental en debida forma. Saber leer y escribir un poco no es lo mismo que lo que transmite una escuela como la prevé la educación moderna, y como lo ha fijado en el Perú la "Ley Oliveira", de 1941. Falta la influencia verdaderamente educadora, faltan, en general, en nuestra región, los fundamentos de la cultura, la conexión viva de la enseñanza con la vida genuina cotidiana, falta, también, el número necesario de maestros preparados y entusiastas, con locales adecuados para recibir esta cantidad enorme de hijos de la chácara, deseosos de aprender. En el Río Ucayali un censo nuestro fijó para cada madre un promedio de 6 hijos vivos. Según el Censo de 1940, en Loreto, la relación de edades fué la siguiente:

Población total:	**181,341 almas**		
0 a 5 años	36,234	o	21,49 por ciento
6 a 14 —	42,929	o	13,28 — —
15 a 19 —	17,598	o	10,44 — —
20 a 59 —	66,014	o	39,15 — —
60 y más	5,519	o	3,27 — —

Repito que, en el año 1941, hubo 43,000 niños entre 6 y 14 años, de los cuales 15,000 se matricularon en escuelas primarias:

9.595	en el primer año
2.392	— — segundo —
1.491	— — tercer —
983	— — cuarto —
553	— — quinto —

Los niños vienen a la escuela con 5, 6 ó 7 años, a veces, con 11 o más, para participar juntos en el mismo curso, lo que impide, sin duda alguna — por lo menos en las condiciones existentes—, la labor escolar. Tienen que trabajar para su familia, no tienen quién les ayude en la casa, deben interrumpir la enseñanza para ir a la chácara. Por eso los resultados son malos; los niños repiten un o dos veces antes de pasar los exámenes y la mayoría sale de la escuela "con instrucción", sin tener más que escasos rudimentos de la enseñanza elemental. Un "record" sostiene, quizá, un joven leproso, Jorge Fl., de Iquitos, que se quedó 8 años en la escuela, 4 en el primer año y 4 en el segundo. "Fuí un haragán". El analfabetismo de quien desmiente de esta manera la escuela, fomenta un mal social como la lepra.

Lo que importa es que el médico y el sociólogo insistan en el hecho de que hay, al lado del analfabetismo en el sentido propio de la palabra, otro no menos trascendental: el analfabetismo higiénico, que nace en la vivienda tradicional y que la escuela hasta hoy no ha vencido, ni siquiera ha intentado vencer.

No podemos evitar hablar de analfabetismo higiénico si escuchamos cómo Andrés Murayari, uno de mis leprosos, me dijo que siempre venían enfermos a su casa en Requena, con caras bien abultadas, pero no se fijó en eso "por desconocer el mal". Ni siquiera recordaba los nombres. Sólo en tales condiciones es comprensible que Hernán Dávila durmió con su abuelita leprosa en la misma cama. Menos fácil es comprender cómo los padres de Rosalina permitieron que la niña de 10 años hiciera masajes a su abuelo lazarino "y le rasgaza el sisu"; o cómo Prudencia S. mandó su hijito a casa de un leproso (Rodolfo Ríos V.) para servirle, "por caridad, siendo los padres muy amigos". Juana R. tuvo una madrastra leprosa, y se les hizo lavar constantemente su ropa sucia. Así se contagió, por supuesto. No nos sorprende mucho que César Dávila, cuyo padre fué chinganero, teniendo su negocio en una balsa del río Itaya, se infectó, como muchos visitantes no sólo se emborracharon, sino dormían en el único cuarto de su "domicilio". Zacarías Me., también, nos cuenta cómo aceptó en su casa, en Masarai, a un leproso del río Pachitea "por desconocer el mal".

Por tales razones, en la Amazonía nuestra, así como en las Filipinas, el aislamiento de los leprosos bacteriológicamente positivos debe aceptarse como base de las medidas profilácticas. Como lo ha recomendado la Comisión Filipina: la forma del aislamiento debe ser tal que ofrezca la protección necesaria para la población sana e intervenga lo menos posible con los derechos de los leprosos.

* * *

Lo que impide principalmente la comunicación con el morador amazónico pobre son el raciocinio y el habla tan diferentes. Nuestro modo de ser, pensar y hablar, extraña al hombre de poca instrucción escolar (o de ninguna) que ha aprendido más o menos a manejar objetos de su ambiente acostumbrado, pero que se siente torpe frente a símbolos cuando no ha desarrollado habilidad lingüística. La enfermera tiene que repetir cuatro o cinco veces lo que el enfermo debe seguir como tratamiento o régimen y al fin no se ha comprendido nada y se pide escribirlo para que el hijo o la vecina puedan estudiarlo. No temen, ni notan las contradicciones extraordinarias: Una mujer habló de su marido, que había muerto de lepra (o con lepra), pocos días antes: “Ha muerto sanito. No ha tenido lepra.” Se le contesta que el difunto, según afirmación de su propio cuñado, tuvo la cara y las orejas hinchadas, abultadas. “Sí, pero eso fué hace 9 meses, cuando se iba al brujo para curarse. Ahora ha sido sano; nada le faltó; tuvo fiebres y diarrea, no más.”— Si hay el deseo de disimular, también la falta de comprensión es profunda. Todo el mundo del colono pobre e ignorante está embebido de maldad, maldad de la naturaleza, maldad del vecino. Si no le ha quemado “el arco”, alguien le ha hecho mal por “no querer su casa”. Todo es calumnia, mentira malévola; ya el niño se defiende continuamente exclamando: “mentira”. Un enfermo demuestra atrofia muscular de una mano. Se adscribe a un “ango chupo”, un forúnculo cuya viduo al “cuchipe” (pian), cuyo papel, por supuesto, no es desdeñable, aunque diferente de lo que piensa el pobre; se acusan una quemadura, un accidente. Se piensa “por analogía” y con una participación fuerte de creencias mágicas, con una tendencia potente, también, de silenciar angustias propias. Así se aceptan explicaciones absurdas para nosotros, pero accesibles para la población, accesibles y tranquilizadoras. Conceptos básicos, como “contagio”, por ejemplo, parecen incomprensibles para algunos, aunque otros los tienen. Muchos exigen relativamente largo tiempo para poder pensar bien. De un lado eso induce autoridad y sumisión, especialmente frente a la palabra impresa que tiene casi valor mágico como procedente de otro mundo, del otro lado provoca escepticismo irracional, como se manifestó en aquel leproso que al oírme decir que su enfermedad era curable, me interrumpió: “¿Capaz, usted es nuevo Jesucristo?” — En parte el pobre no comprende, en parte simula falta de comprensión para evitar la contestación y otras consecuencias. Se siente débil frente al forastero, lo que da a sus reacciones muy a menudo el carácter de defensa. No puede sorprender que sea egocéntrico y que pocos individuos sientan la necesidad de socializar sus conceptos y someterlos a juicio crítico de otros. Afirman como niños. Hablan con énfasis. Les falta la lógica que es, según Piaget, “el arte de convencer”. Más aún, su facultad idiomática es poco desarrollada. Su vida cotidiana está llena de estereotipismos. Así le recibe

a uno el pobre en su choza: "Benjamín Menéndez, a sus órdenes. Sin novedad, gracias, y usted?"

A raíz de esta situación, universal y característica, muy pronto me he convencido que la obra educadora esencial exige la formación de enfermeras rurales, nativas de la región, que hayan aprendido suficientemente los principios de Higiene y que tengan, al mismo tiempo, un contacto natural con los pobladores, contacto, es decir: capacidad y posibilidad de comunicarse mutualmente con él. La misma experiencia nos transmite J. L. Hydrick, de su labor higiénica rural, efectuada en las Indias Holandesas. (1942, Intensive rural hygiene work in the Netherlands East Indies, Nova York).

La vida selvática desarrolla y forma, por ende, una base de entendimiento que nos es difícilmente accesible; y, al revés, los pobladores del monte no pueden ponerse al tanto de nuestro modo de razonar. Hasta las mismas cosas, para ambos grupos, tienen sentido bien diferente. El hombre primitivo hace "lo que se acostumbra hacer". Tiene algo como Higiene en su vivienda primitiva; pero si se le obliga a transformarla no adopta, en correspondencia con el cambio, su comportamiento general. Así se crean conflictos, así se nota la falta del raciocinio que la vida más complicada exige para mantenerse sana; así enfrentamos un "analfabetismo higiénico". El mono, el loro, viven limpios y felices en sus árboles, pero no lo hacen en jaulas. El hombre para vivir en la jaula de sus casas y caseríos debe desarrollar costumbres protectoras, debe elevarse encima del nivel del animal humano de la Selva; y la época de transición es siempre penosa. El problema es más grave aún, cuando un fondo vigoroso de conceptos mágicos se opone a nuestro modo racional de ver las cosas: la Magia, por esencia, está en oposición con la Higiene.

La vida del colono.

La necesidad de mercados y de escuelas ha creado las aglomeraciones de gentes, y las ciudades, que tienen todavía, sin excepción alguna, un carácter rural, que les da cierta semejanza con las ciudadas medioevales, co-

(1) En toda la Amazonía peruana encontramos "quechuismos" que se mezclan con palabras derivadas de dialectos e idiomas indígenas o africanos sin descuidar la influancia portuguesa. Pedro M. Benvenutto Murrieta (Lima, 1936, El lenguaje peruano), ha tratado acerca de este fenómeno.

Formas diminutivas y aumentativas abundan en el habla del pueblo y corresponden al carácter enfático de la conversación corriente. Así se formó un idioma especial que es tanto más de importancia fundamental cuanto el poblador pobre e inculto no desarrolla su inteligencia discursiva y lógica a la par con otra meramente perceptiva y "obrante". El colono tiene un instrumento idiomático que guarda algo del infantil; le sirve en su medio ambiente, pero obliga a nosotros a aprender y emplearlo para comunicarnos íntimamente con él. Además, en buen número de casos, esta condición mental que revela el idioma, evoca una literatura muy amplia que se ocupa de la psicología infantil y primitiva cuyo conocimiento, también, es necesario para comprender el pensamiento y la realidad mágicos que aún desempeñan un papel tan importante en este mundo amazónico. (Compárese L. Lévy-Bruhl, París, 1922, La mentalité primitive, y K. Koffka, Buenos Aires, 1941, Bases de la evolución psíquica).

mo lo señalé al describir el Valle de Guayabamba. Son estas, centros de abastecimiento de afuera, de venta de los productos de la Selva. Por eso viven, por eso se les agrega el aparato más o menos poderoso de funcionarios del Estado, civiles y militares. Por eso, asimismo, existe un vaivén perpetuo entre "la chácara" y la urbe, facilitado por las exigencias mínimas de los moradores que se avienen con todo, para vivir y pernoctar, que buscan el cambio, que se aburren, y que, de vez en cuando, fomentan ilusiones nacidas de la mera fantasía. Cuanto más difícil se hace la vida en el río, tanto mayor es la tendencia a afluir a la ciudad; cuanto menos el morador pobre de la urbe tiene que ganar y comer, tanto más se muestra la tendencia inversa de un movimiento migratorio hacia la chácara. Lo mismo ocurre cuando el pobre se siente enfermo y no tiene cómo vivir huyendo de la ciudad; otros, por lo contrario, la buscan, con sus farmacias y sus médicos. La mayor parte de la población pobre de la urbe no ha cambiado en nada su estilo rural de vida, más bien lo ha reducido si eso cabe en lo posible, privándose de su chácara, amontonándose en chozas chicas, cerradas, sucias. Pese a eso, se crea el contraste entre la selva y la ciudad, pero de un modo bastante típico para nuestra Amazonía.

La ciudad, en tanto que centro de comercio y de administración, es, al mismo tiempo, centro de consumo; la selva, en cambio, como chácara, es decir "selva vencida" por la labor del hombre y convertida en tierra de cultivo de substancias alimenticias, es productora, pero de un modo absoluto y relativamente insuficiente. Apenas abastece las exigencias mínimas de los centros, y no resiste a cambios tan bruscos que aquellos que produjo esta guerra. El pobre de la Amazonía es de gran modestia en todo lo que se refiere al acopio de las necesidades para la vida cotidiana, especialmente la alimentación. En toda la región selvática, el subconsumo coincide con la subproducción, alimenticia. El colono, hasta cierto grado, vive de su producción, pero con rarísimas excepciones no vive para producir. Hasta la fabricación de fariña persigue la doble finalidad de obtener un alimento de reserva, destinado para los tiempos de escasez de yuca, y para las excursiones de los hombres a la selva y, del otro lado, para evitar la destrucción definitiva de muchos yucales por la creciente. Necesidades vitales imponen este trabajo. Ya la elaboración de tapioca es algo muy raro y nunca se efectúa con fines comerciales. El colono, por tradición y casi por naturaleza, vive para extraer: resinas, pieles, madera, oro, jebe. Muchos no pueden hacerlo, sino en forma rudimentaria (por no tener la fuerza y los recursos para organizarlo), otros lo hacen de cuando en cuando y a la manera de un esfuerzo excepcional y sorprendente, otros, comúnmente; pero todo lo anhelan y lo consideran, en su fuero interno, como la manera más apropiada de ganarse la vida prescindiendo del comercio puro. Cada uno hace durante su vida un poco de todo, faltando casi por completo esta diferenciación, característica para sociedades desarrolladas. En este sentido

he mencionado que muy a menudo el cauchero se convierte sucesivamente en maestro de escuela, regatón, empleado público, jornalero, periodista, buscador de oro. He visto a un viejo, que vive en una choza del río, y autor de una "Ortografía de la Lengua Castellana", en 4 tomos.

El colono se abastece a sí mismo, para emprender sus excursiones al monte. Prepara fariña — ésta mojada con agua es el shibé, alimento principal—, caza monos, puercos silvestres (huanganas), paujiles, etc.; con un poco de café se sostiene por semanas o meses. Otra previsión sería económicamente imposible. Cuando recientemente se les proporcionó a precios baratos harina de trigo, nadie la empleó por la razón sencilla que es imposible hacer pan en la selva! La buena voluntad de una organización abastecedora desconoció en absoluto el canon inexorable de la vida del seringuero. Ya al comprarse, por ejemplo, medicamentos contra el paludismo u otros males, el colono se priva de gran parte de sus posibles ganancias, especialmente en vista de la explotación comercial que se apodera de tales posibilidades donde la vida del individuo, por ser expuesta, le induce a cualquier sacrificio tratándose de ríos lejanos a los que la enfermedad da aspectos de catástrofe y donde el valor de las cosas comprables sube, fantásticamente, y por fuera de toda relación con la realidad.

Así vive parte de los moradores de tal modo que tienen sus casas y cultivos, yucas, limoneros, mangos (1) — muchos, ni siquiera eso — y cierta cantidad de animales domésticos, cuyo número se reduce a un mínimum cuando la creciente llega a su fin; efectúan periódicamente sus excursiones para extraer materias primas de la selva, en cuanto se trata de picles y resinas, o se limitan a organizar su comercio, y hay múltiples transiciones entre la participación activa y el papel pasivo del colono que se hace simplemente intermediario y "empresario". Se trata de relaciones cuyo conocimiento nos abrirá las puertas para comprender mejor la estructura sociológica de esta tierra de frontera, de la cual se habla tanto, pero que aún es poco conocida en su organización íntima. Y tal existe, pese a todo. Waldo Frank escribió una vez: para el egoísta, todas las verdades son paradojas; porque la verdad contiene todos los aspectos de un acontecimiento, y el ojo atento a uno solo, no puede admitir los otros. En esta actitud muy frecuente descansa un peligro grande: en la lucha tremenda para realizarse a sí misma la Amazonía necesita un espíritu abierto, aunque sea para situaciones desagradables.

* * *

(1) Hace poco, al visitar un afluente chico del río Ucayali, encontré que los pocos moradores para preparar chácaras nuevas habían destruído gran número de cacaos, restos de un antiguo cacahual que la selva había invadido incorporándolo en la "purma", bosque secundario que crece después del rozo de la selva virgen. El cacao no entraba en las costumbres alimenticias y, por consiguiente, tampoco en las exigencias de estas gentes.

La vida del Oriente está caracterizada por la colonización entre el río y la selva, con viviendas dispersas y transportes exclusivamente fluviales, haciendo abstracción, siempre, de ciertos grupos o tribus autóctonos que se han retirado al interior y que tienen sus "trochas"; pero aunque retirados no están separados del río y del mundo; las necesidades se hacen más fuertes que las aversiones, y de eso tenemos que tratar más tarde. Por el momento nos ocupa todavía el colono y su economía. Se mantiene de sus cultivos y crías, de la caza y de la pesca; algo le sobra para la venta o el trueque a fin de obtener lo que él no produce: jabón, telas y otras cosas apreciadas. Así vende al vecino que prepara una excursión o un viaje a la ciudad, si la ocasión es propicia; o a la "lancha" que para trocando como se pueda; o al "regatón", buhonero del río que regatea, de casa en casa, vendiendo o cambiando artículos de primera necesidad, muy codiciados, por los productos de la chácara y de la selva: gallinas, huevos, yuca, quelonios, pieles, jebe y todo lo que el colono puede ofrecerle. Tal comercio, por supuesto, es menos halagador y estimulante para el colono-productor que para el regatón. A ese tipo le he comparado con el hongo que penetra todo lo que no puede resistirle; es ubícuo y de una paciencia imperturbable; conoce a todos; sabe lo que tiene y lo que les hace falta; da a crédito; es el "vivo" de estas regiones que hace su dinero explotando las necesidades que se presentan a todo el que vive en la soledad indescriptible de un "puesto", lejos de la ciudad, en plena selva, a la orilla de un río o de una quebrada; su especialidad y su principal aportación son sus conocimientos del poblador, y su falta de escrúpulos altruístas; en su "pamacari" (1), verdadera tienda ambulante, con su jaula de gallinas en la popa, dueño y señor, acompañado por 2 ó 3 muchachos, o "ahijados", recorre el río de puesto en puesto, trayendo telas, jabón, kerosene, velas, aguardientes, pólvora, tabaco y cigarrillos. Un dictador de precios y valores, en la soledad de la selva tropical. Un hombre juicioso que sabe distinguir entre sus clientes.

Frecuentemente parece un bienhechor, por lo menos visto desde la situación de la persona que le requiere. Abguar Bastos, en su "Novela del Amazonas", habla del "pueblo sin dinero"". "En estas mansiones arrebatadas al diluvio, nada valía tanto como la cachaza. Todas las miserias se olvidaban en el ensueño de la embriaguez, el cuerpo se vigorizaba para extraños ímpetus, el calor sofocante no agobiaba, los músculos se endurecían como piedra. La cachaza era el vino del pobre, y además su pan y su remedio". He leído en un periódico de la Selva cierta publicidad de un aguardiente regional: "gran producto de la Selva, usado sin recelos a las orillas del Amazonas; rico tónico reconstituyente de los palúdicos selváticos, y en los casos de flaqueza, él será su fortaleza..." Ninguna fiesta, ningún velorio son

(1) Canoas y batelones se cubren con un techo de hojas de palmera (yarina y otras) para proteger al navegante: esta bóveda lleva el nombre de "pamacari".

imaginables sin masato, sin cachaza; cachaza con miel y limón: el coctel que hace la ronda entre los invitados al baile, siempre, por supuesto, en el mismo vaso, de boca a boca. ¿Y quién no quiso bailar? Hasta los nativos vienen con sus criaturas para mirar, silenciosamente; entre ellos muchos ya han tomado el gusto de la cachaza...

Se comprende que la figura del regatón se impone a la fantasía de muchos jóvenes como algo heroico e inteligente, digno de un muchacho bien vivo. En la pobreza general, el lema es ganar la vida; y la pobreza civilizadora reduce las posibilidades, grandemente, hasta que no queda otra posibilidad sino cultivar a la manera arcaica o explotar a los que cultivan, ir al monte para sufrir las penurias del maderero o seringuero, o aprovechar de sus deseos para negociar con ellos — siempre que no exista la suprema posibilidad de un "empleo público". Me acuerdo de un leproso, el "doctor zapote", hombre ambicioso y vicioso, que dijo misa para sus compañeros, lo que no le impidió huirse para regatear, con el dinero de los enfermos, engañando a sus compañeros así como a los pobladores sanos. Es, por supuesto, un tipo exagerado, criminal, pero un tipo que, por traspasar los límites, ilustra bien lo mórbido de este tipo social. Cuando aún fué sano se liberó de la Guardia Civil pretendiendo ser leproso ("¡Qué nadie me toque: soy leproso!"); cuando leproso internado, se siente doblemente protegido: ninguna prisión le acepta; pero siempre hay colonos que se dejan embaucar.

El "motor" del regatón, el muchacho, el "ahijado", es baratísimo. Es el joven, sin padres, que se cría en casa ajena, ailmentándose y recibiendo un poco de ropa y muy poco dinero, si lo recibe de todo, en recompensa de su trabajo. Es la mano de obra más barata cuya presencia es bien característica en la vida amazónica. Hay muy pocas casas donde no se encuentra. El único trabajo contratado que rinde es aquel que no exige pago o cuyo premio es muy reducido. Por eso, se impone la grande familia y la "adopción de brazos", si no en los derechos, por lo menos en las obligaciones familiares.

* * *

Pero esta clase de trabajo no sirve para explotar la selva de una modo más directo y, al mismo tiempo, más intenso y lucrativo. Con esta finalidad se estableció la subestructura económica de una "relación comunitaria" (F. Thoennies) entre algunos colonos e indios selváticos. Tiene sus raíces de un lado en la necesidad del indio de mantener cierta, aunque a veces limitada relación económica, con el colono "civilizado" en el sentido del acceso a los bienes producidos en centros civilizados, del otro lado, para el colono, en la de obtener los productos del monte a precios baratos, desde la "carne del monte" hasta las pieles y resinas. Un colono que dispone de 15 a 20 familias de indios, vive bien. Así conozco a un leproso que sufre des-

de 29 años su enfermedad y que vive una vida acomodada como "curaca" de Yaguas. Recibe sus medicamentos, regularmente, por correo de Colombia. Su enfermedad parecía parada, desde 5 años, más o menos, pero el delirio del nuevo auge con un trabajo muy intenso, en jebe y madera, le ha vuelto, una vez más, contagioso. Aunque sólo vigilando las extracciones, porque sus mutilaciones impiden toda intervención directa, la vida en el monte le hizo daño. Ocupa, además a otro individuo leproso; y este ejemplo que no es único, ilustra una situación peligrosa de manera muy interesante, una situación que exige estudios muy profundos y sistemáticos sobre la salud de los indios que colaboran en tal grupo. Uno de mis enfermos (Telésforo Pe. Ca.) describió netamente un acontecimiento típico, cómo se contagió y enfermó con lepra en un campamento de madereros, en el río Tapiche: se le hincharon manos y pies, y el cuerpo se puso insoportablemente sensible. Muchos enfermos sufren de tal manera qu hasta el pisar sobre hojas secas les da dolor agudo. No pueden andar descalzos; tienen que esperar hasta que pase esta fase o deben abandonar su labor.

La cooperación entre colonos e indios silvestres forzosamente tiene que contagiar a éstos. Se nota de primera intención al considerar las simples parasitosis intestinales; pero se extiende hacia la lepra. Ya entre Campas del Alto Ucayali, entre Chamas y Cocamas del mismo río, en su curso ulterior, he encontrado buen número de nativos leprosos. Empresarios leprosos del Bajo Amazonas infectaron hace tiempo ya a ciertos grupos de Ticunas, indios de los cuales dos eran internados en San Pablo.

Si el "empresario" puede infectar a su gente (caso, por ejemplo, de Juan Hid., del Tapiche, y de otros más), el leproso, también, puede contagiar a su patrón, como ocurrió con el enfermo Nemesio Sa., quien trabajó con leprosos, huídos de San Pablo, o con Don Fernando Fe., ambos madereros. De tales experiencias resulta el inmenso peligro de una labor intensa en la Selva, sin la existencia de un control eficaz y competente de los trabajadores. Cada una sabe que no hay ni siquiera principios de tal control, pidiéndose, en la actualidad, nada más que productos, es decir mano de obra. Para el Higienista sincero tal situación resulta desesperante.

La existencia del indio selvático, en pleno bosque, es relativamente sana, pese a las vicisitudes del tiempo, de los pantanos, de los insectos, y de mil factores más, siempre que el grupo guarde la independencia de su vida.

Mayor peligro corre el colono ignorante, que tiene igual "miedo" que el indio, pero, además, los contactos peligrosos, sin la protección del aislamiento o de una conciencia higiénica arraigada, transformada en "moral cotidiana". Si duda de su salud, recurre de preferencia a remedios arcanos; hasta el médico, para él, tiene algo aún del brujo, y cada curandero, "curioso" o herbolario, cada "chupador" o "tabaquero" para él, es "médico" y "doctor"; no hay persona que no se trate en primer y último lugar "con yerbas", "bajo dieta especial", manifestándose una mezcla extraña de mo-

dos de pensar muy diferentes, con adopción muy incompleta de nuestra medicina racional inaccesible al hombre de poca educación, una verdadera encrucijada de diferentes mundos humanos que no facilita la labor médica, especialmente si el pobre no ha tenido siempre ocasión de conocer el nuestro como debía presentarse. (Hasta médicos que trataron a leprosos, les mandaron donde el brujo para deshacerse de ellos, sin darse cuenta del daño que tal actitud inevitablemtnte provoca). Todo el pensamiento del colono tiene aún huellas profundas de la enseñanza mágica que casi todos han recibido y que, aunque desmenuzada, tiene fuerza de fe. Durante generaciones la atención médica ha sido demasiado pobre para oponerse a tal comportamiento. Fué y es necesario crear otra fe, en estos moradores que se sentían abandonados en su miseria: "únicamente una fe puede prevalecer frente a otra", como dice acertadamente R. H. Tawney.

Es evidente que el trabajo en la selva, en los ríos apartados, ofrece gran peligro de contagio si un solo enfermo muy contagioso se mezcla entre los sanos, ignorantes, incautos, expuestos a cualquier riesgo de contactos íntimos en sus campamentos primitivos, expuestos igualmente, si utilizan "tambos" abandonados o si se alojan en casa ajena, desconocida. Y el hombre aislado busca gustosamente compañía. Actualmente es de gran interés observar cómo una multitud de hombres "va a la sheringa"; no cabe duda de que este nuevo movimiento nómade en la situación presente contenga los gérmenes del peligro de una propagación bastante vehemente de la lepra, como no pocos enfermos lo han hecho conociendo o ignorando su mal, como me consta por experiencias propias y por informes fidedignos recogidos en la región. Sin embargo, los servicios ambulatorios de asistencia médica protegerán sólo en cuanto sus encargados sabrán algo del mal en sus diferentes formas, si se concentran en este problema arduo con una labor minuciosa que demanda mucho tiempo. Tenemos la triste experiencia de que hasta médicos en las zonas atacadas, y no sólo en el Perú, sino en todo el mundo, a menudo fallan en el diagnóstico, ya de los casos recientes, ya de otros adelantados.

El indio de la selva no quiere separarse por mucho tiempo de su mujer. Por eso, por lo menos excursiones grandes de larga duración, en las cuales mujeres y niños no participan, ocurren una sola vez al año y no duran más de 3 meses. Ni los intereses propios de la vida india, ni la intermitencia de las crecientes admite otro arreglo. Pequeñas correrías de caza, por supuesto, son muy frecuentes. Esta situación está preñada de peligros; explica, en parte, la economía parasitaria del morador selvático (1), la explota-

(1) En la guerra europea (de 1914) soldados desligados de toda responsabilidad social cortaron árboles enteros para recoger cómodamente algunas frutas codiciadas; —en la selva tampoco es difícil observar que se tumba una palmera sólo para recoger algunos de sus frutos: la explotación del "caucho" y de la "leche caspi" hacen escuela. La manera de "extraer" no desenvuelve el sentido de responsabilidad social del hombre selvático frente a la naturaleza, fuente única de su existencia económica.

ción nómada, ampliamente destructora, pese a todas las buenas prescripciones teóricas que hacen los legisladores, hombres de óptima voluntad, pero muy apartados de la realidad amazónica. Tales situaciones no se subsanan sino conociendo y admitiéndolas con honrada sinceridad.

La casa medioeval. El grupo familiar.

"Medioeval" es la casa y gran parte de la vida del colono, sus costumbres, su comercio. El pasado humano parece seguir viviendo, no sólo entre las tribus "salvajes", sino entre los grupos "civilizados". Nos dice Henry Pirenne, en su excelente "Historia económica y social de la Edad Media", que casi todos los ramos de la industria: alfarería, muebles, zapatos, vestidos, utensilios e implementos de todas clases quedaron reducidos a las ciudades, fueron monopolizados por sus artesanos y no se difundieron más allá de los reducidos linderos que marcaban sus mercados locales. (1941, México). Por supuesto, la situación amazónica es harto diferente, en la ciudad y en el "campo". La chácara india o semi-india aún produce vasijas de barro, hilo de chambira, redes para la pesca (tarrafas, atarrayas), aunque, por lo general, para el uso propio, muy poco para la venta. Con la degeneración progresiva de la industria nativa india, más y más el veneno de flecha y hasta las saramatanas (blowing pipes) forman objetos de un tráfico no limitado a indios entre sí, sino entre ellos y colonos que reconocen la importancia y las ventajas económicas de esta arma de caza formidable. El colono vende a la ciudad sus productos, que no son siempre suyos, lo que se ha extraído, recientemente, también, el barbasco cultivado. Pero, en este caso ya se trata de un producto que no está más relacionado con la vida regional misma sino con industrias ajenas, casi desconocidas del colono productor o intermediario de indios. El uso original, como veneno de pesca, desaparece por completo. El compra, al revés, de uno u otro modo, de la ciudad la sal, el jabón, sus telas que se confeccionan en casa, frecuentemente con una máquina de coser, compra sus machetes, instrumentos universales para todos los trabajos en el monte, en la chácara. Cada uno anhela copiar miméticamente a la gente urbana, tan pronto como sus recursos lo permiten; pero eso es raro.

El punto de comparación entre la Edad Media Europea y la Edad Amazónica que estamos venciendo, quizás, ahora, son el primitivismo, el aislamiento cultural, la pobreza y la falta de exigencias que distinguen al campesino, al colono, que le obligan a privarse lo más posible de productos de la industria urbana, de herraje, etc.; pero hay, al mismo tiempo, la diferencia más grande que uno puede imaginarse, cuando pensamos en la vida espiritual y religiosa, en la literatura popular, en la sublimación, sino al-

canzada, por lo menos venerada en los clérigos de la Europa medioeval. De eso no hay vestigio en la Amazonía.

Muchos meses el colono vive en su "puesto", es decir en una casa, generalmente cerca del río o a la orilla de una "quebrada" o de una "cocha" o "tipishca" ("oxbow lake y "cut-off"). Esta casa está hecha de material del monte; huacapús y otros palos forman la armazón, y "pona batida", piso y paredes; el techo es de hojas de palmera. Se eleva uno o dos metros encima del suelo para protegerla contra las inundaciones y para aislarla un poco del lodo que se forma a consecuencia de las lluvias recias que distinguen la húmeda selva tropical. Asimismo se obtiene una forma primitiva de desagüe para la casa, de limpieza por medio de los chanchos y gallinas que viven abajo del piso. (Graciosamente Mumford llama al puerco un miembro activo de la Junta local de Higiene en la antigua ciudad.) Esta casa frecuentemente tiene algo como un "hall" abierto, donde se encuentran las hamacas, la máquina de coser, quizá, la mesa y algunas bancas, raras veces algunas herramientas; a menudo sirve, también, para almacenar fariña, maíz, pescado salado, si no se pone todo en la cocina que, en general, está separada de la casa, ambas unidas por un puente primitivo. Así, al irse de un lado al otro, uno no se expone a la lluvia y al fango. No se trata sólo de evitar la suciedad. El clima caluroso disminuye grandemente la resistencia contra resfríos. Con frecuencia una de las tempestades acostumbradas baja la temperatura en la tarde de 31 hasta 23° C. y eso es suficiente para dar a todo el mundo la sensación de un frío intenso. Si el cuerpo se moja al mismo tiempo, resultan catarros molestos y rápidamente pandémicos. Tal tiempo interrumpe todo trabajo; si dura, las gentes van a la cama, por supuesto, con la ropa "que tardan", y así es la costumbre en la chácara, por lo menos entre los colonos pobres, es decir en todos, con muy pocas excepciones.

* * *

Dice Euclides da Cunha, con toda la plasticidad de su idioma (1901, Os Sertoes. Trad. española de Benjamín de Garay, Buenos Aires, 1942, pág. 69):

"La creciente es una parada en la vida. Preso entre las mallas de los "igarapés", el hombre aguarda entonces, con raro estoicismo ante la fatalidad irrefrenable, el término de aquel invierno paradógico, el advenimiento de temperaturas elevadas. La bajante es el verano. Es la resurrección de la actividad rudimentaria de los que por allí se agitan, de la única forma de vida compatible con la naturaleza que se extrema en manifestaciones dispares, tornando imposible la continuidad de cualquier esfuerzo".

"Tal régimen acarrea el parasitismo desembozado. El hombre bebe la leche de la vida succionando los vasos entumecidos de las sifonias..."

"Pero en este clima singular y típico se destacan otras anomalías que lo agravan más aún. No bastan las intermitencias de inundaciones y sequías, sobreviniendo rítmicas como una sístole y diástole de la arteria mayor de la tierra. Otros hechos tornan inútiles todas las tentativas de aclimatación real del forastero".

"Muchas veces en plena creciente, en abril o mayo, en el transcurso de un día sereno y claro, dentro de la atmósfera ardiente del Amazonas, se difunden ráfagas heladísimas del sur".

"Es como un soplo de aire congelado del polo..."

"El termómetro baja luego, rápidamante, en una caída única y fuerte, de improviso. Se establece durante algunos días una situación insoportable". (Eso se llama en Loreto peruano: "los fríos de San Juan", pero los hay menos extensos en otra época, también).

"Los expertos mercaderes ambulantes que acicateados por la ganancia se aventuran hasta allí, y los propios selvícolas curtidos por la adaptación, se acogen a los ranchos, ateridos, acurrucándose junto al fuego. Cesan las faenas. Se abre una nueva interrupción en las actividades. Se despueblan aquellas grandes extensiones inundadas; mueren los peces en los ríos, congelados; mueren las aves en los montes silenciosos; o emigran; se vacían los nidos; las mismas fieras desaparecen sepultadas en las cuevas más profundas".

"Y aquella naturaleza maravillosa del Ecuador, toda transformada por la reacción espléndida de los soles, denuncia un simulacro crudelísimo de desolación polar y lúgubre. Es la estación de la friagem") (1).

---

(1) Durante un viaje al Río Yavari tomé las temperaturas máximas y mínimas, en una albarenga abierta navegando sobre el río, con un termómetro libremente colgado, protegido contra el sol. Como la embarcación se movía en el día y fué amarrado en la noche, las temperaturas mínimas son relativamente altas, las del día bajas. Se anotó desde el 23 de junio del año 1943:

aire mínimum	máximum		agua (a 25 centímetros de la superficie)
22.8	28		
23.2	26.2		27.5
23.2	29		
22.8	30.3		
22	30.5		
22.5	31.3		
21.3	32.5		
22.3	30		
22.8	33.2		
23	34		
22.3	32.5		27
21.2	33		27.8
22.2	23.1		27.5
20.5	22.3		26
21	25		26
22.2	31		26
23	28.5	(densa neblina en la mañana)	26.8
22.3	31.3		27

En las "cochas" medí temperaturas del agua entre 21 y 29.5 C.

Sin embargo, tales descripciones semipoéticas no deben tomarse al pie de la letra. No sé si estos vientos del Sur matan los peces en los ríos — posiblemente se trata de una mezcla equívoca de dos fenómenos—; ocurre, sin embargo, en las cochas de poca profundidad. La situación se ha descrito magníficamente, pero en las interpretaciones, quizá, se impone rectificaciones. Creo que no hay colono en la Amazonía — por lo menos en la nuestra — que no sea un 30 por ciento forastero, y muchos lo son 100 por ciento. Para el médico que estudia estas cuestiones seriamente no hay cosa más sorprendente que esta aclimatación perfecta que se observa tantas veces y en todas partes. Un ruso, un polaco, trabajan en esta región por muchos años y se encuentran perfectamente bien. Es preciso abstenerse de impresiones, aún aparentemente muy convencedoras, que se deben a viajes casi de turismo o a expediciones militares, como la de Euclides da Cunha, viajes que ponen a hombres súbitamente en un ambiente extraño, fuertemente excitante y frecuentemente enervante, gracias a la falta de adaptación, a penurias inacostumbradas, a la fatiga tan comprensible. Fácilmente cede el viajero a la presión de conceptos preformados, especialmente si se prestan para disculparle si siente malestar y no está al tanto de la situación nueva. El nativo gustosamente acoge la ocasión para nutrir la condición mental del huésped con sus charlas en las cuales se unen observaciones finas y el pensamiento indisciplinado y fantástico del hombre primitivo, siempre con la intención secreta de complacer al huésped y de conformarse con sus conceptos y juicios.

En la época de la **friagem** merma el río, se secan los caños; sufren los peces. Dice el viejo del río que el pez se hace flojo, que se enferma; sale en la red sin vigor. "Da gripe, fiebres, paludismo, si se come este pescado." No importa si el tiempo es demasiado frío o caluroso, siempre sirve como explicación de la dolencia humana para quien sufre y se encuentra en la desolación de su ignorancia. (Compárese más tarde: "Creencias populares").

El clima amazónico es fiero; pero, como lo dice el poeta antiguo: de todas las cosas terribles, la más terrible es el hombre. Su ignorancia le hace contraer achaques cuyas consecuencias se atribuyen al clima; él construye sus viviendas de tal manera que su sufrimiento aumenta; él se envenena, él se priva de la comida: y todo eso se llama "clima".

No se ha creado aún la civilización que corresponda al ambiente amazónico, a su clima y a sus ocupaciones, reconciliando la cruda realidad mesológica con las exigencias de una vida normal humana, en un nivel que sobrepase sensiblemente el seminomadismo del autóctono. Es un postulado del porvenir; pero su realización exige un desenvolvimiento comprensivo de las fuerzas y relaciones regionales, uniendo a este proceso orgánico lo asimilable de nuestro modo de pensar, de nuestro conocimiento y de nuestra técnica.

Peor que el frío, son las lluvias, lluvias penetrantes contra las cuales las chozas pobres, los tambós, etc., no ofrecen protección suficiente; lluvias que sorprenden en la chácara, durante la pesca, lluvias que dan a todos y a cada uno resfríos y que hacen estornudar; una nariz bien infectada hace maravillas de contagio. Durante las lluvias no se puede lavar ropa, uno no se expone a la lluvia y la ropa, además, no puede secarse. Lluvias prolongadas, entonces, tienen el papel del frío de la Sierra, disminuyen aún el modesto grado de limpieza e higiene que existe en tiempo normal. No se baña el cuerpo, no se lava la prenda; con más frecuencia todavía se limpia la nariz en la manga de la camisa; aún más se penetran ropa y cama con contagios. Eso se debe a la vida pobre de individuos que carecen de resistencia y que residen sin el amparo de una civilización superior expuestos al clima húmedo de la Selva Amazónica.

* * *

La casa del colono trae su origen de la vivienda india, frecuentemente no es exactamente un mejoramiento de ésta. Es un ensayo, sin mayor esfuerzo, en dirección de construir una "casa", y no llega a este fin. Y si se construye, queda casi siempre el esqueleto de la vivienda primitiva, más o menos visible, aunque tal espíritu conservador no se aplica de ninguna manera al objeto. La choza del colono pobre (y de muchos otros, del mismo modo) tiene por lo menos un cubo-cuarto, a veces dos, separados de la entrada por paredes incompletas, de pona, y el cuarto principal sirve para toda la familia como dormitorio; si hay dos, el segundo es depósito o "tienda." Muy pocas casas tienen más de un dormitorio. Criados, muchachos de la casa, se acomodan donde pueden, encima del terrado, en cualquier lugar de la casa o cocina; los huéspedes duermen sobre el piso del "hall", si no participan en las camas del dormitorio.

Es, en cierto sentido, el tipo perfecto de la vivienda medioeval, caractorizada por su falta de diferenciación interior, tanto en su división como en su función, excepción hecha de la cocina donde se come, muy a menudo, agachándose al suelo, por lo menos, si la familia está sola o si comen los niños y las mujeres, personas de segunda categoría, como "ahijados", "cholos" y demás miembros de esta gran familia arcaica que es la del colono. Cuanto más elevada su condición tanto más ya se nota la intrusión de ciertos cambios que complican esta vivienda primitiva aprximándola a la casa en el sentido de nuestra sociedad. Pero tales excepciones son raras, y casi nadie queda completamente fuera de la influencia fuerte de la antigua vivienda medioeval de la cual Lewis Mumford trata magistralmente en su libro importante sobre "La Cultura de la Ciudad" (1938, New York).

Cuanto más la vivienda típica se acerca a la ciudad o se incorpora a ésta, tanto más se empeora perdiendo sus ventajas y aumentando sus de-

fectos; perdiendo la chácara y las crías fáciles de la mujer del patrón, amontonándose la gente, cerrándose la vecindad, cerrándose las paredes, obscureciéndose, entonces, aún más, intensificándose la suciedad; exactamente como la vió la Edad Media postrera en Europa, "haciéndose el ambiente doméstico progresivamente defectuoso y dándose un máximum de oportunidades para la diseminación de esas enfermedades que se propagan ya por el contacto directo, ya por la respiración" (Mumford). Al discutir el problema agudo de la tuberculosis en Iquitos volveré a estudiar esta vivienda degenerada, elemento esencial del "slum" paupérrimo de la ciudad tropical. Ofrece un contraste enorme si se piensa en la vivienda diurna del indio selvícola, construcción espaciosa, fresca e infinitamente más higiénica.

Lo que es propio de la vivienda "medioeval", antes como hoy, es la falta de vida privada y de comodidades domésticas. Además, hay el hacinamiento de gente bajo el mismo techo, en el mismo "cuarto", hasta bajo el mismo mosquitero. Y la vida sexual se efectúa dentro de su protección. No se exigen comodidades, y eso permite a cada uno arreglarse fácilmente en casa ajena, incorporarse por algún tiempo a un grupo "familiar".

* * *

Como en los tiempos medioevales, la familia comprende algo más que a personas unidas por consanguinidad; comprende entenados (hijastros), ahijados, hijos de la servidumbre, ésta misma, los "cholos", hasta los indios con los cuales se ha contratado la cooperación que he mencionado antes.

La dueña de casa tiene su "chola", el colono sus "cholos", él mismo, para otras personas, es o ha sido una vez, "cholo". Para comprender bien este término hay que saber que contiene cierta mirada de arriba abajo, que fija una posición recíproca, una valoración social, si no es — como ocurre hoy especialmente en la Costa — expresión de intimidad y amistad. Es, por ende, en algunos casos denominación de clase, en otros chiste social y señal de cariño. Con todo, la palabra define actualmente en primer lugar cierta relación social no obstante su sentido étnico original. Dice José Ingenieros de los tiempos de la Independencia (1918, Sociología argentina):

"La sociedad americana estaba dividida en tres clases opuestas en intereses, sin vínculo alguno de sociabilidad moral y política. Componían la primera, el clero, los togados y los mandones; la segunda, los enriquecidos por el monopolio y el capricho de la fortuna; la tercera, los villanos, llamados "gauchos y compadritos" en el Río de la Plata, "cholos" en el Perú, "rotos" en Chile, "leperos" en Méjico. Las castas indígenas y africanas eran esclavos y tenían una existencia extrasocial". — Erróneo parece si en es-

ta exposición se niega sociabilidad alguna entre estas clases, de villanos y privilegiados, siendo para nosotros "sociabilidad" la unión por el todo y en el todo (Georges Gurvitch), aunque la intensidad de tal unión pueda variar mucho. Ya el solo hecho de una denominación como "compadritos" denuncia la equivocación e ilustra una relación de compadrería, entre dos niveles de la misma sociedad, exactamente igual a la que se nota entre nuestros colonos ucayalinos y sus Chama-indios o "cumpas", siendo la palabra compadre-cumpa en este caso, casi sinónima de bracero o jornalero indígena; se entremezclan evidentemente con la burla, la altivez y el desapego benévolos. El "padre de familia" mantiene cierto vínculo amistoso con la familia de sus colaboradores pobres, de otra estirpe y posición, a veces un poco despreciados, pero no de tal modo y grado que eso excluya el gesto del compadrazgo que es frecuente. Nuestra vida de frontera no favorece el espíritu de casta; hay, por supuesto, algo de eso, pero no es, ni estricto, ni malévolo.

La esposa del vecino notable de la ciudad habla de su hermano leproso como de "un cholo que hemos criado en casa". La lepra como algo ofensivo en el sentido social no debe ocurrir en el hermano, pero sí, se admite en el "cholo"; y así se esconde el hecho lamentable.

Ya al estudiar el departamento de Amazonas noté cómo se crían los hijos de las cocineras y de otros empleados en la casa o hacienda, adoptando, en veces, hasta el apellido del "patrón"; y algo semejante ocurre en toda la Amazonía. Se consideran y son considerados como "familiares". Es un estilo arcaico muy universal del concepto familiar como ha reinado en épocas muy diferentes y en muchas partes, por las mismas razones sociales y estructurales. Es de interés que los mismos vínculos se encuentran entre el colono bien visto y sus indios, y éstos llaman, entonces, al hijo con el nombre del patrón, del "padre de familia", del "taita", conforme a un rito que ya encontramos en los tiempos de Cicerón y de San Agustín, cuando él habla "del amo, tan malo que sea, pero quien siempre aspira a ser llamado padre de familia".

Tal grupo familiar forma, hasta cierto grado, un mundo en sí. La afiliación por matrimonios o compadrazgo une los grupos elementales. Así se destaca el proceso germinativo que lleva finalmente a la constitución de los grupos diferentes y divergentes, en sociedad y estado.

Me parece que estas relaciones sociales, entre colonos e indios, y entre colonos y niños o adolescentes dependientes (sin hablar aquí de los "fregueses", etc.), tienen gran importancia para comprender el esquema fundamental de la sociología amazónica, tal como se nos presenta aún en este momento. Cualquier persona que haya vivido en las casas de los moradores sabe que esta afiliación contiene rasgos fuertes de dominación y explotación, pero es una relación mutua de importancia elemental para nuestra región, aunque la irrupción de conceptos ajenos y fuertemente res-

paldados por la ley vigente tiene la tendencia de disolverla hasta cierto grado. Sería muy falso cerrar los ojos delante de casos individuales de una explotación ilícita y exagerada, pero las instituciones han crecido de un modo muy natural, en una región muy apartada de este otro mundo donde las leyes se cristalizan; además, la trascendencia política de estos hechos es tan grande como su importancia social y económica, especialmente en consideración de acontecimientos fundamentales:

1º que niños se queden sin padres que les pudieran criar;

2º que las condiciones económicas de la vida rural en esta Amazonía obligan a mantener la mano de obra muy barata;

3º que una multitud de trabajos en la Selva sería absolutamente imposible sin la cooperación y, por lo menos hasta cierto grado, asimilación de los indios autóctonos.

* * *

La casa es de madera del monte, y en lugar de tablas, piso y paredes, cuando existen, se hacen de tablillas de pona batida que se unen ligeramente a la manera de una persiana fija, por supuesto, con muchísimas rendijas, depósitos preformados de suciedad, por donde, también, desaparece todo lo que se mueve barriendo la casa. Raras veces tal mansión tiene piso entablado. En la urbe, la mayoría de las moradas se erige directamente sobre el suelo de tierra batida. Aquí, exactamente como en la era medioeval, se transforma la casa para aprovechar aún más del espacio reducido extendiéndose en profundidad. Se exigen más dormitorios y se agregan divisiones, sin ocuparse de luz o ventilación. Hay muchísimas casas con una sola ventana o sin ninguna, y entonces la puerta sirve como tal. Chozas formando calles se cierran por paredes, de pona, de algunas tablas, de calamina. Tal "casa", con pared de calamina, sin ventanas, con la puerta abierta que sirve para todo, se emplea como "Escuela particular" para más de 30 niños; y en el "salón" hay camas, se seca la ropa y se hacen los quehaceres domésticos de la maestra. Los niños mientras tanto se acomodan sobre bancas y con "mesas" que son cajas vacías... La vida se hace así muy penosa porque tales habitaciones son profundamente opuestas al clima y al sentido común que debe dirigir cada forma de vida y que seguramente no falta en la vivienda original del indio. Hasta las casas "modernas", de ladrillos y cemento, siguen este esquema, copiando tontamente el modelo de la choza ribereña, degenerada en morada urbana. Las casas "pobres" y otras "ricas" muy a menudo se distinguen más bien por el material empleado que por el concepto superior aplicado a la "de material noble". Los constructores-albañiles no pueden salir del mundo al cual pertenece su propia vida. La construcción de casas contiguas es muy peligrosa si se tra-

ta de chozas primitivas y sucias como se ven en los arrabales de Iquitos; pero son intolerables y estufas, de calor, malestar y enfermedades, si se trata de casas "modernas", es decir mal concebidas, mal ventiladas, y construídas de ladrillos, cemento y calamina, como muchas de las casas de categoría superior en la misma ciudad. Es un placer, por lo contrario, ver cierta casa de un misionero americano en Pevas, construída más o menos en el estilo de Panamá, de madera, sobre base de cemento, con cuartos amplios, ventilados por ventanas que, en cada cuarto, se abren (con tela metálica) por lo menos en dos lados opuestos. El techo protege contra el sol y, pese a eso, toda la casa es clara. Una casa en Iquitos no es fresca antes de las ocho de la noche. Los niños, por ende se quedan en la calle; se les quita el sueño. La casa del río es deliciosa si se la compara con algo semejante en Iquitos. La choza del indio es, quizá, la más agradable. Como ante esto, no hablar de degeneración!

Cada quien se baña en el río, en general de noche; la gente pobre de la ciudad con agua del pozo; si no pueden hacerlo, también en el río. Resfríos, purgas y otros tratamientos impiden el baño. ¡Cuántas veces el enfermo sorprende al médico preguntándole con cierta ansiedad, si ya puede bañarse! El miedo proviene, en parte, del uso de la catagua y del ojé, como drásticos populares bastante peligrosos, medicamentos de los cuales la gente dice que bañándose hinchan el cuerpo y matan al paciente.

Una ligera ablución en la mañana completa el aseo, más bien uno se moja para peinarse mejor y se rocian las manos, que cada uno ofrece y aprieta. Hay la costumbre general de abrazarse, de limpiarse la boca con el mantel de mesa, la nariz con la manga del vestido, del mismo que se lleva frecuentemente en la cama, de escupir sin reserva, en la casa como en la escuela y en cualquier lugar. La casa, en el mejor de los casos, se barre en la mañana, pero no todos lo hacen o lo efectúan en ocasiones excepcionales. Se nota con frecuencia que la cama queda por muchos días sin limpieza alguna. La gente la deja como sale y la utiliza del mismo modo la noche siguiente. En las regiones palúdicas resultan de esta manera criaderos artificiales muy eficaces de la enfermedad, abrigando a los Anófeles infectados más allá de las épocas que permiten el desarrollo de las larvas. El daño económico que procede de la habitación mala e "inconsciente" es simplemente enorme, hecho fundamental del cual hablaré al tratar de la "Campaña Sanitaria". Pero no menos peligrosa es esta falta absoluta de Higiene, si pensamos en la lepra y la tuberculosis. En eso, por supuesto, hay diferencias, según el grado de aseo que cada mujer sabe dar a su casa. Pero hablo del gran número de moradores pobres, rurales y urbanos. Sea el que fuese el grado de limpieza, siempre quedan dos hechos, sobresalientes en importancia higiénica: primero, bajo el mismo mosquitero duermen 2, 3 o más personas, una pareja y niños, una madre y dos hijos, y por el estilo. (Por eso, de vez en cuando — conozco no pocos ejemplos personalmente — se notan perversiones gra-

ves, como contacto sexual entre el padre y la hija de tierna edad, entre el adolescente y la párvula, entre niños, o la convivencia, en el mismo cuarto y en las mismas camas de un hombre — empleado público — con su segunda (?) mujer e hijos sanos, con otra, anterior, leprosa, con hija leprosa, como lo he visto con mis propios ojos). En un cuarto se ponen 3 ó 4 o más camas o mosquiteros, llenándolo completamente. En segundo lugar, ni el piso, ni las paredes de estas habitaciones jamás se lavan con agua y jabón. Donde hay poco espacio disponible y donde las camas se ponen al suelo, éstas por lo menos se mueven en el día; pero sólo para quedarse enrolladas en un rincón, sin ver ni sol, ni aire; y se ponen, sin ceremonias, nuevamente sobre el piso cuando cae la noche; si se trata de gente bien limpia, después de haberlo barrido un poco, pero hasta eso es excepcional. Me recuerdo de noches que pasé, durante el "invierno", la "creciente", en chozas diminutas, de 6 por 8 metros, con 10 hasta 15 personas, con monos, perros y otros animales. Para llegar a casa fué preciso balancear sobre pedazos de topa para no caer en el barro fétido. Las caídas frecuentes inmediatamente provocaron "comezones" en manos y antebrazos: anquilostoma. La selva que exhala en las noches muy a menudo los perfumes más finos y seductores, no lo hace, por cierto, en tales situaciones, se convierte en letrina... Y lo mismo ocurre con las "huertas" de las "casas urbanas", huertas que son letrinas, huertas que fomentan el malestar profundo del morador pobre de la ciudad, huertas que destruyen la salud y el desenvolvimiento de los niños.

Y la cama: un pedazo de tela cruda, "un crudo", una sábana, quizá, y un mosquitero, que se lavan raras veces. De esta manera "la cama" tiene un contacto muy desagradable con el suelo o queda, por mucho tiempo, expuesta a todo lo que sale de las personas que la ocupan o que tienen sobre sus vestidos de día que guardan durmiendo: y estas personas, en veces, son amigos, parientes lejanos, viajeros, "gente de confianza", quizá, pero no siempre de confianza higiénica. En un barrio como Belem, de Iquitos, un alto porcentaje de los habitantes son pasajeros; se encuentran en chozas, sobre balsas, de todas partes. Si hay cujas (en general sin colchones), no es raro encontrar debajo toda la suciedad de años pasados: latas vacías, piezas rotas, envueltas en polvo espeso. Lo he visto hasta en escuelas particulares de Iquitos. En un caso especial el primer cuarto del cubo-casa fué salón de escuela, para 35 niños, el segundo sin luz, habitación para 11 personas. Y en este cuarto se había alojado una leprosa, pariente pobre de la maestra, que vino de la chácara.

En la ciudad, el cubo-casa se divide, por paredes incompletas, en divisiones, llamados cuartos. Se alojan visitas; se aceptan, en veces, pensionistas, huéspedes. Nacen conflictos; se prepara el desliz de la mujer, de la hija hacia la prostitución; se facilita el crimen sexual con menores.

Y el suelo: allá pisan las gentes, escupen las gentes, allá pasan, para decirlo así, el paisaje, sus animales y sus hombres, dejando sus huellas... Se comprende y se aplica lo que Mumford ha dicho del contagio peligroso que pende como posibilidad o fatalidad sobre tal vivienda.

Y los platos y las cucharas se lavan, en estas casas así como en muchas "chinganas" (tabernas), hoteles, lanchas, etc., en bandejas chicas, a veces 20 y más con menos de un litro de agua fría; después se arroja un poco de agua limpia con la mano sobre cada plato y se termina la "limpieza" por medio de un trapo que debe dar "brillo". El pobre no usa mucho aceite; pero si algún día se fríe algo, entonces se toma tierra de la "huerta" para limpiar el sartén...

Finalmente la ropa: nadie hierve la ropa sucia; se jabona con la mano y se enjuaga con el agua del río o del pozo. Si eso, por lo general, es suficiente y no ofrece mayor peligro, parece bastante arriesgado si se trata de ropa muy sucia de enfermos contagiosos. Conozco casos múltiples de leprosos que se escondieron en casa de amigos o parientes y cuya ropa fué tratada de esta manera, conozco a más de una lavandera que cayó enferma, aparentemente a raíz de tal ocupación peligrosa. Nadie, por supuesto, previno a las lavanderas con respecto al riesgo que corrieron; aunque eso, quizá, no es muy grande, siempre existe y puede ser que tuvo efecto en algunos casos. Un muchacho que limpió cuartos y camas en el Hospital de Iquitos, se contagió con lepra, aparentemente manejando cosas contaminadas; otro lo hizo en un servicio dermatológico.

Repetidamente he señalado que la mayoría de la gente no se ocupa en absoluto de sus empleados domésticos, menos aún, si duermen afuera, ni de su salud, ni de sus condiciones domésticas, con quiénes viven, cómo lavan, etc. No importa si están llenos de parásitos, si su conducta higiénica es más pobre: y tampoco importa si su labor les expone a peligros: se nota una inconciencia casi absoluta.

Cada uno sabe que una hamaca es de uso común, y que una hecha de chambira (fibra de palmera) jamás se lava, y las de algodón rara vez. Cada uno sabe que todos los habitantes y visitantes de la casa las utilizan, las ensucian...

Un factor que influye mucho es la costumbre. Una persona cuya enfermedad ya se conoce, pierde su terror, y la gente no teme visitas mutuas. Velorios, matrimonios, bautismos, bailes, dan amplia ocasión para reunir muchas personas en casas donde viven enfermos. No ofende a nadie la idea. No hay conciencia higiénica. El miedo nace o falta, desaparece también, en veces, por el "condicionamiento" (conditioning o reconditioning, de la lengua inglesa) o por la "imitación social", factores que de preferencia intervienen en las manifestaciones emocionales.

Apuntes sobre la vida económica.

En mi exposición sobre "Los Escolares de Iquitos" he discutido "la pobreza de la Amazonía". Puede parecer paradójico hablar así cuando todo el mundo afirma su "riqueza". "Hablamos deliberadamente de pobreza, porque los pobladores, por razones del ambiente, de su educación y de su falta de recursos superiores, no tienen, por su propia fuerza, la posibilidad de liberarse de estas condiciones perjudiciales para su salud y para el desenvolvimiento de sus capacidades. Reconociendo este hecho fundamental, comprendemos que la pobreza de la Amazonía no se resuelve por la mera alza de los precios y salarios, ni por actos de socorro y beneficencia, o, por lo menos, ni exclusiva, ni esencialmente por medidas de aportación de la parte del Estado. La pobreza amazonense está profundamente arraigada en el estilo de la vida que impera en la Amazonía. El modo de vivir es pobre". (Kuczynski-G., 1942).

Mucho me queda por decir respecto de la vida social de la Amazonía en cuanto a sus relaciones con los problemas que ocupan al médico moderno. Pero tengo que aventurarme a discutir, brevemente, asuntos económicos que sólo indagándolos pueden hacer comprender la situación tal cual se presenta en realidad.

Hasta en la Amazonía hay muchos grados de pobreza e ignorancia. Si se visitan, por ejemplo, pueblos como Tamanco Nuevo, en la "Vuelta del Puinahua" (río Ucayali)), se comprende que el "colono pobre" que forma la mayoría de los moradores, es élite aún. Hay muchas familias que desconocen el uso del jabón para lavar—el regatón les pide hasta 2.50 soles por barra—familias que nutren la lepra hasta que sus hijos se hacen deformes, que entonces huyen la sociedad y utilizan, en el año 1943, al zarzaparrilla. Se hacen "purgueros".

Si el colono en general es pobre, ¡cuánto más lo es la familia que esconde leprosos! El hecho no queda desconocido ; pronto los vecinos ejercen un boicoteo de sus productos. La familia no puede vender, sino al regatón, hombre sin escrúpulos que aprovecha de la situación que conoce a maravilla, para pagar los precios más bajos posibles. En algunos casos, los enfermos lo evitan, regateando ellos mismos, o sus mujeres, hasta Iquitos, para vender su paiche y sus plátanos, fariña o lo que sea que pueden ofrecer. Pero el control de día en día más eficaz lo dificulta mucho. Por desagradable que parezca esta situación, el hecho, según lo que sé, no ha causado mayores daños a la población sana.

El producto de la chácara tiene su valor en el mercado; pero para llegar allá se necesitan balsas y transportes muy caros, viajes en canoa que ocupan 4 a 6 peones durante varios días, o fletes que disminuyen aún más

la ganancia. Sin embargo, el producto forastero que llega al "puesto", en veces, cuesta un 50% más que en la tienda urbana. Así se derrumba la economía, y así disminuye el poder comprador del colono, eventualmente hasta cero, Entonces busca trabajo, va a la sheringa, abandona sus chácaras. La madre queda a cargo del sostenimiento de la familia; sus crías se arruinan por falta de maíz. Sin entrar en pormenores se comprende lo que se nota en los ríos: al lado de niños bien gordos y alegres, hay una multitud de "poshecos", de enfermizos, que sufren de "palidismo", de la enfermedad de los pálidos, de la anquilostomiasis grave y gravísima de los niños mal nutridos.

Los más pobres, a menudo, se comportan como fieras. El médico, al acercarse a su choza, no encuentra a nadie; todos han huído, dejando la olla sobre la candela, el calzón sucio sobre el suelo; hasta el precioso machete se quedó allá. Es el pánico del pobre que tiene "susto" de todo; su aislamiento, su embrutecimiento le hacen perder la proporción y la reacción y actitud normales frente a una situación nueva y desconocida. Para ver a un enfermo en tal condición hay que tomarle de sorpresa, en veces, de noche. Ha de combinarse la astucia con la bondad. El menor gesto que agrada a los enfermos, a sus vecinos, convierte el susto en sumisión, y conduce súbitamente a estos pobres en masa hacia el médico. Su trabajo, por ende, es algo artístico y muy personal.

Hay, por supuesto, hombres aventajados, pero son raros. No puede escapar a nuestra atención que siempre se trata de individuos que trabajan ellos mismos y sin interrupción, caracteres estables, ecuánimes, sanos. Crían a sus hijos, más o menos, a la imagen de su propio ser; han sido prudentes en la elección de sus esposas y las tienen en respeto, es decir mantienen su hogar firmemente. Así hay algunos fundos muy buenos; hay haciendas de ganado que rinden bien; hay negocios que florecen. Sin embargo, los más importantes de Iquitos se encuentran en manos de dos familias de Sanmartinenses, la mayoría, aún, de extranjeros, de origen muy diverso y muchos asimilados al país, a base de matrimonios. Siempre son hombres de cierta educación que no sólo trabajan sino saben organizar su propia labor y la de sus afiliados y colaboradores de toda clase. Hay, entonces, comerciantes-capitalistas de fuerza muy diferente, que colaboran con aviados, habilitados, a los que conceden créditos y adelantan mercancías para negociar. La ganancia de ambos, consiste en el beneficio doble de la compraventa; salen mercancías, entran productos, cuyo valor se fija según el caso, y cada vez, por supuesto, con provecho. Pero el comercio por menor, especialmente en las aldeas, sufre de su volumen muy reducido, y así se alzan los precios de modo absurdo aunque casi inevitablemente. La búsqueda del oro, en el Río Negro, instigó hasta la creación de una "fábrica de conservas", en Pozuso; sin embargo, la mayoría de tales empresas

es efímera y condenada a la existencia de una "sacha"-industria, industria silvestre, rudimentaria, poco competente.

Los dueños de lanchas, en especial de aquellas que regatean de puerto en puerto, pero, aunque en menor grado, casi todas, tienen un "comandante" que es su negociante, y con frecuencia a su lado un factor viajero, el "representante", que es el órgano de control del capitalista que manda el barco, a menudo un pariente. Así hubo por cierto tiempo negociantes-armadores que fueron reyezuelos, monopolizando el tráfico de ríos enteros y dominando los transportes de todos los productos en cuanto estos no pudieron ser mandados por balsas, reyezuelos que controlaron los precios y la producción absorbiendo hasta la actividad de los regatones. La política actual tiende a normalizar esta situación.

Todos los cálculos económicos que se podrían establecer para los colonos, tienen invariablemente el factor muy variable y dudoso de la posibilidad de venta y, más aún, de la venta a precios equitativos. La vecindad de la ciudad, de una obra constructora, crean mercados de alimentos y fomentan su producción, pero son raros.

La mayoría de los pequeños patrones entre los colonos carece esencialmente de las dos condiciones de prosperidad: preparación propia y mercado a precios estables. Tienen, a menudo, su "freguesía", sus "fregueses", hombres de menor capacidad — lo que expresa la palabra regional despectiva — criados y mantenidos en el obscurantismo de una existencia aislada, dependiente y pobre, sin escape, en la ceguera social más primordial. Reciben del patrón lo que necesitan y trabajan para él, y prácticamente sólo para él. Es algo que se asemeja a una condición seudofeudal diminuta, sin movimiento, sin inteligencia notable. Los fregueses trabajan en una forma de dependencia que nos permite casi traducir la palabra por "villanos".

Una vez más todo eso recuerda condiciones de la Edad Media europea, la "commenda", los "villanos", y otras condiciones más. Describe tal situación Max Weber, en su Historia Económica General" (seg. ed. españ. 1942, México). Henri Pirenne la caracteriza con las palabras cuya cita se me impone: "el hecho esencial no es la condición política, sino la condición social, y ésta reduce al papel de dependientes y de explotados, pero a la vez de protegidos, a todos los que viven en el dominio señorial".

El pequeño patrón que quiere hacer de su puesto una "hacienda", arriesga mucho y pierde casi siempre, si no está continuamente atrás de sus "peones", desde la madrugada hasta el anochecer. El peón no rinde nada sino está bajo vigilancia estricta. Su rendimiento, hasta en este caso, por lo general es bajo. Se dice que su trabajo en la chácara produce por un jornal de un sol (con comida) el valor de 50 centavos, o sea alrededor del 33 por ciento. Pero trabaja de modo irregular y nunca más que un promedio de 4 días por semana, frecuentemente menos. Un operario de esta clase, rinde, por consiguiente, un máximum de 90 a 100 soles al año, en las me-

jores condiciones, que son raras, hasta casi 200. En la explotación de la balata, con indios bien pagados, la ganancia llega a cerca de 130 a 140, excepcionalmente, también, hasta 200 soles por año e indio. Es una región aún no completamente exhausta, un indio procura 10 pieles al mes, o sea cerca de 90 soles, con un gasto de 30 soles, más o menos. Trozando madera un patrón chico gana de modo irregular: un año puede fletar su madera, en otros hay una movilización completa del fruto de su labor. Puede ganar por hombre 300 a 400 soles peruanos, por supuesto, según el lugar, más o menos agotado ya; pero también nada, y así el promedio del rendimiento por peón y año es alrededor de 160 a 180 soles. Un enfermo leproso sacó en 3 meses, 100 trozos de cedro, por valor de 3,900 soles, gastando casi exactamente 1,500 soles, con 7 hombres. Cada indio le procuró una ganancia de 340 soles; pero se trató de indios poco pagados y el hombre, por su enfermedad, se dedicó integralmente a la dirección de las labores (1). Al trabajar madera el factor suerte y la insalubridad de esta extracción entran en la cuenta. En la leprosería de San Pablo, en el año 1943, hubo entre 169 hombres de 18 años para adelante, 11 madereros, 4 de estos patrones, tan sólo 8 hombres que habían trabajado principalmente en seringa y balata, aunque muchos lo hicieron ocasionalmente. Fuera de San Pablo conozco a 3 madereros de importancia, atacados de lepra. La vida del maderero es agotadora y malsana.

En la explotación del jebe se combinan el rendimiento de la venta con el trueque de los productos que el seringuero exige, lo que alza la ganancia del patrón y disminuye eventualmente la del otro. Tal "tradición", sobrevi-

---

(1) Uno de mis enfermos, maderero del Ucayali, resume la situación en estas palabras bien documentadas:

Dentro de 6 meses de trabajo continuo un empresario o patrón puede extraer unas 200 trozas (cerca de 100,000 pies), con un valor comercial de 12,000 soles.

En este trabajo cada hombre gana 90 soles mensuales (2 soles en efectivo, 1 sol para la alimentación), y su familia se mantiene sin mayor dificultad con 40, si vive en el río; penosamente con 90, si su domicilio es Iquitos; así el patrón gasta 6,480 soles, suma que por la conducción de la madera y gastos imprevistos se eleva a cerca de 8,000 soles. Le quedan a él 4,000 soles, los que forman su entrada principal, si no tiene otros negocios que se desarrollan en la época "muerta para la madera".

Para los fines que persigue esta información, no hace gran diferencia si se trata de cedro o de águano (mahogony). Influye, por supuesto, la existencia de árboles. Si se cortan, por lo general con 12 hombres, dentro de la estación 100 a 120 águanos, el mismo grupo puede obtener 200 a 250 cedros; así el rendimiento económico queda casi igual siendo el precio de cedro a 120, el de águano a 180 soles por millar de pies (si la madera es "de primera").

Trabajando con "aviados", el cuadro económico no cambia sensiblemente. Cada hombre produce por valor de 500 a 600 soles, o sea 7 a 8,000 pies, valorizándose el millar a 70 soles.

Para sacar águanos se necesitan 12 hombres porque estos troncos se encuentran en terreno quebrado y alto y es inevitable "revolear" los troncos hasta el caño o la quebrada de donde se puede fletar si la condición del agua lo admite; pero así, en veces, se pierde mucho escapándose el fruto del trabajo a razón de crecientes imprevistas.

El cedro se trabaja de preferencia con "aviados" porque esta madera abunda más y el interés de quien la corta debe ser grande. Si el cedro no se puede fletar el mismo año, pierde cerca de 30 por ciento de su valor por ser poco resistente a la intemperie. De todos modos hay un factor importante de inseguridad, para el patrón y para sus hombres; si tiene mala suerte, la ganancia merma considerablemente y, en veces, se puede perder prácticamente.

viente de los tiempos heroicos del primer auge, se muestra más fuerte aún que los anhelos de una administración política preocupada del bienestar social de los moradores pobres. Según las condiciones de las "estradas", la ganancia del patrón, por hombre y estación, llegará de 150 hasta 250 soles peruanos, con variaciones considerables según el seringal y la capacidad del patrón, según, también, lo que carga sobre sus entradas, arrendamiento, intereses, deudas. Siempre tendrá la tendencia de pagarse por una remuneración reducida de sus seringueros, cosa relativamente fácil para un empresario astuto e inescrupuloso: se le vende los implementos a precio más elevado, se le imputa toda la pérdida del peso del jebe, etc. Este mismo se defiende, siguiendo una tradición ya arraigada, mezclando el jebe con todo lo que se presta para aumentar su volumen en forma poco visible. Exponiendo esta situación en otra forma, se puede decir: el patrón, al vender el jebe que le entregan sus seringueros, gana 15 a 20 por ciento, gana, además, 50 a 100 por ciento al venderles lo que necesitan. Si cada seringuero le entrega un promedio mensual de 50 kilos, le rinde dentro de la estación aproximadamente 180 soles, valor que se aumenta en proporción directa con la posibilidad de una explotación más ruda, procedimiento al cual se opone de modo creciente el movimiento de gentes, su "ilustración" progresiva, la demanda de mano de obra que priva al patrón malo de su peonaje. Un seringuero bueno puede ganar alrededor de 150 soles mensuales, según su capacidad y la condición de sus estradas.

Al lado de colonos empresarios, de relativamente alta categoría, existen otros, más modestos, que viven principalmente de sus chácaras y de un poco de pesca. Hay otros que, de cuando en cuando, buscan alguna entrada prestando servicios de peonaje, y eso es la mayoría. La graduación que indudablemente existe, depende de la formación del carácter. Por lo general, un colono muy trabajador sería capaz de ganar bastante bien, con la ayuda de sus familiares, si dispusiese de mercados y de organización propia; pero comúnmente administra muy mal sus asuntos. Sus chácaras son anticuadas; el rendimiento de cualquier labor pagada es malo; el de los indios no se puede explotar de manera satisfactoria. La demanda de los grandes comerciantes se dirige hacia productos que, en regiones ya vastas, de año en año se sacan con más dificultad. Para una producción alimenticia de mayor tamaño, por necesaria que parezca, falta todavía la organización general de transportes y mercados. Si bien es verdad que la producción podría multiplicarse y llegar a cierto grado de autosuficiencia, base de una economía sana fundamentada en la explotación de materias primas, tampoco hay que aceptar el optimismo barato de aquellas personas inocentes que nos querrían hacer creer que la Selva amazónica pudiese convertirse en un Edén agrícola. Nos faltan, aún, hasta los elementos de agricultura y economía, adaptados a la implacable realidad.

El colono común, si ocupa gente, pierde con frecuencia y de muchas maneras; su economía, por descuido y por ignorancia comercial, queda siempre frágil. No ve posibilidades cercanas serias, y no se atreve a desarrollarlas; pero sí, un “homo ludens”, se entrega a aventuras, comienza veinte veces de nuevo, con nuevas esperanzas, hasta con entusiasmo, si tiene cierto empuje, y acaba por afirmar que es un “engañado” por el “destino”. Hace sus cálculos algo fantásticos basándose en relatos, y pierde, al fin y al cabo. Una hectárea de barbasco, para hacerla, cuesta según el terreno y la región, entre 200 y 300 soles; se necesita dinero para viajar. La chácara rinde dentro de 2 años y puede en la actualidad, con precios elevados, proporcionar una venta de alrededor 2,000 soles. Es buen negocio para quien sabe hacerlo. Pero los precios cambian. La familia debe vivir. Reservas no hay. El hombre tiene que invertir algunos centenares de soles y mantenerse hasta la cosecha. No todos pueden hacerlo. Se procede a la venta ruinosa antes del término de la obra; se presta dinero; se “engaña” uno. Los fletes son caros; y un transporte de cualquier producto, por canoa — lo repito — inmoviliza 4 a 6 hombres por muchos días.

Colonos muy trabajadores, después de un año de dura labor en la selva, quedan con 600 a 800 soles de ganancia o de posible ahorro, y pierden, en veces, el fruto de un año íntegro por la maldad de un accidente, por pérdidas de ganado, por estafas, por inundaciones prematuras, por enfermedades. La mayoría de los colonos pobres, muy raras veces, tiene algún dinero líquido. El empresario de mayor tamaño gana, quizá, el triple; una excursión al monte, con indios, puede dar un beneficio neto de algunos miles de soles. Pero tal ganancia se reparte entre diversos hombres o familias. La venta conduce a la ciudad; se pagan “bombas”, borracheras costosas; se compran perfumes, frutas al jugo, ropa “elegante”. Gran parte de la ganancia se evapora tan pronto llegue el dinero al bolsillo. Es el efecto conocido que centros “urbanos” ejercen sobre hombres que viven mucho tiempo la vida ruda del desierto, de alta mar, o de la selva. Entre los más afortunados cuentan algunos leprosos que por su enfermedad se ven obligados a imponerse restricciones sociales, concentrándose en su labor sin poder gastar a su gusto.

En general, el trabajo por sí no enriquece. Hay que aprender a aprovechar de él; hay que saber cómo administrar sus frutos. Tal aprendizaje es aún muy raro en la Selva. Para eso, muchos no tienen la preparación mental; no corresponde a los ideales del grupo; la vida todavía es demasiado nómada, inestable, llena de riesgos imprevisibles. Sólo la existencia sólida, del agricultor, del artesano, del hombre educado e industrioso, casados con la gleba o la profesión, lleva hacia una organización, hacia ahorros, hacia seguridad.

Tal vez la maldición de la vida amazónica está en la facilidad de conseguir el mínimum de subsistencia. Con muy poco esfuerzo uno se mantie-

ne. Por eso, posiblemente, no se notan casi ascensos continuos, debidos a la voluntad de seguir y de desarrollar. Las ganancias se consumen, se desgastan, no se invierten para el porvenir. Siempre se vivirá. Los trópicos no sufren el invierno. Hablar de tal estación es un juego de palabras, una alegoría como ya algún geógrafo dijo, que "la noche es el invierno que existe en estas regiones". Hay cierta periodicidad de la vida vegetal, pero no influye tanto sobre el hombre como en otras latitudes, donde le obliga a prever, a economizar, a organizar, por los cambios profundos que sufre toda la vida en el invierno, con su renacimiento de primavera. En la Selva son raros los hombres que se preocupan del mañana, y éstos florecen, por lo general, en sus negocios. Pero ni siquiera este fenómeno tan típico, al parecer, de la indolencia y negligencia tropicales es "climático-tradicional" en su verdadera esencia. La mayor influencia sobre este estado de ánimo depende, sin duda, de la niñez sufrida de muchos moradores, del freno que infestaciones y malnutrición oponen a todo esfuerzo enérgico, de la formación de la personalidad, de la persistencia de los propósitos. Lo más peligroso para una política sana es el idealismo falsificador de esas novelas baratas de la Selva. Hay otro peligro muy real, el movimiento "de fuga", de los favorecidos, hacia la ciudad, hacia la Costa. Así se efectúa cierta selección negativa; así la situación humana en la Selva tuvo y tiene, todavía, una tendencia mórbida de quedarse estable, primitiva, pobre, y, por ende, malsana, en todo sentido.

* * *

La vida pobre, sus pasatiempos, sus deseos de instrucción, su vida sexual.

Todo el mundo tiene parentesco, cada uno viaja, de cuando en cuando, de los ríos a la ciudad, de su quebrada hacia el río grande, hacia el pueblo, y se aloja en casa de parientes, de compadres, de amigos. Las canoas, muchos motores se paran de noche, y las visitas son bien acogidas en las moradas de casi todos los colonos, queriendo cada uno comunicarse y recibir noticias.

Si se trabaja en las playas (arroz, por ejemplo) o si hay mayores labores en la chácara, la familia, los vecinos y los peones contratados se acomodan en tambos chicos amontonándose aún mucho más que en las casas. Pero todo el mundo está contento; es algo diferente.

Después hay las visitas del regatón que, a llado de su comercio, es algo como un correo extraoficial de gran importancia, transmisor principal del "tamshigrama", del radio de la Selva, chiste que alude al "tamshi", el bejuco, comparándole con el alambre del telégrafo.

Estas habitaciones de los pobres tienen algo que toca al corazón. Les faltan muebles. Los pocos que hay, carecen de belleza y de comodidad. To-

do parece como si fuese hecho para una estada de 3 ó 4 días y dura una generación. Una cama-barbacoa de pona o madera, la hamaca de chambira, un baúl también de madera, para encerrar algún dinero, cualquier "preciosidad", algunas fotografías ya viejas y pálidas, eso es el fondo del moblaje. En algún sitio del "hall", de la azotea o del corredor se encuentra una tabla gruesa, rústica, carcomida por el tiempo, que sirve como asiento para visitas. Y en las paredes se encuentran, en veces, los objetos de los sueños diurnos: fotos de una serie de estrellas de cinema, cortadas de revistas, calendarios de muy mal gusto que una casa farmacéutica imprime para sus clientes católicos combinando imágenes santas con la publicidad de sus productos y con la utilidad de un almanaque, se ven ilustraciones fantásticas de la guerra sacadas de un oscuro periódico chino, aptos para ilustrar Jules Verne, hace 50 años; y, últimamente, las bellas fotografías del servicio de propaganda de los EE. UU. y de Inglaterra. Muchas casas no tienen ni tal "adorno" Las paredes parecen tan vacías como la vida intelectual del habitante. El pasatiempo es ya una charla sobre cosas muy familiares, de modo casi estereotipado, ya el aguardiente, ya el sexo. El colono se aburre en la soledad de su vivienda, languidece por distracciones y excitaciones, busca gustosamente la oportunidad del "juego del pequeño comercio engañador". El indio silvestre tiene sus bailes, sus ritos, sus borracheras cuando hay mucho masato, sus "guerras", el indio ya más o menos "transculturado" sus carnavales, ocasión y obligación muy serias para escapar a su vida cotidiana. Tiene su Santo al cual ofrece "velar". Entonces "se danza" delante de su imagen, al tono del violín. Sin embargo, pronto se despiertan otros deseos; se llama a los músicos; se cubre el Santo con un trapo, se cierra, eventualmente la puerta del cuarto donde "danzaron", y comienza la fiesta, se "baila", al ritmo del bombo y de otros instrumentos que lo acompañan, se bebe: el gozo de la vida reemplaza el "velar" o velorio, como se llama, en veces, erróneamente. El Santo no lo ve.

La "literatura" que se infiltra hasta en algunas de estas cabañas del río, es más pobre aún que la del pueblo de Iquitos; consiste en "almanaques" comerciales hechos especialmente para estas regiones, por personas que no tienen interés extraordinario en levantar su nivel cultural. La mayoría de los colonos no ve nunca un periódico. Se obtienen, de vez en cuando, revistas baratas, con ilustraciones del cinema y de modas, y con novelas fantásticas, como de Alejandro Dumas. De esta suerte pululan los chismes y rumores, falsos y verídicos, y corren por la región con la velocidad de una tempestad. Mucho bien y mucho mal se puede hacer aprovechando de esta situación; pocas personas resisten al aislamiento de su existencia de colono, a la presión de tal situación. El vacío crea inquietud y deseos que no encuentran su satisfacción legítima y, muy a menudo, no pueden encontrarla porque el individuo no dispone de la preparación necesaria para procurársela aunque tenga, quizá, el dinero; pero eso también falta por lo ge-

neral. Así "aspira" el vacío, el aire de los cuentos, y así se hace fácilmente "opinión pública"... De ahí la sobrevivencia fácil de la magia y de todo lo que se conecta con ella. Para vivir dignamente en tal Selva, se necesitan la dignidad y la reserva, el estoicismo del indio o algo equivalente que no nos muestran sino colonos de condición excepcional.

El fenómeno discutido así como sus consecuencias son eternamente humanos. Nos dice Henry Pirenne que los mercados locales, en la Edad Media, eran la única distracción que ofrecía una sociedad inmovilizada en el trabajo de la tierra. La prohibición que hizo Carlomagno a los siervos de sus dominios "de vagar por los mercados" demuestra que iban a ellos más bien por divertirse que por el afán de ganar dinero.

Una vez he recibido una demostración muy convincente del mal que resulta de tal situación mental. El mismo día dos leprosos que visité en sus chácaras, se vanagloriaron de su tratamiento "ultramoderno". Un artículo, muy equívoco en su contenido, cortado de un período de Iquitos, se les había mandado, por parte de amigos. Mencionó las teorías de Oberndorffer y los ensayos terapéuticos que se hicieron primeramente en Siam. Los enfermos, por intermedio de una casa comercial de Iquitos, se habían procurado cierta cantidad de ampolletas de suero antidiftérico y se habían puesto repetidamente esta preparación "según las indicaciones de la Ciencia mundial". El resultado en ambos casos fué, como se puede adivinar, una reacción leprosa tremenda con un empeoramiento notable del enfermo. Sin embargo, ni siquiera esto fué aceptado como hecho, tan firme fué la convicción de los pobres que la palabra impresa debe ser verídica. Me trataron al principio con orgullo y hasta con cierta altivez y desprecio. Después cambiaron; uno de estos leprosos, hombre muy pobre que vive peor que un animal, comenzó a llorar: "¿por qué nos engañan?; mi enfermedad me ha costado cinco mil soles en medicamentos; ¿dónde estoy?" No quería creer que el servicio del Estado le trataría gratuitamente. El hombre que al principio casi me atacó, se separó de mí, decidido a confiarse a un tratamiento en una Estación curativa.

* * *

Todo lo que he dicho anteriormente de la casa, tiene amplia aplicación a muchas escuelas. Ocurre, por desgracia, muy a menudo aún, que las maestras viven en la misma escuela y, en veces, hasta en estrecha convivencia con enfermos, hasta con leprosos, despreocupados o descuidados, "sin darse cuenta", pero, en algunos casos, también, sabiéndolo sin fijarse en su tremenda responsabilidad. Hasta hace poco he visto a un leproso contagioso que se escondió y vivía durante meses con una maestra de una escuela particular del río Ucayali. He sacado otro maestro leproso de una escuela particular de 24 muchachos. El viejo ganó 12 soles mensuales y recibió una

miseria de comida, un serrano de Celendín, que después de muchos años que había pasado como seringuero en el Brasil, después de haber negociado y desempeñado diversos empleos, se había convertido en maestro por no poder hacer otro trabajo. Este acontecimiento triste me recordó una historia graciosa que ocurrió al antecesor de Juan Federico Oberlin, el famoso padre del "Jardín de Infancia", de los tiempos de la Revolución Francesa. Encontró en la "Cueva de la rata", en el Valle de Piedra, en un viejo cobertizo un ruidoso grupo de niños al cuidado de un enfermo anciano, que había sido hecho "maestro de escuela" porque era demasiado anciano para cuidar puercos, su anterior ocupación. (Clarence Neff). Son acontecimientos que de un lado muestran el deseo de dar enseñanza a los hijos, del otro la falta completa de conceptos básicos al respecto de lo que son verdaderamente enseñanza y educación y de lo que debe representar un "maestro". Son señales de una vida cívica en **statu nascendi,** condición que no carece, tampoco, de paralelas. Nos cuenta Dilthey de la antigua Grecia que se tomaron de los esclavos los más inútiles, y se les convirtió en pedagogos de los niños. "Cuando una vez en la recolección de frutas se cayó del árbol un esclavo y se rompió una pierna, dijo su señor: ahora se ha convertido en pedagogo".

Lo dicho es de ninguna manera excepcional. Uno de mis leprosos muy joven y muy reacio, al mismo tiempo, escapándose, hizo lo mismo. No muy lejos de Iquitos, otro se instaló como "maestro" de un caserío y murió, no sin haber contagiado por lo menos a uno de sus alumnos. No hay suficiente número de escuelas, pese a todos los esfuerzos que se hacen. Los moradores quieren que sus hijos aprendan algo de escritura; con toda su ignorancia quieren vencerla, por lo menos en sus hijos.

* * *

La monotonía de los puestos, las noches largas que comienzan a las 7 u 8 y se extienden hasta las 5 ó 6 de la mañana, explican la importancia que se da a la vida sexual. Si la vagancia crea la poligamía y el libertinaje, ciertos individuos, por su carácter o su posición, no pueden escapar de este modo del aburrimiento de su vida; entonces, en veces, resultan situaciones trágicas, como, por ejemplo, la de un maestro de escuela que tiene una esposa leprosa, mutilada e inválida, lo que no le impidió para que la hiciera madre de 5 hijos, algo increíble desde todo punto de vista. De otro lado, el leproso Leonardo Me., 38 años de edad y 11 años enfermo, hizo a su mujer, pese a su enfermedad, 4 hijos. Siempre hay algunos leprosos graves que siguen conviviendo con sus mujeres. Un enfermo, hombre relativamente muy acaudalado — hasta hoy pashá en su pueblo — justificó su empeoramiento continuo, no obstante los tratamientos que se pagó, con la circunstancia "de haber hecho uso de la mujer cada vez que se había pues-

to una inyección, para ver...". Las condiciones adversas de vida y el hacinamiento de los leprosos internados en la antigua Colonia de San Pablo, obligaron a seleccionar severamente a aquellos pacientes que se mandaron allá. Fué y es, aún, una situación que derrota al higienista, entre la Scylla de la falta de organizaciones y la Charybdis de una enfermedad que se propaga, fuera del control suyo, esperando... Por eso, se admitió que muchos enfermos quedaron fuera de la Colonia, bajo tratamiento ambulante. Pero pese a todas las promesas, gran número de ellos se comportó muy mal, en el sentido social e higiénico. Demostraron su inconciencia sanitaria. Los hombres visitaron bares, las mujeres sostenían amores; muchos hacían a cada instante la bomba. Su aislamiento se impuso aunque prácticamente no hubo lugar donde meterles. Y la misma vida, hasta cierto grado, siguieron en San Pablo. Una de estas mujerzuelas no hizo ningún progreso en su curación, pese a esfuerzos especiales para parar el proceso mórbido. Se supo pronto que tuvo muchas "aventuras" y que llevó, hasta internada en la Colonia, una vida tan licenciosa que los enfermos mismos se rebelaron, unos por no tenerla, otros por decencia. La joven se opuso a cada disciplina insultando de la manera más grosera a los delegados de los enfermos, con todo su vocabulario derivado de la esfera sexual del pueblo, haciendo alusión a supuestos defectos de sus funciones masculinas que se debiesen a su enfermedad.

Si la india pura por naturaleza es sumisa y pasiva (hecho que resalta de algunos recuerdos del Conde de Wavrin, de su vida entre los Jívaros), la mujer mestiza, frecuentemente, y por lo menos antes de agotarse en repetidos embarazos, es impetuosa y llena de "libido". Así se explican otras observaciones de gran interés para nosotros, como, por ejemplo, la conducta de una leprosa que en plena reacción febril, se unió con un joven sano quien, muy enamorado de ella, no hizo caso de su enfermedad o condición. (La enferma, por supuesto, en seguida fué evacuada e internada; mostró durante casi 3 meses una reacción catatónica, intermitente, y se restableció después de haberse unido, una vez más, con un hombre de su agrado).

Hay una tendencia marcada de aprovechar del mestizaje para efectuar un ascenso social. Si el "snob" de Loreto desprecia al serrano "sucio" y "malo" — en contradicción absoluta con el valor real, físico y mental, que representa éste como colonizador sano, laborioso y resistente — eso se debe al no coincidir él con el "ideal" del morador. Sé, por experiencia propia, que la hija de la india autóctona, con padre de "buena familia", presenta a su madre como "chola", sé que algunos colonos mantienen las madres de sus hijos naturales en casa como "cholas", después de haberse casado con otra joven de cierta posición social.

El colono pobre no se opone a que su hija se entregue al hombre de piel "más limpia" como se dice con cierta candidez, valorizando así e introduciendo la idea de "casta" en esta sociedad tan extraordinariamente

mezclada. Los matrimonios en la ciudad se orientan, con frecuencia, conforme a este anhelo casi universal. Hasta el "cholo" analfabeto del río quiere "mejorar la raza".

* * *

De otro lado, en toda la Amazonía abundan crímenes sexuales.

Entre 289 individuos incriminados por la Corte Superior de Loreto, en el período del 1º de enero de 1938 hasta el 1º de enero de 1943, fueron sentenciados:

por homicidio	22	(3 por negligencia) o	8.8 por ciento
por lesiones, riña, etc.	60		24.3 — —
por robo, estafa, defraudación	81		32.9 — —
por crímenes sexuales	84		34 — —
Suma	247		
por otros delitos	42		
Suma total	289		

(Debo estos datos muy valiosos al señor doctor D Marcial Zumaeta, presidente de la Corte Superior).

Contactos sexuales con niños de tierna edad son frecuentes y ocupan a los médicos legistas y a la Asistencia Social. Me trajo una madre sus dos hijos, de 6 y 8 años, con gonorrea, contraída con la "chola" que les cuidaba, muchacha de 16 años. Cada conocedor de la vida del pueblo sabe de incestos que raras veces, ocupan los tribunales. Hace poco una mujer se separó de su marido para que éste se case con su "hijastra", de 17 años, que esperaba un hijo de él.

Una indagación propia, en el río Ucayali, dió como resultado que 178 familias, con madres de 21 hasta cerca de 50 años, tuvieron 1069 hijos vivos y 359 muertos, lo que corresponde a un promedio de 6 hijos vivos y 2 muertos, por madre de familia. Una mujer de 60 años tuvo 16 hijos vivos, otras entre 9 y 13.

---

(1) Recomendamos a la atención del lector las exposiciones del renombrado criminalista holandés, Willem Adriaan Bonger, quien en su última obra, "Race and Crime" (1943, Columbia Univ. Press, con amplia bibliografía), dice, textualmente: "El autor de este ensayo ha demostrado que crímenes agresivos y también, hasta cierto grado, sexuales, siguen un curso, internacional y nacional, paralelo al nivel cultural de la masa del pueblo". —"Este estudio ha podido establecer como síntomas principales en la etiología del crimen agresivo: el descuido y maltrato de los niños, el alcoholismo, la falta de cultura —incluyendo esta última idea todo un número de factores sociales".

El bastardeo mismo (the miscegenation) no fomenta de manera alguna el comportamiento sociopático o la criminalidad; múltiples observaciones lo demuestran: el molde importa más que el material fundido.

Una fuerte voluntad de procreación distingue a nuestra Amazonía. Se debe, a mi parecer, a la falta casi absoluta de frenos. Al contrario, con frecuencia la multitud de hijos, como lo he señalado, coincide con los intereses de sus padres o madres cualquiera que sea su relación permanente. Los padres aprovechan de sus hijos como ayudantes de su economía casera; las madres, si son jóvenes, los entregan a su familia, a la abuela, que muy a menudo tiene hijos de la misma edad como su hija. Eso ocurre igualmente en la ciudad y en la chácara. De este modo, si hubo trastornos, éstos se eliminan dentro de poco tiempo. La dispersión de las viviendas, la pobreza de los colonos en general, la distancia de centros administrativos civiles y eclesiásticos, sin duda alguna, han favorecido la costumbre que casi se ha vuelto "derecho consuetudinario". ("La costumbre es la propia voluntad social que fluye del hábito, del uso y del ejercicio", Thoennies). Así la universalidad del hecho prácticamente excluye el ostracismo tan acostumbrado en la sociedad burguesa de los países industrializados. La Iglesia se opone, por supuesto; familias que se estiman mucho, tratan de evitar tal acontecimiento; pero prácticamente entra en la "moral vulgar" y está aceptado como algo normal. El hombre tiene su "esposa" o su "mujer" o su "querida"; y esposa y mujer — con las cuales el hombre convive de hecho, con o sin aprobación y registro oficiales — cuentan casi al igual. Además, la vida intelectual es muy restringida, la emoción predomina. La mujer joven desea el hijo propio; para el hombre-macho el número de hijos es objeto de orgullo. Así el hombre del río que representa algo y que fácilmente conquista a las jóvenes, se siente "poblador".

Una leprosa, Marcelina Chujutaya Chujutaya, de 47 años de edad, chacarera, tuvo 4 hijos: Francisco Chuña, Santiago Pérez, Domingo Tuanama y Donatilda Arvildo, cada vez con cerca de 6 años de distancia. Otra enferma de un tipo muy emprendedor, había regateado mucho. Tuvo 7 hijos, los primeros tres de su esposo ("primero el deber"), después 4 otros, de diferentes padres ("luego el placer"). Estos, para decirlo así, fueron los frutos accidentales de una vida vagante que le gustaba, casi el revés de lo que acontece de costumbre, v. g., de la vagancia "prolífera" del hombre amazónico. Preocupaciones económicas, aunque no falten, desempeñan un papel insignificante. En el porvenir el niño representa un verdadero valor para quien lo cría y la más pequeña "pensión" que se paga a la madre joven, cuenta por algo si se considera el grado de dependencia de muchas. Los niños se ceden muy a menudo para ser criados en otro grupo familiar. Hay casas que tienen continuamente 2 a 3, y en algunas se les trata muy bien, como si fuesen hijos; en otras, por supuesto se les acepta, se les busca como servidumbre barata, y se les destina una suerte correspondiente. De eso constan muchos ejemplos bien tristes. Así en la Amazonía una procreación sin igual y el conflicto interior, entre la moral oficial y práctica, se han resuelto silenciosamente, aceptando la opinión pública la actitud tradicio-

nal que ha nacido de condiciones regionales, de intereses económicos positivos, de la vagancia propia del colono, de una sensualidad libre de frenos, dentro de la pobreza general.

Se ha hablado mucho de la influencia del clima luminoso y caluroso, sobre la sexualidad. Observando bien los diversos grupos humanos, dentro y fuera de la Selva, no me puedo convencer de la justificación de tal concepto rigurosamente "cósmico", para el hombre. Por fin, un libro como "Christiania Boheme" se ha concebido en un país de clima bien templado. Los "excesos" sexuales del indio "salvaje" se asemejan mucho a los de campesinos en otros países extratropicales, considerados como decentes, aunque algo rudos. Lo que estimula la sexualidad del colono (y de los viajeros) es más bien el "clima social y moral", un ambiente cargado de sensualidad sin freno, un grupo humano en cuyo seno ya niños de tierna edad asisten a la vida conyugal, no sólo de sus padres, sino de otra que procede de la promiscuidad tan frecuente. No es de sorprenderse que el niño se "adapte" a tal "vida social", que el adolescente muy joven, hasta el colegial tengan contactos, y que empleados jóvenes de lanchas se masturben de la manera más desvergonzada casi bajo los ojos de los pasajeros. Convive una mujer y su hija de 13 años en la misma casa con el cuñado-tío que es viudo, un sargento. En la ausencia de la madre el hombre mantiene relaciones sexuales continuas con su sobrina, sin preñarla, como ocurre a menudo con mujeres aún incompletamente maduras. La madre pide una constancia médica; el hombre inculpa a otro joven, pero la niña señala de modo seguro la relación verídica. No habrá pleito judicial, pero sí, consecuencias económicas para el hombre. El asunto se arreglará "en el seno de la familia".

Es evidente que esta atmósfera, en la ciudad, facilita tanto más la
prostitución cuanto la gente es muy pobre. La pérdida de la virginidad se
hace pagar para evitar un pleito judicial cuya frecuencia nos consta por la
estadística que he citado. Pero con mucho mayor frecuencia el asunto se
resuelve conciliándose los intereses, conviviendo el hombre por cierto tiem-
po con la niña, o se concede una indemnización. Pero la muchacha, en ve-
ces, sigue después ganando su vida de esta manera. Ocasionalmente una fa-
milia vive muy pobremente. Si no la madre, por lo menos los chiquillos pa-
recen desnutridos, con la única excepción de una hija mayor, quizá, de 16 a
17 años. Está perezosa en la casa, gorda, con uñas mal pintadas. "Ayuda"
a la madre con veinte soles mensuales... (Compárese la exposición social
en el capítulo dedicado a la Tuberculosis en Iquitos). Así nació el grave
problema de la prostitución "clandestina" que, en Iquitos, asume dimensio-
nes importantes, aunque sea muy difícil trazar límites exactos. Y este
problema implica el de las enfermedades venéreas. Investigaciones propias
me han enseñado que esta prostitución inaparente presenta un peligro tan
denso como apenas se pueda observar, hoy en día en otras partes, quizá,
con excepción de ciertas calles de mujeres en el Norte de Africa. Entre 28

mujeres, últimamente controladas, encontré no menos de 20, con gonorrea, y una, con sífilis; ninguna fué prostituta registrada.

Muchos ejmplos como aquellos mencionados nos señalan, cómo el deseo sexual, tan imperioso en estas regiones, es profundamente antisocial; las aspiraciones y los conocimientos, por primitivos o elevados que sean, deben unirse con conciencia social para dar resultados benéficos; sin eso, contribuyen más bien a la destrucción que a la creación. Son fuertes los intereses y vinculaciones familiares — por supuesto, no ha de confundirse relaciones sexuales con lazos de familia—, pero prevalecen hasta tal grado sobre los de la comunidad (cuya conciencia apenas existe entre los moradores), que el comportamiento habitual y natural que resulta de esta condición fuertemente arraigada, es nefasto en todos los asuntos que exigen comprensión social, como, por ej., la defensa contra la lepra. Se ha vencido un poco el egotismo antisocial que antes ha contribuído tanto para propagar el mal, gracias a una disposición mental que no ha sido ni maligna, ni cínica, sino simplemente desconfiada, inconsciente e ignorante. El médico para ser lo que debe ser, no puede limitarse a hacer curaciones, a esperar que se le presenten enfermos; ha de penetrar el medio; ha de interesarse por todos los aspectos de la vida del pueblo cuya protección es su propósito.

La "vivienda amazónica" es más que abrigo y habitación, es, para el observador penetrante, la expresión más acabada de la realidad amazónica, es un conjunto y una amalgama de costumbres, de hábitos, de relaciones y afiliaciones cuyo conocimiento es imprescindible para comprender la Amazonía de los hombres y para combatir sus dolencias. Pensando en la lepra me he permitido parafrasear un dicho famoso de Renán al decir que en la angustiosa realidad de su existencia atávica la ciencia médica arruina la Salubridad. si no existe la conciencia social que la convierte en una arma salvadora. Sólo en y por la vivienda se comprenden los problemas agudos de la higienización de la Selva, sólo para quien la desconoce por completo, no existen problemas sanitarios.

Dice muy acertadamente Norman A Munn (1938, Psychological Development, pág. 462): "Gran parte de toda discusión sobre personalidad tiene que ocuparse del comportamiento social. Además, una discusión general del comportamiento social trata en gran parte de la personalidad con comcomportamiento social trata en gran parte de la personalidad tiene que ocuparse del comportamiento social individual... No cabe duda que, al desarrollar y adquirir diversas aptitudes motoras, conceptos, tendencias emocionales, intereses, etc., la personalidad del individuo se identifica de un modo creciente con actividades socialmente integradas".

Se comprende fácilmente la influencia que tiene la estructura de la vida amazónica sobre la formación de la personalidad. Se comprende, asimismo, qué importancia se debe atribuir a internados bien dirigidos, como

planteles de una formación o transformación de personalidades. La Amazonía, para desarrollarse tiene que liberarse de su pasado. Benedetto Croce habla acertadamente de la esclavitud de los apetitos y de las pasiones que contrastan con la libertad y que sólo una metáfora demasiado atrevida podría cubrir con el nombre de "libertad". La Amazonía, aún, no es libre.

* * *

El problema del niño.

Un esbozo de Sociología Médica del Oriente debe ouparcse de la suerte de los niños. No dispongo de una estadística muy vasta sobre el porcentaje de hijos naturales en la población infantil. Tomando como base algunos centenares de los escolares de Iquitos y de sus suburbios llegué, en el año 1942, a un porcentaje de 15.7 hijos legítimos y 84.3 naturales; en el año 1943, entre más de 400 alumnos tan sólo 10.2 por ciento procedieron de matrimonios legales. De 43 tuberculosos con familia 11 tuvieron 34 hijos legítimos y 32, 103 hijos naturales. En estos dos grupos, el porcentaje de hijos naturales vacila entre 75 y 90 por ciento de todos los niños. La vida rural dispersa, sólo en parte, es responsable de esta situación. Intervienen más bien, la pobreza y los hábitos creados a base de tal vida de frontera. Aunque muchos de los hijos naturales vivan aún con su progenitor, otros tantos "no tienen padre", en el grupo considerado aproximadamente un 34 por ciento.

Muchos niños dependen de la labor mal pagada de sus madres. Si éstas entran en nueva unión con un hombre y si resultan otro hijos, la suerte de los hijastros, con relación al nuevo "padre", con frecuencia no es muy buena, y, quizás, menos envidiable aún, la de los hijos que se crían con madrastra. En muchas familias se encuentran, por ende, niños de diferente estirpe y categoría: hijos privilegiados (lo que se nota en el traje, la alimentación y, por consiguiente, en el abastecimiento hemoglobínico, en los trabajos exigidos y las posibilidades concedidas para seguir una enseñanza), hijastros, "ahijados" y simples "cholos". Muchos niños, de tierna edad, por encontrarse descontentos del trato que reciben, buscan trabajo y siguen su vida en casa ajena o con un regatón. Muchísimos niños ya entran en tal relación muy jóvenes — su familia original les ofrece frecuentemente — y las familias buscan gustosamente tal ocasión, les aceptan y les crían. Gran parte de la mano de obra baratísima se debe a estas complicaciones de la vida infantil, a la muerte del padre o de la madre, al desorden de las relaciones familiares que se debe a la vagancia que muchos hombres no pueden dejar, a cierto desenfreno en las relaciones sexuales y a una protección aún muy insuficiente de los intereses de los hijos naturales. Estos niños más o menos desheredados son especialmente expuestos a los achaques de la vida infantil de la Amazonía (compárese "Los escolares de Iqui-

tos, Lima, 1942) y aumentan, por consiguiente, en proporción considerable esta masa de moradores que se destaca por un nivel bajo de su resistencia, física y moral, así como de instrucción, educación y comportamiento, tanto en asuntos particulares e higiénicos como sociales.

* * *

Dice Ford que la deserción — que es el divorcio del pobre — e ilegitimidad aparecen con frecuencia en las historias de familias dependientes Esta conclusión derivada de estudios en naciones de alta organización técnica, se aplica plenamente a nuestra realidad amazónica (1939, Desviación social, pág. 467). Lo que importa es que la condición social influye de un modo decisivo sobre la posibilidad de formar la personalidad de los hijos, y parece hasta alto grado responsable de su comportamiento propio en el porvenir. El problema del hijo abandonado es, por ende, de importancia fundamental para el propósito de mejorar la condición social de la población amazónica. En este sentido, también, he pedido repetidamente la "Campaña de conciencia" que debe desarrollarse al par que la sanitaria. Y, por seguro, no consistirá en plegarias y amonestaciones sino en un servicio social penetrante y en la fuerza de la opinión pública que ha de desarrollarse con toda energía.

No se olvide, como lo ha escrito el Prof. Paz Soldán, (La Selva Peruana, 1939) que "el colonizador invencible de las comarcas rebeldes, es el niño brotado en la propia tierra y a ella ligado por el nacimiento y por la infancia". Mas, agrega estas palabras meditadas, que no deben caer en el vacío: " Y es evidente que tan delicada planta necesita, más que otra alguna, el amplio amparo social, sin el que jamás logrará medrar hasta convertirse en el Adán dominador de cuanto existe en torno".

* * *

La Malnutrición.

En la Amazonía nadie va a pensar en comparar el hambre con el jinete del Apocalipsis, más bien con el comején, con los hongos, que consumen poco a poco la madera hasta que un pequeño golpe es suficiente para fragmentarla.

A la verdad, en esta Selva se tiene mucha hambre y, pese a eso, se desconoce, por lo general, la hambruna, salvo en condiciones execpcionales tales como se han descrito en "La Vorágine", v. g. en campamentos como existían en el pasado, cuando la fariña se terminó, cuando el hombre, enterrado en el monte pantanoso, no tuvo qué mascar hasta que le vino una lancha con víveres... Pero, lo repito, es cosa rara.

Hay otra hambre que no muerde tanto aunque devora el organismo, hambre que existe aunque el estómago esté lleno.

Finalmente hay otra, todavía, que no muerde, porque el estómago se ha hecho sordo, se ha adormecido — por el uso de la coca.

Esta última la he encontrado en la cabecera de los ríos, donde los serranos bajan para cosechar café para el patrón y jornales para sí, economizando el último centavo para su regreso a su aldea de la Sierra, silenciando su hambre con provisiones insuficientes, y con la hoja mágica que da olvido al estómago. En las "Memorias de la Perené Colony" la he estudiado. Es peligrosa, hasta matadora: pero se limita a un sector insignificante de la Amazonía, a condiciones extraordinarias provocadas por el nomadismo rural de los jornaleros serranos hacia la zona tropical. Ahí todo es diferente! Hace tiempo que la muletera, después la carretera han abierto el paso hasta los cafetales; pero las haciendas aún con frecuencia son relictos de un pasado definitivamente cerrado, muestran lo que no se debe hacer en el sentido de la "colonización". Anquilostomiasis y paludismo, endémicos y descuidados, habían efectuado lo que he descrito en el año 1939: una decadencia enorme, demostrada, también, por el número bajísimo de niños vivos que correspondía a cada madre-familia:

109 madres de colonos tuvieron 172 hijos vivos, 119 muertos, y confesaron 35 abortos. El promedio de hijos vivos por mujer fué de 1.57!

La malnutrición fué profunda. Un estudio pentrante de la población señaló lo accidental y evitable de la situación. El hecho de familias florecientes al lado de otras, muy decadentes, mostró que tan sólo la condición familiar, buena o mala, fué responsable. El vicio de la coca abundaba. En el conjunto de las infestaciones e infecciones, también venéreas, la coca ejerció una influencia fúnebre sobre la vida sexual normal de los hombres efectuando tarde o temprano en muchos una desviación con impotencia consecutiva.

La situación de los indios fué muy superior en cuanto ellos mantuvieron su estilo de vida; pero fué netamente mala en las condiciones artificiales de ciertas misiones donde se cometió el error grave de acumularlos sin protegerlos.

De modo semejante pude expresarme, en el año 1940, después de haber visitado el Valle de Bagua, valle tropical de la pendiente andina, perteneciente al curso del río Utcubamba, afluente importante del Marañón. Allá, también, la situación muy mala, es debida a la cooperación de múltiples factores que debilitan al hombre: la Sierra cercana le proporcionó el hábito de la coca; los cultivos de caña, el del aguardiente; ambos favorecían, sin mayor necesidad natural, la desalimentación que en el conjunto del paludismo, por descuido e ignorancia, destroza aún el poderío humano y embrutece a los moradores. "Los peones, en general, reciben la comida, lo que les garantiza su cantidad suficiente (no tanto a sus familiares). Sin em-

bargo, los errores en la composición de la ración, son siempre los mismos, y la costumbre y los prejuicios generalizados, los facilitan y eternizan. El trabajo en los campos se hace con múltiples dosis de coca, y aunque no exista una estadística del rendimiento humano, la impresión segura es que el trabajo está lejos de llegar a un óptimum. Peones en plena salud podrían recibir un sueldo doble y el dueño economizaría todavía". (Kuczynski, 1940, El Departamento de Amazonas, Lima). El peón del campo recibe a veces su remuneración como participación en la cosecha. Escribí: "La condición primitiva de la sextiaparcería se debe a la condición humana de cierta parte de la población, al trueque, profundamente arraigado en todas estas regiones apartadas, también sin duda, a la torpeza y rudeza de gente debilitada, desde su infancia, por la pobreza y la enfermdad. Es una coincidencia, un paralelismo interesante con acontecimientos de la historia antigua que nos ha recordado recientemente H. Pesce, y que E. Permalee Prentice (1939, Hunger and History) caracteriza como "un mundo de trabajo manual, y de carencia".

Si bien se trata de excepciones, resulta de ellas algo muy característico, y por ende muy instructivo, que vale para toda la Amazonía. Una vez que se haya establecido en cierta región un conjunto de factores que tienden a deprimir considerablemente el poder trabajador de muchas personas, casi inevitablemente lleva a la malnutrición, no sólo de los actualmente enfermos, sino de todos, y muy en especial, de los niños. Por consiguiente, un padre, una madre debilitados, acarrean toda la familia a la desgracia. La persona débil no trabaja y no come; en seguida los suyos, tampoco lo hacen. El descuido del enfermo indiferente intensifica las exposiciones, para él y para los suyos. Así se explica que casi siempre el paludismo va a la par con la anquilostomiasis y lleva a la desnutrición aún más profunda. Un caserío seriamente maltratado de este modo, muy difícilmente sale de su miseria por su propia fuerza. El mal tiene mucho mayor poder para difundirse que el bien. Y siempre resulta desnutrición, y de ésta, empeoramiento de todos los achaques ya existentes. Por eso, ningún tratamiento individual y parcial puede producir los cambios necesarios: la acción médica siempre debe ser dirigida en consideración del todo y extenderse, por consiguiente, a todos. De otra manera resulta una disipación de esfuerzos y recursos. Higiene, más que Medicina!

La malnutrición no es cosa aparte, o lo es relativamente raras veces. En la mayoría de los casos acompaña y resulta de otros estragos. No tengo que insistir nuevamente en las infestaciones vermiculares, en el paludismo, en la escasez vitamínica que corta las secreciones gastro-intestinales y el apetito. El organismo que no dispone de su abastecimiento necesario reduce su metabolismo, inteligentemente, disminuyendo su voluntad de comer.

Nada azota más a la población infantil que esta situación; nada prepara mejor el terreno para la lepra y la tuberculosis; nada influye con más fuerza sobre la ineducabilidad, total o parcial, sobre el número de niños "anormales", física y mentalmente. De tal desnutrición trataré al hablar, también, más tarde, del reumatismo articular que se nota, pese al clima tropical, adverso a su desarrollo. (Véase el capítulo 7).

En este conjunto tengo que mencionar el "fogo selvagem", el pénfigo foliáceo, que he descrito, por primera vez, hace 3 años, como mal endémico de la Amazonía peruana después de habérselo encontrado, en forma casi amenazante, en la parte brasileña. He visto más de 40 casos en Loreto, con densidad especial en las más antiguas zonas leprógenas. El mal terrible se encontraba hasta entre Cocama-Indios que vivían muy miserablemente en la "Vuelta de Puinahua". Se observó, también, en Iquitos, y en casos aislados, de todas partes. Nunca contagioso, se podía excluir cualquier factor racial o constitucional como responsable del mal. Se condensa en las regiones de desnutrición, en regiones donde el pescado salado, con arroz, fréjol e "inguiri" (plátano verde cocido) forman la comida diaria. En veces, el uso o abuso de ciertas yerbas o drogas procede los primeros síntomas, en veces, no. El desequilibrio vitamínico y mineral es casi constante. Observaciones metabólicas recientes hacen muy verosímil que el metabolismo del cloruro de sodio, tan íntimamente vinculado con la piel, desempeña un papel importante, todavía descuidado por la terapéutica tropical.

* * *

En tiempos de paz, el sur de Italia recibió de Noruega el bacalao, alimento barato importante y mandó allá sus aceites y sus frutas. Tal intercambio, en cuanto funciona, es de suma utilidad; algo semejante puede y debe producirse en la Amazonía futura. Sir Georges Paish (1941) tiene seguramente razón si reclama como un ideal del mundo por venir que el sistema de autocracia debía abandonarse por completo y permitirse a los pueblos de todas las naciones comprar con toda libertad y donde pudiesen obtenerlos, alimentos, materias primas y productos manufacturados. (La Derrota del Caos). "Una cuidadosa investigación de la capacidad del mundo para producir alimentos, materias primas, artículos manufacturados, habitaciones, ferrocarriles, muelles y puertos, navíos y en fin todas las cosas esenciales para la prosperidad en estos días, revela claramente que el mundo es bien capaz de proveer a los habitantes de cada nación con "standards" de vida muy superiores a los que han gozado hasta ahora".

El médico no se atreverá a opinar sobre una cuestión tan delicada y tan opaca como lo es la economía futura de la Amazonía, de una región productora de materias primas que, por eso, debe mantener su nivel del costo de la vida cotidiana muy barato. Es tanto más difícil ver con antici-

pación lo que debe ocurrir cuanto la economía, recientemente, se orienta hacia dos frentes, uno nacional, abierto a consecuencia de una política de comunicaciones, otro internacional, controlado por demandas y competencias, es decir, donde el precio de costo tiene una importancia trascendental.

La población india autóctona ha demostrado que la Selva puede sostener una vida más o menos satisfactoria de un número limitado de habitantes. El nativo no es malnutrido. Tampoco lo es el colono mestizo mientras que su vida mantenga relaciones sanas con la naturaleza y que se valga razonablemente de los recursos de su ambiente. Para obtener eso, sin embargo, debe vivir en cierto aislamiento, igual como el indio mismo. La economía natural de autosuficiencia, en la Selva tropical, no es realizable, sino por grupos pequeños. Por consiguiente, entre muchos individuos raquíticos, en los ríos se encuentra un número considerable de hombres de excelente condición física. Especialmente después de haberse vencido la penuria de la niñez, el adolescente del río, muy a menudo, por su alimentación y su trabajo físico desarrolla un cuerpo fuerte y resistente. ¿Por qué?

El poblador del río, si es activo y de salud regular, dispone de su caza y pesca, tiene, pues pescado fresco, tiene buena carne, vive con "timbuchi", el caldo típico de pescado, con su "pango", yuca, plátanos y pedazos de carne o de pescado salados, cocinados juntos; con su "shirumbi", yuca picada, con paiche (pez gigantesco de las cochas amazónicas, Arapaima gigas, que es de importancia fundamental para la economía alimenticia de la región — compárese Circular Nº 2, Min. de Fomento, Lima, 1942), carne o "mitayo" de otra clase (venado, etc.), en forma de sopa. La palabra "mitayo" se aplicaba originalmente al tributo del indio, dándose muy a menudo en forma de productos de caza.

A eso se añaden los quelonios con sus huevos riquísimos en vitaminas, el hígado de la "taricaya", las grasas bien amarillas y ricas en carotenas del mismo animal y de sus parientes ("charapa" y "cupiza"), del mono "maquisapa" (spider monkey), de la carpa gigante, la "gamitana" y del "paco"; se añade el jugo de caña, fermentado o no, con o sin limón, una multitud de comestibles crudos del monte, que aunque de poca cantidad absoluta, completan continuamente la comida, como la chonta (cogollo de las palmeras), frutas de toda clase: paltas (Persea am.) caimitas (Lucuma Caimito), caimitillo (Abuta grandifolia), lúcumas (Lucuma obovata), guabas (Inga edulis), zapotes y zapotillos (Matisia cordata y Quararibea Wittu), uvillas (Pouroumea substrigosa), parinaris (Palicourea Klugii?), aguajes (Mauritia), umarís (poraqueiba, en diversas variedades), mangos (Manguifera) y manguas (Gustavia mangua), Sacha-Mangua (Potalia amara), castañas (Bertholletia y Terminalia, aunque en poca cantidad), nueces de conta (Attalea Tessmannii) y de shapaja (Scheelea, en diversas especies), de shebon (Scheelea Bassleriana), de huicungo (?), pijuayos (Bactris speciosa), ungurahuis (Jessenia Weberbaueri), las frutas, verdes o maduras,

de "tagua" o "yarina" (Phytelephas macrocarpa), del "marfil vegetal", cuando verdes comen el líquido gomoso del interior, cuando maduros, la pulpa amarilla; y una infinidad de otras frutas y raíces).

Un hombre conocedor del monte, siempre regresa con su mitayo y su canasta (su "panero" o capillejo de hoja de yarina), llena de comestibles.

Estos colonos les llamo, por su vida, semi-indios. Ya se encuentran más allá de la vida autóctona, pero tienen aún su gran tradición del "animal" de la Selva. Forman la antítesis irreconciliable con nuestro mundo, lo que expresa Germán Arciniegas (1937, América, Tierra firme. Sociología): "Cuando yo echaba mis ojos sobre un disco de mil millas de circunferencia, sin ver humillo que denunciara un hogar, sin encontrar techo de una choza, sin advertir la más leve huella de un establecimiento humano, me consumía en la meditación de que toda la flora y toda la fauna se hacían allí un nudo de donde sólo un animal quedaba excluído: el hombre. El indio no piensa lo mismo. El sabe que a la vera de la trocha crece la coca que suple a todo alimento; él sabe de raíces jugosas y apetitosas que se cruzan bajo sus pies; bebe la leche de unos bejucos que es tan agradable como el agua; maneja la cerbatana con tan excelente puntería que nunca le falta un macaco para completar la cena en lo más intrincado de los bosques. Lo único exacto es que la selva es un mundo tan rico como la ciudad, pero que sólo la han explorado y que dominan únicamente los coreguajes, indios éstos que no sé si alcancen a medir nuestra ignorancia sin límites".

Peor antítesis aún presenta la vida aglomerada de colonos que no saben o no pueden aprovechar de tal experiencia, de tal contorno, que lo destruyen más bien, que lo hacen huir, de la cercanía de sus caseríos, de sus aldeas. Donde éstas se establecen, se retiran los animales, desaparecen los árboles; entonces la comida diaria se vuelve igual, monótona y pobre. Prevalecen el pescado salado, el arroz, el fréjol, el inguiri. No hay verduras, en rarísimas ocasiones, leche. Hasta las frutas se hacen escasas porque, en toda la Amazonía no hay cultivos de frutales. Escasean las frutas grasosas: y escasea la grasa misma, no importa de qué origen. Hay, por supuesto, en los ríos toda una escala, desde una comida todavía bastante regular, hasta dietas demasiado pobres. Depende del lugar, de la estación, de la salud, los que limitan la actividad del hombre. Todo el mundo come, "se llena", pero falta mucho de lo que se necesita para una vida normal, para no hablar de la vida óptima. La indigestión crónica de muchos niños, la escasez de vitaminas y de cal, son factores peligrosos que se manifiestan en su desarrollo y en todas las situaciones anormales como enfermedades, que exigen tales reservas para que el organismo pueda resistir y componerse sin dejar el mal huellas profundas en su contextura. Todo eso, como lo he señalado antes, toma un rumbo malo si por una u otra razón hay un decaimiento de las personas que sostienen la casa. En los niños, la malnutrición se acentúa muy fácilmente, por sus parasitismos, universales e intensos, tenien-

do ellos que enfrentar la doble tarea de mantenerse y de crecer.

Pese a todo, la vida en la chácara, en el caserío chico, ofrece mayores posibilidades que la del pueblo o de la ciudad. "La golosina del hombre del campo le protege; la del pobre de la ciudad le malogra". (Kuczynski, 1942, Los Escolares de Iquitos, Lima). Comestibles frescos, frutas, hasta los plátanos y las yucas, se hacen raros, y en tiempos tan críticos como lo atravesamos ahora, hasta el "guineo" del bebé es una cosa tan cara que este alimento complementario precioso del niño de 6 a 7 meses en adelante, no se puede procurar en muchas familias. Como ya el niño del segundo año entra plenamente en los hábitos alimenticios del adulto, se comprende la dificultad de romper un canon dietético, nacido en la tradición pobre de gentes que progresivamente han perdido su vinculación con su medio ambiente en cuanto fuente de alimentos naturales, un régimen que se completa con pan blanco y con productos artificiales importados cuyo precio no está en acuerdo con su valor respectivo para los moradores.

La gente más pobre de la ciudad vive de arroz, frejoles y plátanos, con tanto paiche y pescado, salados y frecuentemente descompuestos, como pueden comprar, y actualmente esta ración es muy reducida, sirve, en veces, apenas para "mishquina" (saborear la comida). Y gastan su dinero comprando, casi sin excepción, pan blanco.

La malnutrición profunda del pueblo pobre, y más aún de sus niños, es, como en todo el mundo, un fenómeno arraigado en las costumbres que ninguna inteligencia corrige, hasta ahora. Hubo hasta madres que recibían leche para sus hijos y la vendían, para comprarles pan, diciendo: "mi hijo no va a vivir de leche; tiene que comer otra cosa". La malnutrición profunda y tan frecuentemente, tampoco es comprensible fuera del conjunto de la vivienda sucia, de los estragos que provoca y mantiene. La vida pobre de la Amazonía se mueve en "círculos viciosos" (J. B. Hurry).

Sobre disposiciones psicopáticas.

El desarrollo mental, la educabilidad, la sociabilidad y la salubridad dependen grandemente de la condición física y de sus trastornos, de sus atrasos y de sus consecuencias sobre postura, atención, memoria, disposición mental, disciplina y tenacidad. El hombre que ha sufrido mucho, que no ha conocido la gran alegría de la vida infantil sana y protegida, el hombre que se siente inferior, física y mentalmente, el hombre, en suma, que demuestra algo de "minusvalías", somáticas y caracterológicas, fácilmente siente y provoca malestar (1). Se le encarga algo y no lo comprende; comienza una

(1) Tratando de la "Emoción en hombres y animales", (1943, Emotion in Man and animal, New York y London) Paul Th. Young se refiere a observaciones de Stratton (1929) y llega a la conclusión que cada enfermedad grave deja huellas profundas en la vida emocional del individuo y le rinde, por mucho tiempo, irritable. Especialmente enfermedades de

obra y no la termina; carece de una valoración que corresponde a la nuestra; hace cosas que nos parecen incomprensibles por su orientación meramente egoísta y con frecuencia malévola, sin mayor razón. Pero, al analizar las raíces de tal comportamiento, se desprende el fondo médico-social y patopsicológico de la desviación y se nos abren las puertas de un entendimiento mejor y de medidas curativas radicales — para generaciones venideras. Creo que se debe, en primer lugar, a la anquilostomiasis y a la malnutrición lo que determina que tantos niños no sólo muestran un atraso físico y mental considerables, aunque muy variables, sino que se comporten, en la escuela, como "distraídos disipados". Eso coincide con la somnolencia de la cual personas adultas se quejan cuando sufren del anquilostoma. Si nada se supiera del efecto de trastornos crónicos del aparato digestivo sobre la personalidad, es suficiente ver cómo los niños cambian profundamente después de haberse normalizado su vida. Y un porcentaje enorme de todos los niños padece por lo menos hasta los 12 ó 13 años periódicamente de tales dolencias, lo que les hace irritables, reacios, malhumorados. No pocos se comportan como psicopáticos por su inestabilidad y excitabilidad, por su falla en acomodarse a un ambiente social normal, a cumplir, aunque de modo modesto, con las exigencias de una enseñanza primitiva. Partridge hablando de condiciones "sociopáticas", encuentra antagonismos, sentimiento de inferioridad y una serie de desórdenes del comportamiento (compárese Dorcus-Shaffer, 1939, Abnormal Psychology). No se puede negar que tal conducta se nota muy a menudo entre las gentes de la Amazonía. Una raíz para eso es, según me parezca, meramente médica, como lo he señalado, otra, más bien, social. En el mundo del colono hay cierta intranquilidad; no hay, hasta ahora, una sociedad bien establecida que sitúe y contenga a sus miembros incorporándoles en una organización productora y consumidora que se desarrolle funcionando. Creo que no exagero insistiendo en eso porque nada es tan impresionante en la sociedad amazónica actual como la falta de perspectivas para un desarrollo sano de un individuo, a lo menos que se considera lo que hubo antes de la perturbación actual de la cual se espera que sea de buen agüero. Hasta este momento, ciertamente, la vivienda, la familia, de composición y derechos heterogéneos, sus desórdenes y su promiscuidad, fomentaron en el niño, en algunos casos, algo que se llamaría en nuestra sociedad "neurosis", un "sufrimiento por la sociedad". Lo oscurece cierto embrutecimiento de muchos adolescentes y adultos, y, también, este dominio de su vida expresiva que han heredado de sus antepasados indios. Pero hay el hecho del choque con el ambiente, de funciones, deseos, actos, desenvolvimientos frustrados que crean una vida reactiva pervertida. El forastero no lo nota tan

la primera niñez (hasta 6 años de edad) hacen individuos irrascibles. Difícilmente condiciones tan achacosas como las de los niños pobres de la Amazonía han sido objeto de estudios semejantes; pero el efecto trastornante es muy evidente.

fácilmente porque el pobre no se abre delante de él. Para conocerle hay que hablar su idioma, hay que vivir y trabajar con él, hay que observar su comportamiento frente a sus prójimos, a sus vecinos, a sus colegas de trabajo. Entonces, sí, sorprenden los conflictos, las reacciones inapropiadas, la frecuencia de un engreímiento absurdo, la perversidad de la conducta que tantas veces hieren al observador. Muchas personas muestran un rencor profundo, a causa de pequeñeces, un rencor, a veces, casi difusivo. Si Szekely dice que todo neurótico se comporta como un niño grande, inmadura, desconfiado, medroso, entonces nos consta que muchos pobladores pobres de la Amazonía se adaptan perfectamente a tal definición. Por eso, me parece, que el pobre siente de todas partes "maldad". Pero eso dificulta la vida en común: "La sociedad reposa sobre la contradicción entre la libertad humana y la necesidad de reacciones previsibles", como lo dice Guglielmo Ferrero (1940). El indio autóctono ha moldeado sus reglas protectoras a lo largo de su existencia selvática. "Al salvaje, reconozcámoslo — decía Freud — le resulta fácil permanecer sano". Pero tal idea es muy discutible. Ruth Benedict (Patterns of culture, Edic. espan. Buenos Aires, 1939) dice: "La tradición es tan neurótica como cualquier paciente; su temor extremado ante la desviación de sus modalidades fortuitas responde a todas las definiciones corrientes de lo psicopático". La psicología de un grupo, sus modalidades de vida tradicionales, y más aún en transformación, presentan al higienista un factor de consideración que frecuentemente ofrece la llave para comprender ciertos absurdos aparentes.

Creencias populares, medicina y magia.

Tal vez hay lugar para decir con Montesquieu que nuestros hombres no son por esencia ni buenos ni malos, sino el producto del clima, de la religión, de las leyes, de las máximas del gobierno y de los ejemplos de los tiempos pasados "de lo cual se deduce un espíritu general que es su resultado". Nuestra población sufre del clima, en cuanto esto favorece cierta condición mórbida típica, con todas sus consecuencias debilitantes; nuestro hombre tiene más bien superstición que religión, más angustia que fe, más miedo que moral; y el clima favorece la irreflexión en lugar de la prevención por causa de los alimentos, que se obtienen sin trabajo.

Existen, al lado de los bautismos — en la chácara en lugar de esto "se echa agua" — y de las misas, de las "canciones de los pastores", las "pusangas", bebidas embrujadas e infalibles (Tristán e Isolde, de Wagner), al lado de medicamentos modernos, hierbas y dietas, en mezcla muy interesante de empirismo y de creencias mágicas. Se atribuye a los alimentos como a los remedios un "temperamento", lo que exige prudencia en la combinación: lo cálido no va con el fresco, y es ciencia saber lo que es, en verdad, el carácter de cada alimento. Se atribuye a los alimentos un poder se-

creto de producir enfermedades. El arco iris tiene gran importancia: si el arco les quema, se producen inflamaciones, la piel se malogra. Todo puede ocurrir a consecuencia de eso; desde el "chiriumpi" (la irritación pruriginosa de la piel) hasta un brote leproso.

Es muy difícil penetrar en la maleza de las creencias populares. Confieso conocer muy poco de éstas; pero son muy interesantes. El hermano Daniel de una leprosa, Asela D., tomó catagua en casa de brujo; pero como es frecuente, el tratamiento le hizo daño y apareció un brote leproide, numular, en todo el cuerpo. El brujo viéndolo dijo a la madre del muchacho: "este joven no ha dietado y la madre de la purga se ha enojado y le ha cuticado" (castigado, vengado). Fijándose en el carácter redondo, minuto, del exantema, dijo: "hay que pagar un botón a la madre de la purga." Se escogió uno del tamaño del brote y se lo puso sobre la espina de la catagua, como ofrenda. Después de un tiempo el joven "se sanó". No es preciso señalar la mezcla de conceptos animísticos y mágicos con el empirismo medicinal indio.— Un leproso, analfabeto, por supuesto, padeció, además, de pinto. A raíz de los primeros síntomas, aún desdeñables casi, del Mal de Hansen, había "dietado". La mujer que le cuidaba, en lugar de darle plátano asado con toda la cáscara, le preparó el plátano sin ésta, poniéndolo directamente en la ceniza. "La bruta de mujer me lo dió así, con la ceniza ploma, entonces me han brotado "estas manchas cenizas". El hígado del peje Torre pinta el plumaje del loro, y por eso no se come por miedo de pintarse uno, también. Además, el tsúngaro causa pinto. El sarnoso, pintado (pinto), no come tapir, sacha vaca, hace daño, da mala sangre.—En la cola del pez maparate está la lepra.— Cuando a uno le ha picado la víbora, no debe ver a una mujer encinta, o se le hincha la barriga; tampoco a una mujer que menstrua, o le sale sangre del cuerpo.— No hay que tocar al "cacho" (un pájaro que silba de noche), ni sus huevos, o uno se hace vago como este animal. Grita en las noches frías: mañana hago mi casa. Pero en el calor del día lo olvida. Hay, pues, hombres "que son como el cacho", "no tienen casa".—La canoa anda ligero en la noche porque no la ven los árboles; pero en el día va despacio, por vergüenza; porque los árboles la insultan por haberse dejado convertir en canoa.— La verruga vulgar brota donde "el sapo ha orinado encima"; por eso la gente tiene miedo al acercarse al sapo.— Ya he mencionado cómo "se vela" un Santo, después de la novena de rosario, con cantos e incantaciones; se "danza" delante de la imagen en el cuarto de la choza, al modo incaico, acompañado de violinista y cantor (que son bien borrachos); después de la fiesta se enardece; se cierra el cuarto, se cubre la imagen del Santo, "para que no vea", y se baila y se bebe.— Me cuenta la vieja, nativa de San Martín (Tarapoto), que vive ya muchos años en el desierto verde del Río Yavarí: "La mujer murió. Primero le habían puesto cochinadas a la puerta de su casa; después le habían embrujado con los espíritus del agua; sa-

liendo a tierra han dibujado el cuerpo de la mujer y lo han picado con el pico de un pájaro; salieron hincazones; murió la mujer".

No sólo el rito cristiano, también otro mágico degeneran en esta mezcla rara de rudimentos de culturas. La hechicería aún está hondamente arraigada en el modo de pensar de la gente pobre de la Amazonía. Los colonos-mestizos, aunque pocos se dispongan, quizá, para encantamientos, generalmente creen con firmeza en la Magia, tanto más, a mi parecer, cuanto más tienen contacto con los círculos o fraternidades de "ayahuasqueros". La droga se presta excelentemente bien para nutrir esta acción mágica primitiva donde el deseo de obrar milagrosamente se une a la pereza como lo dice Bergson. La Magia, como la fantasía pura, han sido definidas como un corto circuito desde la primitividad hacia conocimientos y poder (Lewis Mumford, 1934). Pone raíces y florece, de un modo muy natural, donde la ignorancia y la vida frustrada se unen a la ambición, la pobreza al deseo; la ansia de obrar así va a la par con la aceptación universal de la realidad mágica. Hay otro factor, descuidado todavía en el conjunto de estos fenómenos curiosos. Nadie ha estudiado a fondo qué papel desempeñan imágenes eidéticos como Jaensch (1930, Eidetic Imagery) los ha descubierto en casi la mitad de los niños (hasta 14 años) que ha estudiado. Continúan, en veces, en la vida adulta. Fomentan, fácilmente, confusiones entre realidad real y realidad ideal. Muchos dicen que la ayahuasca no les da las mismas alucinaciones como los nativos las sienten y, en veces, describen. No prueba nada, por supuesto. Tampoco el acto de pensar filosóficamente sería accesible a un primitivo. Hace tiempo ya se sabe que los procesos psicopatológicos del hombre culto distan mucho de aquellos que presenta la clientela pobre de un manicomio. La enfermedad es reacción; pensar al modo mágico, también lo es; y todo el fondo de la personalidad entra en el juego. Lo que parece ridículo a nosotros es convicción natural para el primitivo. Un leproso mío abandonó su tratamiento porque los ayahuasqueros le habían dicho que sólo un brujo podría curarle "siendo su mal de la gente que lo habían hecho a él".

Creo que nada podía discutir mejor esta situación que aquella exposición de Bergson que resume Georges Gurvitch (1941, Las formas de la Sociabilidad, Buenos Aires, pág. 230):

En la Magia se trata... de combatir el descorazonamiento de la inteligencia misma ante su propia impotencia. Las representaciones mágicas son representaciones fabuladoras de la omnipotencia humana para consolar del descorazonamiento de la inteligencia "impotente aún para hacer conocer el mundo y fundar la ciencia". Hay en la sociedad arcaica una gran parte de la experiencia sobre la que el homo faber no se siente capaz de actuar. No pudiendo actuar sobre la naturaleza, espera que la naturaleza actuará por él. "La naturalza se impregnará, pues, aquí de humanidad. El hombre arcaico adjunta para todo lo que escapa a su acción la creencia en

potencias que tendrían en cuenta al hombre. El universo se puebla de intenciones..." "La Magia, que es innata al hombre por no ser sino la exteriorización de un deseo de que el corazón está lleno", se reduce en último término a dos elementos:

"1º El deseo de obrar sobre algo, incluso sobre aquello que no se puede alcanzar;

"2º La idea de que las cosas están cargadas o se pueden cargar de lo que nosotros llamaríamos un flúido humano.

"La Magia es una combinación de la afectividad: temor ante las fuerzas que no se sabe pero que se desea manejar con la voluntad de realizar lo que se desea y de dominar lo que se teme". (Gurvitch).

La medicina del pueblo, del brujo, consiste principalmente en purgas y soporíferos. La lista es larga lo que hace inmediatamente dudar de su valor curativo. Sin embargo vermífugos drásticos en combinación con un ajuste mineral como lo es la "dieta sin sal" de los brujos, en veces, parecen tanto más eficaces cuanto los principios de la lepra se distinguen muy a menudo por la fugacidad de sus síntomas. Con más frecuencia aún el paciente se queja del brujo. Uno de mis enfermos describió con cierta ironía su "tratamiento verdaderamente medioeval" — ciertos tratamientos parecen 'Voelkergedanken", como lo ha expresado Bastian—: le dió vegetales, animales, serpientes, sangre de jergón, mezclada con cachaza; le purgaba con catagua (Hura crepitans). Pero el procedimiento del "hombre instruidísimo" fué vano; la lepra iba de mal en peor... Otro enfermo fué tratado con "toé" (datura spec.) lo que le hizo ver animales. "Se mareó, nada más". Otro tratamiento muy frecuente de la lepra es a base de "2 kilos de azufre con zarzaparrilla". Menciono el "huaco" (allco-quisca, Xanthium catarticum) del cual habla F. L. Herrera (1940, Plantas que curan y plantas que matan de la flora de Cuzco), el shillinto, un bejuco de especie desconocida. Además hay muchos cáusticos, de origen vegetal (vainita del Mantaro, Cassia Ruiziana) o animal (jugo celomático de diversos miriápodos y larvas de coleópteros). Los brujos conocen bien los abortivos y emenagogos. En una de mis leprosas la enfermedad comenzó con una suspensión de su menstruación y con una palidez muy grande. Se "curó" tomando semillas de palta, rajadas en una botella de cachaza, dentro de una sola noche. El efecto fué casi instantáneo. Los primeros síntomas del mal aparecieron dentro de poco tiempo, también.

En este mundo de pensar primitivo las enfermedades cargan un carácter medio mágico, medio secularizado. La enfermedad es como un "pecado", pero de un hechicero, del enemigo, no de quien sufre. El "Mejoral", las "inyecciones" son la secularización del concepto arcaico profundo; se adoptan, se añaden, suplantan muy paulatinamente el miedo mágico trastornándolo como el mercantilismo y la ilustración lo hicieron con la fe cristiana sencilla.

4. CIVILIZACION DEL INDIO SELVICOLA

Aunque se hable mucho de la Amazonía, muy poco se dice de su verdadera problemática. Para casi la totalidad de sus moradores, el único problema que se plantea es la vida desnuda, la vida a todo costo. Pocos, quizá, tienen una vivencia de lo que les rodea como de una concatenación trágica, de causas y consecuencias, de responsabilidades, de fundamentos del porvenir, del devenir histórico. Lo que interesa es para muchos, el jebe, la rotenona del barbasco, el chicle, etc., es decir el producto de exportación, de valor inmediato. Pocos se preocupan del precio que la Amazonía paga para obtener estas materias primas, para abastecer el mercado mundial. Sin embargo, este precio es alto...

Muchas veces he tratado del colono pobre, de su vida, de sus dolencias. Vale señalar cómo el indio selvícola, independiente, fuerte y sano, se convierte en proletario. Valiéndome de tan sólo un ejemplo, que conozco, sé que acontecimientos idénticos o semejantes han ocurrido ya desde tiempos lejanos como ocurre hoy todavía ante nuestros ojos, estableciendo un hecho consumado aunque por lo general, ignorado por la literatura, tanto científica cuanto novelesca. Sin embargo, se trata de asuntos que no sólo tienen gran trascendencia científica, sino que ofrecen un interés excepcional, verdaderamente literario.

Hubo un pequeño grupo de Indios Mayos que, por razones especiales entraron en pleito con grupos más fuertes, a los que hubieron de ceder su lugar, replegándose a una quebrada un poco alejada, donde seguían su vida acostumbrada, adentro del monte, desnudos, muy sanos, cazando con su "pucuna" (saramatana, en yagua: runasí), su arco y flechas, armados con su lanza de combate y su macana, el temible mazo-sable, de madera dura, pulida. Fueron seres felices, alegres, bien nutridos, omnívoros que se alimentaron con mucha carne de mono, con huevos y frutas, con mingado de maíz tostado, con yuca y plátanos, desconociendo, en este caso especial, hasta el mazato, rehusando el uso de la sal. Verdaderos indios del monte, como los Yaguas y otros, también ellos, no pescaron. Dormían en sus chozas, redondas, de hojas de palmera finamente tejidas, de noche enteramente cerradas — las que regionalmente se llaman "cocameras" — desnudos en

sus hamacas, cada hombre con sus armas de un lado, su mujer, en hamaca propia, del otro, y con la candela abajo de la hamaca, para calentarse bien. Se pintaron, como otros indios, con achiote, medida valiosa de un empirismo higiénico indudable, pero cargada, como toda la vida india, de conceptos mágicos. Se afeitaban el cuero cabelludo en forma característica, se ponían plumas como adornos en las alas de la nariz; bailaban al tacto del bombo. Vivía esta pequeña comunidad india, de unas 40 personas, en el seno de la naturaleza, como Rousseau lo estableció en forma de utopía feliz. Seguían estos indios, de todos modos, una vida inocente, dentro de una reciprocidad ejemplar. Fué su existencia completamente egocéntrica, pero inofensiva para quien no trastornó su plan fundamental. Tal comportamiento, en su esencia, se entiende por sí, por ser natural, "zoístico", animal, perfecto en cuanto nadie lo obstaculiza...

Entra en la escena el mestizo vivacho, sin instrucción, pero ambicioso, ambición de pereza, ambición de dinero, y eso, él lo sabe bien, se hace sobre los hombros de los indios. Ha oído hablar de estos Mayos. Un compañero les conoce; quiso adueñarse de ellos, pero fué puesto a prueba y rechazado. Habla de esta gente como estulta, "buena". Había fracasado con ella, pero "quizá, tú tendrás mejor suerte". Así nuestro Pancho se decidió a vivir con ellos. Le aceptan. Es muchacho fuerte y despierto. Le desvisten, le pintan; le perforan las alas de su nariz. Comienza él a entender su idioma, a hablar algunas palabras. Los indios se acostumbran a él, mientras él, piensa, vagamente, en el porvenir.

Sobreviene el nuevo auge del jebe con su escasez de "brazos". Hay un "patrón" que necesita gente para hacer chácaras, para tumbar árboles de caucho (1), trabajo sencillo pero pesado, que exige hombres fuertes y sanos, y no los mestizos pobres, rendidos por el paludismo, por el paludismo del hambre, agotante, crónico, que se convierte a veces, en algo como una "tisis palúdica". Necesita, pues, gente. Hay un vivacho que conoce a nuestro Pancho, convertido ya en "curaca", con su primera compañera india, una linda chica de 15 años.

Por desgracia suya, estos indios, durante dos años, habían contraído cierta amistad con algunos colonos mestizos que trabajaron en su región, junto con indios Yaguas, para sacar pieles y "leche caspi" Estos habían dado un buen trato a los indios que les parecieron muy curiosos, regalándoles botones, cuchillos, machetes, chucherías, con la esperanza de arreglos ulteriores de una colaboración provechosa. Así los indios ingenuos abandonaron su reserva "zoística" de animal cazado y supusieron que estas experiencias agradables de burlas alegres y de regalos, siguiesen...

---

(1) El caucho (caucho negro o de altura: Castilla Ulei Warb.) así como la "leche caspi" (couma) se cortan de costumbre. En el caso del caucho resultan 3 a 15 kilos de goma por tronco, pero la mayoría de los grandes ya ha desaparecido. La explotación es absolutamente devastadora.

Sobrevino el nuevo auge de la Amazonía. El vivacho y el patrón coinciden en hacer una "Sociedad anónima" para la explotación de estos indios. Las ganancias se repartirán a partes iguales entre ellos. Y el "curaca" recibirá su sueldo de Judas con la promesa de la suma fija de treinta soles mensuales, un engañador engañado. Dice el vivacho con gran orgullo. ¡Vaya, hombre, cuánto vamos a ganar nosotros con estos indios, dentro de dos años!

Así el indio está expulsado del Edén de su vida primitiva y sana, no subyugada por hombres y deseos que salen del marco de realizaciones posibles para todos, expulsado para incorporarse en el "proceso económico" de la humanidad progresiva, al último escalafón de la estratificación social.

Tal ejemplo vivo, bien característico, demuestra cómo los indios entran en la esfera de la "civilización", cómo entran sin protección alguna, si abandonan su desconfianza salvadora. El ejemplo demuestra, también, cómo ellos, al principio, no son hostiles al extranjero, le aceptan, a menudo, acuñándole en el molde fijo de su vida tradicional. Así, me parece, muchos elementos han entrado en este gremio aparentemente tan cerrado, del indio selvícola, quien, por intuición, no exige otra cosa que la seguridad de que su vida acomodada (en el sentido biológico) siga mañana como hoy, sin molestias, y que los elementos nuevos se asimilen, participando plenamente en su existencia. En la pequeña comunidad india el interés propio y otro social coinciden prácticamente; así como derecho y obligación, son una y la misma cosa, igual para todos, con muy pocas restricciones de esta regla. El blanco no fué recibido de otro modo que el negro o el mestizo; tampoco lo fué el indio solitario que vino de otras regiones y de otra tribu. Observaciones múltiples me hacen más y más verosímil que este proceso de asimilación por "gota a gota", puede ser responsable de gran parte de esta diversidad tan espectacular de los rasgos físicos, dentro de la población india autóctona. Tal mestizaje fué tanto más transformador y creador, cuanto el sistema de las grandes familias y de las relaciones interfamiliares limitadas, favorecía la elaboración de linajes de tipos diferentes. En indio no rehusó asimilarse elementos nuevos, a raíz de guerras y fuera de ellas, siempre que éstos le fueron agradables. El grupo que invade su territorio de caza, amenaza el fundamento de su existencia, y, por ende, es combatido — lo que ocurre actualmente de una manera fatal; el individuo aislado es una sorpresa que admite actitudes muy diferentes según el caso, la situación y las experiencias anteriores.

Al principio, y posiblemente muchas veces en el pasado, la asimilación no indujo nada de malo para el indio; su efecto principal fué, sin duda, cierto mestizaje. Pero en muchos otros casos, esto abrió el grupo al mundo e introdujo paulatinamente exigencias miméticas y, a consecuencia de éstas, la obligación de trabajo y de intercambio económico. Tal nueva situación tampoco fué muy peligrosa en cuanto los indios mantuvieron sus

costumbres originales y siguieron viviendo su vida propia durante muchos meses del año, como lo podemos observar entre los Yaguas. Su trabajo, entonces, es interrupción y excursión, haciéndoles salir, por un tiempo determinado, de su existencia inalterada o poco cambiada, quedando todo el grupo sujeto a un proceso de "domesticación" progresiva, pero paulatina, con un número creciente de individuos que se visten a la manera del colono y que se comunican con él, más o menos bien, en castellano. Entonces vemos ahora, después de 30 años de tal "cooperación", que ciertos Yaguas quieren calzarse de zapatos y botas, acompañan al patrón a Iquitos, vestidos de saco; visitan el cinema aunque no comprendan nada, aunque no lean o no escriban una sola sílaba, aunque muy pocos conozcan los rudimentos del castellano, aunque sus hijos nunca vayan a la escuela, ni a la elemental, ni a la indígena, que falta absolutamente. De veras, el grupo se "domestica" con relación a su patrón que es el intermediario entre él y el mundo económico. Le traen productos de la chácara y del monte, venado; compran donde él. El grado de su explotación depende de la honradez del patrón. Algunos, los más "liberales" se contentan con el esquema siguiente: pagan al indio el valor de las pieles y de otros productos, al precio oficial del mercado, naturalmente deduciendo los impuestos, y eventualmente, algo más. Ganan siempre el porcentaje por el cual aumentan el precio de las mercancías que sirven en el trueque contra los productos selváticos. Se entiende que este beneficio varía entre 33 y 60 o más por ciento. Patrones que no son dueños, fingen otras contribuciones. Cuanto más ignorante el indio, tanto más se presta para la explotación, especialmente porque tiene, como lo dijo tan bien John Lubbok, "el carácter de los niños, con las pasiones y la fuerza de los adultos". El peor trato lo reciben los indios, a veces, de compradores casuales, de "regatones" y "chinganeros" que les sacan sus productos por un nada de cachaza, por una o dos cajas de fósforos. Hay, por supuesto, también patrones que no quieren pagar, que son mezquinos, "mishu". Entonces los Yaguas se dirigen hacia otro, ofreciéndole sus servicios, como ya dependen de los bienes que el patrón puede proporcionarles, desde el tabaco hasta el veneno de flechas, desde la escasa cantidad de sal que exigen, hasta la tela para la faja o ropa de su mujer. Este acontecimiento bastante frecuente obliga, hasta cierto grado, al colono-empresario para que conceda un trato mejor a sus indios. Ya hay un modo de escapar para ellos; hay competencia; y el indio es la base preciosa de subsistir, para el patrón (1).

Pero el contacto con los colonos, aunque sea en esta forma todavía bastante suelta, induce ciertos peligros y se nota en la mayor intensidad de las

(1) La indicación sobre la explotación modesta del indio se basa en el estudio de sus "cuentas corrientes", con diversos patrones. Pero si el patrón honrado le paga, por ejemplo, 7 soles por una piel de sajino, una vecina paga tan sólo 3 y la vende a otro intermediario por 4.50; y así se nota ya una explotación más grave.

verminosis, especialmente en niños; ya se nota su influencia sobre la postura, sobre los pies. Sin embargo, el indio come mucho mejor que el colono pobre y se mantiene. Aunque la longevidad es baja, se encuentran viejos, bisabuelos, y tatarabuelos, es decir hombres hasta de 70 años, lo que se comprende, si se sabe que ya el muchacho de 17 años tiene su compañera, que mujeres de más o menos 22 años que tienen 3 hijos, esperan el cuarto. En estas condiciones, cada mujer da a luz por lo menos 4 hijos, y algunas llegan a más de diez.

Mucho mayor peligro se ofrece, si el grupo indio se agrega completamente al patrón, acomodándose en forma nueva, desconcertante, y abandonando grandemente su vida propia, tal como se observa, v. g., entre ciertos Chamas y Campas, especialmente en el Alto Ucayali. Lo mismo ha ocurrido con los Capanahuas del río Tapiche, que se acostumbraron al colono cuando vino D. Juan Hi., que ganó por primera vez su amistad y colaboración. Al principio se mantuvo su economía propia; después, sin embargo, ya trabajando con diversos patrones, la abandonaron y degeneraron así como otras tribus en idéntica transformación. Ha de notarse que estos indios eran muy belicosos y vencieron con frecuencia a los temibles Mayos. Estos, tampoco han sido siempre tan hostiles a los colonos como se observa, por ejemplo, actualmente en el Río Blanco, afluente del río Tapiche. Mantuvieron por mucho tiempo allá amistad con cierto empresario de gomas (D. Ro.), y sólo más tarde se estableció la enemistad contra los Peruanos que reina hoy, a raíz de algunos abusos graves que ocurrieron en esos tiempos terribles del pasado y en una zona que escapó a todo control, por parte de las autoridades, v. g., a raíz de correrías y de explotación destructora de sus chácaras, que son una de las cosas "sagradas" del indio. Pero aunque estos acontecimientos lamentables nos hayan privado temporalmente de sus simpatías, estos indios por lo menos se han mantenido fuertes y sanos, lo que contrasta con la condición humana de grupos malamente "domesticados".

Entonces no resulta ni siquiera la más modesta "civilización", sino **proletarización** en su peor forma, con la pérdida definitiva de todo lo que distingue favorablemente al indio selvícola. Si el médico, según Lyautey, es la única disculpa para la colonización, entonces en esta Amazonía, la "colonización", fué muy a menudo destructora de Higiene y Salud, tanto para los colonos cuanto para los indios asimilados a su modo de vivir. La vida acomodada del autóctono es mucho más higiénica y protectora que la del colono. La vida del grupo pequeño, prácticamente aislado, como corresponde a la condición de cazadores primordiales, en sí, es menos cargada de peligros; y costumbres, convertidas en moral y ley, comprobadas por el hecho de la perduración de la especie, por su sobrevivencia hasta hoy, lo mantienen sano, aunque no llegue a la plenitud humana.

El colono guarda miedo y supersticiones, mezclando rudimentos de dos culturas, sin dominar ni poseer ninguna, ni la india, ni la europeo-americana. Es un hijo perdido, un apóstata, con frecuencia verdaderamente pobre; no se ha acomodado a su ambiente selvático, como el indio lo hizo; no sabe defender su salud como el indio selvícola lo hace, hasta cierto grado; pero sí, ambiciona "civilizar" al indio. Y éste cae en la trampa. Así la gracia del paraíso nativo se convierte en la desgracia de una servidumbre penosa, en el último escalafón de la sociedad, en la cual el indio analfabeto entra al abandonar su vida propia secular. Así se crean, también, hostilidades de gran trascendencia.

El indio "salvaje" adulto, sin duda alguna, se impone muy a menudo cerrado, embrutecido; parece de escasa inteligencia si le consideramos con el ojo cruel del viajero, intruso desde otro mundo. Pero eso es injusto en vista de la estrechez de su horizonte, que él llena magistralmente. Hay más de una experiencia agradable de individuos que, después de haber recibido a tierna edad su educación y enseñanza apropiadas, se mostraron por lo menos dotados de normal inteligencia, y se mantuvieron firmemente en el ambiente cultural y civilizador nuestro. Así hay mecánicos, contadores, hasta médicos de origen autóctono. Pero en general, tal "transeducación" es rara y se obtiene sólo en casos excepcionales, casi a título de experimentos; los resultados en grupos indígenas son mucho más modestos y lentos: su civilización queda "domesticación", y la asociación con el mundo del colono, que falsamente se llama así, civilización, se obtiene al costo de muchas existencias arruinadas, proletarizadas.

Vivimos en un momento vertiginoso para los indios de nuestra Amazonía. Las amenazas más graves para su existencia se acentúan. El nuevo auge del jebe, directa o indirectamente, conduce a que se les nieguen los derechos más elementales de vida, si quieren mantener su estilo protector y arcaico. Este nos parece — basándonos en observaciones médicas indiscutibles — muy superior a la vida en servidumbre, pobreza y enfermedad. Se les exige acomodarse de otro modo, "civilizarse", pero no se les ayuda suficientemente para hacerlo. Al incorporarse el indio selvícola a nuestro esquema político-económico, se encuentra inerme, en un mundo nuevo que él no comprende y que no lo comprende a él, un mundo peligroso que pronto acaba con todo lo que el indio autóctono ofrece y posee de bueno y de valioso, queriendo únicamente aprovechar de su aptitud de montaraz y de su fuerza bruta.

En lugar de aumentar decae su producción alimenticia; la cachaza se introduce; las "cuentas corrientes" amenazan. Grupos enteros hacen migraciones que les conducen a regiones desconocidas y, en veces, peligrosas.

La Amazonía carece de mucho, pero en primer lugar de hombres sanos y adaptados. El autóctono es un elemento precioso cuyas posibilidad culturales no se pueden juzgar antes de proporcionarle el trampolín de un de-

senvolvimiento apropiado de sus aptitudes. Se gana muy poco empleándole exclusivamente en la obra destructora de ciertas extracciones y de la caza en masa, caza de pieles, caza industrializada, la que no es la caza antigua, para fines alimenticios, derecho legítimo del hombre primitivo que participa en la asociación biológica de su selva sin destruirla, para ser destruído eventualmente, junto con ella.

Cualquier deliberación sobre la organización futura de la vida humana en la húmeda selva tropical, debe principiar con reconocer que esta vida, por la naturaleza misma del paisaje, es muy difícil. Hablando de la naturaleza del paisaje pienso en la fisiografía y el clima que se condicionan entre sí, en todas las ventajas y desventajas que la penetración mutua de agua y tierra firme ofrecen al hombre, en la vida peculiar que sostiene este ambiente fundamental. El hombre primitivo forma parte de esta vida; y de ella depende, también, el colono, para su existencia, sea el que fuere su tipo, el zoístico y estacionario del indio selvícola o aquel que adopta el colono intruso que, hasta hoy, más bien es devastador, por lo menos en cuanto quiere "industrializar", intensificar sus acciones típicas que le procuran "entradas", como ciertas extracciones de materias primas y la caza de pieles. Esta base para cualquier razonamiento, exige una política social y económica, cultural y sanitaria, especialmente adaptadas a la realidad de la zona. El ambiente es de una fuerza de resistencia enorme. La desecación del Zuyder, la perforación del Istmo de Panamá, parecen juegos de niños comparándolas con el proyecto fantástico de convertir esta Amazonía en tierra fácilmente cultivable para grandes masas de hombres civilizados. Este juicio no excluye, de manera alguna, un desenvolvimiento de muchas actividades humanas, en esta parte del Globo; tampoco su normalización, hasta un alto grado. Sin embargo, el problema exige ser considerado en el conjunto de las relaciones económicas posibles, con todo el resto de nuestra tierra habitada. Por mucho tiempo aún, la Amazonía puede servir como reservorio de maderas, de resinas, de plantas medicinales, de oro y de petróleo. Pero esta región que inspiraba a un Wallace, sufre actualmente una explotación que parece una ilustración excepcional del proceso de la selección, la sufre a raíz de las actividades humanas, inconscientes de sus consecuencias nefastas, las que se dirigirán un día contra la "industria", contra la existencia misma del hombre. El peligro me parece patente con esa utilización del indio autóctono para que colabore, de preferencia, en esta explotación que no conoce otros límites que aquellos que oponen las dificultades o imposibilidades de transportar los productos hacia los mercados intermediarios. Es un grave error creer en riquezas ilimitadas. Los límites se vislumbran ya. Y con eso, forzosamente, gran parte de la economía humana se derrumbará. Me parece que este hecho debe respaldarnos, más aún, si exigimos prudencia en el manejo de la cuestión indígena, si aconsejamos que la política económica y cultural se adapte cuidadosamente a la si-

tuación amazónica, tal cual es, tal cual el hombre la ha creado, por el salvajismo de sus medidas y que ya comienzan a transformarse en tradiciones, que no emocionan a nadie y que ninguna legislación protectora frena con la eficacia necesaria.

Se ha dicho ya muchas veces: entre primitivos, si hay salvajes, lo son los forasteros, intrusos e incultos.

Múltiples intereses se oponen, pues, al lucro de algunos individuos, lucro que conduce a la destrucción o, por lo menos, a la depravación de gran parte de los pobladores más sanos y más vigorosos de la Montaña, para no hablar de la destrucción de las riquezas naturales. Si queremos tener al indio de nuestro lado, si queremos incorporarle a nuestra vida, hay que educarle, prepararle, hay que "transeducar" al grupo. Creo que la situación actual se presta aún para tal tarea. ¡Ojalá que la Medicina Social se haga defensora eficaz de una acción salvadora, que el médico, intérprete y guardián de las reacciones humanas, se haga protector del indio, defensor del porvenir de una selva que entra plenamente en el balance material y mental de las Naciones! La "Higiene" se impone en los asuntos delicados de la Colonización. Sólo civilizados pueden civilizar.

* * *

Creo que se comprende ahora por qué toda vida humana en la Selva
Amazónica, por la fuerza de la misma naturaleza, ha quedado atomizada,
dispersa y nunca organizada, manteniéndose en desunión simbólica, difícil-
mente accesible a medidas penetrantes de un gobierno central o a un cen-
so exacto. Cada grupo indio y, hasta alto grado aún, el colono llevan su vi-
da propia; fueron y son "autosuficientes", los indios por tradición, los colo-
nos, cuando es inevitable, por la fuerza de su destino, por la poquedad de
su standard de vida. Las luchas entre los grupos indios no fueron, tampoco,
guerras organizadas para abastecerse por el robo con lo que no se pudo
obtener por el trabajo o el intercambio pacífico.
Es bastante interesante recordar que fueron los mongoles, nómades del
Norte de Asia, quienes, por primera vez en la aurora de la historia huma-
na, establecieron un censo anual, de hombres y animales (1), con ocasión
de sus grandes maniobras otoñales, midiendo así su fuerza militar unida,
la que les permitió considerar si valía o no atacar a los agricultores del Sur,
para sacarles sus productos codiciados. Hay una antítesis entre los nóma-
des guerreros de la Estepa, y los seminómades, cazadores y agricultores de

(1) "Cuando, en el otoño, los caballos eran gordos, se unieron muchos en Tai-lim
para establecer la población y el ganado disponibles". (citado según De *Groot*, véase *Kuc-*
zynski, 1925, La Estepa y el hombre, Leipzig). Censos iguales ejecutaron los mongoles de la
Horda Dorada en "su" Rusia para valuar los tributos exigidos (compárese Harold *Lamb*,
1943, Buenos Aires, La marcha de los bárbaros).

la Selva: los primeros criadores de caballos y carneros, nómades a raíz del pasto necesario, jinetes de un semidesierto inmenso, jinetes cuya vida íntegra invitaba a incursiones bélicas, con fuerzas unidas y organizadas, cuya táctica coincidió con la de su vida, de su caza, de su deporte. Los indios, por lo contrario, habitantes de la selva, nómades en pequeño radio, sin horizonte abierto, obligados a vivir en grupos chicos, por las razones mismas de la naturaleza a la cual pertenecen, como "animales humanos"; igualmente guerreros, pero guerrilleros natos siguiendo costumbres del cazador de la Selva — y haciendo, así también, guerra entre grupos diminutos, influídos por el miedo del hombre que no dispone de organización para vencerlo, influídos por todo lo que llena y conmueve su mundo mágico, sus deudas de sangre, influídos, en veces, por sus necesidades de rapto. Los colonos amazónicos, finalmente, son semiindios por su vida y su mezcla, dedicados a extracciones de materias primas que les obligan a otra forma de nomadismo periódico, una vez más, en grupos diminutos, de cuando en cuando afiliados con indios. En condiciones primitivas el hombre forzosamente debe sujetarse a las leyes biológicas de su ambiente; el amazónico está lleno de embustes y se opone al desarrollo fácil de formas superiores de agricultura y ganadería, las que facilitan tanto organizaciones sociales, pacíficas y progresivas.

* * *

Un colono que mantiene un comercio de cierta importancia compra un radio, con batería. Cada noche el aparato se pone sobre la mesa del "hall" y el dueño y su gente escuchan... Los indios lo hacen, silenciosamente, sin expresar sorpresa alguna: la radio entra plenamente en el cuadro mágico de su existencia. Es comprobación, pero, al mismo tiempo, complicación de su "Weltanschauung". Es el choque sorprendente entre dos edades de la humanidad resuelto sin mayor dificultad conforme a la idea fundamental que el primitivo tiene del mundo. Al mismo tiempo se prepara el derrumbe, se afloja la presión de lo antiguo aunque no se pueda asimilar lo nuevo. Se introduce el usufructo, sin el respeto del que ha trabajado para adueñarse: es comparable a la actitud del nómade primitivo que roba las cosechas de los campesinos para comerlas, pero que no ha aprendido aún a sembrar y cosechar, él mismo.

* * *

5. EL PROBLEMA ESCOLAR

The family group was "the first human school" (*Bogardus*).

La posición del niño loretano resulta sencillamente de la condición humana, social y económica, que prevalece en la Amazonía. De un lado el problema infantil — que no sólo existe, sino predomina entre todos los propósitos de una política de liberación humana de la Amazonía — es casi uniforme y universal y, por ende, fácil para definirlo; de otro lado es tan fortuito y voluble como el destino del hombre regional, justamente por razón de un movimiento humano, continuo y caprichoso, cuyas consecuencias se reflejan en su prole.

Hay cantidad enorme de niños, hay la gran familia, hay los hijos naturales, entenados, adoptados, de los cuales he hablado al tratar de la Sociología Médica. Existe una pobreza casi común, el niño carece de vigilancia, vive en el abandono, se le deja libre para que se arregle como pueda, frente a la hostilidad de un clima y de una vivienda que juntan sus ataques y los concentran en él, ayudados por el analfabetismo higiénico o la indolencia y la flojedad de sus madres: no saben, no pueden hacerlo mejor. Ni siquiera un Servicio Materno-Infantil bien dirigido puede cambiar fácilmente una situación que está firmemente arraigada en la vivienda pobre, en la miseria de un mundo conceptual de los más míseros, en la escasez tan dominante de recursos, en la fatiga de las madres. Sólo Iquitos dispone de tal servicio; otro está formándose en Yurimaguas; todo el resto del vasto territorio selvático no tiene sino por casualidad una u otra persona entendida y de buena voluntad que se pone a la obra para difundir la luz de mejores conocimientos en pos de la protección de los niños sufridos. Y los niños, casi sin excepción, sufren.

Quien recientemente toma contacto con la región, se asusta al ver, en la chácara como en la urbe, una multitud de chicos que el lenguaje popular llama "poshecos" o "ponguetes" (1). Lo describí, una vez:

Ahí está el muchacho. Su cara pálido-verdosa, un poco triste, está in-

(1) Nota. La postura es la base para acciones futuras y, por ende, consecuencia y motivo de la mala gana que caracteriza al niño "posheco". Lo he expuesto en una serie de conferencias para los maestros de escuela loretanos ("Trocha", Iquitos, 1942).

clinada; sus hombros penden algo adelante; su pecho estrecho y frecuentemente plano, no es bombeado; pero sí lo es la barriga, muy prominente en su parte superior, formando un bulto encima de otro que ofrece la parte del bajo vientre. Su espalda es redonda, redonda de arriba a abajo, redonda de un hombro al otro. Hay niños que ni siquiera tienen la fuerte curva lumbar: su espalda forma un solo arco convexo que hace un contraste especial con el volumen exagerado del vientre, con la pobreza muscular de los brazos, nalgas y piernas. El pié es plano o casi plano, y parece abducido y en pronación, habiéndose ejecutado un movimiento doble a partir de su posición normal: primeramente se alejaron los dedos hacia afuera del eje de la pierna, después se efectuó una rotación del pie entero alrededor de su propio eje longitudinal, descansando el peso ahora sobre el margen interior del pie aplanado. Se trata de una "regularización", de un movimiento compensatorio, que el organismo ejecuta en todas sus partes para mantener su equilibrio en condiciones anormales de su estática. Ya niños de 2 a 3 años muestran así sus pies profundamente mutilados, transformado, en veces, uno más que el otro. En nuestros niños el primum movens, la causa primaria, es indudablemente el vientre abultado, de peso exagerado para un niño débil, de poca mineralización, y por ende, de poca resistencia en sus tejidos. Su comida es desmesuradamente voluminosa y pesada; su digestión se efectúa lenta e incompletamente, por la debilidad de las secreciones principales que deben intervenir, por el efecto trastornante de los parásitos intestinales; fermentaciones anormales dilatan el intestino grueso. No hablemos aquí de las molestias inevitables, de los dolores, de las diarreas; tratemos únicamente de los efectos sobre la mecánica del cuerpo. La repartición del peso no corresponde ya a la arquitectura del eje flexible. Este busca otras curvas para poder llevar la barriga. Desde la cabeza hasta los pies se establece una estática nueva que no tiene otro fin que mantener el equilibrio, pese al bulto ventral y pese al cansancio general que lo acompaña tan frecuentemente. No es raro ver a un niño cuya espina dorsal forma desde la nuca hasta la nalga una sola curva convexa, compensada por otra en sentido inverso, que presentan sus muslos y piernas. Con mayor frecuencia, aún, se desarrolla una fuerte lordosis lumbar (joroba con prominencia anterior); se produce, entonces, una hiperextensión excesiva en las rodillas. Además, estas mismas se pegan, una a otra, formándose piernas en "X", apoyándose el peso del tronco sobre el margen interior de estas articulaciones. Esto se debe al movimiento inevitable que efectúa la pelvis por su fijación rígida a la espina dorsal. Así se separan los pies y se crea esta postura que con gran rapidez provoca un pie plano, al principio corregible, después, irreductible.

Hablando así omito todos los detalles, omito la influencia que la nueva estática tiene sobre los ligamentos y la actividad de los músculos. Me contento con decir que ésta, muy a menudo, parece profundamente trastorna-

da. Los resultados del ensayo de restablecer el equilibrio, casi siempre se nos ofrecen como "malformaciones" feas que bajan considerablemente la fuerza física y provocan un cansancio anormal y un rendimiento muy malo de todos los esfuerzos que se hacen. Tal cansancio no tiene nada que ver con otro, también característico, que se debe a la anquilostomiasis, y que provoca somnolencia de grado variable.

El pie plano y contorsionado es, por supuesto, de poco valor. Sin hablar de las alteraciones articulares consecutivas, de los dolores típicos de tales individuos, menciono el hecho sencillo que, para mantener las actividades del organismo, un resorte fuerte es necesariamente más favorable que una base sin elasticidad, un pie torcido, y en sí, casi inmóvil, un pie cuyos músculos se atrofian y cuyas trayectorias estructurales sufren cambios profundos, permanentes y desventajosos.

Si la malnutrición ocasiona un crecimiento insatisfactorio, es casi seguro que muchas otras funciones han sufrido de igual manera, aunque menos visiblemente. De un modo semejante, un niño que tiene pies débiles y malformados, no quiere correr y jugar como un niño sano.En lugar de exuberancia exhibe tristeza. El niño evita lo que le atormenta y, a consecuencia de eso, no se desarrolla su pecho. El tórax no es una simple caja de vísceras; es el recipiente plástico de los pulmones y del corazón; depende en su formación definitiva del grado de perfección al cual llegan estos dos órganos fundamentales de la vida animal. Partiendo del recién nacido, el tórax se forma durante la niñez por la respiración, y su configuración definitiva depende de la vida que lleva el individuo. Un niño débil y poco activo desarrolla un pecho plano de excursiones limitadas; todo el esqueleto de los hombros pende abajo; los músculos parecen miserables. Tal individuo muy fácilmente se pone disneico; su condición física le prohibe mayores esfuerzos, y sin estos, no se crea la base estructural de mayor actividad y eficacia.

El niño amazónico pobre, de la ciudad, se distingue por su pecho mal desarrollado, y por su respiración muy superficial.

Esta "mecánica corporal deficiente", como la estudió muy bien Goldthwait, es la causa de muchas dolencias ulteriores.

Sus causas profundas, la malnutrición y los parasitismos, en estrecha sinergia, forman la base del "problema del escolar" y, por ende, la del "problema humano en la Amazonía".

La condición del hijo del chacarero pobre, por lo general, es mejor que la del niño pobre de la ciudad; pero no lo es siempre. En ambos lugares, las infestaciones intestinales se hacen ya muy intensas antes de terminarse el primer año de la vida, en veces en combinación con la disentería. Pero lo que influye muy visiblemente, es la condición de la madre que tiene que abastecer a su hijo en su matriz, especialmente con hierro, para el período de la lactancia, y lo hace a medida de sus posibilidades muy limitadas. La

madre agotada, anémica, lo efectúa tan mal que su hijo pronto desarrolla un desliz peligroso de su pigmento respiratorio de la sangre: se pone anémico después de pocos meses de vida.

En la Amazonía, los valores hemoglobínicos de personas adultas sanas no son comúnmente inferiores de 80 a 90 por ciento. El bebé amazónico sano, de 12 meses, muestra valores alrededor de 70 a 73 por ciento, el de los EE. UU., cerca de 75. En la población amazónica pobre, la merma del pigmento sanguíneo, por lo general, es precipitada, y lo es, a menudo, de modo peligroso si se trata de hijos de madres débiles, y si sobrevienen las infestaciones. La madre da su pecho durante 14 o más meses. Como ella misma no come verduras, no las da, tampoco a su hijo. Tiene especialmente en la ciudad, una creencia fuerte en el valor de "sopa de res". Si es inteligente, acostumbra al niño pronto a comer plátanos, guineos (plátanos maduros de una variedad muy suave) y yuca; pero con frecuencia el bebé de un año no recibe otra comida sino el pecho y 2 a 3 veces al día, un poco de leche condensada, diluída con agua, y pan; o tan sólo pan blanco, mojado: pan "anhelo, esperanza, cascabel de civilización", como dice César Lequerica tan bonitamente en su libro "Sachachorro" (1942). Entonces se observan muchos niños de 13 a 14 meses sin un solo diente, con una bronquitis fuerte, con un esqueleto muy poco calcificado, incapaces de mantenerse sentados firmemente. Si la madre no puede o no quiere dar el pecho, el asunto es mucho más grave aún. Niños de 8 a 9 meses ya están profundamente malnutridos. Ni los conocimientos de las madres, ni su limpieza, ni su dinero alcanzan, por lo general, para garantizar al niño una alimentación artificial. Hasta en la "Gota de Leche" se puede observar, todavía, lo que ocurre siempre donde no hay consejos y dirección de un personal asistencial competente, es decir que el bebé queda al cuidado de una hermana u otra chiquitina que ejerce sobre él sus instintos maternos. Las hermanas, sus amigas, las viejas, se precipitan sobre el bebé "rico" — es decir bello — o "pobre" — es decir enfermo, abandonado—, para abrazarlo, para besarlo; contactos íntimos y continuos con las manos sucias de toda esta gente, sin excepción infestada, con el piso, igualmente contaminado, le transmiten desde la más tierna edad sus primeras lombrices. Entonces comienzan las diarreas, se inicia la malnutrición. Los segundos y terceros hijos sufren más que los primeros; cuanto más la madre se vuelve resignada cuanto más la labor cotidiana y el cansancio acaban con ella, tanto peor para los hijos que vienen; pero ni siquiera los mejor atendidos escapan al peligro que el ambiente les prepara, con tantas personas infestadas que le rodean, que entran en comunicación inmediata con él, con tantas moscas que revolotean por doquiera, en la huerta con sus depósitos de heces, sobre los alimentos de la cocina, sobre los biberones, sobre la boca misma del bebé. La madre que vigila, nota el decaimiento de éste y encuentra, quizá, el remedio, aunque fugaz; vigila, asimismo sobre la alimentación, y la decadencia no sigue

su curso por mucho tiempo y hasta grados muy alarmantes. Pero la mujer pobre en el puesto, en veces, no tiene cómo proporcionarse un medicamento, no sabe aplicarlo a tal tierna criatura, no sabe, tampoco, que el peligro no cede a la medida paliativa que se aplica a un solo niño que, por casualidad se destaca por la agudez de su dolencia, quedándose todo el resto de los habitantes y convivientes sin tratamiento, un reservorio inagotable de recaídas perpetuas. Peor la suerte del niño pobre de la madre que vive en la ciudad, en el pueblo "parasítico", sin agricultura propia. Hasta los plátanos se compran. El conjunto de la familia pobre frecuentemente vive en la verdadera miseria, aunque sea por algunos meses del año. Como la comida se adquiere con dinero, muy a menudo se hace escasa; el bebé de 8 a 10 meses no tiene fácilmente lo que le pueda completar el régimen lácteo del pecho; y el resultado es lúgubre.

Muy pronto la anquilostomiasis se une a la infestación con lombrices. Así se intensifica, todavía, la anemización que resultaba ya de la malnutrición, y de los trastornos intestinales que acompañan invariablemente la infestación densa con lombrices. En mi estudio sobre "Los Escolares de Iquitos" he dado algunos ejemplos de la ciudad:

1.—En la familia de Angélica B., de 34 años, se señaló lepra. La madre tuvo un valor hemoglobínico de...	20 por ciento
Su hijo Angel, de 1,6 años	42 " "
Remigio, de 5 años	32 " "
Francisca, de 7 años	10 " "
Natividad, de 9 años	17 " "
Santos, de 11 años	16 " "
2.—Clotilde F. T., de 40 años	25 " "
Su hija Esmirna, de 1,7 años	18 " "
Manuel, de 8 años	14 " "
María, de 11 años	16 " "
3.—María Cl., de 24 años	54 " "
Su hijo Juan, de 8 meses	50 " "
Jorge, de 4 años	18 " "
Ruiz, de 5 años	18 " "
4.—Rosa P., de 20 años	54 " "
Su hijo Walter, de 10 meses	39 " "
Teresa, de 6 años	37 " "
Una prima, Ana, de 3 años	15 " "
Otra, María, de 13 años	50 " "

5.—Grimanesa S., de 30 años	46	por	ciento
Su hija Blanca, de 3 meses	70	„	„
Gloria, de 2,6 años	60	„	„
Mario, de 4 años	20	„	„
Mellizos, Jaime, de 6 años	47	„	„
Julián	40	„	„
Un hijo político, de 17 años	17	„	„
6.—La abuela Juana, de 52 años	72	„	„
La madre, Hilda, de 21 años	67	„	„
Su hijo, Jorge, de 7 meses	35	„	„
7.—Dora G., de 17 años	16	„	„
Su hijo A., de 10 meses (4,8 kilos)	17	„	„
8.—Cecilia V., de 30 años	18	„	„
Su hijo Alberto, de 1,6 años (8 kilos, 75,8 cm.)	15	„	„
9.—Carmen T., de 22 años	62	„	„
Su hijo, Jorge, de 1 mes	70	„	„
Arturo, de 4 años	50	„	„
10.—Mercedes D. (India Capanahua), de 20 años	44	„	„
Su hijo Armando, de 18 meses, 7,3 kilos 72,2 cm. de altura	41	„	„
11.—Sofía C., de 45 años	60	„	„
Su hijo, Javier, de 11 meses, 5 kilos, 65 cm.	35	„	„
12.—Teolinda Ch., de 27 años	55	„	„
Su hija Olga, de 1,6 años	33	„	„
William, de 3,5 años	18	„	„
13.—Mariana P., de 32 años	32	„	„
Su hijo Saúl, de 1 año	40	„	„
Erodina, de 13 años	59	„	„
14.—En una familia con antecedentes de lepra encontré 2 personas recién enfermas.			
Una hija, de 17 años	18	„	„
El hermano, de 13 años	24	„	„
15.—En otra familia, ya con 3 leprosos asilados,			
El Padre, Sinecio, de 41 años	18	„	„
La hermana Adela, sana, de 12 años	32	„	„
Una hermana enferma, Marcelina, de 9 años	28	„	„

En la misma exposiicón he dado ejemplos bien estudiados de las condiciones domésticas de familias pobres que me permito citar por ser muy características. (En el capitulo sobre la tuberculosis se encontrarán mas detalles que esclarecerán esta situación).

Ejemplos de condiciones domésticas de familias pobres. (1941 a 42).

1).—Emerita M., de 37 años, vive con sus 3 hijos de 11 años hasta 8 meses.
El padre trabaja ocasionalmente como albañil.
Viven en una casa de caña brava, un solo cuarto, sobre piso de tierra: 2 adultos y los 3 niños. Se paga por la casa, mensualmente, 8 soles.
La familia gasta 1,50 soles diarios.
Leche no se consume.
1 a 2 veces por semana se toman 2 huevos batidos con café.
Como verduras se compra diariamente cebolla (5 ctvs.), col (5 ctvs.), que se utilizan, como es de costumbre, en la sopa.
Rara vez comen lechuga.
Toda la familia es medianamente anémica.

2).—Angela R., de 18 años, vive con su hija de 2 años.
El padre es marinero y gana 40 soles al mes.
La casa cuesta 10 soles de renta.
30 soles sirven para el sostén de la madre y de su hija.

3).—Rosario F., de 29 años, vive con 3 hijos de 16 hasta 1,7 años.
El padre es pescador en el Ucayali. Gana 10 soles semanales.
La madre lava y plancha, ganando, de esta manera, 4 a 6 soles al mes.
Hace, de vez en cuando, su "cachuelo", lavando por piezas.
La familia vive en un dormitorio con 2 camas, pequeño comedor y su huerta. Esta vivienda se ha comprado con los ahorros de la madre.
Desayuno: té (5 ctvs.), azúcar (5 ctvs.) y pan blanco (10 ctvs.).
Almuerzo: arroz (10 ctvs.), frejoles (10 ctvs.), pescado (10 a 15 ctvs.), plátanos (20 ctvs.).
2 veces por semana se compra una cabeza de lechuga.
Leche no se consume.

4).—Josefa V., de 33 años, 4 hijos, de 13 a 3 años.
El marido es guardián de una empresa y gana 1,50 soles diarios (sueldo usual).
Antes, la madre también ha trabajado, ahora nó, sufriendo de tuberculosis pulmonar (ulcerosa, hemorrágica), siendo, por consiguiente, muy débil.
Tiene desde hace poco tiempo huerta con coles, chiclayos, (vainitas) y tomates, tiene, también, 5 gallinas, 2 de ellas con cría.
Todos viven juntos.
Leche no se toma.
Verduras se compran actualmente, todavía, por valor de 10 ctvs. diarios.
Carne se come muy poco, más bien pescado, por ser mucho más barato.
Diariamente se consume 1 y 1|2 a 2 kilos de arroz y de frejoles, así como lechuga.

La madre, pese a su dolencia, es una mujer bien activa, que cuida desesperadamente a sus hijos.
El padre está leproso.
Sólo una niña está gravemente anémica.

5).—Julia R., de 32 años, tiene 4 hijos, de 11 a 2 años.
Recibe del padre 1,50 soles diarios como "pensión".
No tiene chácara.
La casa no cuesta nada, por ser construída por el abuelo de los chicos.
Desayuno: mazamorra de plátanos, con 1|4 botella de leche cocida y con chancaca; la madre toma café.
Almuerzo: arroz (1|4 kilo), frejoles (1|2 kilo), pescado (1 kilo), rara vez carne de res.
Los días domingos la familia come lechuga o chiclayo.
A las 6 de la tarde: mazamorra de plátanos, arroz, frejoles.
Se utilizan diariamente 100 a 150 gramos de manteca de chancho.
La madre tiene un valor hemoglobínico de 58 por ciento. Sus hijos: Huber, de 11 años, 17 por ciento; Teobaldo, de 7 años, 18 por ciento; Víctor, de 4 años, 12 por ciento; Roger, de 2 años, 30 por ciento.

6).—Rosario L., de 39 años, vive con sus 2 hijos de 12 y 8 años, desde hace 6 años abandonada por su compañero.
Trabaja en la elaboración de barbasco, algodón y leche caspi.
Gana 1 sol diario.
No paga renta por su casa. Esta es un cerco de caña brava, con techo de palmera, 1 cuarto con división, y cocina.
Desayuno: té con chancaca y pan blanco (15 ctvs.);
Almuerzo: pescado fresco (10 ctvs.) y 1|4 kilo de paiche seco; si el arroz es barato, se come por 10 ctvs. (actualmente cuesta 65 a 80 ctvsv. por kilo), frejoles (10 ctvs.); los domingos se consume por 10 a 20 ctvs. de col, chonta (cogollo de palmera) o chiclayo.
Se comen 5 a 6 huevos en la semana.
Leche no se consume.
Adolfo, 7 años, Hb: 18 por ciento, 20 kilos, 115 cm. de altura;
Fidel, 12 años, Hb; 58 por ciento, 25 kilos, 132,5 de altura;
Adolfo sufre de phrynoderna (avitaminosis A).

7).—Mercedes V., de 38 años, vive con 4 hijos, de 17 a 5 años.
Tiene chácara, pero está nueva y no rinde todavía.
Vende leña.
Gasta lo que puede, a veces 30, rara vez más de 50 ctvs.
La hija mayor ganó antes 8 soles mensuales (y la comida) como empleada, pero no puede trabajar más, por ser demasiado débil.
La madre tiene Hb. 15 por ciento.
Esperanza, de 17 años; Hb. 19 por ciento, peso: 43 kilos; altura: 145,6 cm.
Clara, de 11 años, Hb. 17 por ciento, peso: 19,5 kilos; altura: 119,2 cm.
Francisco, de 8 años, Hb. 20 por ciento; peso: 16,3 kilos; altura: 106,8 cm.
Margarita, de 5 años, Hb. 15 por ciento; peso: 10 kilos; altura: 83,6 cm.

8).—Celia V., de 30 años, compañera de un carbonero que vive a bordo de una lancha y que gana de 30 a 45 soles mensuales, máximum.

Tiene un cuarto con 3 camas, y vive allí con sus 5 hijos de 13, 11, 8, 4 y 1,6 años.
El último hijo, de 18 meses, Alberto, pesa 8 kilos y mide 75,8 cm., tiene 15 por ciento de hemoglobina, la madre misma, 18.
No se consume leche.
Verduras, para la sopa, se compran el día domingo.
La madre tiene 12 gallinas, 3 con cría; los huevos se comen en la casa.
Alberto se alimenta con plátanos, arroz y pan blanco.

9).—Herminia G., 23 años, tiene 3 hijos de 3,8, 1,8 y 0,3 años.
El segundo tiene diarrea y anemia (40 por ciento Hb.). Su comida consiste en:
Desayuno: té de la China, sin leche, y pan blanco;
Almuerzo y comida: sopa de res, con fideos, harina de trigo, un poco de col, en la sopa.
El niño (1,8 años) no toma ni leche, ni huevos.
El padre gana 100 soles al mes.
En la casa vive además la abuela (3 adultos, 3 niños).

10).—Virginia L., de 46 años, vive con 4 hijos de 25 hasta 14 años.
La madre da clases particulares en su casa, ganando 10 a 12 soles mensuales.
La hija mayor ayuda un poco, la segunda gana 3,50 soles semanales, aprendiendo zapatería.
La casa tiene 2 dormitorios y 4 camas, en las cuales viven 6 personas.
Se gasta diariamente 1,50 hasta 2 soles.
Leche se toma rara vez, con el café o en forma de mazamorra.
Verduras se compran 2 veces en la semana en forma de lechuga o col para la sopa.
Se come cerca de 5 huevos en la semana.
Diariamente se compra: arroz, 20 ctvs., frejoles, 30 ctvs., plátanos, 40 ctvs., pescado, 20 ctvs., carne, 50 ctvs. (cerca de 1|2 kilo).

11).—En la familia de I., se señaló un caso de lepra.
La madre tiene 6 hijos y mantiene la casa por sus propios recursos.
Arrienda 3 cuartos a 8 soles cada uno: 24 soles al mes; vende gallinas y huevos, por un valor de 6 a 8 soles al mes, y pan (que se prepara en otra casa), lo que le da una ganancia de 60 centavos diarios, o sea 18 soles mensuales.
De esta manera gana de 48 a 50 soles mensuales.
1 hijo de 16 años gana, de un modo irregular; otro está enfermo.
De vez en cuando se consume una lata de leche condensada.
Compra diariamente 10 centavos de verduras para la sopa.
Carne se come 2 veces en la semana.
Se come mucho pescado, fresco y salado, así como diariamente 1|4 kilo de arroz, 1|3 kilo de frejoles, 100 a 120 gramos de manteca de chancho, inguiri (plátanos), como es de costumbre general.

12).—Otro caso de lepra se observó en una casa pobre de la señora de R......... que vive con sus 3 hijos de 11 a 1 año.
La casa consiste de 1 cuarto, dividido por una media pared.
Allí vive el matrimonio y los 3 niños, a veces, además, un hermano de la señora, todos en 2 camas.
Atrás de otra pared incompleta de caña se encuentra el excusado, donde el "ahijado" leproso duerme en el suelo. Sirve como es de costumbre, de criado, y limpia la casa y hace la cocina......

13).—Leonora R., de 35 años, vive con 3 hijos, de 13 a 7 años, en una casa que abona una renta de 5 soles mensuales. Consiste de 1 cuarto. En éste viven, además, 2 hombres jóvenes, para quienes la madre hace diversos servicios, cocina, etc. Aprovecha de esto para abastecerse.

Gana de 8 a 10 soles mensuales.

Desayuno: harina de trigo con chancaca;

Almuerzo: pescado con tomates (como condimento, en pequeña cantidad), poca verdura, en forma de ensalada.

Todos juntos comen cerca de 6 huevos por semana.

Leche no se consume.

Hemoglobina:	la madre	45 por ciento
	Raúl, de 13 años	27 por ciento
	Emilio, de 11 años	50 por ciento
	Ada, de 7 años	37 por ciento

14).—Delfina L., de 38 años, vive con sus 7 hijos (tiene 11 vivos).

El marido murió hace pocos años.

La madre lava y plancha; gana 10 soles mensuales.

1 hijo de 14 y otro de 15 años ganan 4 y 5 soles, resp., como "empleados".

La hija mayor es mejor nutrida que el resto de la familia —prostitución de ocasión—, y cede de 6 a 10 soles mensuales a su madre.

Viven, además, en la casa 4 menores de 11 a 5 años.

Esta consiste de 1 cuarto de 4 a 2,6 metros, con 1 mesa y 2 sillas, donde se plancha la ropa; atrás está el dormitorio, sin muebles, de 3 a 4 metros de pona batida.

Alquiler no se paga.

Se gasta diariamente alrededor de 1,50 soles.

15).—Gloriosa S., de 35 años, vive con 2 hijos de 15 y 12 años.

El padre murió.

Gana 14 soles lavando y planchando.

Cría gallinas con maíz, que compra (el kilo a 30 centavos).

Vende hasta 4 huevos diarios, cada uno a 15 ctvs., y 1 a 2 pollos por semana, a 1,50 soles.

Desayuno: café, azúcar y pan blanco (20 ctvs.);

Almuerzo: pescado (20 ctvs.) o res (1|4 kilo a 25 ctvs.), arroz (20 ctvs.), frejoles (30 ctvs.), plátanos (20 ctvs.).

Los domingos se compra 1 botella de leche a 30 ctvs.

Se comen diariamente 2 huevos.

Para la sopa se compra, diariamente, 4 hojas de col, un poco de culantro y cebolla (10 ctvs.).

Cada niño come 2 a 3 aguajes al día.

5 ctvs. se gasta, como de costumbre, para café (que se vende así en las panaderías).

En todo se gastan diariamente 1,20 soles, más 6 soles de alquiler, y 1,20 soles mensuales para leche.

De esta manera, 3 personas tienen un presupuesto doméstico de cerca de 43,20 soles mensuales.

16).—Petronila G., de 27 años, soltera, vive con 2 hijos de 5 y 4 años.

El padre paga una pensión de 20 soles mensuales para sus dos hijos.

En la casa viven 5 adultos y 3 niños, y se gastan 95 soles mensuales para la comida.
Hay 12 gallinas ponedoras, pero únicamente la madre come diariamente 1 a 2 huevos.
Físicamente muy decaída, ésta ha gastado 500 soles en medicamentos fiados, interviniendo en su favor un pariente farmacéutico.

17).—Grimanesa S., de 30 años, vive en su casa con 3 personas adultsa y con sus 5 "huahuas" (hijos), de 6 años hasta 3 meses. Con estos vive, también, el "hijo político".
Hay 1 habitación y 3 camas.
Los hijos, con excepción del político, niño de 4 años, están en condición regular; éste, al contrario, es muy anémico y malnutrido.
El compañero de la madre hace el negocio de un "rematista", comprando y vendiendo víveres, especialmente haciéndose intermediario entre la gente que viene de la chácara y los vendedores del mercado público.
Aprovechando de tal negocio, esta gente vive, en general, mejor que el resto de la población de semejante condición social, aunque frecuentemente de productos de calidad inferior.
La casa tiene 8 gallinas que ponen un promedio de 3 huevos diarios.
3 veces en la semana se compra 1 botella de leche.
20 ctvs. se gastan diariamente en verduras para la sopa.
Se come diariamente 3 huevos batidos con café o en forma de tortilla.
Se come 1 kilo de carne de res y, además, carne del monte y pescado, 1 kilo de arroz (1 sol), 1 kilo de frejoles (50 ctvs.), 1 racimo de plátanos (50 ctvs.), por día.

18).—La señora de un maestro, quien trabaja en un pueblo y manda todo su sueldo a su familia. Dispone, pues, de 12 libras mensuales (120 soles).
La madre vive con sus 2 hijos, el mayor gana ya 20 soles al mes.
Desayuno: pan blanco (60 ctvs.); cada 3 días por 1,50 soles, mantequilla de conserva;
Almuerzo: sopa de res, diariamente 1|2 kilo (50 ctvs.), 1|2 kilo de carne de chancho (40 ctvs.), verduras para la sopa (20 centavos), 6 a 7 huevos (el resto se vende), leche fresca los domingos y fiestas; además, diariamente: arroz, 1|2 kilo, frejoles, 1|2 kilo, guinéeos ("maduros") 10 por 10 ctvs., inguiris (8 a 10 por 20 ctvs.), manteca; aguajes y pifuayos, así como otras frutas de golosina.
Es, como se nota, la comida "standard" del pobre, más abundantemente, enriquecida con pan blanco, mucha carne y mantequilla de conserva.

19).—María Jesús de L., de 42 años, es la esposa de un empleado del comercio quien gana 150 soles mensuales.
La señora tiene 5 hijos y vive en casa propia.
Gasta diariamente 3 hasta 3,50 soles.
Desayuno: café con leche (650 cc., de 30 hasta 35 ctvs.) y pan blanco (40 ctvs.); almuerzo: 1|2 kilo de carne de res, fideos, arroz, cebolla, comino; algunas verduras, vainitas, lechuga, paltas, guineos.
Rara vez se come papaya.
5 a 6 huevos por semana.
En la tarde se come lo mismo y, además, pescado fresco.
La señora dispone de una empleada (8 soles de sueldo mensuales) que lava y cocina.
La casa utiliza mensualmente 5 barras de jabón, de 60 hasta 70 ctvs. cada una, y 5 sacos de carbón, de 1 hasta 1,20 soles el saco.
Los niños están en condición regular, con valores de Hb. entre 50 y 60.

20).—Un último ejemplo, bien característico, de un empresario enviado por una casa comercial extranjera. Vino para la explotación de goma fina al terminarse el boom, comprando 12,000 hectáreas de gomales por 80,000 soles. Perdió todo y sobrevivió la crisis vendiendo paulatinamente su substancia, vacas, piezas de casa, etc. No tuvo suerte, tampoco, al trabajar balata. Ensayó madera y trabaja ahora un poco de mader, paiche, goma.

La señora vive con 8 hijos de 18 hasta 3 años, cose, lava, plancha, etc.; sus hijas mayores no se muestran trabajadoras, teniendo pretensiones sociales. Tienen buena casa alquilada en Iquitos, de ladrillos con piso de cemento, de 2 cuartos. Hay 3 camas y se ponen colchones en el suelo para los chicos. Gastan diariamente 3 soles para la plaza y comen exactamente como la gente pobre comprando únicamente pan blanco en mayor cantidad por 90 ctvs.) y 1 botella de leche, cuando el dinero alcanza. Siempre endeudados, el presupuesto se restablece, de vez en cuando, aunque de modo muy incierto, por los ingresos del padre. Los valores hemoglobinométricos varían entre 42 y 70 por ciento, siendo el de un ahijado un poco menor.

Esta situación, hoy día, se ha puesto más crítica aún. El pobre, prácticamente, no puede pagarse ni frutas ni verduras. Hablando de la tuberculosis trataré del alza de todos los precios, la que se hace sentir, especialmente en grupos familiares "sin padre", entre los paupérrimos, pero no sólo entre ellos, sino en todas las familias que dependen de sueldos pequeños, que no tienen más relación con el costo mínimo de la vida diaria. No es raro que una empleada, relativamente bien pagada, es decir con un sueldo de 120 a 150 soles, tenga que sostener a su madre y 3 ó 4 hermanos escolares; y entonces resulta un desastre. Algo semejante, pero mucho menos amenazante, ocurre en la chácara a raíz de la discordancia entre los precios que se reciben y los que se deben pagar, en el intercambio de productos contra jabón, telas, etc.

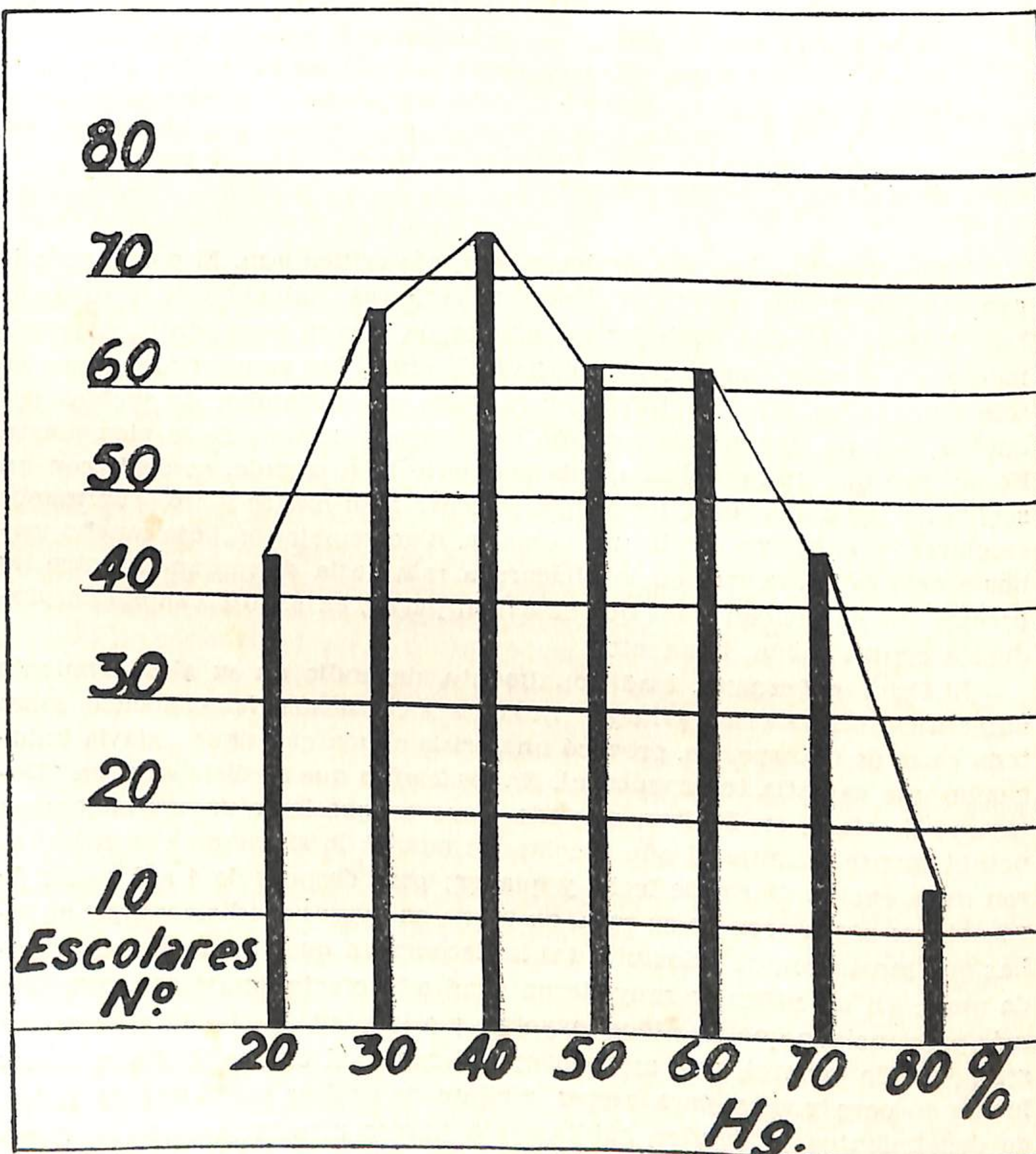
El Oriente Peruano, tradicionalmente, dependía en su abastecimiento alimenticio del exterior, y la guerra con sus consecuencias conocidas sobre toda clase de transportes, provocó una crisis aguda que sigue todavía induciendo una carestía trascendental. En los 2 años que se distribuye un "Desayuno Escolar", en Iquitos, se pudo observar que los alumnos mejoraron notablemente durante el año escolar, en cuanto lo siguieron y aprovecharon de la ración diaria de leche y quaker; pero después de 4 a 5 meses de vacaciones regresaron de su casa, en veces, en peores condiciones que aquellas que mostraron al principio; tal la decadencia que resulta de la vivienda mala. En los niños de muy tierna edad este efecto desastroso es mucho más pronunciado que en niños mayores; y a la edad de 13 a 14 años se observa, por lo general, una mejoría considerable; el cuerpo, hasta entonces luchando para vivir y para crecer, víctima de asaltos continuos, de fallas, de decaimientos profundos, súbitamente parece concentrarse en la única tarea de existir y se compone, dominando la situación.

En el año 1941, entre los escolares de Iquitos, encontré:

18,5 por ciento con 20 o menos de hemoglobina
25,2 „ „ „ 30 „ „
42,6 „ „ „ 40 „ „

En el año 1943, entre los niños del Jardín de la Infancia (3 a 6 años), observé:

22,7 por ciento con 20 o menos de hemoglobina
47,2 „ „ „ 30 „ „



Valores de Hemoglobina. - 368 Escolares de ambos sexos de escuelas elementales. - Iquitos 1943.

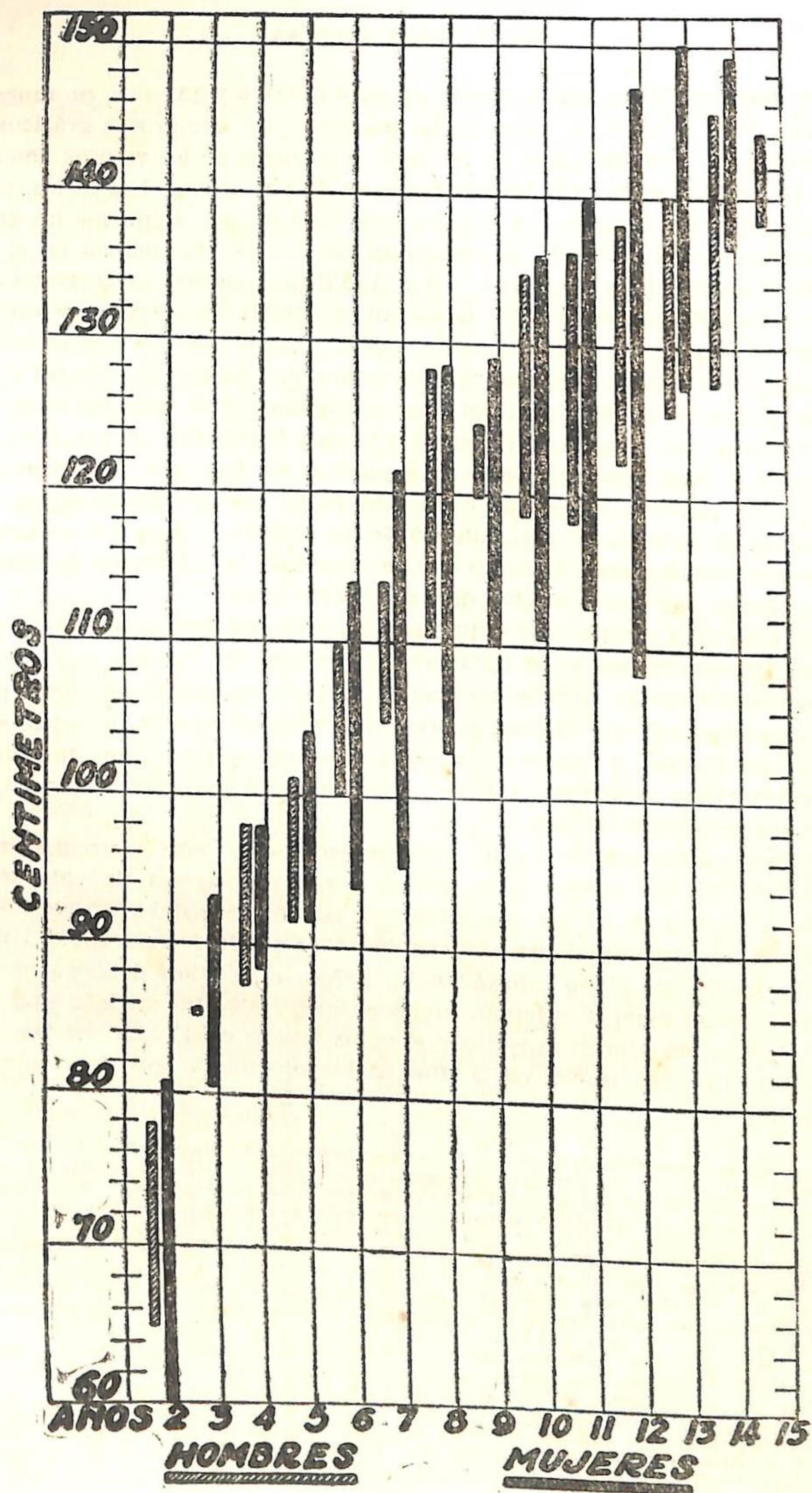
La mayoría de los niños, especialmente entre 8 y 13 años, no muestran sino una anemia liviana, como lo he mostrado en numerosos gráficos, reproducidos en "Los Escolares de Iquitos", y la curva de los valores hemoglobinométricos tiene su cumbre alrededor de 50 por ciento. Las niñas, por lo general, están un poco mejor situadas que los varones; asimismo los grados más acentuados de anemia se presentan con mayor frecuencia en el sexo masculino (incidencia del sexo: 1,6 a 1). Esta experiencia corresponde a otra que Nagoya ha hecho sobre la anquilostomiasis del perro, observaciones experimentales de las cuales resulta que el abastecimiento vitamínico con tiamina ejerce una influencia notable sobre la resistencia natural contra la infestación. Es conocido que el sexo masculino tiene mayores exigencias con respecto a esta vitamina (Kuczynski Perla y Marmorstein) (1). Bien puede ser que a tales circunstancias interpuestas se debe que, por lo general, las alumnas parecen en mejor condición física que los alumnos; se nota igualmente al estudiar el crecimiento de los escolares. Pese a las variaciones extraordinariamente grandes que se observan, las niñas, en la edad escolar, parecen más favorecidas que sus compañeros.

Un diagrama simple que reproduce los valores límites de altura para alumnos de ambos sexos de escuelas elementales de Iquitos, nos procura una noción suficiente para convencernos del atraso notable de gran parte de los escolares pobres. Se basa sobre observaciones de más de ochocientos alumnos. En Iquitos, a simple vista, salta a los ojos que los hijos de familias más acaudaladas se destacan favorablemente por su altura comparándoles con los de origen pobre.

El atraso del crecimiento del niño amazónico se debe a circunstancias ambientales. En los adolescentes indios, según mi parecer, la vida sexual prematura tiene gran influencia sobre esta última fase del crecimiento que notamos en nuestros escolares después de haber salido de su escuela. Los indios, casados ya en plena adolescencia, llegan a la edad de poco más de 60 años a ser bisabuelos. Además, como en casi todos los pueblos muy primitivos, la comida algo ruda y los ejercicios físicos continuos tienden a limitar el crecimiento, quizá, en la línea del pensamiento que desarrolló Sir William Macewen.

---

(1) En mi libro "The alimentary factor in disease" (The Hague 1937) he tratado de la *incidencia del sexo* de diversas enfermedades cuya bioquímica sostiene correlación con el desgaste de la tiamina. El modelo para todo el grupo forma la avitaminosis B1, el beriberi mismo. Todos los autores coinciden que el número de bebés del sexo masculino, enfermos de beriberi, sobrepasa largamente el del sexo femenino como se lo observa igualmente en adultos. Según la estadística del Hospital del Niño de la Universidad Imperial de Tokio, la relación es de 1.76 por 1.00 (Shimazono). Es de sumo interés que tal base alimenticia entra en el juego del organismo que se defiende contra las larvas del anquilostoma. A la verdad, en nuestro ambiente esta influencia tiene un papel aún más importante. Encontré entre leprosos una incidencia del sexo de 1.7 por 1,0 lo que con coincide con las experiencias mundiales respectivas. Del mismo modo hay, con toda verosimilitud, un número mucho más elevado de hombres que de mujeres que sufren de la leishmaniosis selvática (Escomel) o espundia, observación que para hacerce doctrina exige un fondo amplio de datos estadísticos que nos falta todavía; pero mi impresión propia me hace muy verosímil que en esta enferme la predominancia del sexo masculino es aún más acentuada que en la tripanosomiasis o en el Kala-Azar, infecciones protozoáricas ambas que, por lo menos entre niños y adolescentes, muestran igual relación.


CENTIMETROS
150
140
130
120
110
100
90
80
70
60
AÑOS 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15
HOMBRES
MUJERES

La mayoría de los escolares pobres creció muy poco durante los 7 meses del año escolar:

Los	niños	de	4	años	un	promedio	de	4,2	centímetros
„	„	„	5	„	„	„	„	3,6	„
„	„	„	6	„	„	„	„	3,4	„
„	„	„	7	„	„	„	„	3,3	„
„	„	„	8	„	„	„	„	2,8	„
„	„	„	9	„	„	„	„	2,5	„
„	„	„	10	„	„	„	„	3,1	„
„	„	„	11	„	„	„	„	2,3	„
„	„	„	12	„	„	„	„	2,7	„
„	„	„	13	„	„	„	„	2,9	„
„	„	„	14	„	„	„	„	4,5	„
„	„	„	15	„	„	„	„	4,2	„

Pero algunos muchachos de 10 y 11 años aumentaron 9 y 10 centímetros y demostraron así que el atraso puede ser vencido en condiciones más propicias que las acostumbradas.

El atraso es indudable y no es sino síntoma y estigma de daños más hondos y universales que resultan de la malnutrición en su conjunto típico de una comida pesada y poco protectora, de la parasitosis y de la indigestión. Las consecuencias de tal situación son evidentes. Para poder recibir, retener y administrar bien el material de enseñanza, el alumno ha de disponer de las condiciones físicas que se lo permiten. La edad fisiológica, la capacidad de aprender (la atención y la memoria), la persistencia en el esfuerzo dependen largamente de la condición física del niño. El niño pobre y sufrido difícilmente es educable. Si me he referido anteriormente a cierto número de niños matriculados, ni siquiera eso nos da un informe fidedigno de la realidad, por la intervención del factor trastornante tan típico de la "deserción escolar". Cabalmente lo ha dicho Roberto Moreno y García (1941, Analfabetismo y Cultura Popular en América, México): "En general se calcula que apenas el 70 por ciento de los niños inscritos al abrirse el registro se quedan a estudiar durante el año". (1) La carestía actual realza aún este fenómeno entre nosotros, y la ausencia de muchos hombres obliga a las madres para que empleen a sus hijos en la chácara.

Estamos gratos a un gobierno que en un empeño democrático muy noble intensifica continuamente los planteles de educación primaria (Loreto, en el año 1941: 233, en 1943: 271). Pero no es todo lo que falta. Necesitamos criar niños que sean ampliamente capacitados para aprovechar de las ocasiones de enseñanza que se les ofrecen. Más y más, en el pueblo mismo,

(1) En el año 1942, en Iquitos, un 75 por ciento de los alumnos matriculados rindieron examen al fin del año.

se reconoce el valor de la educación. Comenzando en los centros poblados muchos jóvenes anhelan mejor instrucción; pero siempre de nuevo surgen dificultades, en parte económicas, en parte sanitarias; de un lado se opone la situación de los padres, del otro la condición físico-mental del niño mismo.

El niño es padre del hombre. ¿Qué resulta de tal condición de la niñez, como prevalece aún en la Amazonía? Un ejemplo lo demostrará. En una zapatería de Iquitos los operarios ganaron (fines de 1943) un promedio de 36,12 soles por semana de 6 días, pero los peores sólo 18 soles, los mejores 60. Entre 29 zapateros, 13 obtuvieron jornales superiores al promedio. 16 inferiores. Estos últimos vinieron tarde y trabajaron muy poco y lentamente. Pero casi todos tuvieron que atender a familias de 4 a 7 personas. Cuanto peor, pues, el poder trabajador del padre, tanto más difícil la condición de su familia y de sus hijos. Así se cierra el círculo vicioso. No se exigen descripciones largas para comprender lo difícil de la situación de un carpintero que gana 6 soles diarios y tiene 9 hijos en casa. Si su labor no justifica mayor remuneración, ésta, por seguro, tampoco le permite a él que rinda mucho más o que sus hijos tengan condiciones más propicias para desarrollar sus aptitudes. Tan sólo una élite de carpinteros obtuvo una alza de sus entradas mensuales hasta 300 soles, y madres sin marido, muy a menudo, tienen que arreglarse con 2.50 a 3 soles diarios y menos. Lo mismo ocurre con la mayoría de las familias cuyos padres trabajan en el monte; y si cuenta la mujer con tal ayuda, por lo general se juzga muy bien atendida. El standard de vida pobre mantiene la pobreza e influye fuertemente sobre la labor posible de la escuela.

Por eso he escrito, hace 2 años (La Protección del Hombre en el Estado del Porvenir; sentido y finalidad de los servicios médico-sociales con referencia especial a las condiciones del Oriente peruano, Lima):

"Envueltos en el círculo vicioso de sus vicisitudes estacionales, de sus dolencias físicas que provienen de la pobreza y que la sostienen, los pobladores forman una masa humana muy pasiva, cuyos miembros agotan sus energías en buscar uno u otro escape a sus penurias y contrariedades. La masa humana no está organizada en sí, los hombres saben que no hay seguridad, ni con la naturaleza, ni con los vecinos. Resulta así este fatalismo, que impide tanto una obra de reorganización en estas zonas. No importa el asunto que se intenta llevar a cabo, siempre resultan fallas humanas que se oponen al resultado ambicionado. Si hemos hablado antes del culí y de las dificultades que su tipo ofrece para entregarse a trabajos técnicos modernos, encontramos este problema hasta cierto grado entre nosotros. La educación muy defectuosa impide la protección de la salud, y la debilidad de casi toda la niñez, su educabilidad, lo que condena a un mínimum de rendimiento en el trabajo y a cierta pobreza; así se cierra el círculo vicioso que tenemos que romper si se quiere liberar esta región del yugo de su con-

dición actual, cuyo centro reside en la condición humana y no en los factores climáticos".

El problema del escolar comienza antes de nacer el niño, se acentúa en la primera niñez, y se pone agudo en la edad escolar. Sólo en la más gran miseria de la ciudad o de la chácara nacen niños muy débiles; en general el bebé se debilita por la intervención combinada de todos los factores que actúan por la pobreza, de factores maternos prenatales, de ignorancia, de falta de higiene, de falta de recursos apropiados para criar al bebé debidamente, especialmente cuando debía destetar o lo hace. Su vida frecuentemente desde el principio es desordenada. El calor del día le corta ilícitamente las horas del sueño; todo el mundo aprovecha de las primeras horas de la noche, del "invierno de los trópicos"; los niños juegan, pero no duermen. Como la casa se despierta temprano, el sueño nocturno se reduce. La alimentación del niño, esencialmente igual, prácticamente es casi siempre muy inferior a la del adulto, y a menudo es irregular. El niño, desde muy tierna edad, está al servicio de la casa, y no, como ocurre en sociedades altamente organizadas, ésta, al servicio del niño. A veces come, a veces no. El niño, al amanecer busca algo que sobró de la comida del día anterior; en veces encuentra su desayuno, en veces, no. Muchas madres no hacen caso de eso; entonces el alumno llega a la escuela en ayunas. Raras veces, entre la gente pobre, el desayuno es suficiente.

Aunque en la chácara todo eso parezca mejor porque la comida diaria está a la mano, hay la dificultad de la distancia que separa la casa de la escuela. Hay que remar. Los niños, por supuesto, se acostumbran. Pocas personas se plantean seriamente la pregunta, hasta qué grado tal vida influye sobre la finalidad escolar. En muchos casos la familia se trasladaba al sitio de la escuela, en otros tan sólo los alumnos. El primer caso envuelve el peligro de la deserción escolar, cuando la familia, por razones de sus cultivos o de su economía, no puede quedarse; el segundo, deja al escolar con un rancho frecuentemente insuficiente del cual dispone como quiere, vendiéndolo, cambiándolo, confiándose a su buena suerte. Desde la primera niñez cada uno aprende a arreglarse con lo que hay. Cada uno, por costumbre, es muy modesto, con excepción de los casos en que se le debe dar comida. Entonces, no, nada sirve, todo escasea, todo es una miseria. El niño de 2 años aprende ya que arroz, fréjol, inguiri y paiche forman "la comida", puede servirse dos veces al día. Los niños, por ende, "no quieren leche", "no se acostumbraron a comer verduras". Leche azucarada, condensada, es condimento para el té o café. Fuera de la ciudad la única carne que se consume es "del monte"; y ésta se consigue raras veces y sólo en cierta época. Un pollo, una gallina son golosinas, o alimento de enfermos, no entran en el régimen nutritivo de los pobladores pobres. Los huevos se reparten entre todos, como preciosidad, "para dar gusto". Son muy pocas casas donde se presta atención a la nutrición de los niños, quizá, con excepción de un

hijo mimado, de una hija preferida. Entonces resultan las discordancias de las cuales he hablado diversas veces.

Si en las condiciones de la civilización occidental, el niño tiene la preferencia ("Su Majestad El Niño"), acá ocurre todo lo contrario. El niño, por lo general, es un producto útil, pero que sobra. En el hormiguero de la casa nadie tiene tiempo, ni ánimo para ocuparse mucho de ciertas criaturas: viven, crecen, ayudan, mueren, en veces. Tienen sus pequeñas obligaciones, tienen mucha libertad. Son muy pobres, pero, en Iquitos, van al cinema. Su ropa se limita a poca cosa. Quizá, por eso, no van a la escuela cuando llueve... El niño tiene que comprar comida o pan, antes de irse a la escuela, tiene que vender panales, etc., en veces, después de cerrarse ésta. Pocos son los niños que puedan concentrarse en su tarea escolar, muy pocos aquellos que viven una vida ordenada, excepcionales los que gozan de una salud y de un ambiente que protejan su enorme labor de instruirse Si pensamos en la masa de los colonos pobres, el niño no es finalidad y objeto de la vida de sus padres, sino resultado y retoño naturales de su existencia, ampliación útil de su grupo, y cuanto antes tanto mejor. Eso no impide cariño y hasta sentimentalidad, pero frena su exageración.

En los ríos apartados, el problema escolar es muy difícil, acaso no existe. Los niños se quedan completamente analfabetos o apenas logran participar por pocos meses en un plantel rural a donde les lleva su padre, a la edad de 11 ó 12 años; y las muchachas, en este caso, prácticamente nunca reciben instrucción.

El niño, finalmente, depende de la suerte de su familia, de la deserción del padre, de sus migraciones, de los saltos bruscos de la vida cotidiana, de esta discontinuidad que, hasta ahora, domina la vida en la Amazonía.

La fisiología de la alimentación nos enseña que la nutrición "sana":

1º) favorece el desenvolvimiento de las funciones hasta la plenitud;
2º) intensifica el crecimiento hasta el máximum;
3º) prolonga la época plástica de la juventud y procura longevidad;
4º) aumenta la resistencia de los tejidos y del organismo en su totalidad para que sean menos susceptibles a infecciones o daños accidentales de diversa índole;
5º) contribuye modestamente a desarrollar la "inteligencia".

En la Amazonía, por lo contrario,

1º) contamos con un número elevadísimo de individuos que muestran un atraso notable de su crecimiento y de sus funciones, de su edad fisiológica;
2º) pasa la juventud mucho más rápidamente que en lugares donde hay mejores condiciones de vida;

3º) es la resistencia contra enfermedades muy baja, si desprendémonos de comportamientos especiales que se deben a una resistencia constitucional, "del grupo" o "racial".
4º) es el promedio de la duración de la vida muy bajo.

Para elucidar mejor la necesidad de los diversos servicios consagrados a la protección del niño, me permito intercalar unos pocos datos estadísticos de la Ciudad de Iquitos:

(34,231 habitantes en el año 1940).

Año	Edad mediana en el momento de la muerte	Nacimientos	Murieron 1º año	Murieron 0 a 11	Murieron 11 a 100	Mortalidad infantil 1er. año
1940	18.3	1.676	370	577	355	221.4 (1)
1941	20.8	1.758	293	402	346	166.6
1942	23.27	1.798	276	379	384	153.5
1943 hasta 10|XII	22.6	1.883	164	390	433	87.2
1943 Valores calculados hasta 31|XII		1.998	174	414	459	87

Reproduciendo este cuadro tengo que llamar nuevamente la atención en el movimiento casi incontrolable de los moradores, en el vaivén perpetuo entre la chácara y la ciudad. Cierta parte de los niños que mueren vienen en condición desesperante al consultorio. Sin embargo, no obstante el éxodo notable de hombres adultos (que trabajan fuera de Iquitos), la población infantil está aumentando continuamente lo que me consta por el número de las matrículas. Se inscribieron en escuelas elementales de Iquitos y suburbios en el año:

1941:	5.493	alumnos	
1942:	6.564	"	(aumento: 16.3 por ciento)
1943:	7.159	"	" 8.3 " ")

Pese a la base demográfica algo opaca el mencionado cuadro demuestra en forma convencedora el beneficio enorme que se saca de servicios moder-

(1) En el año 1940 la mortalidad infantil fué extraordinariamente elevada a razón de una epidemia de coqueluche (tos ferina) que duró desde el mes de diciembre de 1939 hasta marzo de 1940.

GRAFICO DE LAS EDADES EN EL MOMENTO DE LA MUERTE DE 828 INDIVIDUOS DE IQUITOS AÑO 1943.

NUMERO DE INDIVIDUOS

150

100

50

1 1 10 15 20 25 30 35 40 45 50 55 60 65 70 75 80 85 90 95 100

2 3 5

EDAD

Raras veces, relativamente, se estudia un gráfico de las edades de las personas que mueren, verbigracia, en una ciudad como Iquitos, durante un año determinado. El diagrama reproducido, del año 1943, muestra la mortalidad importante que existe, después de la del primer año, todavía, en el grupo de párvulos, de 2 a 5 años, mejorando, más tarde, hasta la edad de 15 años. La cumbre alrededor de 25 años coincide con el punto culminante de otra curva que presentan los casos mortales de tuberculosis; acaso se puede decir que la forma de la curva, entre 15 y 30 años, en gran parte sea determinada por el aumento característico de muertos por tuberculosis. Hasta los 80 años la curva se mantiene bastante constante, bajando lentamente. Los últimos veinte años pertenecen, prácticamente, a individuos longevos, nacidos y criados fuera de Loreto, en su mayoría Sanmartinenses.

nos de Asistencia médico-social, en condiciones como las que enfrentamos en la Amazonía. Por eso, se trata de una experiencia de valor fundamental para asegurar un poblamiento en debida forma de estas regiones.

Los 19 ancianos que murieron, p. ej., en el año 1940, con 80 hasta 100 años, así como los 64 que llegaron a tal edad avanzada en los 3 años siguientes, fueron casi todos naturales de Moyobamba, San Martín, Rioja y de otros pueblos de San Martín (2). Habían pasado la época decisiva de su desarrollo, la que determina la longevidad, en condiciones muy superiores a las que reinan actualmente en la Amazonía Baja.

El Oriente peruano aún es tierra virgen para el Higienista. Los servicios antiguos de Asistencia Pública no rindieron nada. La relativa eficacia de los servicios modernos, instalados desde 1940, o poco antes, se refleja de un modo sorprendente en los datos estadísticos citados. Se trata de una influencia que baja continuamente la mortalidad no sólo del 1er. año (Servicios del Instituto del Niño, doctor D. Rafael González Willis). sino desde el nacimiento hasta los 11 años, incluyendo a los párvulos y gran parte de la población escolar llamada por el Censo Nacional de 1940, "el sector biológicamente más débil de la población". Pese al aumento absoluto del número de nacimientos, la disminución continua y única de la mortalidad infantil es evidente e influye, como se debe esperar, sobre la "edad mediana en el momento de la muerte (' the mean age at death"), por la reducción de la muerte evitable de muchos niños. Es un comienzo y una esperanza.

Al discurrir sobre tal situación de los escolares fácilmente ciertas interpretaciones erróneas pueden introducirse. En una ciudad como Iquitos hasta hoy la condición del alumno de la escuela elemental da mucha pena; las curvas de su anemización lo reflejan fielmente. Pero no todos los alumnos pertenecen a la peor categoría. Sin embargo, la situación no es estática, como un observador fugaz podría pensar: lo que caracteriza la suerte del niño es el juego sin interrupción, de mejorías y de decaimientos. Por eso, casi la totalidad de los escolares se encuentra mal si se considera más que un aspecto momentáneo de su situación. Lo que distingue el campo es que las posibilidades de recuperar fuerza son, por lo general, mejores; que la

---

(1) En el año 1943, 23 ancianos de 80 hasta 100 años de edad, murieron en Iquitos.

Su procedencia es:

San Martín	3	
Moyobamba	9	
Rioja	2	
Chasuta y Lamas	2	
Saposoa	1	17 del dept. de San Martín
Juanjui	1	
Cajamarca	1	
Lambayeque	1	
Lima-Callao	1	
Yurimaguas (Loreto)	2	
	1	

Esta experiencia acaso tiene valor de un experimento.

vida al aire libre, con caminatas largas, con paseos diarios en canoa, desarrollan al cuerpo, y que la abundancia de los comestibles corrige, hasta cierto grado, sus defectos; por ende, la degeneración física no es tan frecuente y tan acentuada como en muchos niños de la urbe. Pero el complejo de achaques, universal, aunque variable en intensidad y duración, debe bajar y baja considerablemente y de todas partes la finalidad social de la escuela, la que la condición social, económica e higiénica de la vivienda amenaza continuamente por la fuerza enorme de su influencia que dura muchos años, pero que sería ya decisiva, si consideramos tan sólo los primeros 5 años de la vida. Para el médico es evidente que la existencia del niño mantiene muchas relaciones con la "personalidad" del morador pobre, con su criminalidad, con sus inaptitudes, físicas y mentales. Si la escuela es la prolongación y el complemento de la vivienda, ésta es, hasta hoy, el lecho de Procusto y el freno para el escolar.

Al examinar ciertos viajeros no puede escapar al observador que los hombres de San Martín se destacan por su fuerza física, su cuerpo bien formado, su altura notablemente mayor. Algunos hijos de la ciudad amazónica que han trabajado duro como balseros y en otras profesiones al aire libre, muestran, aunque su fuerza y sus músculos se hayan desarrollado, el tórax deformado y plano, el estigma de su juventud pobre. No es muy diferente si nos fijamos en sus reacciones mentales. El problema del escolar es de importancia trascendental.

* * *

6. APUNTES SOBRE LA TUBERCULOSIS EN IQUITOS

Al hablar de la "Colonización Amazónica" se tratará acerca del hecho que la ciudad amazónica, Iquitos, y otros pueblos regionales de cierta importancia, así como las aldeas y los caseríos mismos, no son agrícolas, sino, en cierto sentido, parasitarios. Consumen y no producen. Iquitos forma un mercado intermediario para bienes de exportación, y otro local, que provee a la población creciente de la urbe con sus alimentos diarios. Depende, pues, para comer, de los ríos, de lo que sobra de "cultivos de subsistencia", de lo que recogen las lanchas. Al lado de eso, hay muy poca producción alimenticia intencional, de legumbres y frutas, dentro de su estrecho radio urbano (de 5 horas por canoa, al máximum); y, finalmente, algunos cultivos comerciales de verduras (1), organizados por extranjeros, que los mantienen, pese a pretendidas dificultades, en Iquitos mismo. Iquitos, con todo, forma una excepción que lo acerca a esas condiciones que existieron entre villas y campos, durante la Edad Media europea. En esta ciudad, se formó, pues, un pequeño núcleo de una burguesía de ciertas exigencias contagiosas, burguesía, es decir grupo "de clasificación estamental, como de gente acaudalada y culta", en contraste con la nobleza que no existe, y el proletariado (Max Weber). Iquitos vive, en parte, de un grupo relativamente fuerte de personas asalariadas, militares y civiles.

La ciudad es una condensación de la vida amazónica pobre, agrupada alrededor de un centro de otra estructura, económica y social, con calles y casas que son accesibles a servicios de agua y desagüe (que se ponen actualmente), pero formando un centro ajeno ya a la vida rural o semirural que sigue el 85 por ciento de los habitantes, en su mayoría "periféricos" y pobres, muchos entre ellos muy pobres, ajustándose "como Dios lo permite" a la situación precaria que produce, en este ambiente, una existencia basada en jornales por trabajos semiprofesionales o casuales, sin verdadera formación de oficios, la que tiene sólo una escasísima minoría.

(1) Actualmente, a razón de la carestía grande, la población pobre ni siquiera compra verduras, repollos o lechugas, contentándose con pepinos.

Entre las mujeres que llegaron buscando nuestra ayuda médico-social, y que carecían de esposos, maridos o compañeros fijos, abandonadas o prácticamente desatendidas por los padres de sus hijos (que muy a menudo son diferentes, hasta 3 para un promedio de seis hijos), más de la mitad vive de lavar ropa, otras (cerca de 20 por ciento) como costureras, el resto, preparando chicha, tamales, o de la venta de pedazos chicos de paiche, etc. Sólo una élite gana su vida como vendedoras en el mercado, mujeres activas y laboriosas. Con la excepción de las últimas, casi todas no logran establecer, por su propia capacidad una existencia económica para la vida del grupo que han criado y que dirigen o debían dirigir y proteger.

Los hombres que abandonan completamente o por muchos meses a su familia, vagan por los ríos, como comerciantes, regatones, pescadores, madereros, etc. Vagan y escapan a la estrechez de la "casa", donde vive la mujer con su prole, a veces 6 y más personas: adultos y menores, familiares y pensionistas, en la "ciudad", en el pueblo, hacinados todos en el recinto de una cocinita o salita y de un dormitorio minúsculo de 4 metros cuadrados o un poco más. Y estos dormitorios de la choza urbana, "semirural", son cerrados, carecen en absoluto de luz y ventilación. Son jaulas oscuras.

Pero aunque el hombre no abandone a su mujer, ésta sigue una vida muy pesada si se trata de pobres. Pasada la luna de miel, la mujer pobre es una bestia de carga; trabaja embarazada; amamanta 15 meses, cocinando, lavando, para tener otro embarazo repitiendo este ciclo y agotando rápidamente su juventud y sus fuerzas, siempre luchando contra la escasez, muy a menudo, contra los vicios costosos de su compañero. Sus hijos se enferman, y ella sufre, directa e indirectamente, a causa de eso. Raras veces puede cuidarse, casi nunca verdaderamente descansa. Aunque ella no haga aparentemente nada, es sufrida, aburrida, frecuentemente maltnutrida y, con los embarazos, anémica. Su casa no es hogar; su vida carece de la comodidad más primitiva.

* * *

Creemos que, sin conocer esta situación, nadie puede comprender la condición mórbida con relación a la tuberculosis en Iquitos.

Entre 239 tuberculosos de Iquitos, gravemente enfermos (40) o muertos, a raíz de su enfermedad, encontrábamos 122 hombres y 157 mujeres.

Entre 89 tuberculosos que nos consultaron en los primeros 10 meses del año en curso (1943), 30 fueron del sexo masculino, 50 del femenino. Prevalecía siempre la mujer.

Edad	Hombres	Mujeres
0 a 10 años	1	3
11 „ 20 „	8	16
21 „ 30 „	10	24
31 „ 40 „	4	9
41 „ 50 „	3	4
51 „ 60 „	1	2
61 „ 70 „	1	—
71 „ 80 „	2	1
	30	59

Total: 89. (En el mes de noviembre nos buscaron 20 enfermos más, 5 hombres y 15 mujeres).

Un caso grave se nos presentó, hace poco: una mujer cayó enferma, madre de 7 hijos. El padre, empleado público, la abandonó en seguida. El mismo murió repentinamente de bronconeumonía, durante la onda de gripe epidémica que azotó Iquitos y Loreto, en el mes de mayo. La mujer quedó sola, sostenida un poco por su hermano, vendiendo sus muebles; por fin, una situación sin salida, desesperada, que nos obligó a intervenir con nuestro Servicio Social (tan pobre), buscando una ocupación para el hijo mayor y procurando un hogar para los chiquillos de 4 a 7 años. El caso no es único, y el temor que la gente tiene a la persona tuberculosa, "afectada", acaso es mayor aún al que tienen al leproso.

* * *

La curva de las edades de las citadas 239 personas es casi típica, con un máximum, para los hombres entre 16 y 27 años; para las mujeres con una densidad mayor que dura desde los 15 hasta los 40, ó quizá, más años.

La preponderancia de la mujer, en general, y esta curva especial se explican, a nuestro modo de ver, por las condiciones de vida anteriormente trazadas.

* * *

Con ocasión del estudio anual de los alumnos que reciben el Desayuno escolar encontrábamos (en trabajos ejecutados junto con el señor Néstor Avila, asistente laboratorista)

	Hemoglobina menos de 30%	de 20 %	Cutireacción tuberculina (1) pos.	
110 niños del "Jardín de la Infancia" (3 a 7 años)	47.2%	22.7%	3 a 5 años:	13.3%
			todos:	17.5%
90 niños del Centro Escolar 161 (9 a 14 años)	40 %	26.6%	todos:	25 %
100 niñas de la Escuela Elemental (6 a 14 años)	26 %	4 %	todas:	30 %

En la última escuela, que recibía el segundo año ya su Desayuno escolar, un número considerable de niñas tuvo antecedentes familiares bien conocidas.

En vista de la falta absoluta de higiene doméstica y personal, tales cifras relativamente bajas de tuberculinización son bastante significativas si las comprendemos bien. Con todo, estos valores que coinciden con las experiencias en el Centro de Salud, los consideramos como provisionales porque el estudio alérgico y radiológico de toda la población escolar está progresando rápidamente.

* * *

Del otro lado, la mortalidad a raíz de tuberculosis, en la actualidad, es alrededor de 30 a 33 por 10,000 habitantes.

Si este valor no se puede fijar con más exactitud, depende de diversas razones. Con absoluta seguridad cierto número de muertos escapa al diagnóstico. Después, un número desconocido de enfermos busca mejoría fuera de la ciudad y muere allá, de preferencia en el río Marañón, pero, también, en los ríos Amazonas y Ucayali. Además, el número de habitantes de Iquitos varía considerablemente. Tomando todo eso en debida cuenta llegamos a una taza mortal, por tuberculosis, que corresponde, más o menos, a la que rigió en Inglaterra y Gales, alrededor de 1850.

El número de muertos por tuberculosis está aumentando, también, sin duda alguna. Con todos los errores, casi invariables dentro de los últimos 3 años, se nos señalan.

En el año		Muertos (núm. absoluto registrado)
1941		52
1942		105
1943	hasta noviembre	89

(1) Aunque, en este conjunto, no hablo, por lo general, de técnica, es preciso señalar que las pruebas de tuberculina se ejecutaron y controlaron por médicos expertos, bajo mi dirección, empleando el "test del esparadrapo" conforme a Arvid *Wallgren* ("*Vollmer* pach test", de la bibliografía norteamericana).

Al notar este desenvolvimiento hay que saber que numerosas personas, sanas y enfermas, han abandonado Iquitos, por razón de la carestía enorme que se produjo en el año 1943.

En 1943, gentes de la chácara han reducido sus estancias en Iquitos al mínimo estricto. Que muchos habitantes de Iquitos han salido de la ciudad, resulta por ejemplo, del hecho de que 20 de las alumnas de una escuela, inscritas en el Desayuno escolar, faltaron después del 28 de julio por haberse ido toda la familia a la chácara, en parte para evitar la carestía, también para hacer sus labores agrícolas en los tiempos de la sequía. Asimismo la "deserción escolar" nos señala el éxodo de muchos enfermos; y sé que por lo menos 8 de los conocidos han muerto fuera de la ciudad.

Del mismo modo aumentó el número de casos de tuberculosis ganglionar, pura o combinada con escrofuloderma:

(Servicio del doctor Rafael González Willis)

1942	17	
1943	25	(1)

Como Bradbury (1933) demostró netamente, la tuberculosis se debe en primer lugar el hacinamiento y a la malnutrición (2).

No puedo opinar sobre la incidencia absoluta de la tuberculosis, en Iquitos. Nos falta la base firme demográfica, conocemos demasiado bien el movimiento considerable de la población, a raíz de la nueva explotación intensa de jebe y, del otro lado, de la carestía. Falta, aún, un conocimiento exacto de la tuberculosis en el grupo militar, la que se estudia actualmente de modo sistemático. En su "Tratado de Tisiología (1941, Buenos Aires, los doctores Rey, Pangas y Massé dicen: "en general se acepta que multiplicando el número de bacilosos fallecidos anualmente por una constante que según los países oscilaría entre 7 y 10, puede establecerse la cifra aproximada de tísicos que viven en una nación". En el caso presente tal procedimiento no me parece posible, todavía. De un lado hay curaciones espontáneas; del otro, el curso de la enfermedad frecuentemente es tan infausto que la situación parece especial. Sin poder garantizar la veracidad de la cifra, cuento por el momento con un número aproximado de 300 tuberculosos, más allá del complejo primario.

(1) Los casos de escrofuloderma, observados por mí, adultos jóvenes, no eran tan transparentes, por sus andancias, por la dificultad de precisar el contagio. Algunos casos fueron notablemente graves y, al principio, difícilmente diagnosticables por su semejanza con procesos gomosos micóticos. Lesiones cicatrizantes, en adultos, se observan en cantidad reducida.

(2) Los leprosos, por razones sociales, en todo el mundo tienen alta mortalidad por tuberculosis. En las condiciones de la antigua leprosería de San Pablo no fué posible reducir este peligro a una relación más o menos tolerable. El hacinamiento extraordinario que obligó a 4 hasta 8 enfermos para que convivan en una choza apta para 2, se diseminó el contagio de la tuberculosis. En este año 1943, hasta octubre, entre 25 muertos (8,3 por ciento) se encontraron 9 tuberculosos.

PRECIO DE VIVERES EN IQUITOS, 1942-43

Artículo	Unidad	Julio de 1942	Agosto de 1943
Carne de res	Kgm.	S|. 1.50	S|. 1.00 y S|. 2.00
Carne de chancho	„	1.40	120 y S|. 2.00
Carne seca del monte	„	1.40	1.40
Pescado fresco	„	1.20	0.80 y S|. 1.00
Pescado seco salado	„	0.80	1.00
Paiche fresco	„	1.50	1.50 y S|. 2.00
Paiche seco salado	„	1.50	2.00 y S|. 2.50
Pollos	c|u.	3.00	3.50 y S|. 4.00
Gallinas	„	4.00	6.00 y S|. 8.00
Pavos	„	14.00	20.00 (escaso)
Leche, botella de 0.660	„	0.35	0.50 (escaso)
Leche condensada corriente	Lta.	1.00	1.80
Huevos de gallina	c|u.	0.25	0.30 y S|. 0.35
Plátanos maduros o verdes	6 por	0.20	6 por 0.20 ...... 3 por
Yucas	Kgm.	0.10	0.20
"Guineos" plátanos chicos	4 por	0.10	0.20
Chonta (palmera)	c|u.	0.30	0.60 y S|. 0.70
Lechuga, cada mata		0.20	0.30 y S|. 0.40
Mostaza, una planta		0.20	0.50 y S|. 0.60
Tomates muy chicos, 2 a 3		0.20 .... c|u.	0.10
Ají dulce, 3 chicos		0.10 .... c|u.	0.10
Ají picante chico	20 por	0.05..... 10 por	0.10
Col, 4 hojas por		0.10 ...... 3 por	0.10
Vainitas ,8 piezas por		0.10 ...... 8 por	0.20
Zanahoria, una chica		0.15	(no hay)
Papaya regular tamaño	c|u.	0.20	1.00 y S|. 0.80
Limones ácidos	4 por	0.05...... 2 por	0.05 (escaso)
Naranjas	c|u.	0.10	0.30
Paltas	„	0.15	0.40
Pepinos regular tamaño	„	0.20	0.40 y S|. 0.50
Zapallos	„	0.40	1.00
Berenjena	„	0.20	0.30 y S|. 0.40
Cebollas	Kgm.	0.60	3.00
Arroz	„	0.60	1.30
Frejoles	„	0.55	0.70
Maíz	„	0.25	0.60
1 vaso de chicha de maíz	„	0.05	0.05 (chico)
1 botella chicha de jora	„	0.15	0.30 y S|. 0.35
Pan de agua sin manteca	Kgm.	0.80	2.00
Pan torrado		0.90	(no hay)
Fideos ordinarios	„	0.90 mala calidad	1.80 y S|. 2.00
Manteca de chancho	„	2.40	2.80 y S|. 3.00
Mantequilla brasilera	„	7.00	10.00
Azúcar parda	„	0.50	1.80 y S|. 2.00
Azúcar blanca	„	0.60	2.50

Café pilado en grano	”	0.70	1.00
Café molido	”	1.40	1.80 y S|. 2.00
Jabón, la barra	c|u.	1.20	1.80 y S|. 2.00
Galón de agua	”	0.10	0.20
Hielo	Kgm.	0.10	0.15
Carbón de leña	c|u.	1.20	3.00
Leña, metro cúbico	”	4.50	6.50 (1)

Estudiando cuidadosamente presupuestos particulares resulta que los gastos para la comida cotidiana se han duplicado y que la cantidad absoluta de víveres, ofrecidos para la venta, bajó continumente.

Según los datos oficiales la cantidad teóricamente disponible de carne fué en Iquitos (ambos mercados, con excepción de los servicios que abastecen los cuerpos militares):

En el mes de	Por persona y mes	Kilos
Mayo 1943		1.00
Junio		0.60
Julio		0.53

Pero de esta cantidad teórica hay que deducir lo que reciben ciertas lanchas como rancho, al salir del puerto.

La Municipalidad vendió, entonces, la carne de res a base de recibos de 500 gramos por familia (con piel y huesos). Para obtenerlos los competido-res formaban cola desde la madrugada. A las 5 se abre el mercado. La ma-yor parte de la población, durante meses, se quedó completamente sin carne. Felizmente hubo pescado (que fué muy escaso en el año anterior), pero a precios relativamente muy altos. Verduras, plátanos y cebollas fueron muy escasos; naranjas casi desaparecieron del mercado.

Se entiende que esta situación fué creada, en parte, por un favoritismo sistemático de personas selectas, con precios más elevados, por acaparado-res, y por la intervención de intermediarios, que viajan para impedir que el producto llegue directamente desde el productor al mercado y al consu-midor. No hubo reglamento que pudiera poner término a estos abusos que son tan viejos como la humanidad. Así se estableció una desorganización prolongada del abastecimiento alimenticio que ya en el siglo XIV de Euro-pa fué una de las preocupaciones más grandes de las burguesías: “Tenían no sólo que vigilar su arribo, sino alejar el peligro del acaparamiento y del alza arbitraria de los precios”. (Henri Pirenne, 1933|41, Historia Económi-ca y Social de la Edad Media. Ed. Españ. México).

(1) A título de comparación menciono que, al mismo tiempo, el pie cuadrado de cedro rojo subió de 25 a 70 centavos lo que es resultado del efecto doble de la falta de hombres para la extracción y de la desvalorización monetaria, fenómeno inevitable en una región don-de parte importante de los productos alimenticios básicos depende de transportes que por su precio y sus riesgos han encarecido mucho la vida diaria.

Los ingresos municipales que provienen de los impuestos sobre las ventas en el mercado, bajaron de 23.4 por ciento comparando el año 1943 con el anterior.

* * *

Muchas personas, aquí y allí, tienen una vaca que se ordeña de la manera más sucia, por lo general por parte de un muchacho de la casa, sin limpieza alguna, ni de la ubre ni de las manos. De un modo progresivo enfermos tuberculosos buscan la chácara, para procurarse mejor comida, para "cambiar de clima". Escupen sin reserva; pueden contagiar no sólo a otros seres humanos, sino animales domésticos de toda clase, perros, chanchos, posiblemente vacas. Ahí se señala un trabajo de Sísifo para el higienista. De un lado intenta favorecer el uso de la leche fresca, del otro la pobreza de los conceptos higiénicos, la falta de establos apropiados, la dispersión y primitividad de las viviendas obstruyen un control que ni siquiera en Iquitos ha comenzado aún.

No es alegoría barata si hablo tantas veces de la "Edad amazónica" que ha de vencerse, como de algo semejante a la Edad Media de Europa. No sólo la vivienda, la inconsciencia higiénica, se oponen a la introducción de formas de vida que nos parecen superiores, pero que lo son en tanto que este medio ambiente se presta para su introducción actual e inmediata.

Uno de los hechos sobresalientes para el Higienista es, por ejemplo, la existencia continua de casos de tifoidea que, según mis propias experiencias en la Amazonía, siempre se propagan por contacto, de hombre a hombre, y no por la contaminación de un manantial que abastezca a todo un pueblo con agua potable — por la sencilla razón que no existen hasta hoy. Un servicio, común para todos, en condiciones medio rurales, medio urbanas, —"rurbanas" para emplear la palabra acuñada por Galpin—, encierra peligros indudables si no se observa la mayor prudencia. También los casos no muy raros de tuberculosis ganglionar, en adolescentes y niños, se deben, en parte, a la introducción de la leche fresca como alimento, antes aborrecido, ahora ambicionado, pero en condiciones que no garantizan aún su pureza.

La "transculturación", hasta en el caso del agua potable, del uso de la leche, etc., es un proceso delicado. Incumbe al higienista señalar los peligros y prevenirlos para que las pequeñas endemias, hasta hoy observadas, no cambien, súbitamente, tomando la forma y el carácter de epidemias violentas.

* * *

En una calle (2 de Mayo), habitada por gente que no es exageradamente pobre, encontrábamos:

332 personas, 185 adultos y 147 menores, dentro de 60 casas;
10 casas tenían servicios higiénicos modestos;
45 casas tenían pozos de agua;
45 casas nada;
15 casas disponían de desagüe (hasta el caño de la calle);
45 casas no:
104 reparticiones interiores servían como dormitorios;
149 camas existieron;
37 analfabetos se encontraron;
13 casas son construídas de ladrillos, cemento y zinc;
26 casas de pona con techo de zinc y piso de tierra batida;
21 casas de paja, con techo de paja y piso de tierra batida;
12 casas mostraron mejor aseo;
24 un aseo muy modesto;
24 ninguno.

Estas visitas se han hecho intempestivamente. Se entiende que otras calles ofrecen un aspecto muy inferior, por la pobreza más pronunciada de sus habitantes.

En la calle citada hubo 3 tuberculosos, 2 adultos y 1 niño, que murieron pronto después de haberles descubierto.

* * *

En el barrio muy pobre, llamado "Arenal" hemos estudiado, por ejemplo, 20 casas:

todas de pona, con excepción de una que es de tablas;
todas, menos esta última, con piso de tierra batida;
habitadas por 91 personas, 36 adultos y 55 menores;
ninguna casa con servicio higiénico;
ninguna con pozo propio;
ninguna con desagüe.
20 casas contienen 27 cuartos con 42 camas:
en 10 camas duerme una persona;
en 10 camas duermen dos personas;
en 10 camas duermen tres personas;
en 5 camas duermen cuatro personas;
el resto duerme sobre el suelo;
entre 36 adultos, 12 son analfabetos.

En una casa vive una mujer con 3 hijos de 8, 3 y 0.3 años; 3 murieron a tierna edad de disentería, bronquitis y tétano umbilical, respectivamente. Convive la madre con un hombre casado, cuya esposa con 3 hijos propios y 2 de otra mujer (con él) vive separadamente. El hombre da a su actual mujer 2 a 3 soles por día para la comida.

En otra casa viven, dentro de un cuarto, 3 hermanas con 6 hijos; tienen "rebuscas personales", es decir viven de la prostitución ocasional clandestina.

En otra casa vive una viuda con 3 hijos de su esposo y 2 de otro, uno de tercer hombre; 4 duermen en una cama, 3 en otra. Una hija de 14 años es "empleada", pero busca su vida frecuentando "El Boliche", una casa de bailes.

En otra casa duerme el papá, maquinista, con sus 2 hijas de 12 y 9 años en una cama, la madre con 2 chiquillos, en otra. La casa cuesta 8 soles 40 centavos. El hombre gana 120 soles.

En otra semejante vive una mujer de 60 años, inválida, con su hija, que, también, es "rebuscona" y le da, cuando puede, 60 a 80 centavos diarios; si no, los vecinos le proporcionan alimentos.

En estas 20 casas viven 8 mujeres, madres de 19 hijos, que no reciben ayuda alguna de los 19 padres respectivos; algunas tienen hasta 3 hijos de diferentes padres sin recibir alimentos de uno solo de ellos.

Una de mis enfermas, cocinera hasta hacerse el diagnóstico de sus infiltrados agudos del pulmón derecho, con bacilos en el esputo, vive en un cuarto con sus dos hijos, de 5 y 9 años, que comparten su cama; su hermana duerme en otra cama, en el mismo cuarto, con una hija de 11 meses. La enferma gasta diariamente un máximum de 2.50 soles... "No tiene marido".

La coincidencia de estas habitaciones con la carestía de víveres nos explica suficientemente bien la triste verdad que la tuberculosis está propagándose de modo peligroso en este ambiente relativamente virgen y altamente receptivo.

En muchos casos, individualmente estudiados, se pudo trazar la infección de un miembro de la familia a otro, interviniendo en nuestro ambiente el dormitorio y la cama, comunes para diversas personas, de tal suerte que, a nuestro parecer, la importancia de la madre enferma para la infección del niño, es menos pronunciada que en otros países más adelantados en la civilización de sus habitaciones.

Se encuentra, a veces, una curación espontánea de la tuberculosis pulmonar con cicatrices típicas en los ápices, como se observa en Europa. Pero el número de autopsias que hemos ejecutado es demasiado limitado para decir más que eso. Sin embargo, al controlar personas sanas, como, por ejemplo, las enfermeras del Servicio de la Supervisión, se encontraron 2 con focos pulmonares calcificados, lo que coincide con las pocas experiencias efectuadas en cadáveres.

En muchos casos el progreso de la enfermedad es rápido y netamente maligno. Quizá, así se explica el alto porcentaje de personas con muchos

bacilos en el esputo, al presentarse por primera vez al médico. Entre los 65 tuberculosos que estudiábamos en los primeros 7 meses de este año, en el Centro de Salud

39 mostraron gran número de bacilos;
7 muy pocos;
19 no nos trajeron la muestra pedida.

En este conjunto hay que mencionar que 6 de nuestros pacientes mostraron en un momento relativamente temprano de su enfermedad, infiltraciones y úlceras de la laringe y de la epiglotis lo que puede interpretarse como una resistencia muy baja de sus tejidos, frente a los bacilos expectorados.

El clima, la habitación, las parasitosis y la malnutrición cooperan para producir este fenómeno, conocido de los trópicos.

* * *

Al urbanizar una población nómada, siempre se presenta el problema de la tuberculosis, y cada vez, en forma algo sorprendente por su forma tan diferente de lo que se nota en condiciones ya estables de grupos urbanos.

Aunque he podido estudiar diversas veces brotes de tifoidea, no me parece necesario añadir algo a lo que he dicho antes. Hay toda una gama de consideraciones higiénicas que se imponen al asistir a una transculturación como aquella que actualmente se produce en la Amazonía. Cada período de transición civilizadora origina problemas graves para el higienista. Lo que puede y debe distinguir nuestra época, de las anteriores, es la aplicación de tales experiencias epidemiológico-higiénicas ya adquiridas al manejo inteligente de la colonización amazónica. Transformar, "modernizar" una existencia, fuertemente arraigada en condiciones económicas y en tradiciones étnicas, incluye responsabilidades graves, y los donativos sanitarios, aun mejor intencionados pueden convertirse en regalos de Dánaos. Evolución, no revolución, he aquí lo que se impone en el campo de la higienización de un pueblo.

* * *

7. DIGRESION SOBRE LAS ENFERMEDADES SELVATICAS

Tratando acerca de la Sociología Médica de la parte peruana de la Hoya Amazónica será útil discurrir brevemente sobre lo que he llamado hace años (1924|5) el "cuadro nosológico" de una región estudiándola a la manera de una "ecología de enfermedades, en vista de la realidad vital que varía según y conforme a la naturaleza y a las posibilidades de la existencia humana, con las alteraciones de la salud que las acompañan" (1925, Estepa y Hombre). Como me falta la base de una estadística mórbida de toda la población, tengo que confiarme a mis experiencias personales, y apoyarme, para ilustrarlas, a la reproducción de un cuadro de enfermedades cuyo diagnóstico se efectuó en el transcurso de 10 meses, en el "Centro de Salud" de Iquitos, bajo el control mío, y con la ayuda de un laboratorio.

Se observaron:

Casos de	Número.
Lepra	73
Tuberculosis pulmonar	89
Pian-cuchipe (yaws, framboesia)	385
Paludismo	73
Reumatismo articular	5
— deformante, de pequeñas articulaciones	4
Disentería amebiana	44
Enteritis de otro origen	65
Parasitosis intestinal múltiple	1944
Oclusión intestinal parasitaria	2
Anemia grave (con exclusión de los escolares)	108
Opilación	2
Leishmaniosis-espundia	11
Pinto (sin contar a los viajeros)	32
Zona (herpes zoster, "riwi")	13
Varicela	4
Parotitis epidémica	47
Sarampión	1
Acarosis o sarnas vulgares	48

Casos de	Número
Impétigo	15
Erisipelas	4
Eczema	7
Estafilodermias	13
Dermatomicosis de diversas formas	46
Lesiones pruriginosas, alérgicas y otras	311
Acne	9
Influenza-gripe epidémica	189
Bronconeumonía (sin considerar los servicios de infancia)	7
Avitaminosis pronunciadas	21
Conjuntivitis Koch-Weeks ("mal de ojo")	113
Cataratas	34
Pterigium	91
Queratitis sifilítica	6
Iritis aguda (por gripe o gonorrea)	4
Conjuntivitis gonocócica	8
Blenorragia en adultos (sin considerar los servicios esp.)	11
— — menores	33
Chancro duro	3
Tabes dorsalis	1
Otitis media	25
Ulceras de las piernas a base de anquilostoma, leishmania, cromoblastosis, cuchipe	401
Pitiriasis versicolor, esp. acrómica	sin número

Muchas de las enfermedades que corrientemente se llaman "tropicales" no lo son sino a medida de condiciones especiales que se han vencido, totalmente o en parte, en países de clima más templado, a causa del progreso civilizador, pero que perduran aún en los trópicos a raíz de sus condiciones existenciales primitivas. Otras, sin embargo, no sólo encuentran ahí un "refugio", exactamente como ciertos grupos de hombres, sino condiciones extraordinariamente favorables para su realización, y merecen, por lo tanto, su denominación de "tropicales". Las enfermedades, por lo general, son productos de la interferencia de múltiples factores, causantes, promotores o retardantes, y otros, transformadores. Las enfermedades infecciosas no son entidades abstractas como los libros de enseñanza médica las presentan, sino reacciones de seres vivos, diferentes entre sí, en condiciones ambientales definidas, condiciones que actúan igualmente sobre el hombre y sobre los gérmenes de sus enfermedades, también sobre la reacción que se establece entre ambos y que es el fondo mismo de la enfermedad, de tal suerte que no se puede "dar substancia" ("reification" de la literatura inglesa) a la enfermedad, como si fuese un ente, un agente que el "chupador" indio pretende sacar del enfermo aspirando la lesión con su boca. Así los trópicos influyen sobre las enfermedades, hasta las cosmopolitas, más aún sobre aquellas que encuentran su apogeo en la húmeda selva tropical, tanto por su clima cuanto por la condición humana primiti-

va que prevalece por razones de educación y pobreza (sin desdeñar el fondo reactivo genético de los pobladores). Tal vida sencilla, forzosamente, guarda relaciones auténticas con la naturaleza y se presta demasiado bien para fomentar todos los achaques cotidianos de la humanidad que se correlacionan con ésta, habitada por hombres sin defensa especial, sin civilización superior. De muchas personas que actualmente se establecen neófitos, en la región selvática, se puede decir, con cierto derecho, que son prudentes, que se preocupan de una manera profundamente errónea, teniendo miedo a peligros imaginarios — como v. g. serpientes, lagartos, leprosos, peligros que para la mayoría de tales personas no alcanzan la importancia matadora de nuestros automóviles — pero descuidando las reglas más sencillas de la alimentación e higiene, personal y doméstica, que son plenamente capaces de garantizar su vida sana hasta en esta zona, hostil al hombre ignorante (1). Años hace que me he convencido de lo justo que contienen las palabras del gran fisiólogo I. I. R. Macleod: hay muchos argumentos para sostener la opinión que para la aptitud humana la dieta tiene mucha más importancia que el clima mismo.

La húmeda selva tropical como reino de los hongos provoca las infecciones respectivas, desde las "saproficias" muy superficiales (José Gay Prieto) y casi universales hasta las formas más graves de dermatomicosis, esporotricosis, micetomas y blastomicosis. El suelo se presta para la cría abundante de larvas, en primer lugar del anquilostoma; pero no se presta, en condiciones primitivas y bajo la presión de factores económicos y mentales adversos, para cultivos que pudieran añadir a la comida diaria los factores "protectores" necesarios, los minerales y las vitaminas, cuya deficiencia estigmatiza la vida pobremente adaptada de los colonos ignorantes, acondicionados por su crianza a otras formas de vida, en contraste marcado con el comportamiento del indio selvícola. Pero éste, por desgracia, parece condenado a ajustarse progresivamente al tipo existencial del colono.

---

(1) Al hablar de la "hostilidad" de esta Selva conviene dirigir la atención del lector en el artículo muy interesante de Antonello *Gerbi* (1943, "Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo", Lima, Colección "Historia"). No hablo, por supuesto, en el sentido de *Buffon*, sino contemplando la suma de trabas que el ambiente tropical opone a la vida civilizada mortificando, reduciéndola. Inglaterra puso la base de su riqueza sobre una "materia prima", la lana; el comercio desarrolló la producción y la manufactura, aglomeró a hombres trabajadores para formar una burguesía; la ciencia, finalmente, acudió a las exigencias del comercio y de la industria. En la Selva tropical, también, hay "materias primas"; pero comercio e industria sufren de muchos factores adversos; el paisaje mismo separa a los moradores, uno de otro; el clima, el suelo, el ciclo de las estaciones, con todas sus consecuencias, favorecen de un lado el crecimiento de ciertos alimentos baratos, del otro la pululación de gérmenes de enfermedades, de tantos seres que se prestan para destruir al hombre y sus obras. La humedad muerde sus aparatos, los hongos los comen. Parar un aparato eléctrico por algunas semanas es casi igual a arruinarlo. Las telas, el papel, la madera misma se destruyen con rapidez: cucarachas, polillas, comejenes, hormigas, hongos, hongos, hongos.... y especialmente si la madera no se ha cortado en "luna buena". Las lluvias son irregulares, abundan o faltan; los ríos inundan y destruyen, desecan y destruyen. Los barrancos se desmoronan; las corrientes cambian de año en año; nuevos brazos reemplazan a los antiguos; y así la naturaleza opone sus caprichos, su inmensidad, a la obra humana que, para florecer, siempre necesita regularidad, orden y previsión.

Muchos indios, todavía viven en grupos pequeños, bastante aislados, uno de otro, siguiendo una vida relativamente limpia que evita infestaciones densas con parásitos intestinales; una vida protegida visiblemente por una alimentación que acepta una multitud de comestibles silvestres, exenta de los "tabús" de los colonos que provienen de manera muy humana de sus hábitos alimenticios. Así el indio se salva de las formas graves de la anquilostomiasis y de las carencias y precarencias que amenazan tanto la vida del colono. El indio se purga con sus remedios "del monte"; tiene además, su tratamiento cosmético cuidadoso de la piel que, al mismo tiempo es adorno, protección higiénica y mágica, en la misma unión íntima e indisoluble que conocemos de ciertas prescripciones del Antiguo Testamento, tanto rituales cuanto saludables.

El colono, aunque siga en muchos pormenores, materiales y espirituales, al indio, se orienta en sus actitudes sociales visibles hacia el blanco, sin poder entrar, hasta ahora, en su mundo cultural "occidental"; rehusa, por eso, ciertos de los modales "muy indios", entre los cuales cuenta, por supuesto, la costumbre de pintarse el cuerpo con achiote, mezclado con aceite. Sin embargo, sufrido como lo es, aplica, en veces, a las piernas y los brazos, la pintura negra con "huito" (genipa americana), es decir, con tanino, para aliviar sus "comezones". La piel del colono es el órgano predilecto para los ataques cotidianos de la naturaleza tropical. Si algo demuestra con evidencia el grado superior de acomodación biológica a la cual llegó el indio selvícola, lo es la diferencia enorme que existe a este respecto de trastornos cutáneos entre él y la población blanca, mestiza o india-domesticada y degenerada. La peor condición de la piel entre todos la ofrecen los serranos, representantes del "nomadismo rural" (C. E. Paz Soldán), hombres, mujeres y niños, que bajan por algunos meses a la Montaña como jornaleros rurales. En estas condiciones se ven verdaderos martirios a causa del vestido inadecuado, de la suciedad e ignorancia que destruyen la piel. Los mismos elementos étnicos, una vez establecidos de manera permanente en la Montaña, vencen paulatinamente sus dolencias más graves. Tal experiencia resultó de estudios detenidos en la Colonia del Perené y de sus alrededores.

Los colonos, pues, desarrollan con una densidad extraordinaria, saproficias como la acromia parasitaria o pitiriasis versícolor acrómica, la "cancha", y dermatomicosis de diversas formas, de la piel y de las uñas. Se observan con mucha frecuencia y a menudo mal interpretadas, sensaciones y erupciones cutáneas alérgicas que resultan, en parte, como reacción general "a distancia", de los parasitismos intestinales que continuamente vuelven a establecerse. Se presentan en forma de pruritos, eczemas y urticarias. En 1939 he escrito: Antes he insistido en la ventaja higiénica que ofrece la vida en pequeños grupos, porque disminuye la exposición a los contagios, especialmente a la infestación vermicular. Se trata de evitar las su-

perinfestaciones perpetuas que desempeñan un papel, todavía descuidado por la patología de la anquilostomiasis. No cabe duda de que fenómenos de una reacción hiperérgica, en la piel, en los pulmones, o en el intestino, son bastante frecuentes, muy pronunciadas y la causa de síntomas clínicos de gran importancia. Me refiero a los edemas súbitos de los pies después de una fuerte reinfestación, de ciertas pulmonías, de decaimientos profundos con pseudo-disenterías "eosinófilas", mostrando una desaparición completa de las mismas células de la sangre y su acumulación en el intestino. Se trata de un complejo clínico de gravedad, aunque, en veces, susceptible de una curación espontánea rápida, lo que hace el diagnóstico fácil, en comparación con las disenterías verdaderas.—Sabemos perfectamente bien que al producirse tales fenómenos se manifiestan factores hereditarios que establecen lo que los inmunólogos llaman "formas atópicas de la alergia clínica" (Coca). También gran parte de las "comezones" o pruritos en este sentido es alérgica, otros se deben a la entrada de larvas en la piel, a la sarna, a hongos, a picaduras de insectos. (No hablo, por su puesto, en este conjunto de la asteatosis con picazón que se nota en principios de la lepra). Esta sensibilidad anormal parece acentuada por el desequilibrio mineral que prevalece en la piel del grupo colono.

Al señalar cierta frecuencia de reacciones alérgicas tengo que mencionar que la bronquitis es muy frecuente, en especial entre niños. Toma fácilmente un carácter asmático lo que se debe en parte a una respiración muy mala como se nota con frecuencia, por razón de la postura mala, en parte por trastornos gastro-intestinales, en una conexión bien conocida de los clínicos que se ocuparon de este mal.

El uso continuo de pescado salado, como alimento principal, creó el gusto para la exageración de la sal en la comida. En este conjunto tengo que mencionar el "fogo selvagem", el pénfigo foliáceo, que se encuentra en casos aislados, distribuídos sobre toda la zona amazónica, no sólo en el Brasil, sino, como lo he descrito hace 3 años, en el Perú, en Loreto. El origen metabólico del pénfigo ha sido objeto de estudios y especulaciones que no nos pueden ocupar sino mencionando que, al parecer, existe relación entre el brote y la retención de la sal (cloruro de sodio), aunque no se pueda hablar de conceptos patogenéticos bien fundados. Entre vivos y muertos conozco personalmente 34 casos, algunos muy agudos, otros crónicos, ninguno contagioso, por su puesto.

La disminución de la sal se me ha comprobado como medida muy útil para influir favorablemente sobre la piel, especialmente combinándola con un abastecimiento más liberal con calcio. Como las piernas y los antebrazos desnudos son principalmente expuestos a toda clase de daños, no puede sorprender que individuos un poco nerviosos, de los cuales hay multitud, desarrollan de preferencia aquí irritaciones crónicas ("lobo sisu: eczemati-

zación crónica pruriginosa simétrica de los antebrazos o de las piernas) rascándose desesperadamente.

En 1940, al describir la situación sanitaria del departamento de Amazonas me he referido a este trastorno:

"La Sarna del viejo o "lobo sisu" que antes he mencionado, es una dolencia muy singular que ya he encontrado en el Ucayali, el Tigre y en diversas partes del Departamento de Amazonas. Se trata de una eczematización, de preferencia en los antebrazos y las piernas, que, en los casos muy frescos, se presenta claramente como un proceso secundario, que toma su origen en pequeñas ampollas muy superficiales, cuyo contenido se pone turbio y da una comezón muy desagradable, de tal manera que los enfermos se rascan día y noche. He visto niños que se maltrataron la piel hasta tal grado que todas las uñas fueron rotas. Parece que esta relación es lo esencial en el proceso. La eczematización y la irritación de la piel la hacen muy sensible y efectúan que el enfermo corresponde a la menor irritación con la sensación de una comezón terrible. Se desarrolla, prácticamente, una neurosis de la piel que sostiene la eczematización y perpetúa el proceso. Los casos inveterados no son en ninguna forma contagiosos. He visto por lo menos una docena de casos de "sarna del viejo", en los cuales un solo miembro de una familia fué atacado y todo el resto no mostró nada. Este hecho de experiencia excluye también prácticamente una causa vitamínica, o alimenticia de un modo general. Un enfermo inteligente, buen observador, me informó precisamente que su dolencia disminuyó considerablemente al encontrarse en un clima mucho más caliente que le hizo sudar. Un exceso de carne en la comida aumentó la comezón. Pero es típico que cada cambio influye sobre la piel, aunque de un modo fugaz. De esta manera, también las curaciones tienen un buen efecto, sea el que fuere su principio activo, pero el efecto no se mantiene y las recidivas son de regla. Por eso, la tencencia médica debe ser evitar que se establezca el círculo vicioso de la eczematización, es decir, el tratamiento tiene tanto más posibilidades positivas cuanto más temprano comienza." En las piernas, las picaduras se convierten fácilmente en úlceras, y la presencia del anquilostoma, por su influencia retardante sobre todos los procesos del crecimiento, dificulta la curación espontánea, que, por su puesto, es un proceso de regeneración celular. La piel irritada, eczematosa, ulcerada se cicatriza de rato en rato, pero queda un lugar de menor resistencia y por cualquier razón nuevas úlceras brotan sobre las cicatrices, más difíciles aún para el tratamiento. Así, seguramente, algunas de las úlceras "por hongos" derivan de úlceras "con hongos", como suprainfecciones de heridas preexistentes, de lugares de resistencia reducida. Semejante opinión se ha defendido con frecuencia, en los casos de actinomicosis y esporotrichosis. Las observaciones en los trópicos obligan a aceptarla, por la simple razón que los hombres sufren, sí o no, de acuerdo con su vida y su resistencia general que resulta de ésta.

Las enfermedades mencionadas, las tineas y tricoficias, se limitan casi exclusivamente al grupo colono pobre. El indio selvícola no las muestra, o por lo menos, sólo excepcionalmente, aunque, por ejemplo, la leishmaniosis-espundia (1) le ataca igualmente como al colono. Resulta que un sinnúmero de lesiones penosas, tal vez las más características de la vida pobre en los trópicos, se evitan por medidas sencillas de higiene, del vestido y de la piel.

Pueblos y caseríos enteros sufren aún de infecciones densas de "cuchipe" (yaws) lo que no puede sorprender si el médico observa cuidadosamente la vida cotidiana y sus modalidades, si ve como unos veinte niños se rozan jugando, comiendo, sanos y enfermos. Al mismo tiempo esta enfermedad es prácticamente desconocida entre los indios "salvajes". Como el tratamiento del cuchipe se efectúa muy a menudo por intermedio de "curiosos" o de médicos ambulantes que no se paran en el lugar por un tiempo suficiente, la curación, por lo menos hasta hoy, en la mayoría de los casos ha sido incompleta, lo que provoca, entre otros síntomas, hendiduras crónicas muy dolorosas en la piel de las plantas, la llamada "laja".

Parece que el pián inmuniza, hasta cierto grado, contra la sífilis: pero no lo hace, como se ha supuesto, contra el pinto. Después de haber estudiado detenidamente los casos frecuentes que se presentan, he encontrado diversos (4) que hace poco tuvieron o todavía demostraron (1) síntomas de pián sufriendo de pinto fresco. En el departamento de Amazonas donde pude estudiar pueblos tan densamente infectados con pinto como Limabamba, no hubo cuchipe (altura 560 metros, con temperaturas entre 25.7 y 12.8 centígrados). Sin embargo, noté allá — lo que generalmente se desconoce, según mis conocimientos, — que el mal del pinto, también provoca "laja", que en esta región se llama "flema". En esta enfermedad la transmisión parece mucho más difícil; por ejemplo, en una casa con más de 20 personas (en el río Maquia) se encontraron atacados sólo 3 personas: la abuela y dos de sus nietos, y uno de éstos compartió la cama con su abuela. Después del derrumbe de la primera "industria" del jebe amazónica, la sífilis fué rarísima entre los colonos, y hasta en la ciudad, por lo menos si elimino múltiples diagnósticos falsos, de leprosos, que durante años fueron tratados como sifilíticos.

En los servicios infantiles atendidos por el doctor D. Rafael González Willis se observaron casos de sífilis prenatal clásica (Ciudad de Iquitos).

(1) En otra ocasión he mencionado ya que las leishmaniosis, en veces, están propensas a curaciones espontáneas, a raíz de fiebres infecciosas, (paludismo, sarampión), y que la gente, sabiéndolo, eventualmente las provocan para deshacerse de su enfermedad. Sin embargo, lo he visto sólo en el caso de la Uta, de la leishmaniosis cutánea, pero no en la espundia aunque haya indicios que lo hacen muy verosímil que muchos casos se sanan sin progresar de esta manera atroz que se observa, de vez en cuando, en casos que, por lo general, sirven para representar este mal.

1938:	2
1939:	5
1940:	7
1941:	10
1942:	11
1943:	13

Casi ninguna de las madres mostraba síntomas o había recibido tratamiento antisifilítico, ni siquiera todas confesaron abortos previos, aunque no pueda decir hasta qué grado en eso intervenga una infección anterior con cuchipe.

Actualmente la sífilis aumenta considerablemente entre adultos. Se notaron chancros, especialmente en forasteros cuyas enfermedades, por lo general, escaparon al control mío buscando ellos médicos particulares. Encontré meretrices, casi sin síntomas, pero con erosiones del cuello uterino, llenas de treponemas. La situación se debe, sin duda alguna, a la inmigración reciente y a viajes de forasteros sifilíticos que contagiaron a las meretrices o, al revés, de hombres sanos y susceptibles que cogieron su chancro de ellas. Creo que ya antes hubo meretrices sifilíticas, aunque, en este ambiente, la historia de un tratamiento con salvarsán no comprueba nada — la gente sencilla lo pide y emplea "para limpiar la sangre", y visiblemente la pobreza del arte diagnóstico, en tiempos pasados, ha inducido a muchos médicos a proceder así, al azar, creando de este modo un hábito hasta que, hoy en día aún, un médico no puede complacer mejor a cualquier enfermo que poniéndole inyecciones de salvarsán. En el mismo plan se encuentra el uso muy favorecido de "especialidades" brasileñas, "elíxires" de muchas marcas, con alto contenido de yoduros, "medicamentos" que hacían y hacen brotar la lepra en un sinnúmero de personas, aún latentemente enfermas, infelices que les aplicaron por sus "dolores reumáticos" siguiendo un uso que abarca toda la Amazonía.

La infestación con lombrices (1) es tan frecuente como la anquilostomiasis, tanto en el medio colono cuanto en el urbano pobre, y no sólo en éste, a raíz de la servidumbre, de las niñeras y cocineras, personas de importancia capital para la condición sanitaria de una casa, personas, además, que proceden del pueblo y duermen muy a menudo fuera de casa en sus chozas. Esta servidumbre, en la mayoría de los casos, queda fuera de las preocupaciones sanitarias de la dueña (más aún del amo de casa). La coci-

---

(1) Anteriormente (1937, The alimentary factor in disease, 2d edition, The Hague) he señalado que la infestación vermicular, por sí sola, sostiene correlación con la cualidad del régimen. *Orr. McCleod* y *MacKie* mostraron que ciertas tribus africanas que se alimentan de preferencia, con cereales, sobresalen por la frecuencia de enfermedades pulmonares, úlceras tropicales y tuberculosis, como, también, de verminosis. En el mismo sentido es de anotar que entre los moradores pobres de la Amazonía las *úlceras gástricas* y *duodenales* de ningún modo son raras aunque, como en algunas partes de México, la ptosis gastro-intestinal, con hiposecreción, abunda. Sin embargo, la frecuencia de cierto hipo-córtico-adrenalismo es indudable y conectada con la subalimentación común; de ahí resulta, si hay hiperacidez, la ocurrencia de úlceras como lo he expuesto en mi libro arriba mencionado.

nera puede ser anémica, infestada; es o fué, tal vez, — y hablo de observaciones personales — compañera de un leproso o tuberculoso; pero nadie se ocupa de los peligros que la criada puede introducir en la casa. La "industria Nº 1" de la mujer pobre de la ciudad es lavar ropa, casi siempre en su choza propia donde vive con una multitud de niños y otras personas que hasta las visitas de control social difícilmente pueden fijar, por los cambios tan frecuentes que ocurren. No hay, por supuesto, higiene doméstica que no se aplique plenamente a todos los empleados de la casa.

En la población, urbana y chacarera, se nota en cierto número de niños algo que se acerca bastante a la "enfermedad coelíaca"; otros tantos muestran desde el segundo o tercer año de la vida una distensión marcada del colono, con un debilitamiento consecutivo de las paredes abdominales (y del juego del diafragma), condición provocada por la acción combinada de los parásitos, en general de diferentes géneros, de la comida misma y de la indigestión. Así nace la disposición para la ptosis intestinal, que más tarde en la vida, es de suma frecuencia. De esta manera, año tras año, se observan, también vólvulos, esp. en personas que vienen hambrientas del monte y "se llenan" con gozo, pero no sólo en éstas. (Por eso, el vólvulo ha sido la enfermedad típica de las caravanas, en los primeros tiempos de la penetración colonizadora de Africa). En los niños, la oclusión intestinal, de igual modo bastante frecuente, se debe casi exclusivamente a paquetes de lombrices. No es raro que niños de 3 años botan 150 y más ascárides y forman, por eso, la fuente inagotable para la infestación de los adultos de su propia casa. En la ciudad los cólicos parasitarios muy a menudo mal interpretados llevan a la mesa del cirujano. La distensión del abdomen, frecuentemente, efectúa otra de los músculos rectos, acentúa, si no crea, disposiciones para hernias que son muy frecuentes. En otra ocasión hablo de los efectos muy malos que este conjunto ejerce sobre la postura del niño de los colonos, en primer lugar si se cría en el pueblo, en la ciudad. El niño indio "salvaje", pese a su dieta cargante y a sus comidas muy irregulares, se destaca por su postura, sus pies bien formados, su barriga firme, sus músculos fuertes, su respiración excelente. Las anemias graves resultan del mismo sindroma intestinal, con la ayuda de la malnutrición que corta el apetito y disminuye las secresiones digestivas.

John R. Paul (1941), al discutir la epidemiología de la fiebre reumática, señala su carácter como enfermedad de la muchedumbre, especialmente urbana y pobre, acusando como factores importantes la malnutrición, el hacinamiento, las verminosis, la falta de limpieza. Por lo menos en Iquitos, pese a su clima tropical, adverso, como se dice, al reumatismo, siempre hay algunos casos, hay familias reumáticas.

La opilación, idéntica con la "bouffissure d' Annam" y con el "syndrome du Kwango" del Congo Belga, es decir fenómeno común de todas las selvas tropicales, se debe a una desalimentación proteínica profunda, acen-

tuada por un parasitismo intestinal, en general por la anquilostomiasis, que impide, además, la utilización de la comida diaria. En veces, loc factores de esta "enfermedad del edema" se mezclan con una hipovitaminosis tiamínica, sin depender de ella. Como la mayoría de los moradores pobres disponen de bastante pescado salado y de plátanos, ni casos de beri-beri, ni de opilación se observan de costumbre. Asimismo los niños pobres, aunque tengan los grados más altos de anemia, no muestran edemas sino excepcionalmente. Se las observa, por lo contrario, en los serranos, representantes del nomadismo rural periódico porque bajan a la Montaña para cosechar llevando sus alimentos farináceos, economizando cada centavo y silenciando, mientras tanto, su hambre por la coca que, por sí misma, no tiene, tampoco, relación alguna con la etiología de la opilación. Asimismo la enfermedad del edema se observa entre los indios malamente "domesticados", especialmente en la cabecera de los ríos de la Hoya Amazónica, en el Alto Ucayali, por ejemplo. En este caso se trata de ilotas hambrientos, víctimas del "analfabetismo higiénico" y de una explotación criminal de sus "patrones".

La condición dental contribuye mucho para dificultar la alimentación. Si bien es verdad que en la Baja Amazonía la dentición de leche, por lo general, no es muy mala, entre los pobladores mestizos pobres, la permanente sufre enormemente de la falta común de calcio, lo que se acentúa en la mujer embarazada. Una vez más, el indio "salvaje" se muestra protegido por su vida acomodada a la naturaleza, el semicivilizado, de un modo opuesto, estigmatizado por las consecuencias de su malnutrición, lo que es tanto más visible cuanto más se aleja de la naturaleza virgen, es decir, cuanto más su vida se aleja de la chácara y se concentra en pueblos y ciudades. La condición dental refleja fielmente el abastecimiento nutritivo y la condición económica, autosuficiente o dependiente, de las familias. Por eso, en una ciudad como Iquitos, la caries es muy frecuente ya entre los escolares, y se agrava rápidamente en los adultos, de acuerdo con los embarazos o las penurias de la vida de los hombres.

En los años 1942|3 he observado entre los escolares de Iquitos

de 3 a 9 años	un 33 por ciento de dentadura buena y un 63 por ciento de niños con caries, (un 29 por ciento con caries profusa)
de 10 y más años	un 40.4 por ciento de dentadura buena y un 53.6 por ciento de niños con caries, (un 16 por ciento con caries profusa) un 4.3 por ciento entre todos mostró livianas anomalías de la dentadura (posición, etc.)

Fueron estudiados 778 alumnos de ambos sexos.

En el mismo grupo

un 26.5 por ciento mostró pies normales
un 33 por ciento livianamente deformados (abducción)
un 40.5 por ciento pies planos.

En ciertos valles de las pendientes andinas se observa una complicación de sumo interés, la que he descrito al estudiar (1940) el departamento de Amazonas. Como en estas regiones el consumo de chancaca (azúcar crudo de caña) es muy elevado (consumo anual por persona cerca de 70 kilos), como se mastica el "alfeñique" de chancaca, con o sin maní, durante horas, no sólo los dientes se encuentran durante muchas horas bañados de azucar, sino fibras de chancaca se meten en los intersticios de tal modo que la flora bacteriana, productora de ácidos, puede atacar directa y continuamente el diente. Así y en primer lugar los incisivos superiores, después el resto de la dentadura de leche, se malogran con rapidez rompiéndose las coronas y quedándose las raíces en la maxila. Se inflama el tejido vecino y el proceso se extiende hasta los gérmenes de la dentición permanente. Resulta que sus dientes salen de una manera muy anormal, con transposiciones, frecuentemente "en doble fila", faltando, en veces, uno o dos dientes, especialmente incisivos. Raras veces se nota un diente supernumerario rudimentario, cónico. Defectos del esmalte son frecuentes. Entre 297 escolares se encontraron 17.8 por ciento de anomalías graves.

El fenómeno ha sido observado y descrito por Weston A. Price (1940, Nutrition and Physical Degeneration). Sus ideas generales sobre los valores respectivos de dietas primitivas y modernas son muy justas; tiene amplio derecho de hablar de la "sabiduría de las razas primitivas con respecto a la nutrición". Pero me parece inadmisible atribuir las malformaciones dentales a "degeneraciones progresivas" que resultan de un régimen alimenticio falsamente compuesto. Su importancia para la configuración del organismo es indudable, pero debe ser y es, por lo menos en parte, accesible a un análisis mecánico más preciso, como lo demuestran, por ejemplo los trabajos de Goldthwait. La evolución dental no falla a raíz del arco dental deformado, como lo supone Price, sino al contrario, el proceso patológico dental deforma el arco y, a consecuencia de eso, el esqueleto facial. Los otros procesos degenerativos que se notan en el cuerpo son independientes del fenómeno dental, aunque frecuentemente lo acompañan por razones que resultan, en parte, de mis exposiciones. Lo decisivo me parece que hay una correlación estrecha entre la localización, extensión e intensidad típicas de la caries dental de la primera dentición y de las anomalías de la segunda. Esta conexión resulta con mucha nitidez al revisar historias individuales en el mismo ambiente; por ejemplo, los hijos mayores de una familia mues-

tran una dentadura excelente, pero la hija menor, muy mimada en su niñez, con una historia de una destrucción temprana de su dentadura de leche, padece de anomalías. Los procesos inflamatorios que se deben a la caries primera, especialmente a la permanencia de raíces rotas en la maxila. forman la base preponderante, si no única, de estos trastornos formativos. Abundan "anomalías" entre los niños relativamente bien nutridos del departamento de Amazonas (Valle de Guayabamba), a causa del abuso habitual de chancaca, son raras entre los niños malnutridos de la Baja Amazonía que no disponen de la abundancia de dulce aunque su "degeneración física", sin lugar a dudas, es mucho más acentuada que la que demuestran los niños de Guayabamba.

Entre las avitaminosis prevalece, por seguro, la "A", hecho demostrado por cierto número de casos de "phrynoderma", de defectos del esmalte, posiblemente por la "molleja", reacciones de la mucosa de la boca, de la conjuntiva, raras veces, de la lengua, o de las glándulas respectivas. Pero la demostración más nítida de la precarencia "A" la ofrece la córnea con ocasión de la muy frecuente conjuntivitis Koch-Weeks, del "mal de ojo". La participación frecuente de esta membrana corresponde a un "test" conocido de la patofisiología y conduce a inflamaciones, infiltraciones, ulceraciones, hasta perforaciones y panoftalmias. Sin poder presentar una estadística suficiente, mis observaciones me conducen a suponer que entre 2 a 3 por ciento de la población ribereña pobre demuestra turbideces corneales como residuos de tales ataques que han podido vencer la resistencia que el tejido sano ofrece, el subalimentado no. Aunque no abundan, se ven siempre algunos casos de pelagra, de escorbuto, y de cheilosis (falta de riboflavina). La avitaminosis "K" es muy rara, lo que se explica posiblemente por el efecto protector de los aguajes y de otras frutas aceitosas. Entre la gente pobre de los ríos y de la ciudad, turbideces del cristalino ocurren a menudo de un modo precoz. El fenómeno que frecuentemente llama la atención, se puede atribuir a esta escasez vitamínica (en este caso de ácido ascórbico) que estigmatiza la vida pobre. Me atrevo a hablar, en este conjunto, del pterigio que se observa con extraordinaria frecuencia, y sólo entre los colonos pobres, no entre la gente acomodada, ni entre los indios selváticos, aunque los dos últimos grupos vivan en el mismo "clima" con el primero, igualmente o más aún expuestos al aire y al polvo. El pobre muy a menudo ofrece el espectáculo de 4 pterigios que conducen a la ceguera, en los casos malignos, que casi siempre parecen especialmente malnutridos, las carnocidades son precedidas por una infiltración grisácea de la córnea. Se ha discutido ya la importancia de factores concomitantes sin encontrarse, en cuanto sepa, una contestación definitiva. En el caso presente se puede pensar en las inflamaciones frecuentes de las conjuntivitis; también, tal vez con mayor razón, en una condición, aún poco definida, de la córnea que permite el crecimiento del pterigio.

El hipotiroidismo grave, en todas sus formas y con sus consecuencias conocidas, pertenece a las pendientes andinas y lo he estudiado en el departamento de Amazonas. Bocios se ven raras veces en la población ribereña de la Hoya amazónica. Casos de hipotiroidismo leve me parecen, por lo contrario, bastante frecuentes, y se manifiestan, como de costumbre, en forma de neurastenia, de dolores difusos, "reumatoides", de cefalea, si esta no proviene del duodeno, irritado por parásitos; hay personas que reaccionan en este sentido malamente, aunque no tengan sino tricocéfalos.

El clima, generalmente caracterizado por una temperatura muy poco variada, no acostumbra a la gente para que resista a cambios bruscos como ocurren cuando los vientos "de las pampas" cometen sus intrusiones desagradables o cuando, por excepción, el cielo queda enteramente cubierto durante 2 ó 3 días. Entonces el agua del río, con su temperatura usual de 27 a 28º C., parece tibia; al bajar la temperatura de la atmósfera de 7 a 10, raras veces hasta 12 grados (C) y quedándose la gente en su ropa liviana mojada en sus habitaciones húmedas y oscuras, se producen regularmente ondas de resfríos. En el año 1943 registrábamos, nuevamente, una ola de verdadera gripe, aunque de letalidad reducida.

En esta región de la selva tropical se puede bien observar cómo la condición humana, el tipo de las habitaciones, el hacinamiento, la falta de conceptos higiénicos, la poca resistencia individual, favorecen el estallido de epidemias y pandemias, posiblemente con cierta ayuda de factores "climáticos". Lo comprueba una última onda de papera (parótida) a cuya extraordinaria propagación difusa he asistido. (No hubo antes sarampión).

También llaman la atención las formas graves de "zona" (herpes zoster) que son frecuentes, al lado de la varicela ("riwi" y "quitamuru", respectivamente).

El comportamiento sumamente prudente de los grupos indios autóctonos frente a infecciones epidémicas, como influenza, coqueluche o sarampión, es bien conocido y se basa en los estragos que estas enfermedades han hecho entre ellos, por falta de toda inmunización preexistente. Como en muchos otros asuntos, el miedo protector instintivo del primitivo se muestra una defensa admirable.

La gonorrea abunda, tanto en la ciudad como en la chácara. Muchos hombres sufren de epididimitis. Pero en las mujeres son raras las inflamaciones crónicas de las trompas de Falopio que atormentan tanto a la mujer blanca. En las meretrices encontré diversas veces una proctitis papilomatosa gonorroica (¿desaseo o disposición genética?). Como la mujer, después de alumbrar, debe quedarse bajo su mosquitero, con su bebé, por no menos de ocho días, he podido ver a un número bastante grande de nenes con blenorragia oftálmica de algunos días de duración. Pese a eso se salvó la mayoría, con algunas turbideces corneales de relativamente poca importancia, frecuentemente sólo en un ojo. Ceguera completa resulta en casos ais-

lados, solamente. La blenorragia de menores, de varones y, más aún, de niñas, es un fenómeno social relacionado con las características de la vivienda, con el contacto íntimo de niños y adultos en la misma cama, con la falta de aseo, la embriaguez, a veces con el abuso sexual de menores, en condiciones que lo favorecen. Los indios silvestres, en cuanto sepa por experiencia propia, están libres de cualquier enfermedad venérea.

Hablo en otro lugar de la mujer pobre y muy sufrida cuyos dedos nodulosos, y en veces, encogidos, cuya piel áspera y rajada, hablan de una vida de trabajo con la obligación diaria e ininterrumpida de lavar, desde la niñez hasta la vejez prematura. La ptosis intestinal tan frecuente, que he mencionado ya, aumenta su suplicio. La retroflexión del útero, móvil o fija, muy común, da origen a muchas quejas, a veces es causa de la esterilidad, si esta no proviene de infecciones gonorroicas, lo que es muy raro en la mujer, o de la supresión del ciclo menstrual, sea a raíz del complejo alrededor de la anquilostomiasis, sea causada por la lepra, ambos acontecimientos tan frecuentes que cada médico debe estudiar con mucho cuidado los casos de amenorrea. Desgraciadamente la mujer leprosa, muy a menudo, menstrua y concibe, lo que es un asunto grave en el sentido social, por las consecuencias malas que el embarazo causa en muchas madres enfermas.

El paludismo como problema epidemiológico especial queda fuera de las consideraciones de este libro. Me refiero a lo que digo al tratar de la "Campaña Sanitaria". Una vez más resulta que el individuo selvícola independiente, por su vida acomodada a la naturaleza, se encuentra mucho mejor que el colono.

Las orillas de los ríos grandes, donde vive gran parte de los colonos, felizmente están casi libres de paludismo, por lo menos en la Baja Amazonía peruana, sin embargo, algunos casos se encuentran, de vez en cuando, pero sin aumentar hasta formar epidemias. Estas se encuentran, en los ríos chicos, en las quebradas, donde hay "jebe fino", pero tampoco de todas partes; se limita a parte del terreno periódicamente inundado. Las ondas anofelínicas son estacionales, de acuerdo con la pulsación del río. Los colonos, aislados, sin tratamiento, mantienen la infección; su decadencia física le da gravedad. Los techos de sus chozas, sus mosquiteros sirven como abrigos para los anófeles. Gente forastera que invade tal región para trabajar, sirve como leña para incendiar una epidemia palúdica, por falta de habitaciones adecuadas, propias y libres de vectores infectados, por falta de alimentos vigorizantes, bajo el azote del calor y de las lluvias, con el cansancio, en veces grande, del trabajo en la Selva. La "industria" del colono es estacional, y, frecuentemente, nómada e improvisada. El se establece en "tambos" que son abrigos muy primitivos, comparte, cuando puede, chozas regionales con individuos palúdicos. Se moja. Se alimenta de fariña y de "carne del monte". Eso me parece el centro del problema. La

mayoría de las infecciones son tercianas simples, más raras son cuartanas, y más aún, infecciones con Pl. falcíparum; pero hasta las tercianas parecen, a menudo, "malignas". Son la densidad de las infecciones (habitación y exposición) y la condición del mismo enfermo, su agotamiento, su falta de reservas, su anemia preexistente, finalmente la falta de comida adecuada durante la época febril, lo que hacen las tercianas graves hasta infaustas.

* * *

En este conjunto ni hablo de la fiebre selvática, ni de ciertas micro-epidemias de ictericia. Estas últimas carecen, aún, de un estudio profesional que esclarezca su carácter patogenético. Además, hay otras enfermedades algo oscuras, como se observan, por ejemplo, al parecer de preferencia, entre gentes que trabajan barbasco. Son inflamaciones alrededor de las amígdalas, con trastornos agudos de la acción cardíaca, algo que se asemeja a la difteria maligna. Pero como nunca he visto una de estas pequeñas epidemias sino después de terminar, es decir careciendo de experiencia propia sobre casos agudos, no me es posible, discutir esta cuestión. Aunque no anhelo dar aquí "un catálogo de enfermedades", terminaré esta exposición mencionando la existencia endémica, si bien de muy poca densidad, de encefalitis, en niños y adultos. Posiblemente se deben incluir aquí algunos casos de corio-retinitis unilateral que he visto dentro de pocos meses, sin causa alguna que podría explicar el proceso.

---

(1) Al discutir la tuberculosis he mencionado la tifoidea. En cuanto sepa, no difiere esencialmente de lo conocido. Hay una modesta endemicidad en las aglomeraciones como Iquitos; hay brotes epidémicos como he observado uno en un pueblo del río Amazonas, Caballococha. El contacto directo, la inconsciencia higiénica y las moscas diseminan el mal que, felizmente, desempeña un papel modesto en el cuadro nosológico de la región.

* * *

8. CAMPAÑA SANITARIA EN EL ORIENTE PERUANO

A. Principio y objeto general de la Campaña Sanitaria

Desde el comienzo de su presidencia, el señor doctor don Manuel Prado ha iniciado la "Campaña Sanitaria", en este nuestro Oriente Peruano. Cada quien habla actualmente, como si fuera costumbre general, de "Campaña Sanitaria", y este hecho, laudable en sí, incluye el peligro de que se emplee esta frase sin darle su sentido íntimo. **¿Qué es "Campaña Sanitaria"?** A mi modo de ver es, exactamente, lo que dicen estas palabras a cada oficial: **es guerra organizada y es guerra organizada, para defender, para establecer, para conquistar Salubridad.**

El enemigo es la **Insalubridad.** La lucha se efectúa observándola, combatiéndola, venciéndola, exterminándola. **Campaña Sanitaria, es acción combativa y debe ser preparada y ejecutada según principios que no distan mucho de aquellos que los militares emplean al cumplir con su misión específica.**

Una fuerza armada se impone al enemigo, sea por su mera existencia, sea entrando en acción; pero guerra siempre es acción, acción especial, con relación al enemigo y al terreno de combate. Un Servicio Sanitario sirve manteniendo una situación ya hasta cierto grado equilibrada, pacificada, pero una Campaña Sanitaria tiende a cambiar una situación cuyos peligros han madurado hasta tal grado que medidas radicales se hacen necesarias para establecer un equilibrio nuevo, más satisfactorio. En ambos casos lo que se anhela, es seguridad, eliminación de peligros que han crecido hasta tal punto que el grupo que se defiende, debe actuar para mantenerse, para evitar su desintegración, y subyugación.

La guerra puede tener muchas razones, según las circunstancias y la mentalidad del grupo humano, según, también el enemigo. Con el progreso de la civilización se opina que convenios pacíficos, hasta cierto grado, pue-

---

(1) Este capítulo fué objeto de una conferencia para los oficiales de la División de la Selva. La repetición sumaria de ciertos rasgos esenciales de la vida amazónica pobre pareció necesaria para dar al lector un cuadro completo y fácilmente comprensible del problema del saneamiento.

den reemplazar la lucha violenta, la dominación y el exterminio del enemigo. El conflicto que origina una Campaña Sanitaria no admite ni siquiera la consideración de métodos "civiles", de discusión y persuasión. El enemigo es cruel e implacable; se impone su dominación completa, su exterminio. **El enemigo. ¿Quién es el enemigo?**

El enemigo contra el cual se dirige una Campaña Sanitaria es la enfermedad como amenaza de la Sociedad, sea una sola o un grupo de enfermedades. Pero esta definición no abarca todo el problema. Se puede hablar de una Campaña contra el Cáncer, facilitando y generalizando el diagnóstico precoz y salvando así muchas vidas maduras y socialmente útiles, por curaciones eficaces, antes de que el mal se haga incurable. Sabemos que el cancer es una enfermedad que se hace tanto más frecuente cuanto más envejece el organismo humano (v. Pirquet, 1930 Alergia de la edad fisiológica). Sabemos que algunas irritaciones provocan con cierta frecuencia cáncer. La Campaña se dirige, entonces, contra hábitos malsanos. Pero, en la mayoría de los casos, esta Campaña es una lucha que intensifica la vigilancia médica en un ambiente ya bien controlado, una Campaña que preconiza el diagnóstico, sin cambiar profundamente las causas del mal que, por lo general, escapan, aún, al control, a la dominación médica.

Hablando de la **Campaña Sanitaria en nuestro Oriente** encontramos una situación bien diferente. Se trata de una región en pleno proceso de colonización; región que ha guardado, hasta un alto grado, su carácter virgen, "fundamental", de húmeda selva tropical; región caracterizada por su red fluvial, sus habitaciones dispersas, su atraso notable en todo lo que se refiere a la enseñanza general y a los conceptos higiénicos de un lado, y a la vigilancia y asistencia médicas competentes, del otro. En esta región, reina una subalimentación, por lo menos parcial, de gran parte de los colonos, con parasitismos intestinales casi universales, con una propagación peligrosa de ciertas enfermedades contagiosas, rurales y urbanas, con pandemias repetidas de gripe, de tos ferina, de sarampión, y en veces, con explosiones de viruela; cuenta, además con el paludismo. Esta situación mutila a los colonizadores, obstaculiza, peligrosamente, el desarrollo próspero de sus hijos, reduce su educabilidad, y mantiene al grupo en estado de pobreza, por ende, en Insalubridad, que es secuencia indefectible de tal pobreza, una vez que se introducen los gérmenes enemigos del mal. La condición humana, entonces, sigue círculos viciosos; es mala y estacionaria; el hombre, la sociedad se encuentran de modo progresivo subyugados por una cantidad de males, entrelazados, sin tener, en general, la fuerza para romperlos. El adversario, por consiguiente, no es una enfermedad que más o menos de modo fatal corresponde a la naturaleza humana, como el cáncer, sino una situación que favorece enfermedades, que crea y propaga enfermedades, que las acentúa, e impide su dominación en la forma como es factible en los grupos y personas que siguen una vida más normal y más sana. El ene-

migo es el modo de vivir, la "vivienda" del hombre amazónico; su modo de educarse y de instruirse; su modo de perpetuar una existencia, que fué resultado inteligible y necesario de su primera instalación en la Amazonía, como precursor aislado de una colonización ulterior definitiva; pero una existencia o condición que debió ser pasajera y no pudo serlo por la presión enorme que ejercen el ambiente difícil, el decaimiento económico de los colonos, y la ayuda, muy limitada, que la nación entera pudo proporcionarles. René Sand ha dicho muy bien: "La Salubridad tiene su precio". Enemigo es quien ataca algo que es vital, esencial para nuestra existencia. Una región de la cual no se obtiene nada ni se espera gran cosa para la nación, no justifica grandes esfuerzos. Pero una parte preciosa, de vital importancia para el organismo, requiere y obtiene protección.

La primera colonización intensa de nuestra Amazonía estuvo íntimamente vinculada con el primer auge del jebe; se produjo en forma desordenada, dejando todo a la iniciativa de los particulares, como ocurre, generalmente, en tales circunstancias, en este tipo de coloniaje, producido por esperanzas de aventureros, sea el que fuera el objeto que les atrae, el jebe, el oro u otras "riquezas". El Oriente, en esos tiempos, estaba separado del resto del Perú, por los Andes, con pocos senderos penosamente traficables. Estuvo por el contrario, abierto hacia el Brasil y el Atlántico; existía un vaivén continuo de hombres, frecuentemente enfermos, casi siempre muy pobres de cultura. El desmoronamiento de la coyuntura del jebe dejó la Amazonía en pobreza, ya que ni el oro, ni la leche caspi, ni la tagua, ni el barbasco, ni las pieles, podían reemplazarlo; la Amazonía peruana ni siquiera disponía de la "castaña" de la Selva brasileña. Así se estableció el estancamiento; se buscó y se encontró un equilibrio para los pobladores colonos, pero un equilibrio peligroso, en pobreza, que hizo de ellos vencidos, siervos de una condición que les mantuvo como prisioneros de su región, de su "puesto", de su pequeña existencia, en un analfabetismo que no tiene nada de sorprendente en este Continente que, al mismo timpo, parece tan viejo y tan joven. Aquí encontramos formas muy arcaicas de la vida humana al lado de una colonización muy reciente, en nuestro caso delgada y dispersa, mezclándose o combatiéndose ambas, según el momento y el lugar. Pero en nuestra Amazonía la vecindad de lo antiguo y de lo nuevo creó, justamente, la situación peligrosa, la vivienda pobre que es un compromiso, la vida resignada cuyos gérmenes de progreso se sofocan por falta de estímulos nutritivos, tanto en el campo físico cuanto en el mental, hasta que se rudimentó el desenvolvimiento individual del poblador.

El impulso nuevo vino de fuera. Se despertaron esperanzas nuevas y justificaron, de repente, un esfuerzo para mejorar la situación que, aunque apenas conocida en su esencia, visiblemente no sólo era pobre sino lamentable. La indudable confusión de las opiniones no impidió tal impulso. La tendencia cultural e inevitable de desarrollar el terreno nacional, recibió

notable apoyo de la segunda guerra mundial, por la demanda de los productos de la Selva, como el barbasco y, nuevamente, el jebe. Y la "Campaña Sanitaria", súbitamente, pareció muy necesaria, aunque, todavía, de un modo un tanto oscuro y confuso.

Esta desorientación no puede sorprender. No hay una sola "Selva", hay dos o tres. Hay la de los centros, donde se encuentran las altas autoridades, el comercio de cierta importancia, donde se formó cierta vida urbana, donde afluyó cierta producción alimenticia, donde hubo médicos y hospitales. Pero la alimentación nunca fué buena, ni tampoco lo fué el hospital. Y tal situación justificó juicios y exigencias. Hay otra Selva, la de los ríos más importantes, más conocidos, donde circulan lanchas, donde viven colonos un poco privilegiados, y donde se encuentran los contrastes más impresionantes, entre gentes de cierta educación y de vida relativamente cómoda, y otras, pobres hasta dependientes, con toda la miseria que dimana de la ignorancia y de las enfermedades ya mencionadas antes. Cada uno pide que la "Campaña", satisfaga sus necesidades, en primer lugar, éstas. Finalmente hay la Selva verdadera, de los ríos chicos, de las quebradas, "del monte", donde la vida del colono y del indio autóctono se tocan, y, a veces, se penetran, mutuamente.

El colono, vive dos vidas: una visible, entre el río y la Selva, en su "puesto", en las aglomeraciones, en los pueblos y ciudades, y otra, invisible, se diría, que lleva en el monte, frecuentemente con indios, más o menos "domesticados", para hacer esas extracciones que son la "industria" de la Selva. A esta última casi nunca llegan las personas, en cuyas manos se encuentran las decisiones, que hablan de la Selva como si les fuese conocida, aunque ahí se encuentra una parte importante de la labor que el hombre ejecuta para mantenerse, económicamente, en la Amazonía; es la raíz más fuerte aún, de su existencia actual, porque de la Agricultura y la Ganadería no hay sino rudimentos, y, frecuentemente, en forma arcaica, que sirve apenas para el mantenimiento de los grupos familiares.

La región nunca ha llegado a la autosuficiencia alimenticia; y la subalimentación tan frecuente, corresponde a la subproducción crónica, por lo menos si continuamos pensando en el colono. Este mal es, como lo he señalado hace tiempo, tradicional, nacido de la historia de nuestra colonización, y de su "industria" muy especial. El colono que "va al monte", no tiene mucho tiempo para ocuparse de su chácara. Esta queda a la manera india, al cuidado de la mujer y de sus hijos menores. "El monte" ha sido siempre la atracción del hombre. La **agricultura** fué ocupación necesaria, complementaria, pero no profesión, y, menos aún, técnicamente perfeccionada ("subsistence crops", de la literatura inglesa). Con cada "creciente", desaparece, paulatinamente, todo lo que el colono tiene de animales doméşticos, quedándole, finalmente, tan sólo una escasa reserva, con la cual la regeneración se produce durante el verano próximo, es decir, en

la época relativamente seca, de la merma del río, de las playas, de la pesca fácil, de la maduración de las frutas, se regenera de acuerdo con la alimentación que el hombre puede preparar o buscar, de acuerdo con los esfuerzos que hace, y no sin estos. Así el colono prepara su gran reserva de pescado salado — si hay cantidad suficiente de sal—, lo que tiene importancia suma para su vida, tanto desde el punto de vista económico, cuanto alimenticio-médico. Es su alimento principal, desde su primera infancia, al cual está acondicionado, así como repudia, por la misma razón, las costumbres alimenticias, bastante protectoras, del autóctono; por fin, muestra una actitud muy humana. Sin embargo, todo eso está cargado de consecuencias trascendentales que tengo que mencionar más tarde.

Esta vida "rural" se transplantó a la ciudad; prolongándose más de lo que puede tolerarse, con efectos desastrosos para la aglomeración de gentes y cosas, porque lo que protege al colono rural, — su pesca, su chácara, su caza ocasional, su monte con frutos silvestres al alcance de sus brazos, y de sus hijos, — todo eso le falta en las condiciones semi-urbanas. Entonces se intensifica todo lo que azota al pobre del río, la desalimentación y sus consecuencias sobre el desarrollo, físico y mental, sobre el vigor y la duración del poder de trabajo, sobre la exposición al contagio, sea de las infecciones epidémicas, sea de la tuberculosis y lepra. El pueblo macizo, la ciudad acentúan los problemas, las dificultades que rodean la vida del pobre de la Amazonía, tanto más cuanto que este se traslada, sin dificultad alguna, y por muchos motivos aparentemente insignificantes, de un lado al otro, de su "puesto" al centro, de éste, a un "puesto".

El observador casual nota a los "poshecos", los anémicos, ve las barrigas abultadas de los niños, se sorprende del analfabetismo, aunque es verdad incontestable que la situación de los otros no nos ocupa mucho, si no participamos hasta cierto grado en ella. Al observador casual no le gustan las úlceras, y los enfermos graves se esconden de su vista. El "cholo", el "indígena" no pertenecen verdaderamente al mundo del viajero. Son algo como animales curiosos; la pobreza de sus chozas y la palidez de sus hijos acaso parecen algo "romántico", como el famoso "mendigo ciego" del Africa del Norte. Llama la atención, también, la falta de médicos, por lo menos al salir de la ciudad. Pero se ha creado un grupo de "sanitarios": muchas personas creyeron y creen, aún, que eso sea suficiente, identificando la obra sanitaria necesaria con la distribución ocasional (y un poco ciega) de medicamentos contra vermes y con las inyecciones contra el "cuchipe" (pián) y el paludismo. Mas: ¿quién entró en la verdadera Selva? "La gente", los peones, los cholos, los regatones — y algunos militares, y finalmente los buscadores de petróleo.

Pero la población es escasa. En el momento cuando se exige una intensificación del trabajo, cualquiera que sea su índole, faltan hombres. El rendimiento del pobre, es pobre, y peor aún, menos que pobre. Nadie quiere,

además, vivir al lado del enfermo, del lazarino, trabajar con él, igualmente por razones del trabajo y por miedo. Entonces se vislumbra la necesidad imperiosa de entrar en la "Campaña Sanitaria".

La "Campaña Sanitaria", a mi modo de ver, es la lucha sistemática, emprendida con medios técnicos adecuados, contra la condición humana específicamente mala, en cuanto ella favorece, sostiene, propaga y agrava dolencias y enfermedades típicamente frecuentes, es la lucha contra estas anomalías y enfermedades mismas, de tal manera y con la finalidad que estas se limiten o exterminen, en la medida de las posibilidades humanas, para que resulte una condición humana más saludable, más segura, y más provechosa. "Salubridad es poderío humano", como lo dijo Anthony Eden.

Con intención he aludido a estas otras guerras que los hombres conducen entre sí. Ambas Campañas se efectúan de manera semejante; en ambas los mismos factores provocan derrotas o victorias; ambas siguen un plan, bajo un Estado Mayor, con tropas adiestradas y premunidas de armamentos, conforme al terreno conocido de combate. La táctica aprovecha de sus peculiaridades y de las debilidades conocidas del adversario. Las tropas exigen práctica y conocimientos técnicos para emplear con todo provecho sus armas de combate. La historia militar dispone de múltiples ejemplos para demostrar la falacia de una "táctica demasiado conservadora, de transplantar métodos de un campo de batalla a otro, sin distinción, la necesidad de que quien dirige, conozca el terreno, su tropa y el enemigo, que el jefe sea con su tropa.

Cada oficial lo sabe: pero no se aplican estos principios fundamentales de igual manera a todas las Campañas Sanitarias como a aquella gloriosa que dirigió el general Gorgas en Panamá. Especialmente en el caso nuestro, se amontonan las dificultades, y como le ocurrió a Bolívar en su hazaña inolvidable, comenzamos con casi nada, y tenemos que procurarnos todo, jefatura, táctica, hombres y armamentos, luchando y convirtiendo nuestras derrotas en victorias, por la inflexibilidad de nuestra voluntad.

* * *

B. Propósitos especiales de la Campaña Sanitaria

1) En el Campo de la Educación.

El rasgo predominante de la vida amazónica es su **inconciencia**, su **fatalismo** profundo que penetra todo y que hace de todo, de lo bueno como de lo malo, algo que se debe aceptar, lo que es la quinta esencia de la vida estacionaria, resignada, de la cual he hablado antes. Sin embargo, hay, to-

davía, hasta en la ciudad el **subsuelo místico y mágico del mundo conceptual amazónico,** esta incoherencia y admisión de explicaciones fantásticas, sin crítica alguna, formando un fondo firme que se opone a todo raciocinio y progreso lógico, en el sentido de nuestra civilización.

Intimamente ligado con estos conceptos confusos pero firmemente arraigados, hay otros, vecinos, que se refieren a **"yerbas y dietas"**, al tratamiento que ejercen **los brujos, los tabaqueros, los ayahuasqueros, los curiosos de todo matiz,** basándose en parte en el empirismo muy antiguo del **indio,** en parte en la mera brujería, en parte, también, en la **sugestibilidad** que tiene tanto más importancia en este ambiente cuanto le **falta el contrapeso de la capacidad crítica,** cuanto la facilita el **agotamiento** físico tan frecuente (Bleuler). Especialmente los **efectos alucinatorios de la ayahuasca** desempeñan aún un papel acaso mayor de lo que se supone generalmente. Este mundo arcaico no sólo suplanta, sino combate al nuestro, racional, tanto más cuanto que la mayoría de los colonos pobres oponen a nuestros esfuerzos rudimentaria capacidad de entendimiento lingüístico.

Con esto llego al tercer punto cardinal que es el **analfabetismo.** Repito lo que he dicho muchas veces, que los enfermos a menudo no comprenden las explicaciones más sencillas respecto de un tratamiento, que la enfermera — ella misma loretana y capaz de expresarse en términos, conocidos al enfermo — debe dar 3 ó 4 veces sus explicaciones y prescripciones, y, pese a eso, no se la comprende. La facultad lingüística reducida, es, por supuesto, resultado del analfabetismo, pero lo es, también, de una falta profunda de la retención, de la cooperación de la atención y de la memoria, las que sufren con gran frecuencia, a raíz de este agotamiento que resulta en primer lugar, de la anquilosotomiasis y que pacientes inteligentes nos describen y afirman espontáneamente como algo que les asusta, y que se les quita a raíz del tratamiento adecuado. Sin embargo, el pobre vive casi continuamente en esta condición, porque sus infestaciones se repiten ininterrumpidamente. Tenemos, entonces, la cooperación funesta de defectos en el tesoro lingüístico adquirido, en la atención y en la memoria, y como resultado de esta triplicidad de influencias adversas, la rudimentación de la educabilidad que se nota en tantas criaturas y que se refleja, más tarde, en la personalidad del adulto; pero que no es ni innata, ni fatalmente conectada con el ambiente fundamental, sino adquirida y evitable, morbosa y curable. Los mismos autóctonos no la muestran, si se han criado en un ambiente favorable, como me consta por observaciones personales, en Campas y Yaguas. Creo que nos encontramos frente al factor más importante, más trascendental de toda la vida amazónica, como se ha formado en el aislamiento pobre del coloniaje desordenado, bajo la presión del clima. Esto favorece, pero no crea tal situación. En una exposición anterior me he referido a los datos accesibles sobre el analfabetismo. En mi "Ensayo de Sociología Médica del Oriente Peruano" he insistido en el hecho indudable

que la participación predominante del niño en la escuela elemental actual, con uno o dos años de enseñanza, no es igual a la liquidación del analfabetismo; que, además del analfabetismo en el sentido estricto de la palabra, hay otro que he llamado "higiénico", y que es igualmente trascendental y se refiere a la falta profunda de conceptos básicos sobre la vida saludable en la región. Este **analfabetismo higiénico** necesita, para combatirlo, la colaboración comprensiva del magisterio, en parte, sin duda alguna, el crecimiento de una nueva generación de maestros como se forma actualmente en las escuelas normales.

2) En el campo de la Higiene doméstica.

Al hablar de las consecuencias trágicas de las infestaciones, especialmente de la anquilostomiasis, he tocado ya el punto más vulnerable de la vivienda amazónica, que es, sin lugar a discusiones, un criadero de parasitosis múltiples. Desde los primeros meses de la vida hasta la tumba las infestaciones siguen y persiguen, al hombre amazónico, falto, no sólo de excusados, sino de la costumbre de utilizarlos. Si el jíbaro hace del cuerpo en el río, o lejos de su casa, el niño del colono lo hace dentro de la casa o muy cerca de ella, así como lo hace toda la familia; y en los pueblos y en la ciudad, en "la huerta".

Aunque la gran mayoría de la gente se baña en la tarde, la limpieza de las manos y de las uñas es muy reducida. Muchas personas se acuestan con su ropa del día. Diversas personas, niños y adultos, duermen juntos; y así se abre el camino para que las manos, las uñas trasmitan los huevos de las lombrices y de otros parásitos.

El agua que se bebe, se guarda en un cántaro; y con mucha frecuencia cada persona lo saca con el mismo posillo, entrando con la mano en el recipiente.

Chanchos y gallinas se ocupan de dispersar huevos que pasan indemnes por su intestino. Monos chicos, peor que niños de tierna edad, tocan todo, comida, mesa, cama, y el resto.

El máximum de limpieza de la casa consiste en barrerla.

Las camas, muy a menudo, sirven para diversas personas y se ponen al suelo, sobre un "crudo" que se lava tan raras veces como el mosquitero y la colcha. Muchas personas viven y duermen en un solo cuarto; la morada es el refugio para el mal tiempo y la noche; es lugar de descanso, pero no de trabajo; no es habitación en el sentido nuestro.

No tengo que entrar en más detalles. Aquí me contento con señalar los principios, los puntos vulnerables de la vida amazónica, las que sostienen su debilidad.

3) En el campo de la alimentación.

El acondicionamiento del hombre amazónico a su comida habitual es tan firme como lo es, en general, esta relación fundamental del hombre. Pero en nuestro caso es algo peligroso. Repudia la variedad de alimentos que emplea el indio selvícola; se contenta en primer lugar con pescado salado, con yuca, plátanos y algunas frutas; hace un uso muy reducido de la leche; casi ninguno de verduras. La dieta es, por ende, con frecuencia, muy pobre en vitaminas, y casi siempre, en calcio. Lo que salva al hombre establecido cerca del monte, sus frutos, sus huevos, su venado, sus quelonios, faltan o son escasos y caros para quien vive en los pueblos y en la ciudad. La cría de patos y gallinas corrige un poco, pero no del todo, estos defectos. De esta situación resulta en las aglomeraciones la descalcificación del esqueleto y de la dentadura, la caries precoz y extensa, casos frecuentes de hipovitaminosis en niños, con algunos casos muy graves, así como en todos los moradores una precarencia múltiple de vitaminas y calcio, la que se manifiesta con ocasión de enfermedades agudas, y, además, en la vejez precoz de ciertos tejidos, en primer lugar del cristalino, lo que provoca una frecuencia relativamente muy alta de cataratas prematuras.

La distensión del intestino y de la pared abdominal, efecto de la comida pesada y de las fermentaciones que provocan los parásitos, por los trastornos de la digestión, directos e indirectos, causa, en muchos individuos, pero especialmente en los débiles, en los pobres de las aglomeraciones, pero no sólo en ellos, **ptosis frecuentes**, megacolon, y torsiones, llamados **vólvulos** del intestino, acontecimientos muy graves, en la mayoría de los casos mortales, que año tras año piden muchas víctimas por la imposibilidad de proceder, en condiciones muy primitivas, a operaciones graves, especialmente si los enfermos llegan tarde a manos del médico.

La costumbre del hombre amazónico de comer en primer lugar **pescado salado** (después, también, "carne del monte", salada) lo familiarizan con el **uso excesivo de la sal.** En eso se distingue profundamente del indio selvícola que la utiliza con mucha modestia. Como el colono, además, carece, por lo general, de calcio, se establece fácilmente un desequilibrio mineral grave que, sin duda alguna, influye mucho sobre las reacciones de la piel siendo ésta un depósito conocido y principal de cloruro de sodio. El efecto de una reducción de la sal, en la comida diaria, es notable en muchas dolencias, típicas de la región: en úlceras, en eczemas, en la lepra misma. Las "dietas" de los curanderos aprovechan de esto hecho, fácilmente observable.

No entro en detalles de menor importancia, de los cuales he tratado repetidamente. Tan sólo queda para mencionar la **resistencia muy reducida** que nuestra población muestra **frente a infecciones** como la gripe epidémica, la tos ferina, la conjuntivitis Koch-Weeks o de influenza. No ca-

be duda, para el observador imparcial y paciente, que los pocos individuos mejor "dispuestos", de mejores reservas, minerales y vitamínicas, resisten de un modo espectacular comparándoles con el resto pobre de la población. Se nota de manera casi clásica al estudiar el "mal del ojo", la conjuntivitis por el bacilo de la influenza. Se nota, quizá, también, al fijarse en el número elevado de casos graves de "zona", de "riwi" o herpes zoster. En este conjunto tengo que referirme a una exposición muy antigua mía que hace resaltar que la última onda mundial de gripe, también parece haberse originado en los trópicos, posiblemente a raíz de la misma **susceptibilidad** elevada que no puede ser sino basada en la deficiencia alimenticia.

Sin embargo, la influencia de la condición nutritiva del poblador pobre es especialmente marcada en las tres infecciones graves que representan el peligro, máximo para la región: la **tuberculosis,** la **lepra** y el **paludismo.**

4) En el campo de las tres grandes infecciones: tuberculosis, lepra, paludismo.

La **tuberculosis** es la enfermedad típica y más temible de las muchedumbres (Mayor Greenwood). Su progreso, en la húmeda selva tropical, por lo general, es muy rápido. Por eso gran parte de los casos pulmonares muy pronto se tornan en "abiertos", es decir, ulcerosos, con eliminación de muchos bacilos con el esputo; y siguen un curso maligno con la muerte dentro de poco más o menos un año, después de que el enfermo ha buscado por primera vez al médico. Es clásicamente conocido, cómo esta enfermedad se acentúa en las muchedumbres así como en el individuo, sobre la base de la carencia; cómo, el alojamiento y la nutrición, influyen tanto sobre su propagación en los grupos como sobre su progreso en el organismo, por esto no tengo que detenerme en datos que se encuentran en cualquier monografía sobre esta enfermedad. Como la tuberculosis se propaga principalmente en las aglomeraciones, y en especial, en la ciudad, nuestras medidas deben concentrarse en dominarla allí, aunque la organización de combate no puede ser exclusivamente urbana, como se entiende.

La **lepra,** como mal social, nace de muchos factores mórbidos que presenta la sociedad donde se mantiene como mal endémico. Como he tratado dos veces de modo extenso esta cuestión, me limito a decir aquí que la base de su endemicidad es el analfabetismo higiénico de gran parte de los pobladores, su vivienda pobre, archillena de gente que viven una al lado de la otra, en gran promiscuidad, su falta de conciencia sanitaria, su desnutrición por lo menos temporal, a veces, crónica y profunda, sus parasitismos que la acentúan y complican, por las anemias secundarias que éstos sostienen. Así el hombre se expone fácilmente al contagio, y desarrolla la enfermedad por falta de resistencia suficiente; la convierte, muy a menudo, en formas malignas, cutáneas, por su modo de vivir malamente, por su comida inadecua-

da en calidad, por no ser "protectora" en ningún sentido. La lepra, como lo sabemos, es el mal endémico de regiones pobres donde los pobladores son frecuentemente malnutridos; donde la clase de comida preferida induce debilidades generales y especiales, de la resistencia del organismo y de las resistencias de sus órganos, inclusive la piel. Ese es el fondo justo de esta doctrina tan discutida de Sticker, que habla de la importancia que el pescado tiene para la endemicidad de la lepra. Por eso, ciertas regiones del Africa y nuestra Amazonía son "refugios" medioevales de este mal, que por todas partes ha cedido, con gran rapidez, a una normalización de la vivienda, del modo de vivir. Esta experiencia bien establecida incluye otra, que se nos ha comprobado siempre, y de la manera más impresionante, es decir, que la curación de la lepra al alcance de nuestro poder médico, depende larga, para no decir completamente, de nuestra posibilidad de normalizar la vida del enfermo y de concentrar toda su fuerza, todo el vigor del cual dispone, en el vencimiento de su mal, economizándole todo esfuerzo adicional y evitable, todo achaque que, por lo general, interviene a cada paso, en la vida del pobre amazónico, si vive su vida habitual y tradicional. Esta doctrina contiene todo el programa de saneamiento, del cual trataré en seguida.

La lepra es la consecuencia trágica, el castigo, en cierto sentido, que resulta de la tradición amazónica, de esta tradición que creo tener el derecho de denunciar como el enemigo principal contra el cual nuestra "Campaña" debe dirigrse.

Algo muy semejante ocurre con el **paludismo.** La enfermedad del individuo, su tratamiento, su convalecencia, siguen principios, más o menos universalmente aceptados, al alcance cómodo de cada quien que puede leer un libro de Medicina o Parasitología. Las experiencias de los epidemiólogos han demostrado que el paludismo como enfermedad de la muchedumbre refleja fielmente las variaciones económicas, o, con más precisión, nutritivas de la población. Christophers-Gill han reunido un material impotente refiriéndose a las observaciones en las Indias Británicas. Cada carestía aumenta considerablemente la onda anual de la malaria. Confiándome a mis propias impresiones en la Amazonía, que, por supuesto, en nada difieren de lo que se observa en Asia o en Africa, la razón para eso es compleja. El hombre pobre que padece de hambre, no sólo es menos resistente, sino se descuida, también en mayor grado. Así se nota en nuestra región que muy pocos pobladores tienen el menor concepto de esta enfermedad. Como causa, inculpan, por ejemplo, al pescado "enfermo", que se come o al agua envenenada, por hojas de catagua, que se bebe. Reciben el medicamento; pero no saben o no comprenden cómo emplearlo debidamente. En un río, donde se repartió gratuitamente atebrina, algunos enfermos tomaron cada 5 días una tableta; y si se les había dicho cómo debían hacerlo, por lo menos no lo habían comprendido; pero posiblemente ni si-

quiera se les había comunicado. Si se usa el mosquitero, se hace para evitar la molestia de los zancudos; pero no para protegerse contra la infección palúdica. Toda la familia, enfermos y sanos, se exponen a las picaduras en las horas del crepúsculo y del alba. La vivienda no facilita evitarlo, ni ahora, ni en el porvenir. Pese a eso, el peligro social del paludismo sería indudablemente reducido en gran parte si el morador supiese tratarse en forma correcta y si la alimentación del grupo fuera mejorada y si los achaques que complican su vida, sus parasitismos, etc., fueran eliminados. El hombre débil, mal curado, portador de gametos, es la fuente inmediata de contagio para el grupo, para los niños y para los recién llegados. El hombre crónicamente infectado, aunque portador de pocos gametos, y, por ende, poco peligroso, para sus prójimos, no se restablece, queda anémico, neurálgico, esplenomegálico, un hombre poco apto para cualquier trabajo. Eso es la situación de Bagua, del Río Yavarí, etc. El descuido que resulta del debilitamiento de los individuos, es la fuente que mantiene la enfermedad del grupo. Cada observador atento se entera de esta experiencia fundamental, tanto más cuanto que la mayoría de los casos son tercianas "benignas" que ceden al menor tratamiento con quinina. Muy pocos son los indios autóctonos que sufren de paludismo, y ningún grupo, en forma tal como se observa con alta frecuencia entre los colonos pobres. Muchos indios viven en las alturas del monte, entre dos quebradas o dos riachuelas, y sus chácaras, con frecuencia están distantes de sus chozas, y eso, sea la que fuera su razón, es muy higiénico. Sus dormitorios o "cocameras", si tales existen, también se encuentran a cierta distancia de las chozas diurnas, están herméticamente cerradas y libres de zancudos; y así, una vez más, la solución del indio parece buena. El indio omnívoro, come bien, si no se les quita su territorio que lo abastece; y así puede vencer con rapidez un mal que, por lo general, no es grave en sí, sino agravado por la condición humana tal como se presenta en los colonos verdaderamente pobres, pobres en conceptos, y pobres en su nutrición.

Me he referido, en otra ocasión, a palabras de un epidemiólogo destacado, Gill, y me permito repetirlas, en vista del valor especial de este concepto: **"Si un grupo de obreros (soldados) no inmunizados es importado a una zona palúdica, y puesto en condiciones económicas (de trabajo) muy adversas, parece que la medida antimalárica más importante no consiste en las operaciones antilarvales, ni tampoco en la distribución de quinina— coadyuvantes, por valiosos que sean — sino en la institución de procedimientos que aseguren que el grupo de obreros (soldados) esté convenientemente alojado, y más que eso todavía, alimentado".**

En este conjunto puedo omitir el **pián-cuchipe** cuya reducción depende exclusivamente de un servicio asistencial eficaz, y de medicamentos buenos y bien empleados. La **pinta** (caraté, "zarna"), en ciertas regiones muy frecuente, en otras menos, pero ubicua, no ofrece un interés especial por no

tener, en cuanto se sepa, consecuencias otras que cosméticas.

La **sífilis** es prácticamente desconocida en el gremio de los colonos nativos aunque exista en algunas prostitutas (esp. clandestinas) de Iquitos y se señala, de modo creciente en forasteros o extranjeros. La situación habla en el sentido de la opinión diversas veces defendida, que el pián-cuchipe, especialmente si está mal curado, procure cierta inmunidad contra la sífilis. La lucha contra la **blenorragia** debe ser intensa, por supuesto; pero eso no ofrece nada de particular y entra en el cuadro de las medidas indicadas.

C. La organización de la "Campaña Sanitaria

Llego al capítulo más difícil de mi exposición, a la estrategia que se debe emplear para vencer al enemigo nuestro, la Insalubridad amazónica. Si la tarea más importante me parece cargada de obstáculos, la es, por desgracia, por la desproporción entre los medios disponibles frente a los fines que, a mi modo de ver, debemos perseguir. Tampoco todos ven el problema tal como lo he expuesto conforme con mis conocimientos propios, que se derivan de algunos años de estudios perseverantes. Si un propósito es muy grande, y si los recursos son escasos, se impone concentrarlos en fines accesibles a nuestros medios de combate, a fines que al mismo tiempo, son esenciales para reducir la fuerza combativa del enemigo; en otras palabras, en situaciones como la nuestra, todo el éxito favorable depende de la concentración sensata y bien dirigida de nuestros recursos en propósitos de primera importancia para la victoria final, aunque ésta sea lejana.

En esta idea me permito trazar en breves palabras lo que me parece la primera etapa a la cual tenemos que llegar, y qué serán las operaciones más esenciales.

El problema del saneamiento de la Amazonía es asunto de la generación venidera cuya preparación apropiada es el deber más urgente y más noble que tenemos que postular.

Si la estrechez de la vida pobre, si treinta años de una vida tradicional y frecuentemente dolorida, han convertido al poblador adulto en un ser rígido, a menudo algo embrutecido, ideas nuevas, costumbres más sanas, una moral higiénica acabada pueden introducirse en cerebros jóvenes, flexibles, especialmente si tal renacimiento recibe el empuje de un movimiento moral, elevado por emociones, convertido en un cuadro volitivo, que llena la personalidad de los jóvenes más aptos dándoles la convicción invencible de su alta misión. El renacimiento es un movimiento activo espontáneo **de la juventud**, no una cosa impuesta, un injerto extraño que se asimila a cualquier momento de la vida para florecer. Ninguna medida, por buena que parezca, contribuirá al saneamiento, si no ataca este punto fundamental de la Campaña, y miro esto como la esencia misma del programa, que proponemos. Por eso, las medidas más sencillas y más eficaces deben

concentrarse en la educación y en la protección del escolar amazónico.

El primer ataque de una Campaña lógica de saneamiento ha de dirigirse hacia las escuelas, las elementales, los colegios y las normales. Tenemos que restablecer hasta el grado sumo la educabilidad de los alumnos.

En este sentido ha de extenderse el control de su salud, el tratamiento gratuito de sus parasitosis, la enseñanza comprensible y convincente de las reglas higiénicas que rigen en su prevención. En las escuelas más pobres, la administración de comidas gratuitas, debe contribuir para garantizar una alimentación suficiente, y para normalizarla, no sólo en Iquitos, sino en otros centros que carecen aún de tal ayuda. Si no es posible extender mucho los desayunos, y las comidas escolares, por lo menos la vigilancia y el tratamiento médicos, así como la enseñanza higiénica, deben intensificarse y universalizarse. La enseñanza debe proporcionarse a todos los alumnos, pero con más detención a los normalistas que pronto se harán cargo de la enseñanza elemental, en un sentido más moderno y elevado que lo ha sido posible hasta ahora, con la mayoría de los maestros sin preparación técnica especial. Todos los médicos higienistas deben ponerse a la disposición de esta extensión y hacerla en la mejor forma posible.

Además, las **aulas escolares** tienen que ser mejoradas y provistas de **servicios higiénicos ejemplares** que no sólo sirvan para los fines específicos, sino que contribuyen **para que los alumnos tomen la costumbre de utilizarlos.** Toda innovación debe implantarse firmemente por los resultados que los alumnos mismos notan y aprecian. Así estas costumbres se cargan de afectos positivos y seguirán penetrando el ambiente.

La supervisión médica estricta de la población escolar tiene como propósito normalizar sus condiciones físicas y mentales, en cuanto estas últimas dependen de las primeras, y contribuir a elevar la educabilidad de la generación venidera.

Tan sólo elevando el nivel educativo, venciendo el analfabetismo, en el sentido estricto e higiénico, se puede liquidar la situación actual que radica en su predominio.

"El niño es el test". El niño también es propósito y medio de la regeneración general .Así se define nuestro problema y, al mismo tiempo, su solución práctica. Como el ataque directo de la vivienda, peligrosamente primitiva, es muy difícil aún, la obra fundamental ha de iniciarse en la escuela. Con una inversión anual de cien mil soles, dentro de pocos años el problema escolar, en cuanto a locales e instalaciones, será resuelto.

Si por cada tres escuelas se dispusiera de una enfermera rural escolar, especialmente preparada para su tarea, un control eficiente de la salud de los alumnos podría mantenerse hasta en los períodos críticos de las vacaciones. Para la Baja Amazonía tal servicio, plenamente desarrollado, exige un presupuesto de doscientos mil soles, más o menos.

Con esta vigilancia debe combinarse un servicio más extenso de "Desayunos escolares". Aceptando por el momento un número de 2,500 alumnos que urgentemen-

te necesitan tal desayuno, ha de gastarse, además, una suma aproximada de cien mil soles.

Dentro de seis años tal política sanitaria dará resultados tan buenos como apenas se puede hoy prever. Estos seis años comprenden, prácticamente, a toda una generación escolar, y permitirán penetrar, al mismo tiempo, la vivienda amazónica, extendiendo la obra protectora más y más a los párvulos, es decir, a las generaciones futuras de alumnos, en la época muy crítica de su primera juventud amazónica.

Creo que la penetración en la población adulta se hará de la manera más segura, más fácil y más barata, por intermedio de los hijos, educados en el sentido que señalamos.

La reorganización de los servicios asistenciales existentes que está en plena evolución, contribuirá a **reducir paulatinamente la influencia del curanderismo** según la calidad y el espíritu que rijan en ellos. El médico que desilusiona al enfermo, aumenta, automáticamente, la clientela del curandero; así como la ignorancia y el recelo de la población le mantienen, a raíz del entendimiento mutuo que es mayor entre él y la masa actual, que entre el médico y gentes que piensan o actúan según un canon muy diferente del suyo.

Sin embargo, no tengo mucha fe en **servicios ambulantes** que no pueden dedicar sino pocos minutos a un enfermo que les llama. No ha de exagerarse su importancia para un saneamiento general de la región. Esta es muy vasta, y los servicios son muy pocos; sus viajes forzosamente escasos y de relativa rapidez. Por ende, su efecto, por bueno que sea en casos aislados, no puede ser muy profundo. A veces hay que preguntarse si los gastos invertidos corresponden al efecto obtenido. Como el mariscal Lyautey lo ha formulado muy bien, la asistencia a la región, para ser eficaz, debe ser íntegra, completa, extendiéndose hasta el último rincón. Comprendemos que nos falta en absoluto, aún, el número de médicos que combinan la preparación con la voluntad; porque sin el entusiasmo de higienista, de precursor patriota o humanista, tal obra no se acepta. Y, en verdad, la escasez de médicos no se ha podido vencer todavía, ni siquiera aumentando considerablemente sus haberes.

Creo, más bien, que la futura organización debe tomar otra dirección. Necesitamos **enfermeros rurales de ambos sexos** en cuya preparación óptima tenemos que concentrarnos como se ha hecho muy modestamente ya en el "Centro de Salud", de Iquitos. Serán, de preferencia, personas de la región, pero personas aptas y bien preparadas cuya remuneración les permitirá dedicarse sin reserva a la tarea de la asistencia rural que pasa del médico visitador hacia ellos. **El médico inspeccionará la región parcial, determina sus problemas agudos, hace los diagnósticos más difíciles, revisa a los escolares, y deja, después, sus directivas al sanitario-enfermero que se queda algún tiempo en el lugar para ejecutar la obra práctica, tanto higiénica cuanto curativa.** Es en este sentido que su educación ha de ser dirigida. Para principiar, se necesitan, por lo menos, unos 60 ú 80 enfer-

meros(-as) rurales, bajo la dirección de una docena de médicos higienistas que dirigirán su labor, conforme a principios elaborados en el "Centro del Saneamiento", donde todos los informes se reúnen, y donde la labor se reparte, de acuerdo con las exigencias y los recursos disponibles.

Casi la misma operación se aplica provechosamente en **la asistencia a los trabajadores de jebe o de madera.** Se encuentran dispersos en el monte. El vendedor de víveres, el regatón, les buscan, de costumbre, durante la noche. En el día no se les encuentra fácilmente. El médico visitador no será presente si le pica una víbora, si sufre un accidente. Pero puede controlar, dentro de pocas horas o, a más tardar, de dos días, las condiciones generales y dirigir al enfermero rural que es el ejecutor apropiado de sus órdenes. Tal servicio prácticamente factible, es más penetrante, más barato y, por ende, deseable.

Si insisto en **seleccionar este personal sanitario de los nativos de la región,** lo hago por tratarse de personas que se acomodan con más facilidad a una vida que, para forasteros, generalmente es molesta, y por dar ellas, casi siempre, mejores resultados, por estar más cerca, mentalmente, al nativo con quien tienen que comunicarse.

Se trata, bien entendido, de un servicio elástico, móvil en sí, con empleados que nunca pierden su conexión directa, periódica, con el centro, cuyas actuaciones se controlan, tanto en su tecnicidad cuanto en su honradez, empleados que continuamente tendrán la posibilidad y la necesidad de corregir, y mejorar sus aptitudes, regresando a los Centros asistenciales y administrativos de la Campaña.

Tales centros son, también, los hospitales, de cualquier tamaño. Pero se entiende fácilmente que estos no resuelven de manera alguna el saneamiento. Como el almacén no hace la cosecha, la enfermedad no se combate por los hospitales, menos aún una situación que fomenta enfermedades. **El hospital es tan necesario para los enfermos en general como la leprosería para gran número de leprosos; pero ni el hospital termina con las enfermedades sea el que fuese su carácter, ni la leprosería, con la lepra, ni el sanatorio con la tuberculosis. Sin embargo, necesitamos hospitales, leprosorios, sanatorios, para poder combatir aquellos males a cuyo aislamiento o a cuya curación se dedican; los necesitamos en el conjunto de las medidas médico-sociales que forman el fundamento de la acción estratégica.**

Se comprende también, que estos centros hospitalarios, como formaciones "de etapa", inmovilizan un número elevado de médicos y enfermeras hospitalarias, porque en su ausencia, el reservorio al cual atienden, perdería su función y su sentido.

Pero tampoco los hospitales de diverso tamaño resuelven el problema de su categoría. Si en Iquitos mismo el número de todos los tuberculosos (más allá del período primario) se puede evaluar en más o menos 300, con alrededor de 100 muertos por año (como mínimum) y si se considera que, tam-

bién, cada año, un número considerable de soldados recibe su baja a raíz de esta enfermedad, se deduce la urgencia enorme de disponer de centros de tratamiento para los casos curables y de otros de aislamiento, para los perdidos. Las condiciones domésticas actuales son desastrosas, y perpetúan y aumentan continuamente esta peste que se introduce en todos los medios, los ricos como los pobres, los urbanos como los rurales.

Casi no tengo que mencionar que, en las condiciones actuales de vida y conciencia higiénica, cada leproso contagioso, con muy pocas excepciones, debe ser aislado. Por ende, los reservorios de leprosos, las leproserías, tanto para enfermos adelantados, como para casos más leves, deben corresponder a la existencia real de los enfermos de Hansen (1). **Tanto en la tuberculosis cuanto en la lepra, el servicio social que controla integralmente el ambiente particular de cada enfermo y que dispone de las posibilidades inmediatas de prestar la ayuda del caso, sólo este servicio es el alma de nuestro ataque contra los enemigos atroces que representan tuberculosis y lepra en nuestro medio.**

En el caso de la **lepra** la penetración íntegra de la población afectada, el control de casa en casa, de persona en persona, es la base del exterminio futuro y rápido del mal endémico. Eso es un trabajo que exige conocimientos especiales y una dedicación ejemplar al trabajo. Diariamente se me presentan casos que vanamente han consultado a diversos médicos, entre ellos tales que han tratado con frecuencia a leprosos, sin haber recibido el diagnóstico precoz que facilita tanto la curación rápida. Esta labor, por consiguiente, debe tener gran independencia del resto de la Campaña, aunque se acepte, por supuesto, la colaboración de quienes puedan ayudarnos. Como el número de leprosos que carecen de atención médica, aún es elevado, como la composición del grupo enfermo demuestra claramente el progreso agudo del mal, esta parte de la Campaña Sanitaria es tanto más urgente cuanto la intensificación de las labores silvestres, directa e indirectamente, contri-

---

(1) Al visitar la Amazonía por primera vez muchas personas se oponen a la ubicación de la Leprosería de San Pablo, a casi 300 kilómetros de Iquitos. Sin discutir la historia de su origen me limito a resumir las razones que actualmente me parecen favorecer esta situación, aunque impida la comunicación cómoda entre Iquitos y la Colonia.

Los enfermos necesitan trabajos sanos para ocuparles. Deben disponer de terrenos amplios para agricultura y horticultura. Estas ocupaciones muy necesarias, al mismo tiempo, forman la base de cierta autosuficiencia económica de la institución. Sin tal organización, el abastecimiento alimenticio de los enfermos sería muy caro. En esta dirección los esfuerzos aún defectuosos del último año han salvado la situación económica de la Colonia, sin hablar de su efecto excelente sobre la condición física y mental de muchos enfermos. Cierto aislamiento de la leprosería se impone, también, en razón de la imposibilidad de evitar, de otro modo, que muchos leprosos se escapen o hagan paseos indeseables que muy difícilmente pueden impedirse, aún en las mejores condiciones, si se considera el nivel mental de muchos enfermos.

No tengo que insistir en el hecho evidente que una segunda leprosería no resolverá el problema fundamental de la propagación del mal; y el problema médico es íntimamente conectado con otro, económico, no sólo para el Estado, sino y en mayor grado, para los enfermos y para sus familiares. Se impone un escepticismo fuerte frente a proyectos que no han nacido de la experiencia viva del higienista que trabaja diariamente en las condiciones reales del Oriente. Se necesita crear y mantener un conjunto de médicos y enfermeros que se especializan en estas cuestiones; sólo así se pueden obtener las bases de acciones verdaderamente útiles y factibles.

buirá inevitablemente a su propagación, más aún, si se considera la situación alimenticia general que merece ser llamada crítica.

El **Servicio Social de la ciudad de Iquitos** mantiene un control bastante completo de los casos de tuberculosis; pero **carece en absoluto de los "reservorios" apropiados de los cuales he hablado.** El servicio de la lepra dispondrá, dentro de poco tiempo, de una Leprosería reformada, con capacidad para un máximum de 350 enfermos. Para aumentarla y ampliarla se necesita la extensión e intensificación de la producción alimenticia de los enfermos, con terrenos más amplios que los actuales, se necesita adaptar definitivamente su presupuesto en tal forma qu el sostenimiento de un número creciente de enfermos esté garantizado. Las condiciones actuales que reinan en nuestra Amazonía obligan de un modo especial, que tales instituciones se hagan, en la medida de la última posibilidad, autosuficientes; y en eso hay que concentrarse en primer lugar, sólo así se pueden introducir economías que no maten o asfixien la labor a la cual la Leprosería se dedica.

Creo, con esta exposición haber señalado que es lo más importante para paralizar de primera intención el progreso de nuestro enemigo, la Insalubridad. Concentrando todos nuestros esfuerzos y recursos en la obra fundamental se puede esperar que la Campaña, en un porvenir no tan lejano, llevará a la victoria. Espero que se me ha comprendido. Distingo entre **medidas fundamentales de prevención y saneamiento** que se dirigen hacia la juventud cuya protección y educación es la garantía suprema del futuro, entre **medidas preparatorias** que son la formación de médicos, de enfermeros y de "reservorios", como hospitales, sanatorios y leprosería, y **medidas de acción** que son la obra médico-social y asistencial que se reparte entre los médicos higienistas y los enfermeros rurales y sociales, así como el **censo de los leprosos** que forma una parte especial y de suprema importancia, en este esquema. Todo eso, creo yo, ha de ser pensado y organizado desde el punto de vista de la duración, "sub specie eternitatis". Esta guerra no durará eternamente; pero esperamos que el nuevo auge de nuestra Amazonía no se derrumbará con más rapidez aún que su primera época de florecimiento. **Para garantizar al Oriente su larga vida próspera, todos nuestros esfuerzos, nuestra inteligencia íntegra y la buena voluntad de todos deben dirigirse a liberar al hombre amazónico, liberarle de su yugo actual, liberarle en el sentido noble de la gran misión que una vez ha desempeñado San Martín cuando dió vida nueva al Continente. La libertad para hacerse verdadera, debe extenderse a todos; todos deben recibir tal educación que puedan soportar y ejecutar lo que llamamos libertad cívica; y tal libertad no es posible sin obtener, sin mantener Salubridad. El hombre enfermizo siempre queda subyugado. Y por eso la Campaña Sanitaria debe ser una Campaña que devuelva al Oriente Peruano la libertad de actuar como sólo hombres sanos lo pueden, en el conjunto de su patria y de la humanidad.**

9. COLONIZACION AMAZONICA

1) Sobre Colonización en general.

Colonizar una región quiere decir: tomar posesión de ella, conectarla con los intereses de grupos humanos, crecidos y establecidos fuera de los límites de la futura colonia. Colonización, por ende, es expansión humana tanto en lo que se refiere al comercio, cuanto a ciertas formas de civilización y de cultura, a instituciones de cultos religiosos o de enseñanza, o a grupos de hombres que aprovechan de sus posibilidades o ceden a sus necesidades para implantarse fuera de su tierra natal, de un modo fugaz, o permanente.

Los límites entre migración, expansión y colonización, no son siempre fáciles de trazar. Si algo distingue al colonizador, de la persona que simplemente se mueve e inmigra en terreno ajeno, lo es un grado más elevado de su conciencia social con referencia a su grupo original, es su decisión más o menos clara de mantener ciertos lazos, y cierta orientación con éste, como cuando el creyente islamita, al decir sus oraciones, se dirige siempre hacia la Meca demostrando con este gesto tan sencillo, que forma parte de un solo campo espiritual. Pero no hay limitación estricta entre ciertas migraciones de grupos y colonización.

El Mediterráneo europeo, cuna de la civilización occidental, da múltiples ejemplos de las diversas formas de colonización, desde los tiempos más remotos, del neolítico europeo (alrededor de 2500 antes de Cristo), época de la cual se nos han conservado los dólmenes y menhires, monumentos gigantescos de una expansión cultural prehistórica. Hay la historia de la colonización comercial de los fenicios. "Su inmenso esfuerzo colonizador permitió a los fenicios crear sobre las costas del Mar Negro, del Mar Egeo y del Mediterráneo oriental y occidental, sólidos puntos de apoyo para su imperio comercial; completaron su obra con la institución de las "concesiones", con la creación de los sufetas y la conservación del secreto de los itinerarios marítimos y de las tierras nuevamente descubiertas." (Lionello Cioli, 1940, Historia económica, antigua y medioeval). Fueron entre los

primeros, para extraer y negociar materias primas. Hubo allá, también la colonización blanca del desierto, por los nómades bereberes, con sus camellos, progresando desde el Oriente, a raíz, como parece, de un gran movimiento humano que empujó a estos nómades que, más tarde se amalgamaron con los conquistadores árabes.

Hubo la colonización militar de la Roma republicana (de los Gracos, de Sila), interesantísima por combinar fines de dominación política con otros meramente sociales y económicos, obra que tuvo una continuación grandiosa en la política de César. Hubo las guerras púnicas que eliminaron a los fenicios del Mediterráneo sacándoles sus colonias, sus materias primas, su comercio, modelo de lo que aconteció tantos siglos más tarde en las guerras comerciales entre las naciones cristianas europeas.

Los navegantes griegos colonizaron incesantemente comenzando por el Mar Egeo. Atenas colonizó para deshacerse de ciudadanos empobrecidos y, por eso, sediciosos. La crisis económica resultó de un número elevado de esclavos y de gastos bélicos subidos que condujeron al pauperismo. Esparta envió a sus hijos menores afuera, del mismo modo como lo hicieron los ingleses y otras naciones, muchos siglos después.

Los árabes colonizaron el "Moghreb" y España, y la importancia cultural de su ráfaga es conocida de todos, "bloqueando" por siglos a gran parte de la Europe cristiana, bloqueando económicamente, transmitiendo, al mismo tiempo, el tesoro de la civilización antigua, que inició el florecimiento cultural de Granada y de la corte siciliana de Federico II, el Hohenstaufen.

Más tarde hubo la colonización mercantil de Génova y Venecia, y ésta dejó de existir cuando vino otra, turca, militar y cultural, ocupando Asia Menor, Chipre, parte del Norte de Africa.

Casi hemos asistido a la última colonización francesa de la misma zona, empresa en la cual el Mariscal Lyautey ha desempeñado un papel inolvidable y clásico para los tiempos venideros, exaltando por primera vez esta enorme importancia que tiene un servicio sanitario inteligente y eficaz para una hazaña "colonizadora". (Compárese mi exposición sobre "Actualidad y Mejoramiento de la Condición Sanitaria en el Oriente, Lima, 1941, Bol. Salubridad).

Desde la antigüedad conocemos, además, la distinción entre colonización "interior" y "exterior": la interior se refiere a la utilización de terrenos antes inhabitados o inhabitables, al reemplazo de dueños desagradables, por colonos deseables; la exterior, se dirige hacia terrenos ocupados, en su mayoría, por "bárbaros", por gentes que no tienen la fuerza, la unidad, la voluntad para rechazar al colonizador que invade su terreno, y les domina mediante la fuerza de sus armas o de sus prácticas y conocimientos, superiores en poderío bélico, náutico, organizador, mercantil, — o que simplemente les provee con productos extranjeros, inaccesibles de otro mo-

do y muy codiciados, comprándoles, al mismo tiempo, sus propios productos. La colonización "interior" es una fase tardía, la "exterior" el principio de la ocupación de una región.

Todos saben cómo la expansión de los pueblos europeos sobre el Globo efectuó las más profundas revoluciones en la existencia de los grupos humanos, intra y extraeuropeos, en los más distantes rincones del planeta. La primera hazaña de esta índole fué aquella empresa audaz y genial que se une al nombre de Alejandro de Macedonia, quien "helenizó" el Oriente hasta las Indias, fundando ciudades e instalando de todas partes veteranos de su ejército, dándoles "tierras coloniales", en recompensa a los servicios prestados (compárese la bibliografía en la obra citada de Cioli). Se estableció un "sinoikismo", una simbiosis, entre estos veteranos, los griegos emigrados, los nativos helenizados y la masa subyugada, autóctona y multicolor. Fué, como lo dice acertadamente el sociólogo de la cultura, Alfred Weber, "la manifestación de la manera en que lo helénico, provisto de las formas griegas de vida, quería expansionarse hacia el Este, con la intención de asegurar su imperio no sólo mediante la fuerza militar y el aparato burocrático, sino también mediante su tipo de vida". "En su calidad de tales, dichas ciudades se convirtieron en los centros de la producción cultural del helenismo, en la medida en que éste representaba todavía esencialmente el auténtico modo de ser griego que asimilaba todavía los elementos extraños. Claro está que por fin ese subsuelo extraño tenía que llegar a penetrar, incluso en las cristalizaciones más firmes y sólidas, y fundirlas en una nueva mezcla, creando con ello un helenismo esencialmente diverso, que más tarde sería uno de los elementos fundamentales de la hechura y del ropaje del Cristianismo." (1935|41, Historia de la Cultura, ed. mex., pág. 146).

Si me he detenido en este acontecimiento fascinante de la historia militar y cultural de la humanidad, la razón se encuentra en el hecho de que esta "colonización", fugaz como fuera, desde muchos aspectos, es de importancia fundamental para hacer comprender lo que es "colonización", y para apreciar cómo ésta, depende de todos los factores diversos que actúan según el lugar, el tiempo y los grupos humanos que intervienen en ella, para enterarse, también, de la reciprocidad ineluctable de las influencias que induce todo acto de "colonización".

Cuando los fenicios colonizaron el Mediterráneo, lo hicieron como comerciantes, y no es para sorprenderse que motivos y métodos muy semejantes se notaron muchos siglos después al colonizar los ingleses las Indias. Dijo Carlos II, en su carta foral del año 1661: (1) "Por Nuestra gracia,

(1) Dice Max *Weber* (1923-42, Historia económica general): "Las adquisiciones coloniales de los Estados europeos han dado lugar en todos ellos a una gigantesca acumulación de riquezas dentro de Europa. El medio utilizado fué el monopolio de los productos coloniales, es decir, el derecho de transportar a ellas las mercancías, y, por último, las oportunidades de ganancia que ofrecía el transporte entre la metrópoli y las colonias, tal como fueron aseguradas por el Acta de Navegación inglesa de 1651". "Podemos distinguir al respecto

amplia y abundante, hemos garantizado a la Compañía de Comerciantes que trafican con las Indias Orientales que ellos y sus sucesores gozarán en adelante para siempre del negocio íntegro y único y de la libertad, práctica y privilegio, íntegros y únicos, del tráfico con las Indias Orientales. Prohibimos a todos nuestros súbditos visitar o negociar allá basándonos en la gracia de Nuestra prerrogativa." Se impidió, igualmente, en cuanto era posible, tal privilegio a comerciantes de otras naciones. Fué expresión sincera de este interés vigoroso del comerciante (e industrial) de oprimir al competidor o por lo menos de perjudicarle. Si las cosas se desarrollaron en otra forma que 2300 años antes, en los tiempos de los fenicios, eso se comprende por muchas razones, por la condición social adelantada de los ingleses mismos, y por la competencia con otras naciones, como los holandeses y franceses, en tiempos de una política mercantilista cuya importancia creció continuamente. Pero lo que resultó finalmente, fué "colonización". (2) Comenzó en forma comercial pura para proveerse pronto con poderío militar y político, pero sin la inversión de "colonos" estables que se incorporaran de un modo definitivo a este "imperio": el inglés formó una "casta" de amos que nunca perdió la comunicación estrecha con su país natal. Esta experiencia, también, es digna de toda atención. Una situación tradicional no nace de la nada.

En el siglo XVII, las Indias acaso fueron aún más malsanas que hoy en día. El año 1638 marca el principio de la utilización de la cascarilla-quinina, acontecimiento al cual nuestro maestro de Higiene, doctor don Carlos Enrique Paz Soldán, ha dedicado un ensayo de rara belleza. Fué en el año 1672 que Legras llevó la Ipecacuana a Europa, esta droga de empleo cura-

dos tipos principales de explotación: el *feudal*, en las colonias españolas o portuguesas, y el *capitalista*, en las holandesas e inglesas".

"Las colonias capitalistas se resolvieron por lo regular en *plantaciones*. Los indígenas suministraban la mano de obra necesaria. Sus posibilidades de utilización parecieron ampliarse extraordinariamente cuando se trasladó a la Polinesia este sistema de trabajo con el cual se habían hecho buenas experiencias en Asia y en Africa. Pronto se evidenció que los indios eran absolutamente inservibles para el trabajo en las plantaciones......"

Nuestra Amazonía apenas cuenta con plantaciones, y hasta hoy el indio no se ha mostrado muy dispuesto a ponerse a su servicio.

(2) Por lo contrario, los *cosacos* (al principio bajo el caudillo Yermak) colonizaron Siberia, originalmente una Guardia de Corps para los comerciantes Stroganoff, mercaderes en materias primas, en pieles, que querían aprovechar de estos guerreros atrevidos para protegerse. Estos jinetes, nacidos de "una hermandad de vagabundos y desterrados" (*Lamb*), instalaron colonias militares estables que rápidamente es extendieron hasta el Ob, el Yeniséi, el Lena, el Océano glacial ártico (1575 hasta 1656). Ha sido una de las más perfectas organizaciones de *penetración colonizadora-militar, agrícola defensora*, estable en su espíritu luchador aunque abierta a mucha mezcla, principiando por los tártaros hasta con los "cantonistas", niños judíos bautizados a la fuerza, en los tiempos de Nicolás I. Siberia, desde el zar Alexis Michailovich, como Australia, en gran parte fué colonizado por convictos, pero Siberia por políticos, muy inteligentes, Australia más bien por reos vulgares. Lo importante, en ambos casos, fué lo irrevocable de la inmigración, la coerción, la distancia, las que hacían que la inmigración fué en alto grado definitiva. Los hombres se quedaron, y en el ambiente nuevo desaparecieron los motivos de la criminalidad, aunque se mantuvo el nexo cultural con el país de origen. Como lo dice con mucha cordura *Ford* (1939, Desviación social): la política del penólogo se asemeja a la del médico. Ambos buscan las causas, médicas o sociales, y fortalecen, mientras tanto, la resistencia, sea del organismo, sea del carácter, de la personalidad. El individuo es, en alto grado, producto de su sociedad. La vida del colono se determina, se regulariza por el ambiente social que crea o que se crea alrededor de él.

tivo eficaz que la Medicina científica debe al empirismo de los Indios Tupí-Guaraní (véase Ramón Pardal, 1937, Medicina aborigen americana). Sólo después de extenderse estos tratamientos hubo algo como curaciones eficaces del paludismo y de la disentería. Se comprende que la mortalidad de los extranjeros establecidos en las Indias, en estos tiempos, fué muy elevada. Maurice Collis, en su estudio magnífico sobre "Siamese White" (1936) dice con mucha razón que los ingleses todavía no habían aprendido a vivir, impunemente, en los trópicos. "El cementerio siempre estuvo lleno. Los que sobrevivieron ganaron dinero, pero tuvieron que darse prisa. Fué muy arriesgado permanecer más de 10 años allá, sin estaciones de recreo (hill stations), y sin la posibilidad de un cambio, aunque pasajero, con el clima de su patria." Tal vez así se originó un motivo importante para la conducta tan típica del inglés, conducta que demuestra hasta hoy en los países "coloniales". El inglés de estos tiempos, además, se preocupó de sus derechos y privilegios, cívicos y religiosos, y esta actitud le frenaba eficazmente al aventurarse en países extranjeros como las Indias.

En otra dirección se desarrolló el inmigrante en la América del Norte, continente de un clima, por lo general, mucho más clemente y sano. Faulkner nos dice al respecto: Nadie ha descrito el espíritu norteamericano mejor que Benjamín Franklin. En una carta titulada "A los que quisieran trasladarse a América", escribió: "En Europa la estirpe tiene realmente valor; pero es un lujo cuyo peor mercado es América, donde la gente no investiga respecto a los extranjeros, ¿quién es?, sino ¿qué sabe hacer? Si tiene algún conocimiento útil, es bien recibido; si lo ejerce y se porta bien, será respetado por todos los que le rodean; pero un hombre de linaje que por esta razón quiere vivir del público, mediante un puesto o un salario, será despreciado y maltratado. El labrador se halla en auge aquí, e incluso el artesano, porque resultan tan útiles. Un viajero inglés, escribiendo sobre el "trabajador americano", dice: "No se arrastra ante nadie; llama a cada hombre Señor, pero a ninguno dice Amo. Eso era el espíritu fronterizo." (Faulkner-Kepner-Bartlett, 1941, Vida del Pueblo Norteamericano, Méx.)

La colonización americana — que se revolvió después contra las máximas comerciales de la madre patria — fué una colonización de burgueses, de puritanos, después de pequeños labradores, frecuentemente con el arma y la biblia en la mano, una colonización que terminó con los autóctonos, que les redujo a la existencia de animales en jardines zoológicos, dentro de sus reservaciones. No puedo analizar este fenómeno de singular interés que resultó, por desgracia, en forma muy comprensible del movimiento colonizador de gentes sencillas, con fuertes lazos familiares, hondamente convencidos de su "derecho", movimiento popular migratorio muy fuerte que interfirió con los derechos de los aborígenes, en medio de malentendimientos, pequeños y grandes, fomentados a veces, por intereses ajenos a los de los indios, pero abusando de ellos para combatir inútilmente ciertas

fases de la colonización progresiva. No mencionaría esta situación si algo semejante no acaeciera a menudo en la Amazonía. **Sin embargo, el Continente del Norte, con su inmigración europea, ininterrumpida durante un siglo, no necesitaba de los autóctonos.** El colono mismo cultivó sus cereales, su algodón. Entre él, y el indio, se estableció un "conflicto desigual"; uno debía ceder, desaparecer si no se encontraba la solución de una asociación. Así sucumbieron los indios, los antiguos amos de la tierra, ellos y sus animales de caza; así se implantaron los inmigrantes cambiando el aspecto de la naturaleza, imponiéndose, dominando sabanas, sierras, desiertos. **La conquista del Continente, del Este hasta el Oeste, se hacía a base de una "colonización" sistemática por agricultores, rancheros y mineros.**

La colonización holandesa en el Mar Pacífico del Sur (Java, Sumatra) fué muy diferente. Aprovechó hasta el más alto grado de los progresos científicos y técnicos; estableció, de este modo, la más densa población que hasta hoy se ha obtenido en las condiciones de la Selva tropical, a raíz de sus cultivos modernos de plantas económicas, industriales y alimenticias, bajo la protección de un servicio médico competente que formó centros de estudios y de trabajos higiénicos de reputación mundial. Creó una población mestiza, quizá, un poco renitente y políticamente agitada, por un movimiento "nativista", pero altamente capacitada; **creó algo que es modelo de una penetración tropical, por medio de plantaciones, aprovechando de todos los elementos humanos a su disposición para desarrollarlo.**

En estas colonias se ganaron fortunas, se crearon industrias, acaecieron crisis económicas como aquella que hizo destruir cosechas íntegras de melaza, a raíz de la sobreproducción que no fué acompañada de un aumento correspondiente del consumo de whiski. Si repetidas crisis amenazaron las plantaciones de caña, lo mismo no faltó en otras, de jebe, y ha sido objeto de estudios económicos y de restricciones en el país de mayor producción, Malaca (British Malaya) (con 476,000 toneladas, en 1934). Intervinieron el desarrollo del jebe sintético y las variaciones de oferta y demanda, de tal suerte que los precios variaban considerablemente. Riedel (1937, Industrial Chemistry) da la lista siguiente de precios, en centavos $ por libra, Nova York:

1929	21 3/4	a	20 5/8
1930	15 7/8	a	9 3/4
1931	8 1/4	a	5 7/16
1932	5	a	3 5/8
1933	7 3/4	a	3 11/16
1934	16 5/8	a	10
1936	12 5/8	a	11 11/16
1937	25 3/8	a	20 9/16

Si me detengo en estas cifras que no reflejan aún la situación anormal actual, creada por la guerra, lo hago porque la producción futura de jebe en la Amazonía, forzosamente será influenciada por otra, natural y sintética, que se obtendrá, quizá, en condiciones variadas, en los antiguos centros de su cultivo o fabricación; será influenciada si no en la producción por lo menos en su precio mundial, que es un factor de vital importancia para la vida del seringuero. La economía mundial depende de cierta conformidad que revoluciones y guerras interrumpen, en un ensayo vehemente de cambiarla. Pero después del cataclismo, se establece un nuevo equilibrio, una nueva conformidad, con regulaciones automáticas, dotadas de fuerza extraordinaria, que se traducen en fenómenos sociales.

No es preciso que discuta muchos ejemplos más de "colonización" para aclarar los aspectos, un poco variados, de los procesos que merecen ser llamados así. La inteligencia humana no ha cambiado mucho desde los tiempos de Alejandro y de su gran maestro Aristóteles; muy poco, seguramente, han cambiado los motivos y los métodos generales, pero de modo asombroso los recursos técnicos. Estos han progresado en forma vertiginosa a raíz de la revolución industrial del siglo XIX, con sus consecuencias infinitas en los campos de la Física y Biología, asimismo de la Medicina (compárese Sir William Osler), con la creación de métodos científicos, con la conquista de los centros de enseñanza por el mismo espíritu experimental y crítico, con la "democratización" de estos progresos — en contraste bien pronunciado con la obra de los precursores del Renacimiento que, tan nobles que eran, siempre quedaron aristócratas aislados, sabios que pertenecían a una capa, a un "status" social, de número reducido y de gran exclusividad. (Compárese Max Weber, 1924|42, Historia Económica General, con bibliografía: Origen del Capitalismo, Política Colonial desde el Siglo XVI hasta el XVIII).

Pero sólo en los últimos tiempos estos progresos se han puesto al servicio de la colonización mundial.

Si antes cada país adelantado buscó colonias, hoy en día el interés se concreta, muy a menudo, más bien en "mercados". Tratados comerciales establecen posibilidades y obligaciones de compraventa, en gran escala, que reemplazan favorablemente el régimen colonial, costoso y lleno de obligaciones y responsabilidades que el contratante poderoso puede ignorar y descuidar. En las oficinas de los centros mundiales, lejos de las tinieblas de la Selva, se discuten los problemas económicos, las entregas, los precios, y todo eso no parece tan brutal como lo es, si uno debe ocuparse del mismo asunto, en el ambiente productor, en un país "colonial". Un status colonial, en primer lugar, es la situación dependiente de una región proveedora, dotada de menor fuerza. Tal status, hasta cierto grado, se elimina por la "colonización"; no hay identidad entre ambos: la colonización unifica, el status colonial separa.

2) La primera colonización de la Amazonía.

Y ahora nuestro Continente, nuestro país, nuestra Amazonía.

Es bien conocido cómo el desarrollo político, económico y conceptual (náutico y "cosmográfico") en el mundo mediterráneo, después del avance de los musulmanes (1) instigó a los conquistadores del Globo, desde Enrique "el Navegante"; lo es cómo el hambre de especias y de otras mercancías del Oriente, y el hambre de oro y de poder se convirtió en descubrimiento; asimismo, cómo se descubrió este Continente a raíz de tal inquietud de los condotieros del mar. Y cómo, por fin, se conquistó el Perú. La colonización "criolla" terminó con la independencia política; la colonización de Costa y Sierra, ineluctablemente, indujo otra, dirigida hacia el Oriente, hacia la Montaña. Como tantas veces en la historia humana, esta evolución expansionista tuvo **su precursora en un movimiento anterior, de los Incas mismos, que empujaron ya fuertemente hacia la Selva dejando hondas huellas de su empresa.**

Sin eso no hubiese sido posible la rebelión de Juan Santos Atawalpa (1942, Juan Santos el invencible, por Francisco A. Loayza, Lima): "Peregrinó... por la Montaña, desde las márgenes del Chanchamayo hasta las del Napo. En estos trabajos pre-revolucionarios causan admiración los difundidos en las extensas regiones de la Montaña; donde moraban, con sus respectivos jefes, muchísimas tribus de costumbres e idiomas diferentes, y en continuas guerras unas contra otras. Para unificar tales agrupaciones humanas, era preciso poseer una gran fuerza espiritual, una valentía contagiosa, y una constante tenacidad altruísta; primeramente, para atraerlas, después, para convencerlas, y finalmente, para agruparlas en torno de un ideal, el ideal de la Libertad. Y a fines del mes de Mayo de 1742, Juan Santos Atawalpa enciende la Rebelión en toda la Montaña, con indios armados únicamente de flechas. Pasado cierto tiempo estos bravos guerrilleros montañeses manejan armas de fuego, tomadas a los españoles, después de batirlos y aniquilarlos. Los mejores indios flecheros de los afluentes primarios del río Amazonas acuden entusiastas, con su valentía cruel y bárbara, al llamamiento emancipador. E invaden, con todo su arrojo brutal y cauteloso, los pueblos gobernados por los españoles y convertidos a la Religión Católica".

Estas breves palabras arrojan alguna luz sobre los problemas más diversos de la Montaña.

El tráfico seguro de las especias se perdió a raíz de las actividades bélicas de los turcos chagatai, a raíz de la hazaña militar de Tamerlan, de la cual dice Harold *Lamb* (ed. española, 1943, La Marcha de los Bárbaros): "Tomó a estos dignos mercaderes de esclavos, venecianos y genoveses del Mar Negro, y los vendió como esclavos. Tal golpe al tráfico por tierra contribuyó a dirigir las dos repúblicas comerciales hacia el mar, al fin del siglo XIV, en busca de nuevos mercados". Me refiero a su magnífica exposición de las consecuencias de la "marcha de los bárbaros", consecuencias que llevaron, por fin, a la "Conquista".

Recuerda el Padre Pedro Simón (1942, Historial de la Expedición de Pedro de Ursua al Marañón y de las aventuras de Lope de Aguirre, Lima) el rumor que corría, casi 200 años antes de la Rebelión de la Montaña, en el año 1558, de que indios del Brasil habían migrado hasta la provincia de los Motilones, en el Perú "trayendo en su compañía dos españoles portugueses, parte por el río Marañón y parte por tierra". Fué el espejismo del Dorado, fué también testimonio de estas migraciones incesantes de los indios que ya en estas remotas épocas de la conquista se coaligaron con extranjeros...

En el río Napo, el marqués de Wavrin (1937, Moeurs et coutumes des Indiens sauvages de l'Amérique du Sud, Payot, Paris, pag. 610) encontró una leyenda bien interesante:

Antaño en esta región no hubo vegetación alguna; el suelo fué suave y joven. Cuando se endurecía, tiempos después del diluvio, creció la selva. Los indios no hablaron el quechua, sino un idioma que se ha olvidado. Sabían conversar con los animales y los pájaros; fueron completamente salvajes. El papa de Roma les enviaba el rey Inca para instruirles y para enseñarles el quechua y la civilización. Este Inca vino hasta la Montaña de Latas, en el Alto Napo. Allá quiso construir una ciudad. Había traído un negro para que consiga todos los materiales necesarios, pero el negro no tuvo la fuerza para terminar su tarea. Se convirtió en trompetero...

Wavrin discute muy acertadamente como diversos indios prohijan a niños extranjeros si lo creen conveniente (pág. 408); menciona cómo aceptan
a huéspedes que se les imponen sin provocar hostilidades. "De verdad, es-
te huésped, aceptado como amigo, pronto ejercerá un ascendiente real so-
bre esta gente sencilla que él domina por sus conocimientos especiales o que
protege contra los abusos de otros civilizados haciéndose el intermediario
aventajado en el negocio con civilizados y vecinos, a favor de su grupo. Se
entiende que tal influencia frecuentemente pude ser funesta si se trata
de un criminal o de un civilizado de instintos perversos.". He tratado de es-
te problema, siempre agudo, pero muy antiguo (como lo demuestra nuestra
cita anterior), a raíz de observaciones propias que comprueban ampliamen-
te la opinión de Wavrin.

Creo que todo eso nos facilitará mucho formarnos una idea más verídica sobre el grupo humano autóctono cuyo conocimiento es imprescindible para poder abarcar el problema de la colonización amazónica.

La primera colonización amazónica de la cual resultaba lo que llama-
mos "los autóctonos", fué efecto de numerosas intrusiones y migraciones
de primitivos o de gentes que se adaptaron fácilmente a la vida primitiva,
quedando casi todo eso fuera del alcance del conocimiento histórico. Paul
Radin (1942, Indians of South America) lo ha dicho con cordura: "como
hacia un último refugio, grupos humanos y culturas parecen haber conver-
gido de todas partes a esta sección del continente sudamericano". Mencio-
na el Orinoco y el Amazonas, y las diversas Cordilleras. "Pero estas colisio-

nes incesantes y vehementes de pueblos y culturas impidieron el desarrollo de culturas de integración superior. La atmósfera es fundamentalmente la de la frontera y del crisol."

Se elaboró una vida arcaica, con un mínimum de organización, sostenida por pequeños grupos de cazadores, o pescadores y cazadores, con chácaras primitivas hasta limitándose, a veces, a la recolección de los frutos silvestres. Nadie sabe exactamente cuándo y cómo entraron los diferentes elementos humanos en la fusión indígena amazónica. No hay hipótesis que no haya provocado serias refutaciones. Pero las pequeñas citas antes enumeradas, nos muestran que el proceso de fundición étnica nunca llegó a calmarse por completo. He hablado de esta "infusión por gota a gota" que podemos demostrar. De ahí resulta, como lo he expuesto hablando de la "Civilización del Indio Selvícola", gran parte de la diversidad tipológica del hombre amazónico. Además, hay cierta diversidad de civilización y costumbres, fácilmente olvidadas frente a los rasgos principales que la vida selvática del autóctono tiene en común. El hombre amazónico, cautivo de su ambiente y sin recursos técnicos superiores, vivió, según las palabras de Chapple and Coon, "un animal humano que no pudo trastornar seriamente el equilibrio ambiental de plantas y otros animales". Dicen los geógrafos White y Renner — y lo cito como reflejo de la opinión oficial de los gremios científicos: — "Después de centenares de años que la Amazonía ha sido ocupada por hombres, ella sigue en su condición primitiva, y el hombre no la ha cambiado sino de manera desdeñable. Se estima que en esta vasta área, tan extensa como Argentina, no hay más de 100 millas cuadradas de terreno cultivado." (E. D. Chapple y S. C. Coon, 1942, Principios de Antropología, Nueva York; y Langdon White y G. T. Renner, 1936, Geografía, una introducción a la ecología humana).

Lo que aconteció fué acomodación perfecta del "animal humano" al ambiente difícil de la húmeda selva amazónica, una "acomodación pasiva" en la cual el ambiente quedó dominante, pese a las pequeñas variaciones introducidas por migraciones y mezclas (miscegenation, de la bibliografía americana, compárese Emory S. Bogardus, 1941, Sociología): la amalgamación siempre fué "amazónica."

Sin embargo, esta "vida autóctona" se desintegra en la actualidad, a consecuencia de esta nueva, segunda, colonización que le impugna su "espacio vital", sus terrenos de caza y pesca imprescindibles, que soborna grupo tras grupo provocando codicias e introduciendo cierta "domesticación" del indio selvícola (Kuczynski, 1943) como base cómoda de su cooperación tan esencial para los fines que persigue "el colono". Contamos con 80 a 120,000 indios selvícolas — el número exacto es absolutamente desconocido—, pero tan sólo una parte ínfima no se encuentra en una condición más o menos adelantada de "domesticación"; hay muy pocos grupos que no cooperan de un modo o de otro en los fines económicos de los colonos.

En nuestro territorio, esta evolución data, en sus principios, de la colonización incaica, pero se ha intensificado y ganado importancia en los últimos 60 años, desde 1880, más o menos. Ha creado una amalgamación profusa de diferentes elementos étnicos, de indios mestizos de las pendientes andinas, de indios selvícolas, y recientemente de inmigrantes de diferente estirpe, lo que nos induce a hablar del "colono mestizo", en contraste con el indio amazónico que, por supuesto, también es mestizo, pero que, por sus costumbres y su vida apartada, nos parece — con o sin razón — distinto, más homogéneo, quizá, simplemente a causa de nuestra ignorancia. Así, por lo menos, opino cuanto más le conozco y aprendo de los acontecimientos del pasado que han influído sobre su "substancia". Pero el "colono nuevo" es mestizo por excelencia, y en este sentido merece su denominación.

El indio autóctono, al abandonar su vida natural y "zoística" se pone en el último escalafón de la estratificación social que rige, hasta cierto grado, también, en la vida del colono. Esta prolonga la vida cívica del conjunto de los ciudadanos, prolonga la vida económica del Estado, se orienta más y más, conforme a intereses nacionales; y por eso, se hace "colonizadora". El indio selvícola al asociarse en forma primordial a esta empresa, no logra integrarse en este nuevo orden a la par de las pérdidas que su paso decisivo de asimilación progresiva le inflige. Se hace proletario e ilota, a raíz de su ignorancia en materias cívicas; se hace siervo, pese a su maestría en materias de la selva, donde su cooperación es necesaria y preciosa. Se establece una "distancia social" notable entre él, y el grupo de los colonos, más aún, entre él, y las capas instruídas de la nación. El jefe indio habla con el alto oficial en tono de igualdad; pero asalariado por el colono, se hace peón analfabeto. Sin su contribución, no hay la "industria" del colono, pero el precio de esta ayuda es el aniquilamiento de muchas existencias que no han aprendido a resistir a los peligros que surgen de la nueva situación.

Esta primera "colonización mestiza" encontró un auge por la coyuntura del jebe; cayó en la desgracia económica con su decadencia, y está preparándose para un nuevo apogeo. La asimilación del indio selvícola siguió adelante pese a las vacilaciones económicas; por lo contrario, al concentrarse los intereses de los colonos en la "industria extractadora", el indio fué más necesario que nunca; el colono se hizo empresario e intermediario. El terreno a su alcance valía igual al número de indios que colaboraron con él. Así se procuró pieles, resinas, alimentos. Este modo de proceder, altamente típico, se hizo responsable de la devastación de muchas "riquezas" de la selva, porque quien ejecuta el trabajo, hasta sumo grado, determina su carácter. **En esta empresa, el indio analfabeto, "domesticado", queda un culí de muy baja categoría. En eso radica lo trágico del desarrollo: la primitividad de la "industria" de extracciones, y de caza de pieles, obliga a ampliar continuamente el radio de acción, y de destruc-**

ción. Esta industria no siembra, ni cosecha, no transforma, ni ennoblece, no educa, ni desenvuelve capacidades. ¡Empobrece! ¡Devasta!... Incurre en correrías que amenazan la existencia de otros indios, en toda clase de acciones que obligan paulatinamente al indio selvícola o ya domesticado, a abandonar de modo progresivo su antigua vida, sin encontrar la ayuda necesaria para acomodarla al nuevo orden de cosas.

No se puede conjeturar sobre la colonización futura sin enterarse de este pasado y presente, muy típicos e importantes. Muy pocas personas se fijan en la necesidad ineluctable que lo nuevo debe desarrollar de lo existente, debe ser EVOLUCION, y no puede ser REVOLUCION.

La primera colonización amazónica "mestiza" fué en parte prolongación del territorio nacional, costeño y serrano, movimiento de frontera y de hombres, y en este sentido semejante a lo que hemos visto suceder en la conquista del Continente del Norte. En parte fué "colonización interior" suplantando al autóctono ingobernable y autosuficiente por el mestizo dócil y deseoso de "explotar y comerciar". Pero en nuestro caso no hubo movimiento en masa de familias, no hubo antagonismos fuertes entre dos grupos de pronunciada diferencia tipológica y mental. Hubo conflictos, pero casi inmediatamente, también, amalgamación. Desde la actuación histórica de Tupac Yupanqui este proceso nunca se ha calmado. **Los colonos vinieron primeramente infiltrándose, después con más exigencias, estableciéndose y defendiéndose. Subyugaron y asimilaron, pero fueron, asimismo, subyugados por el ambiente y asimilados por los autóctonos. Su vida se hizo un compromiso.** No tengo que repetir lo que he expuesto en otro lugar. **El inmigrante célibe, sin recursos técnicos, no pudo evadir a este destino, ni el serrano, ni, más tarde, el extranjero, no importa de qué ascendencia. La mujer regional, conservadora por su sexo, su educación y sus ocupaciones, desempeñó un papel trascendental. La Selva, por ser selva, se mantuvo un crisol de razas. La Selva, por ser selva, tiende a igualar a todos los que no pueden dominarla, ni cambiarla en sus aspectos fundamentales. Sin recursos técnicos de cierta importancia, el poblador está condenado a vivir más o menos a la manera del "animal humano amazónico": la verdadera colonización de la selva amazónica es un problema educativo, técnico, económico., Es asimismo, un problema humano.**

Cada colonización se define, en sus características, por sus centros de intereses, que dirigen la política y la economía; por el terreno que determina su carácter y los productos de su industria; por los hombres que le abren posibilidades y las convierten en realidades industriales; por los conflictos que surgen y por la política preventiva que permite darles una solución, propicia para los fines y propósitos duraderos de la colonización.

* * *

3) **Fines y medios de la colonización futura.**

Repito: "Colonizar una región quiere decir: tomar posesión de ella, conectarla con los intereses de grupos humanos, crecidos y establecidos fuera de los límites de la futura colonia. Colonización, por ende, es expansión humana tanto en todo lo que se refiere al comercio, a ciertas formas de civilización y cultura, a instituciones de cultos religiosos o de enseñanza, cuanto a grupos de hombres que aprovechan de sus posibilidades o ceden a sus necesidades para implantarlas fuera de su tierra natal, de un modo fugaz o permanente."

Se trata de la colonización del Oriente Peruano. Pero deliberadamente no quiero detenerme en discutir aquí y ahora los departamentos de Amazonas y San Martín, en cuanto su fisiografía difiere de la Selva Amazónica. Tampoco hablaré de los departamentos del Sur que se extienden hasta la hoya amazónica. **Las pendientes andinas son muy diferentes, descuellan, muy a menudo, por sus suelos ricos; y sus problemas, por consiguiente, son otros aunque intervengan o tengan que intervenir en la vida selvática, por su capacidad elevada de producir alimentos de toda clase, café, cacao, tabaco. Las gentes de estas regiones andinas subtropicales han contribuído en primer lugar para sustentar la colonización de la parte selvática, de la planicie tropical. Me he referido al hecho, estadísticamente comprobado, que los nativos de Moyobamba y lugares semejantes se distinguen por su vigor y su longevidad:** son, por ejemplo, en Iquitos los únicos que, pese a estadías prolongadas en la selva, llegan a vivir 80 hasta 100 años. Es casi un experimento en hombres para demostrar la validez general de estas experiencias de laboratorio que han llevado a la conclusión que la alimentación durante la niñez, por su carácter completo y protector, decide sobre la plenitud y duración de la vida adulta.

La pendiente andina, en un porvenir cercano, debe desempeñar un papel más importante aún para aumentar el abastecimiento alimenticio de la selva y para emanciparla de importaciones extranjeras muy costosas.

Además — y repito lo que he expuesto hace 4 años — **su clima favorable junto con su alimentación abundante y sana** (leche, verduras, carne fresca) **nos facilitarán establecer estaciones curativas y de recreo, de suma utilidad para mantener los habitantes de la selva por mucho tiempo en plena posesión de su poder trabajador.** (Hill stations).

* * *

La Selva, por su propia naturaleza es una región apropiada para abastecer con materias primas. ¿A QUIEN?

En parte, por supuesto, al resto del país, en primer lugar la Costa industriosa y adelantada en civilización; después el resto del mundo, apro-

vechando el Perú, en su totalidad, de los productos de la selva para mantener el intercambio económico de vital importancia, para equilibrar su balance de importaciones y exportaciones.

El país, por ende, tiene un altísimo interés en intensificar y mantener su dominio en la selva tropical, igualmente en controlar todo lo que intervenga o pueda intervenir en el progreso económico de tan preciosa provincia. Tal política "higiénica" y previsora debe encauzar todas las medidas parciales y regionales, **debe controlar las dos fuentes de la existencia económica y de la "riqueza" de la Amazonía: sus materias primas y los hombres que puedan convertirlas en valores.** Las fuerzas materiales del desarrollo del Oriente, sus cosas y sus hombres, deben ser sometidas al control de la sociedad para evitar, dentro de nuestra área tan reducida, los conflictos y el desorden que han causado el cataclismo mundial al cual asistimos.

¿Tenemos el derecho de llamar a eso "colonización"?

Creo que sí. La nación toma posesión definitiva de una región que, nominalmente, le pertenece desde siglos. Pero sólo recientemente comienza a incorporársela. Todavía la naturaleza domina al hombre y le hace sufrir; todavía el hombre vive, sea un "animal amazónico", un autóctono primitivo, sea un hombre reducido, sufrido, resignado, un hombre que no es libre a causa de las deficiencias de su vivienda. Y de sus penurias. Hemos hecho el diagnóstico del mal; lo hemos tratado detenidamente en la exposición sobre "Campaña Sanitaria", sin embargo, sin agotar el problema que incluye otro, de la "Civilización del indio selvícola". Lo he dicho antes: el terreno al alcance de un colono, muy a menudo, vale igual al número de indios que colaboran con él. Los indios se "domestican", pero no se civilizan, o por lo menos, este proceso es muy lento y lleva a través de una proletarización de tantos grupos familiares que el precio de su contribución a la obra del "colono mestizo" parece demasiado alto, siempre si se considera la perduración, la continuidad del desarrollo, lo que ningún pueblo, ningún gobierno pueden descuidar.

Se ha comprobado en la historia de la colonización humana cómo es peligroso para la actividad económica y para la salubridad que la garantiza, si trabajadores libres tienen la competencia de otros que, aunque no sean esclavos, no llegan a obtener condiciones iguales o semejantes a aquellas que rigen para el operario normal.

Las materias primas deben ser baratas, para tener mercado y para resistir a la competencia no sólo de productos naturales de procedencia diferente, sino, en nuestros tiempos, de sintéticos.

Una colonización, consciente de sus deberes y de la realidad, debe ocuparse de mantener la vida barata, para un trabajo barato.

Ningún trabajo de rendimiento insuficiente es barato, sea la que fuera su recompensa.

Actualmente en nuestra Amazonía la mano de obra es desmesuradamente cara, si el tiempo necesario para producir, y la calidad del producto, se toman en debida consideración. El fracaso del abastecimiento alimenticio a raíz de la guerra, el aumento continuo de precios y salarios, han realzado este hecho de importancia fundamental. La producción se hace cara, y la vida empeora; como la influencia de la nutrición sobre el trabajo y su rendimiento es conocido, resulta un círculo vicioso doble y muy peligroso que la política futura debe romper.

La Selva, para producir en condiciones económicamente aceptables, ha de disponer de alimentos suficientes, a bajo precio. Estos se consiguen sea de la pendiente andina, del Alto Ucayali y Huallaga, por ejemplo, sea por producción propia. Sin embargo, el número de trabajadores disponibles es relativamente reducido y cualquier aumento del trabajo "industrial" disminuye ésta, como lo he expuesto con las cifras respectivas en el "Panorama General". Por eso, es de vital importancia que se establezca nuevamente un equilibrio entre las dos producciones, la industrial y la nutritiva.

Gran parte de la labor selvática está ejecutándose por parte de los indios. Muchos caen en la desgracia de la dependencia y de la insalubridad del ignorante pobre. **La labor de estos indios es valiosa y, a mi modo de ver, insustituíble.** Pero el procedimiento actual es peligroso y apto para privar la región de elementos humanos muy adaptados, vigorosos, y en su mayoría aún relativamente sanos.

¿Quién va a colonizar?

Si colonizar equivale a tomar posesión, incorporar a la nación y orientar de manera duradera el tesoro natural que representa la labor humana, concentrada en las posibilidades económicas regionales, entonces **la colonización amazónica consistirá forzosamente en la creación de centros de regeneración, tanto de sus riquezas naturales cuanto de los hombres que les deben dar valor por su trabajo.**

La procreación es fuerte, no sólo entre los colonos, sino también entre los indios. Pero la Insalubridad general impide que el hombre amazónico llegue a la plenitud de sus capacidades. **Para proveer la Amazonía nuestra con sus colonizadores, tenemos que forzar la Campaña Sanitaria** como lo he expuesto con todo el detalle necesario. Ha de extenderse hasta los autóctonos y resolver su educación apropiada para incorporarles, sin pérdidas peligrosas, en la organización social.

Recuerdo la palabra de Germán Arciniegas: Toda la riqueza de las colonias americanas reside en la riqueza humana. La Amazonía, tierra de refugio, también servía como retiro a ciertas vicisitudes, a ciertos vicios del coloniaje.

La colonización se hace a base de hombres y de familias. Se ha hablado mucho de llamar a colonos del extranjero. Cuanto más me esfuerzo a enterarme de la realidad tanto menos creo que eso debe ser el método pre-

ferido para nuestra región. Lo que nos faltan son hombres sanos, sencillos, que laboren, pero no hombres que hagan trabajar a otros. La Francia de Luis XI, la República de Venecia, en su apogeo, la Rusia del Czar Pedro han dado ejemplos ilustres cómo el desarrollo de las fuerzas nacionales puede aprovechar del concurso de cierto número de elementos extranjeros, aptos a vivificar la industria. Su asimilación no es "colonización extranjera" o "traición a los intereses nacionales", sino señal de fuerza vital y de voluntad progresiva. Tan sólo un "sentimiento de inferioridad", basado en "minusvalías", como son tan frecuentes en la actualidad de la Amazonía, pueden oponerse a tal política sana de cooperación y asimilación, y el proceso de regeneración, automáticamente, vencerá tal actitud xenófoba que jamás se nota en los mejores elementos que se sienten suficientemente fuertes para aceptar lo bueno donde se encuentra. Pero sólo en este sentido, creo yo, se puede esperar algo favorable de elementos extranjeros, como catalizadores, como maestros de oficios, entrando con su mente y sus capacidades en el proceso formativo que queremos fortalecer y acelerar. La verdadera colonización debe apoyarse en los elementos arraigados, elementos sea de la Amazonía baja, sea de las pendientes andinas, con el concurso de otros elementos que se agreguen por inclinación o preparación. **Tal nueva población mestiza — envuelta ya hoy en día en un proceso de selección y de ascenso social — formará las familias que los hombres deben crear para arraigarse en su suelo nativo.** Tal proceso será semejante a lo que aconteció en Java y Sumatra.

Para quien desconoce la Amazonía siempre hay lugar a errores graves: se acepta que el mapa señale tierra habitable, lo que no es justo ni para las pendientes andinas, ni para la Baja Amazonía. La Hoya Amazónica, ni es comparable con el valle del Misisipí, ni con el del Nilo. Más del 60 por ciento del terreno bajo se inunda por lo menos durante 5 meses del año, aunque esto aumente el terreno apto para "jebe fino" y ciertos árboles que puedan tener un porvenir en el mercado mundial, si se introdujera, por fin, un régimen racional de cuidar y desarrollar estas famosos "riquezas", lo que, hasta este momento, ni decretos, ni "sociedades para la protección de la naturaleza" han logrado obtener. Así se limita, considerablemente, la posibilidad de colonizar estas regiones. Con todo, la población podría hacer mucho progreso, todavía; pero cada intensificación exige previsión y protección, y asistimos al espectáculo de las dificultades que se oponen a su desenvolvimiento, dificultades que no pueden ser vencidas sin la labor sistemática de muchos años, con un espíritu muy crítico y sincero, siguiendo un plan cuya idea general no se altera. Los resultados no deben confundirse con las aspiraciones, como pequeños criaderos de plantas silvestres no pueden aceptarse como testimonios de una reforestación. Colonización se hace sobre la base de un empuje viril de colonos — aptitud del grupo y de los individuos, para enfrentar la situación—, y de un cálculo serio de todos

los factores, favorables y desfavorables, que intervendrán en la obra. No cabe duda que el material humano que actualmente se ofrece para el proceso regenerador, exige un estudio más profundo. De igual modo los colonos futuros deberían ser sujetos a cierta selección que considere su aptitud física y moral: ni débiles ni enfermizos, ni desequilibrados sirven para la tarea pesada de poblar la tierra virgen de los trópicos. Si no necesitamos académicos, por lo menos se exige cierta educación. Entonces, sí, la parte andina como las tierras bajas soportarán, quizás, una colonización bastante más densa, siempre y cuando que su condición económica mínima sea asegurada. Pero introduciendo algunos grupos de hombres o familias de tal manera aventajada que se establezcan en condiciones superiores a lo común, descuidando al resto, incluye el peligro de un movimiento nativista (1) (nacionalista-indígena), de una estratificación social y económica de indudable peligro para el desarrollo de la población íntegra, sin poder prevenir un desliz civilizador en el porvenir, si el fondo económico no será estable, si la mezcla heterogénea, una vez más, será inevitable.

Creo que mis exposiciones no dejan lugar a dudas: según mis observaciones, la húmeda selva tropical ha permitido que hombres blancos de origen muy diferente se establezcan y formen familias numerosas (2). El verdadero peligro consiste en el desliz de las generaciones venideras a raíz de la "aclimatación social y económica", del acercamiento a condiciones existenciales que la mayor parte de los moradores ha desarrollado por la fuerza de su vida pobre cuyas características se han trazado en los diversos capítulos de este libro. No hay que exagerar, ni lo malo, ni lo bueno. El clima tropical, como lo encontramos en la Amazonía, no es alentador. El hecho fundamental de la superioridad de gentes nacidas en la zona alta, subtropical, de San Martín, documentado por el vigor y la longevidad de los individuos que se trasladaron a la Selva comparándoles con los nativos de ésta, tiene un valor trascendental. Pero, de otro lado, casi ningún colono nativo de la Selva, gracias a las condiciones aun dominantes de su ambiente, pudo criarse en debida forma. Es cuestión de inteligencia, es cuestión de educación y protección sanitarias. Así confieso que me inclino hacia los conceptos optimistas del General Gorgas y de Sir Raphael Cilento. No hay

(1) Compárese Ralph *Linton*, *Nativistic* Movements, Amer. Anthropo. 45,2, 1943.

(2) Una vez más quiero insistir en la posibilidad del hombre blanco de radicarse en estos trópicos. Con ocasión de esta guerra se habló de que no era apto para eso, "not geared to tropics". Se inculpa el clima, pero nadie ha investigado suficientemente hasta qué grado otros factores eran responsables de los trastornos nerviosos, o si se trataba de individuos especialmente dispuestas para reaccionar en forma violenta a cualquier situación como aquella que se produjo —*en* y, quizá, no *por* los trópicos. Las condiciones pacíficas son más claras que las bélicas, y me refiero exclusivamente a ellas. Con todo, el hombre para adaptarse a un ambiente nuevo, necesita economizar sus fuerzas, evitar excesos, vivir una vida sobria y, en los trópicos, pese a todo, continuar manteniéndose fuerte y ágil, por ejercicios físicos que se imponen imperiosamente.

lugar a dudas que Greenfell Price (Foreign Affairs, 1940) tiene razón señalando cómo Americanos y Africanos del Sur saben demasiado bien que poblaciones "de color", organizadas bajo el sistema de plantaciones, pueden subyugar al operario blanco y crear el problema del "blanco pobre" ("poor white"), absorbiéndole. Lo he descrito basándome en amplias observaciones propias. Con todo, para nuestro medio ambiente, la pregunta no está bien hecha. En la Amazonía la amalgama racial es un hecho, el mestizaje ya es destino y, si tal juicio se admite, bueno. Esta región no entra en cuestión para establecer colonias macizas, por ejemplo, de judíos, problema que discute Greenfell Price aludiendo a su situación desesperada en Europa. Muchos individuos se han establecido bien en esta región, mezclándose con el resto de la población, un elemento destacado por su inteligencia, su adaptabilidad, su resistencia física. Pero tal experiencia no permite conclusiones favorables sobre una "colonización judía" como aquella que más bien se ha discutido que estudiado, en el conjunto de ciertos proyectos del pasado. El colono judío, en esta zona, ha desaparecido como judío. Lo mismo aconteció con los polacos o alemanes, con algunos japoneses, y con muchos chinos. El destino del que inmigra, mal defendido, a la Selva, es tan "zoístico" como la misma vida primitiva; hombres que entran en tal asociación biológica no tienen sino dos perspectivas: sea se mezclan, sea luchan. En el primero de los casos desaparecen amalgamándose; en el segundo, debe establecerse algo como un equilibrio entre ellos y los grupos preexistentes, a base de la competencia mutua, con la intervención importante de la educación, de la alimentación y de la propagación, que son los 3 factores decisivos de la lucha biológica entre hombres. Estos representan el "animal culto" que cae bajo las reglas de Vito Volterra. (Compárese Volterra, 1931, París, Lecons sur la théorie mathématique de la lutte pour la vie, y las obras de Lotka, Pearl, etc.) De modo cualitativo, por el momento, tal comportamiento se diseña con suficiente nitidez al estudiar las relaciones interhumanas en la Amazonía, los trastornos provocados por las inmigraciones subsiguientes hasta los actuales a raíz de la "inmigración" o irrupción fugaz de forasteros. Una colonización por grupos macizos, forzosamente, llevaría a la subyugación de uno u otro elemento étnico, a luchas que comienzan con movimientos "nativistas", o con balas y flechas envenenadas. Por eso, la solución del problema del habitante futuro se decidirá sea por la fuerza o por un convenio, y así el mestizaje me parece una solución bastante feliz y, en consideración de todos los factores, verdaderamente preferible. La colonización como movimiento planificado es eminentemente un problema práctico que debe ser guiado por consideraciones reales, sobrias, imparciales.

Actualmente notamos una condición mórbida de los grupos familiares; asistimos, además a la fuga de muchas personas que logran económicamente salir de la región y trasladarse a otras partes de la República. Las ra-

zones para esta "fuga" son bien concebibles: la vida aún es pobre, y el porvenir parece más propicio en la Costa, tanto para adultos enérgicos cuanto para sus hijos que necesitan instrucción para ascender en la sociedad. Ciertas enfermedades endémicas, consecuencias de la miseria social, han influído un terror pánico a los parientes de quien las ha contraído: conozco muchas familias de leprosos que aprovecharon de la primera oportunidad para abandonar la selva. No tengo que repetir que esta situación parece un anacronismo, que la organización médico-social del Oriente dominará. El hombre vencido, prisionero de su ambiente, no quiere otra cosa que escapar. El hombre libre, colonizador por su propia voluntad y establecido de un modo económicamente sano, no piensa en abandonar los frutos de su labor, a ellos une su destino.

La regeneración, de la cual hablo, comenzará en las escuelas rurales, indígenas y elementales, en jardines de infancia y en escuelas vocacionales, en las colonias militares y en las guarniciones, y busca a mejorar y evolucionar todo lo que entra en la idea de la "vivienda amazónica", mediante el ejemplo vivo y convencedor de las experiencias que se recogen en estos "centros de regeneración de la vida amazónica".

Me parece de muy poco valor trazar, en este conjunto, un programa detallado. La obra de educación y de enseñanza no la hace el programa escolar, sino el maestro, capaz y entusiasta. Todo nace del espíritu. La obra educadora debe penetrarse espontáneamente de la concepción de su misión con referencia a la Amazonía. **Cada hombre entendido, militar o civil, debe hacerse "misionero" de tal regeneración, que contará con tantos centros cuanto habrá hombres, aptos para crear y mantenerlos.**

Aunque la obra más importante incumbe a la transeducación de los niños, el ejército desempeñará un papel fundamental en el renacimiento del Oriente. Si la enseñanza de Higiene se hace eficaz para cada soldado; si las guarniciones y colonias militares se transforman de modo progresivo en planteles de instrucción práctica de labores agrícolas y técnicas (agricultura, horticultura, mecánica, etc.), como se propone un plan que ya está realizándose, según mis conocimientos, entonces hemos encaminado bien nuestra empresa colonizadora.

* * *

Se plantea otra cuestión, sumamente difícil: ¿En qué dirección ha de desenvolverse la actividad humana?

Los trópicos lluviosos, por lo general, son productores de materias primas; la selva amazónica misma produce maderas, resinas y gomas, alcaloides, nueces, pieles, oro y petróleo. Hay industrias posibles, pero aún no desarrolladas, como la de aceites finos, de conservas de palmeras, de diversas frutas, de pescado. Necesitamos estudios como aquellos que la "Foreami"

ha hecho en el Congo Belga (Baeyens, Wildeman, y otros), necesitamos organizaciones como las holandesas, en Java y Sumatra, las cuales he discutido anteriormente.

Si he hablado en primer lugar del problema humano, lo he hecho porque creo que la regeneración física irá junto con la conciencia cívica, con el amor a la región, lo que permitirá dar vida y ejecución a las leyes protectoras de la naturaleza que valen exactamente lo que los pobladores comprenden de ellas. Me ha gustado mucho leer en el libro de Langdon White y Renner: "En la Amazonía el gobierno se aplica tan sólo a los blancos, mestizos y empleados. Es inefectivo entre los indios que viven lejos de los ríos por ser inaccesibles." Acaso esta fórmula no es de toda justa. No se trata sólo de indígenas que son inaccesibles, o mejor dicho, impenetrables, mentalmente. Son lo que he llamado "culís" analfabetos e inconscientes, pero culís de colonos, pobres e ignorantes ellos mismos.

La obra colonizadora se efectuará bajo la dirección devota del médico, del maestro y del oficial, con la ayuda del agrónomo y de los técnicos forestales y piscicultores. La política sanitaria y económica deben acoplarse de la manera más firme y con el más alto grado de comprensión mutua.

* * *

Necesitamos, pues, un verdadero éxito de nuestros esfuerzos sanitarios y técnico-económicos. La Amazonía no es Java; le falta el suelo volcánico; pero nuestra región tiene sus playas y bajíos que el río abona, año tras año, con su carga erosiva. El Amazonas, tampoco puede cotejarse con el Nilo; pero hay ciertos puntos de comparación, y la inteligencia humana, debidamente organizada, puede hacer mucho para aprovechar de esta semejanza, de esta oferta que la naturaleza le brinda.

No creo que la Amazonía se convertirá fácilmente en país competidor con otros, agrícolas, de climas más favorecidos. Pienso en el sostenimienalimenticio propio si reclamo un aumento considerable de la producción agrícola y ganadera. Las razones económicas que me conducen, las he expuesto al principiar esta parte de mi exposición. Me incumbe ahora detenerme en las posibilidades reales de la ejecución.

Lo que distingue la tierra amazónica es la separación en "playas", tahuampas y "bajíos"; restingas y alturas, con características edáficas (del suelo) bien diferentes.

El suelo de las alturas es generalmente mediocre o malo si se lo empleo para la agricultura, es decir después del rozo. Eso es, como se sabe, la causa del cambio continuo de las chácaras de los autóctonos. Las plantas mismas y las lluvias acaban pronto con los valores nutritivos de estos terrenos. La técnica acostumbrada de "rozar y quemar" ("slash and burn") enriquece momentáneamente el suelo con potasa y calcio, lo que aumenta por

un tiempo limitado la cosecha. Mucho más rica es la restringa virgen o el neoaluvio, producto de la sedimentación del río y sitio preferido de los cultivos del "colono mestizo" quien, en contraste con muchos indios opta por la orilla, en lugar del monte, tanto para vivir como para cultivar. Pero se entiende que la fertilidad de este suelo, también, es "engañadora" y de corta vida, una vez que el suelo despojado esté expuesto a las lluvias torrenciales. Por eso hay el ciclo natural y típico entre restingas cultivadas y restingas en regeneración ("purmas"). Los "bajíos" y las tahuampas forman el lecho del río como se presenta durante la creciente. La pérdida considerable en velocidad procura aquí, año tras año, depósitos aluviales importantes. Si en las tahuampas o "swamps" crecen árboles, palmeras, especialmente jebe "fino", los bajíos y las "playas" se prestan para cultivos rápidos, entre dos crecientes grandes, por su desnudez y su fertilidad. Arroz y diversas leguminosas (frejoles, maní, etc.), cucurbitáceas, crecen muy bien y sólo los caprichos de la naturaleza, los roedores y las aves, ponen la labor humana en peligro. Estos cultivos no fomentan el paludismo. La protección contra pestes por hongos, en este terreno siempre virgen, es relativamente fácil. Si se considera aún, con frecuencia, el arroz de la Montaña como inferior, eso se debe a la falta de proceder conforme a las experiencias de la agronomía, a la falta de selección adecuada de variedades, aptas para la Montaña. La maduración es aún tan desigual que la cosecha resulta muy trabajosa; pero eso no es un obstáculo invencible. Que una explotación excelente de las "alturas" para fines de agricultura y horticultura es bien posible, enseña la experiencia, por ejemplo, del rendimiento de cierta empresa de Iquitos, siempre y cuando la labor se efectúe con la técnica y el esmero necesario. El exceso de sol y lluvias obligan a una atención continua que ni siquiera puede interrumpirse de noche. En los trópicos, la comida crece en la boca, sí; pero ¿qué clase de comida? Hábitos alimenticios, ignorancia y pereza se unen para impedir el progreso, para perjudicar la Salubridad. La Agricultura es factible, pero exige conciencia, esfuerzo, salud; y la salud exige formas superiores de Agricultura como la economía productos baratos, es decir regionales (1). Aumentando los sembrados y empleando semillas buenas, las cosechas fácilmente pueden multiplicarse. Organizando mejor la molinería gran parte del problema de la alimentación barata se resuelve sin mayores dificultades.

---

(1) No es aquí el lugar para detenerme en cuestiones de agricultura; pero sin ser agrónomo me parece justo expresar mi opinión que, ni los cultivos de maíz, ni los de camotes (patatas, en diversas variedades) se cuidan en correspondencia con su importancia posible. El Doctor Ware, de la Estación Agrícola de Alabama, señaló, hace poco, que el maní (cacahuete, peanut) en combinación con el camote, procura una comida casi completa por las cantidades considerables de hidrocarbonatos, grasa, proteína, vitaminas y minerales. Diversas veces he insistido en el descuido de estos elementos básicos de una dieta regional sana. La dieta india, también en este caso, se acerca por su empirismo sano mucho más a las exigencias higiénicas modernas que los hábitos empobrecidos del colono que desdeña plantas naturales de cultivo fácil y de valor considerable.

La combinación de cultivos de maíz, con otros de leguminosas, y con plantaciones de árboles de pan facilitan grandemente la cría de animales domésticos; el trigo Atlee y las gramíneas sustentan el ganado, junto con los frutos de palmeras y con los residuos de semillas de algodón. Actualmente el número de todos los animales domésticos vacila atrozmente con el ritmo del río, que es el ritmo de los alimentos, disponibles casi sin trabajo. Invirtiendo la labor necesaria, las crías no serán siempre fáciles, pero seguramente muy superiores a lo que se encuentra hasta ahora. La labor de la chácara siempre se ha hecho para satisfacer las exigencias del momento. La primera y segunda colonización amazónica, por no ser agrícola o campesina, ha descuidado casi completamente esta inversión de labores para el futuro, que garantizan un desarrollo, que procuran una producción excedente, para un mercado. Eso tiene su causa bien clara en el modo de vivir de la Amazonía.

* * *

En el programa de la Campaña Sanitaria he insistido en el papel central que desempeña la vivienda amazónica, es decir, el modo de vivir, la habitación, la comida del poblador.

La manera de vivir india siempre me ha impresionado como muy inteligente. La ventaja que grupos chicos de personas, unidos por intereses comunes, por lazos familiares, ofrecen frente al peligro de la Insalubridad, es evidente. La separación de sus moradas, su colocación en sitios prácticamente libres de paludismo y, muy a menudo, de zancudos, su alejamiento de las chácaras, de los ríos, hasta de las chozas que sirven, eventualmente, como dormitorios, todo eso es, sin duda alguna, embebido de experiencias protectoras aunque inconscientes, nacidas, quizá de intenciones bien diferentes de las que nosotros discutimos.

Se ha dicho que el pueblo agrícola, no el mercado, es el prototipo de la ciudad. **Los pueblos de la Amazonía casi nunca son pueblos agrícolas; algunos cultivan, otros no, pero ni uno, ni otro es característico para el pueblo, para su génesis.** La vecindad de un "fundo" importante, o la presencia de una escuela, ventajas de transportes, posibilidades de vender leña para lanchas, con el pequeño comercio que lo acompaña, todo eso influye sobre la formación de un pueblo. Frecuentemente un pueblo impide la cría de ganado, dificulta la de otros animales, por los trastornos que se crean entre vecinos, por la escasez del terreno, por la falta de un pedazo de selva donde los chanchos puedan vagar nutriéndose por su propia cuenta. No hay, ni la influencia cultural de una iglesia, ni la diferenciación del trabajo individual; apenas de vez en cuando se encuentra un curioso que sepa reparar una

escopeta o que haga un poco de carpintería, con un mínimum de herramienta. La agricultura queda la misma como la de los individuos, a menudo reducida y, en veces, considerablemente. **Los pueblos, con frecuencia, toman más bien un aspecto parasitario.** Lo mismo , más o menos, se puede decir de ciertos "caseríos", donde se unen algunos colonos, en una "isla", sobre un pedazo de "altura", cerca del río, con o sin escuela, todo eso un producto de ciertas condiciones locales y del deseo del colono de tener algún vecino, de aprovechar de cualquier ventaja que brinda la ubicación del caserío. La ciudad misma es un pueblo crecido, de este tipo, crecido por hacerse mercado más importante, por ser sede de autoridades.

Tenemos, entonces, el cuadro siguiente de la repartición de los pobladores: indios en su mayor parte un poco alejados de los ríos y quebradas, en el monte, otros cerca del río; colonos en distribución suelta a lo largo de los ríos, densamente en los grandes, más y más raros, en los más chicos; a consecuencia de condiciones especiales del terreno, la formación de caseríos que se aproximan, en grado variable, a pueblos; y pueblos mismos que muy raras veces, si alguna vez lo son, agrícolas en el sentido estricto, con frecuencia, al contrario, se hacen parásitos de la "economía de los indios", de la "industria de extracción".

En la Amazonía hasta hoy la Iglesia no ha podido establecerse como un poder espiritual, a causa de la vida del colono que he caracterizado como un compromiso entre la de sus antepasados de ambos lados, los civilizados y los autóctonos, compromiso material y espiritual, que del catolicismo no ha tomado nada sino pocas fórmulas casi mágicas que no influyen sobre su mentalidad profunda. Eso es todavía más justo para los indios autóctonos, hasta los más domesticados, pero no se limita a ellos. De los Indios del Alto Napo transmite de Warrin la leyenda siguiente: "Hay un infierno como lo enseñan los curas de los blancos, pero sólo para ellos y no para los indios que tienen sus brujos, los que toman ayahuasca (ganawasca). Los indios después de su muerte se transforman en animales; los viejos, de carácter malo, en tigres; por eso, el indio no tiene miedo al tigre que toma por un simple hombre como él mismo lo es..."

* * *

Educando de manera firme a la generación venidera para que tenga costumbres y exigencias higiénicas elevadas hacemos la mayor presión sobre la transformación progresiva de las moradas, inducimos automáticamente la formación de nuevos pueblos "de escuela", que al mismo tiempo serán agrícolas en el sentido deseable; y eso, lo sabemos, es absolutamente factible en nuestar Amazonía. Las exigencias crean la producción. Con eso

se formarán los profesionales en materias alimenticias que la selva necesita. Utilizando el Oriente su producción propia y la de la vecindad para procurarse una comida amplia y sana, añadiendo aquellos productos importados que puede recibir a bajo precio en intercambio con los productos suyos que exportan sus lanchas, un problema fundamental del renacimiento, de la colonización, será resuelto. Los pormenores de este arreglo no pueden ocuparnos aquí. Pero es fácil para comprender que de esta manera el costo de la vida bajará otra vez y aun más que antes, hasta un nivel que admite una industria normal de materias primas. La condición actual es absurda, artificial y llena de peligros graves para el porvenir de la colonización. La salvación no consiste en el control de los precios, sino en la reorganización de la producción alimenticia que debe ponerse de acuerdo con la producción general, pero no en la forma arcaica e individual del primer grupo indio, sino en un plan elevado de la vida social y económica de toda la región y desde el punto de vista de la continuación. **Un manejo inteligente de seguros sobre la cosecha y de préstamos agrícolas permitirá sin mayores dificultades controlar la producción en su forma suficiente para prevenir situaciones críticas a raíz de sobreproducciones que son absolutamente posibles. La condición actual lleva a alucinaciones y prepara colapsos. Cada patriota, cada persona consciente debe contribuir a normalizar la producción y la vida.**

Para una colonización en debida forma la lepra, por ejemplo, no presenta ningún impedimento. Todo depende de las medidas protectoras que obran desde el primer momento. Cuando el ingeniero D. Pablo Boner construyó la Central Eléctrica de Callahuanca, en la zona verrucosa de los Preandes, una premeditación de las necesidades higiénicas llevó a un éxito triunfal. De la misma manera la población de una región selvática virgen permite, según mis conocimientos y experiencias, una defensa casi completa contra los males, chicos y grandes, que amenazan y estropean la vida desordenada y mal vigilada de los colonos pobres como la encontramos en este momento. En una verdadera comunidad humana, como un grupo de colonos debía formarla, la lepra no puede echar raíces. El control, preventivo siempre es infinitamente más barato que el exterminio "quirúrgico" de un mal. Sólo la ceguera higiénica puede inducir a acallar o desmentir hechos que son fundamentales para el porvenir de un pueblo; puede hacer caso omiso de peligros como si toda la historia de la Higiene estuviera aún por escribirse. La colonización amazónica es posible si se aceptan las máximas de sentido común que profesaba un Lyautey, lo que hizo su gloria y la de su patria. Por desgracia, como lo ha señalado un hombre muy sarcástico, el sentido común se llama así por ser el menos común de los sentidos. Esperemos que la colonización futura de la Amazonía no sea confiada a personas que carezcan de la preparación y de la vocación de cum-

plir con una de las tareas más fascinantes que el cerebro de un médico moderno pueda imaginar.

La Amazonía, recordando una frase sumamente inteligente de Alberdi, de modo trágico se considera como rica, tomándose por riqueza lo que, en verdad, es una remota posibilidad de producirla. Su colonización es la realización de este don de la naturaleza, es la conversión consciente de cosas naturales y de hombres, vegetando en su condición primitiva, en instrumentos y ejecutores de una acción civilizadora llena de intenciones y abierta al progreso humano. Mediante la colonización, el hombre tiende a elevarse por encima de un ambiente que domina al primitivo, dejándole justamente existir, un animal entre otros, un animal humano, por supuesto, con amplias facultades de escapar a esta servidumbre. La colonización de la Amazonía, es la ayuda que el progreso material de la humanidad presta a los pobladores para que puedan participar en este proceso evolutivo. Por eso, su base es la educación para la vida próspera y sana en este ambiente; por eso, la colonización es una obra constructora y reconstructora que debe comenzar por los fundamentos, y la exposición que he hecho, ambiciona, apenas, señalarlos!



Explicación adicional para la página 58, primer párrafo:

Valorizando los gastos y trabajos para garantizar la cosecha de una hectárea de barbasco llegamos actuamente a cerca de 1200 a 1400 soles, suma que depende de las circunstancias. El pequeño chacarero añade tal cultivo a los acostumbrados que le deben garantizar su vida. El cultivo de barbasco como empresa industrial exige capital y mano de obra barata para dar renta. Siempre debe combinarse con cultivos alimenticios de subsistencia. Entonces, sí, el propietario puede sacar sus 300 a 400 soles por año y por hectárea, siempre que la extensión del terreno esté en relación con la capacidad trabajadora del grupo a su disposición y que la cotización del producto no varíe demasiado.

Publicaciones anteriores del autor en conexión con el objeto de este libro

1939 La Colonia del Perené y sus problemas médico-sociales, cuatro memorias. Ediciones de "La Reforma Médica", Lima.

1939 La selva peruana, sus pobladores y su colonización en seguridad sanitaria. (Con el doctor Carlos Enrique Paz Soldán). Lima.

1940 El hambre de proteínas, la anquilostomiasis, la coca y la opilación. "La Reforma Médica", Lima.

1940 Actualidad y mejoramiento de la condición sanitaria en el Oriente peruano. (en Bul. Dir. San., 1941).

1940 El asilo de San Pablo y el problema de la lepra en el Oriente peruano, (en Bul. Dir. San., 1941).

1940 Una inspección preliminar de la zona leprógena del Ucayali. "La Reforma Médica", Lima.

1940 El departamento de Amazonas. Ediciones de "La Reforma Médica", Lima, y Bull. Dir. San., año 1941.

1941 La protección del hombre en el estado del porvenir; sentido y finalidad de los servicios médico-sociales con referencia especial a las condiciones del Oriente peruano. Informaciones Sociales. Lima.

1942 Los escolares de Iquitos. Ediciones de "La Reforma Médica", y Bul. Dir. San.

1942 San Pablo. Actualidad y porvenir. Un informe sobre la reorganización de la Colonia con apuntes sobre la sociología médica de la lepra en el Oriente peruano.

1943 El Centro de Salud de Iquitos, Reforma Médica, Lima.

1925 La Estepa y el hombre. Leipzig, S. Hirzel.

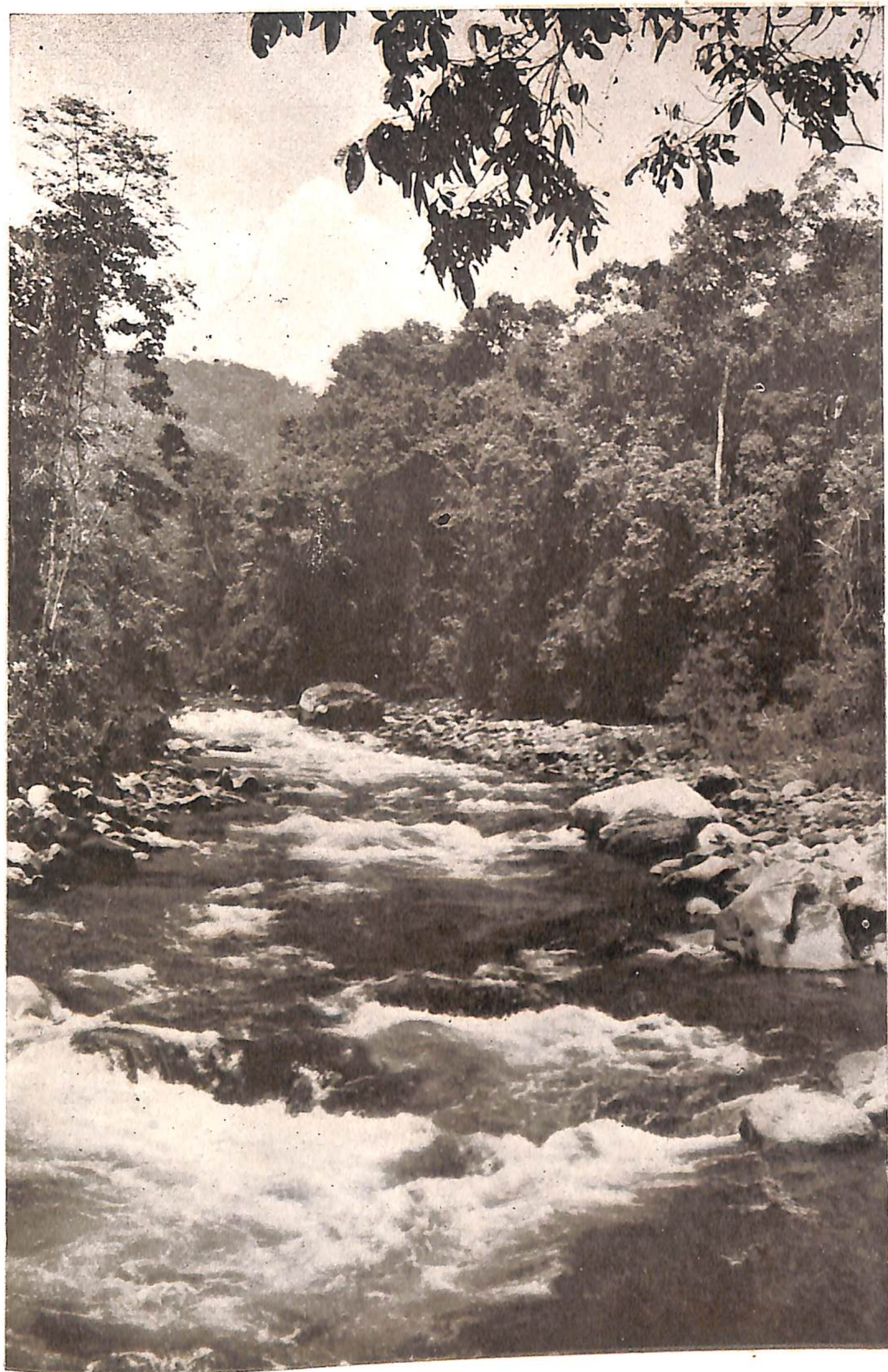
1925 Sobre los cambios corporales en la vejez adelantada. Krankheitsforschung, 1, 2. Leipzig.

LAS ILUSTRACIONES

Las exposiciones de este libro son el sedimento de una amplia y, en veces, penosa labor médico-social, ejecutada personalmente durante los tres años que estuve de Supervisor de Sanidad y Asistencia del Nor-Oriente. No son el fruto de estudios teóricos y sistemáticos, con fines exclusivamente científicos. La observación médico-social, para hacerse viva, debe participar en la existencia extraña que forma su objeto. Sólo mi interés, y mi paciencia han permitido sistematizar paulatinamente la colección de trozos hasta formar el mosaico. El texto fué escrito navegando sobre el Amazonas, en los días de viaje que separaron la labor en Iquitos de otra, en San Pablo o donde mis obligaciones de higienista me llamaron. Las ilustraciones fueron tomadas como documentos, considerándose el estudio minucioso de la vida regional como la base para informes fidedignos, juicios y medidas de organización futura.

La Amazonía está de moda. Médicos y sociólogos distinguidos me han animado a publicar mis experiencias, ilustrándolas para que sea más fácil imaginarse esta comarca tan singular. Por supuesto, este libro trata de cuestiones médico-sociales y, en gran parte, de desviaciones; por ende, la documentación forzosamente debe sujetarse a los propósitos que persigue el texto. Nuestro tiempo no es romántico, y la investigación médico-social no buscará, ni presentará rasgos heroicos de la vida selvática. Si un crítico diría, como lo ha ocurrido una vez, que un texto científico sobre la Amazonía ''pueda detener el turismo'', con el mismo derecho se podía temer que el estudio de las enfermedades venéreas desanime de los matrimonios.

En verdad, quizá, sería útil demostrar cosas muy triviales, tal algunos viveros llenos de verduras sanas, como se obtienen en Iquitos año tras año, en una empresa de horticultura; o niños fuertes y bien desarrollados, como se encuentran entre indios y colonos. Pero lo que importa es una visión, aún incompleta, de la vivienda, urbana y rural, de sus habitantes y de sus achaques. En este sentido se ha hecho la selección de los documentos fotográficos.



Miles de riachuelos correntosos bajan a la cuenca amazónica.



El Alto Marañón corre aún en terreno andino, formando un cañón rocoso; sus valles son de clima tropical; se convirtieron, en parte, en cacahuales por el riego del suelo seco, que en su condición natural no muestra sino una escasa vegetación de cactos, disponiendo de un mínimum de agua, bajo los rayos crueles del sol ecuatorial.

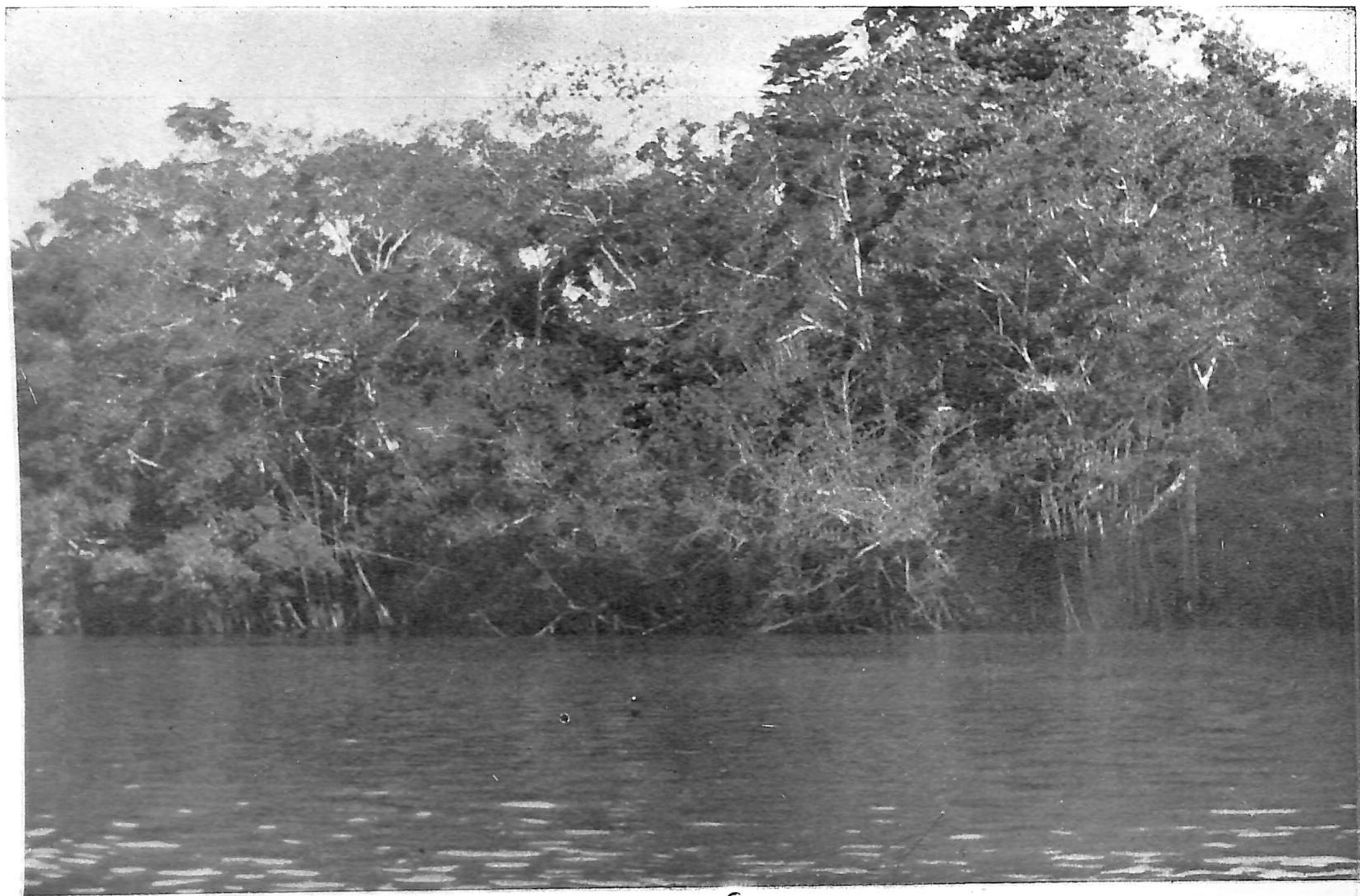


Al norte de Bagua, en la región de La Peca, el carácter árido del Valle de Utcubamba cambia. La Peca, a 900 metros de altura sobre el nivel del mar, es "un pueblo verde". Desde sus casas se ve la Selva amazónica, de los Aguarunas, que se extiende hacia el Norte.

Las regiones entre 700 y 1,200 metros de altura, de regular, pero no exagerada humedad, permiten el desarrollo óptimo de la cinchona-cascarilla, una de las tres plantas que de un modo casi trágico, aunque procedentes del Perú, no han podido establecer para el país el papel productor mundial que parece natural: quina, coca, jebe.



Vista aérea sobre el río Ucayali, con el pueblo de Pampa Hermosa y el río Cushabatai (Cuxhiabatay o Manoa). Meandros enormes, actuales y abandonados, cochas.... un pueblo con algunas chácaras, y la selva ucayalina. (Cortesía del Servicio Aerofotográfico Nacional).

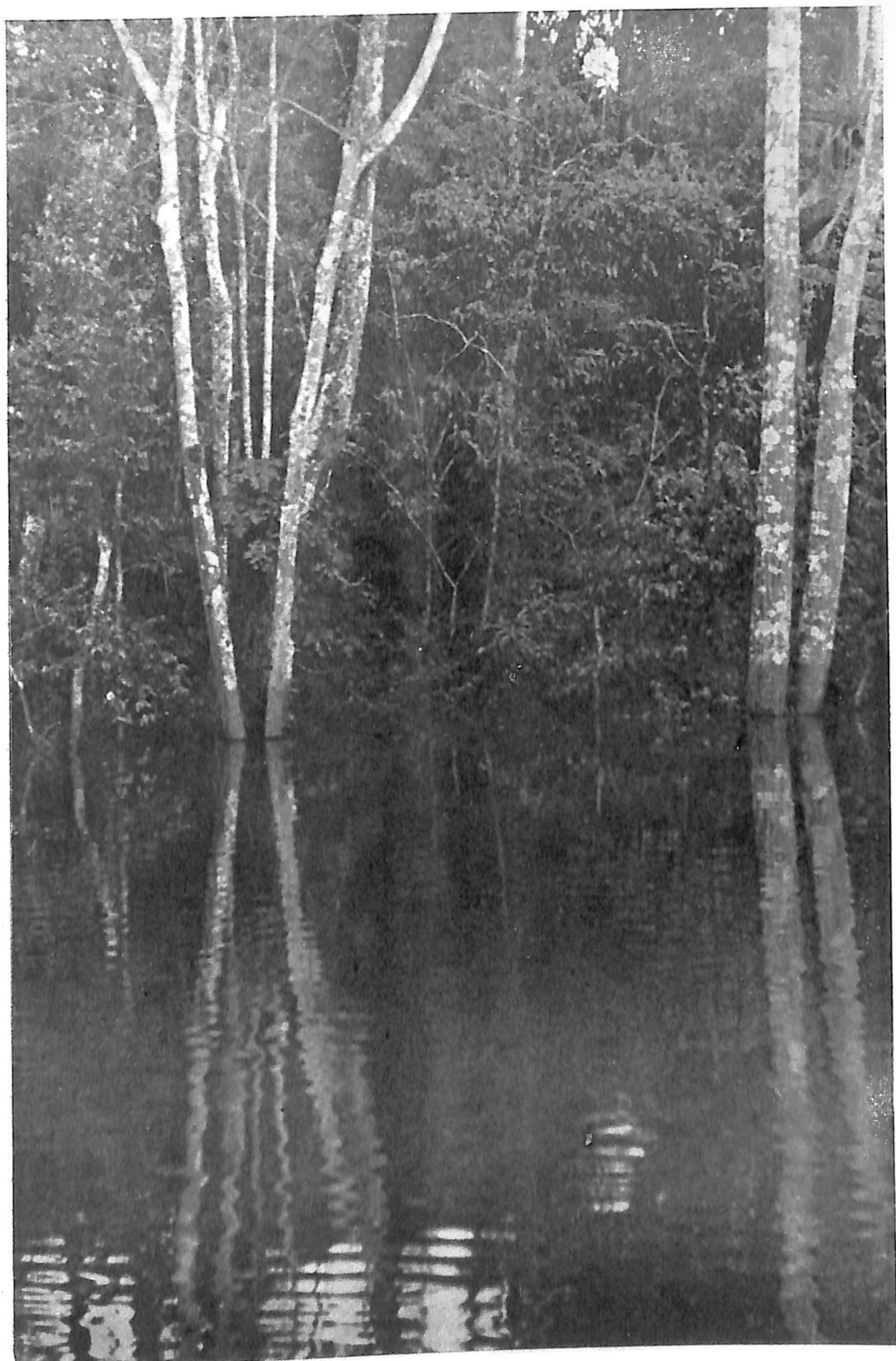


Un río chico de la selva ucayalina con su vegetación ribereña de "renaco"—mangrove.



La selva virgen a la orilla del río.

El "jebe fino" (diversas variedades de Hevea brasiliensis) crece en terreno inundable. En los años 1933 a 37, su producción mundial variaba alrededor de un millón de toneladas. La mayor producción de toda la Amazonía se obtuvo en 1912, con cerca de 47,000 tn. Las plantaciones han reemplazado grandemente la recolección silvestre, arcáica y poco económica, que exige plantas, muchos hombres y transportes costosos. Así como la agricultura ha substituído la cosecha de frutos silvestres, el cultivo denso de plantas útiles se impuso por razones económicas.



El río merma y la selva inundada comienza a surgir; cada árbol guarda en su tronco la marca y medida de la inundación "hibernal".



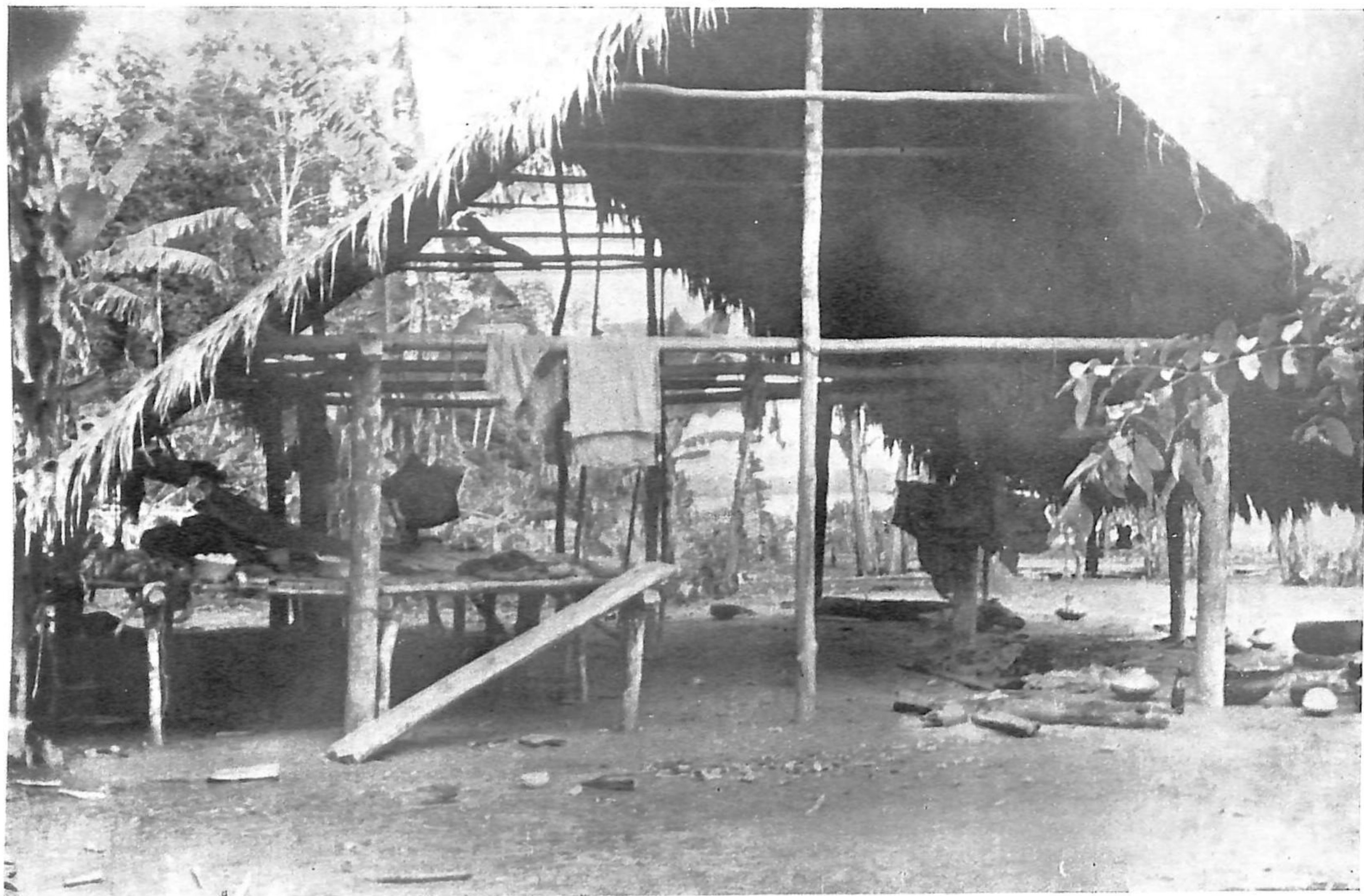
cuadros se observan, también, en el Amazonas mismo, Paisaje del Bajo Marañón, con ganado que pace. Tales
en el Ucayali, y especialmente en el Alto Ucayali y Alto Huallaga.



Tráfico con balsas, río abajo, un método arcaico y universalmente aplicado por la humanidad, para viajar y para transportar carga, método que hasta hoy tiene importancia en nuestra Amazonía.

Actualmente "el palo de balsa" tiene valor subido por emplearse para la construcción de aviones, pero su existencia ha disminuído peligrosamente y en muchas partes,

(Palo de Balsa — Ochroma boliviana).



Casa de Chama—Indios, río Ucayali.



Casa diurna de Yagua—Indios, río Amazonas.



Dormitorio o "Cocamera" de Yagua—Indios, hecho de hojas de palmera y completamente cerrado, de día y de noche.



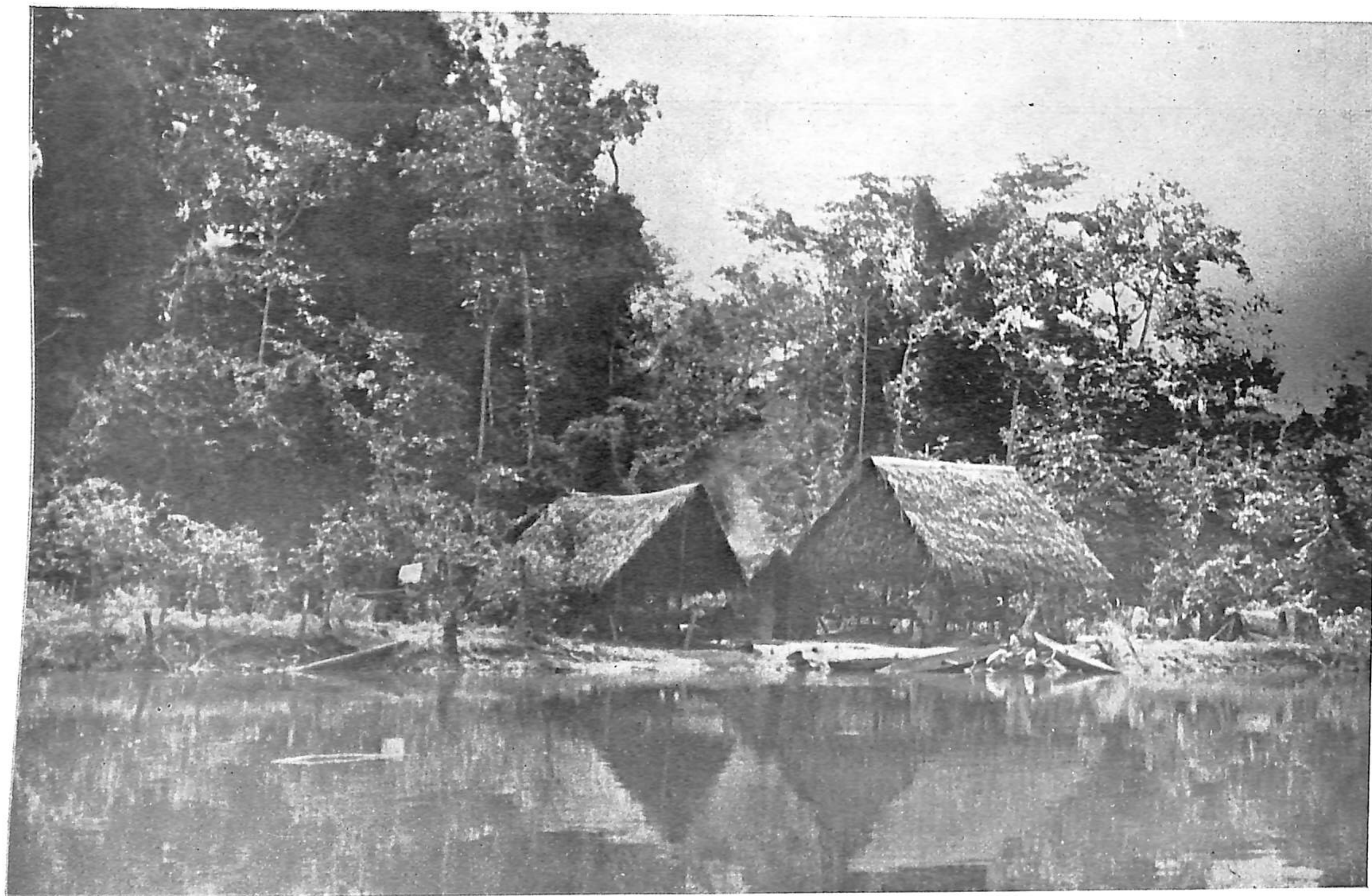
Casa de Campa—Indios, río Perené, situada en un pajonal alto, con una tejedora.



Abrigo temporal de Chama—Indios, cerca del río, para la pesca. La familia ya tiene mosquitero



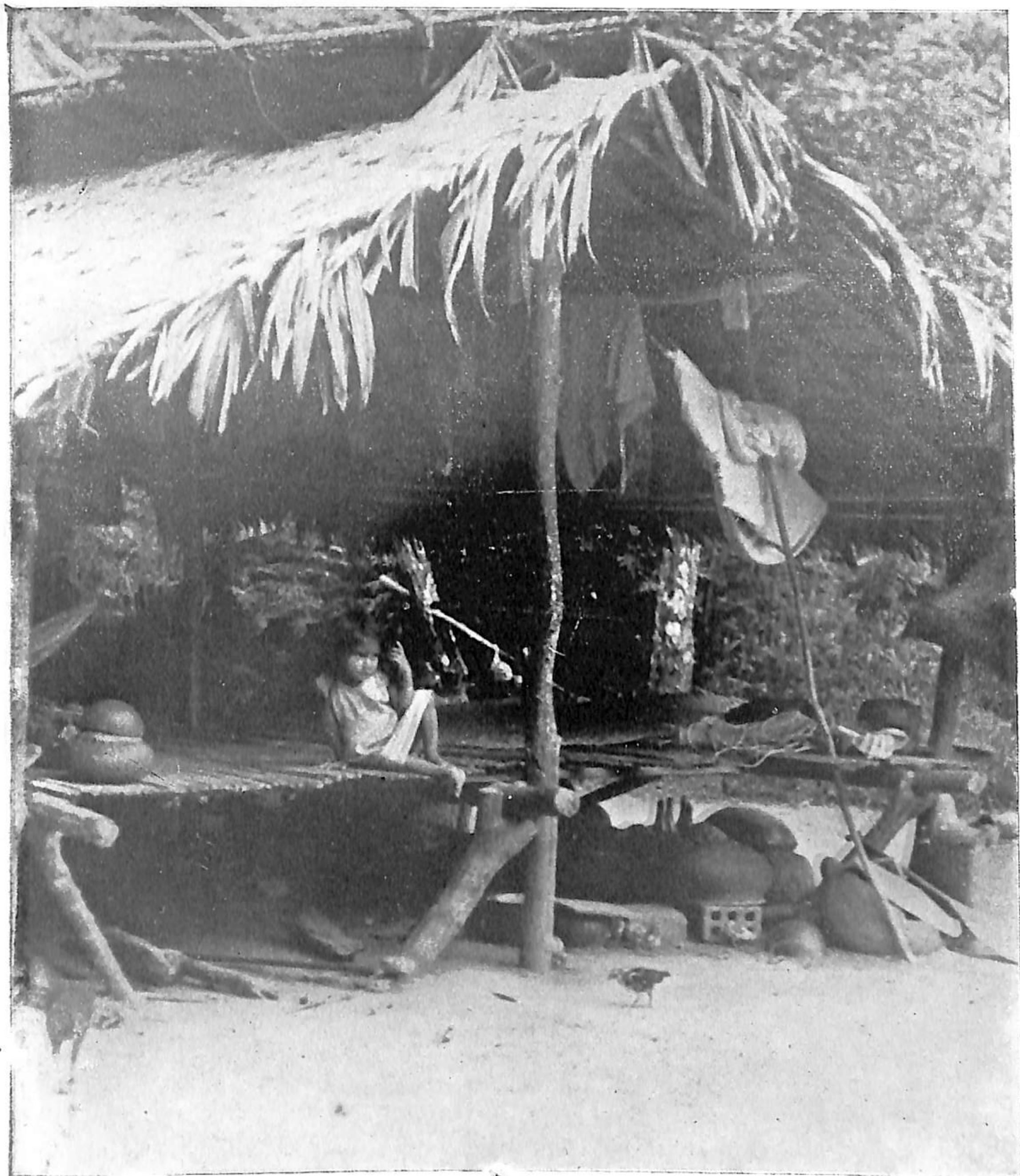
Vista de Huambo. En la parte andina del Oriente ciertos pueblos guardan un carácter medioeval. Son pueblos agrícolas y, por ende, semidesiertos en el verano. No existen así en la Baja Amazonía.



Morada de colonos, río Maquía, afluente del río Ucayali.



Casa de colonos, recién hecha, con su cocina al lado. Una mujer prepara la comida. Aquí viven once personas; se notan dos mosquiteros sobre la barbacoa.



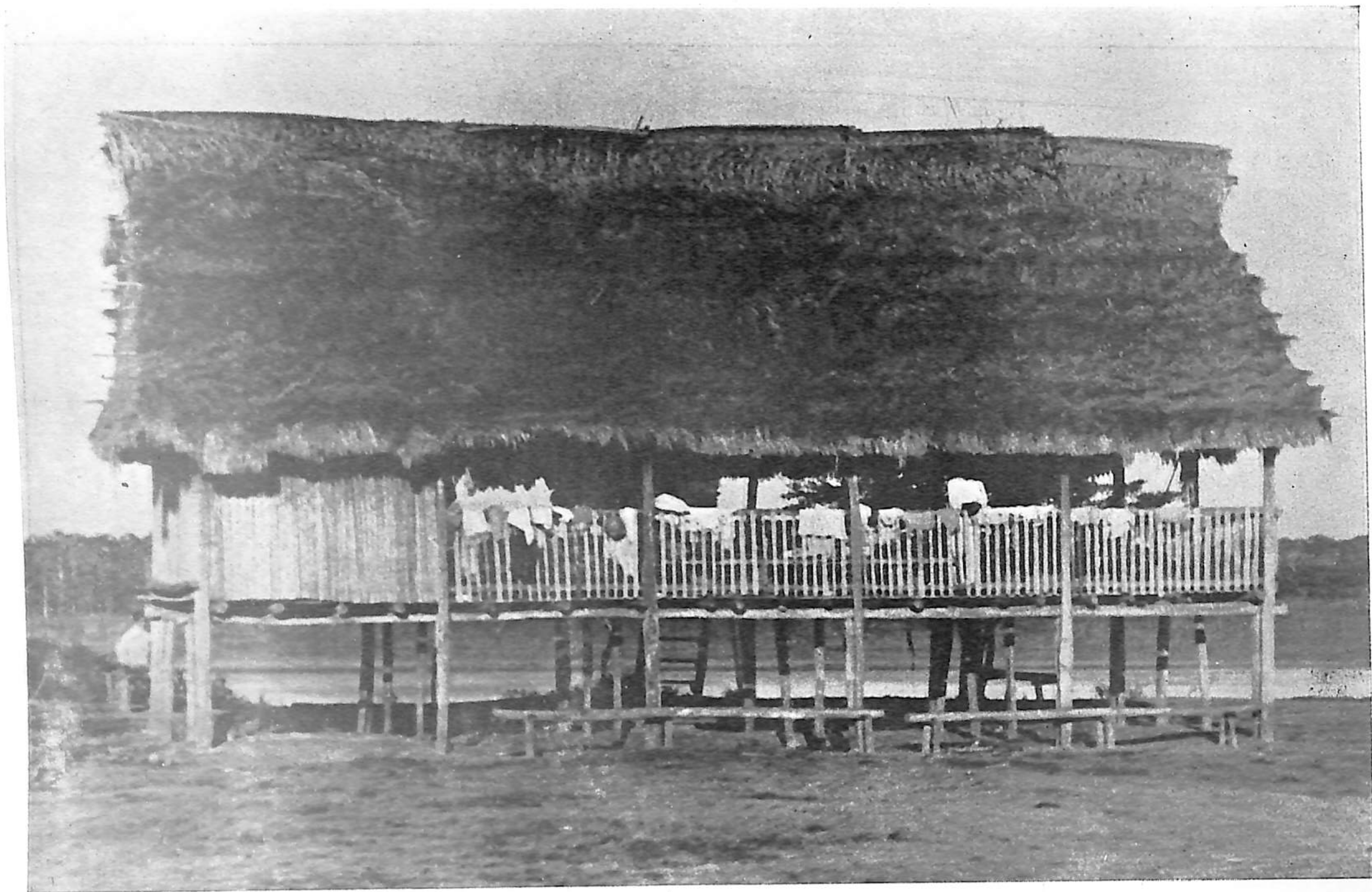
La choza del colono muy pobre, se diría más bien un abrigo temporal, pero es la morada de todos sus días. El mosquitero de la familia (4 personas) está colgado a la derecha, algunas prendas están suspendidas sobre una viga del techo. Una canasta, algunas ollas de barro, con agua, masato, una hamaca, es todo el mobiliario de la casa. Los objetos rotos se amontonan debajo del piso.



Casa de colonio; en el fondo la cocina; sobre el suelo "crisnejas", hojas de palmera, tejidas para cubrir un techo.



Muchacha moliendo maíz. Adultos y niños se agrupan en contorno, mirando.... Es la casa pobre típica, sin muebles, con excepción de una banca carcomida, de una máquina de coser muy vieja.



Una casa buena y amplia de colonos, río Amazonas.



La casa de colonos en la época de la crecida.



Caserío ucayalino.



El pueblo de Pampa Hermosa, río Ucayali (compárese el grabado No. 4).



Belem, por su caracter y sus habitantes, forma un enlace entre la urbe y la chácara.
El puerto de Belem, de la ciudad de Iquitos: balsas como viviendas y chozas del tipo rural, pero "cerradas".



Calle ("Dos de Mayo") de Iquitos, una de las múltiples calles que presentan la mezcla típica de moradas y de modos existenciales, rurales y urbanos, del habitante pobre ("rurban group" de C. J. Galpin, compárese Emory S. Bogardua, 1941, Sociology). En el centro de la calle un arroyo que recibe el desagüe; sobre la maleza se seca la ropa lavada.



Iquitos. Chozas pobres que rodean un corral que sirve como "huerta", es decir, para criar animales, para secar ropa y—como retrete para todos. La existencia de tales "habitaciones" es clamorosa; no se elimina por la creación de "barrios obreros", sino estableciendo y ejecutando un plan completo de demolición y reedificación de los "slums", los que actualmente perpetúan la insalubridad, tan común, y el padecimiento de los niños pobres. No se trata de introducir casas de "material noble", sino crear domicilios del tipo regional, pero provistos de luz, del espacio necesario, con un mínimum de comodidad—, y con retretes.



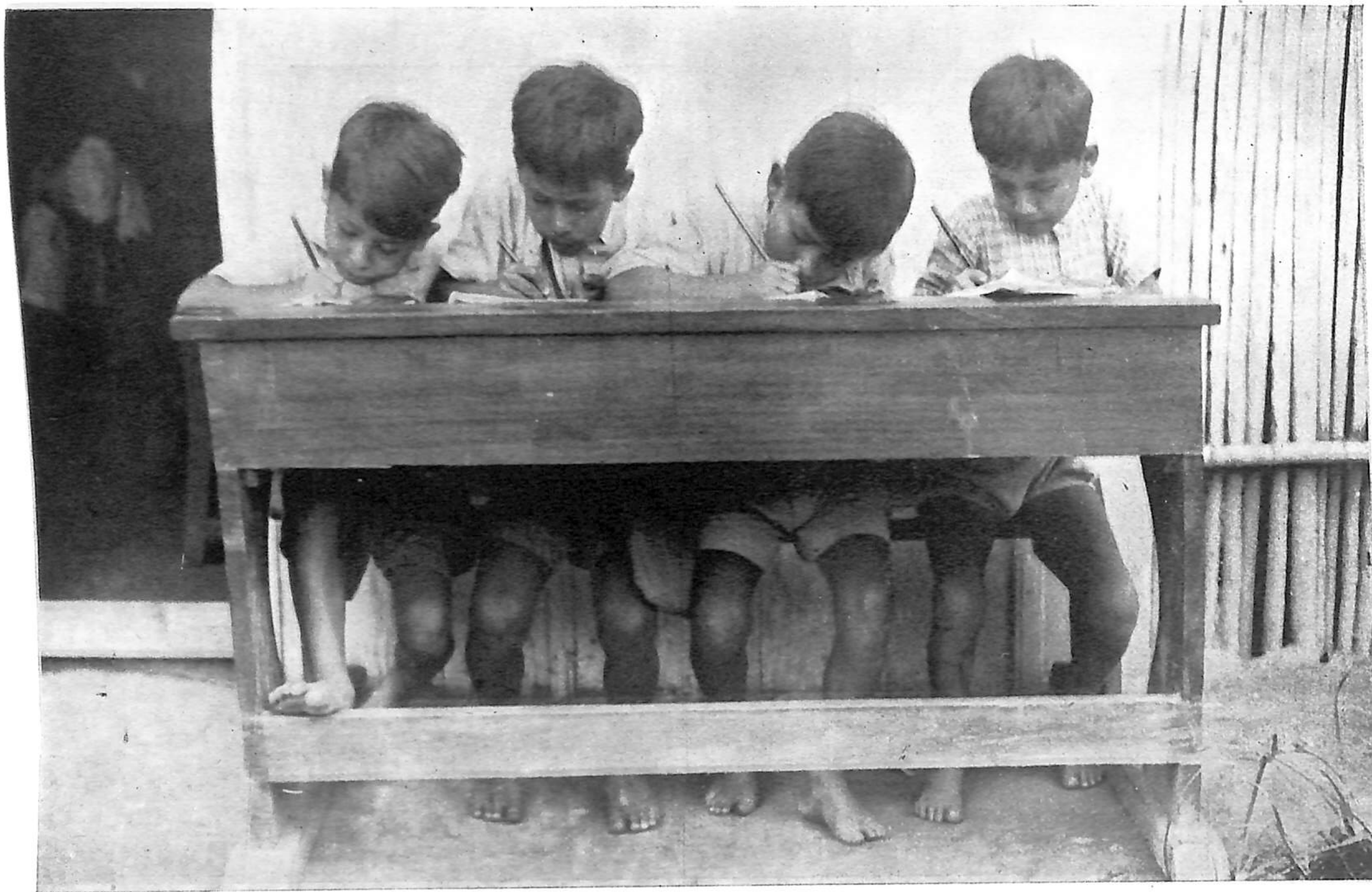
Casa pobre de Iquitos: se ve a la izquierda la cocina, al centro el caño de desagüe de la casa, y en el fondo "la huerta", que sirve como retrete para los habitantes, aquí de una, en otros casos de 3 a 4 casas; aquí andan gallinas, a menudo, también, chanchos



Pocas casas de gentes pobres, en Iquitos, disponen de retretes; si hay, a menude presentan como aquel que se ve en el grabado; y no se usan, por supuesto. Es un simulacro higiénico que ni siquiera al primer día de su instalación ha podido cumplir con su deber principal: eliminar el peligro múltiple que se deriva de la deposición de heces en el contorno inmediato de la vivienda.



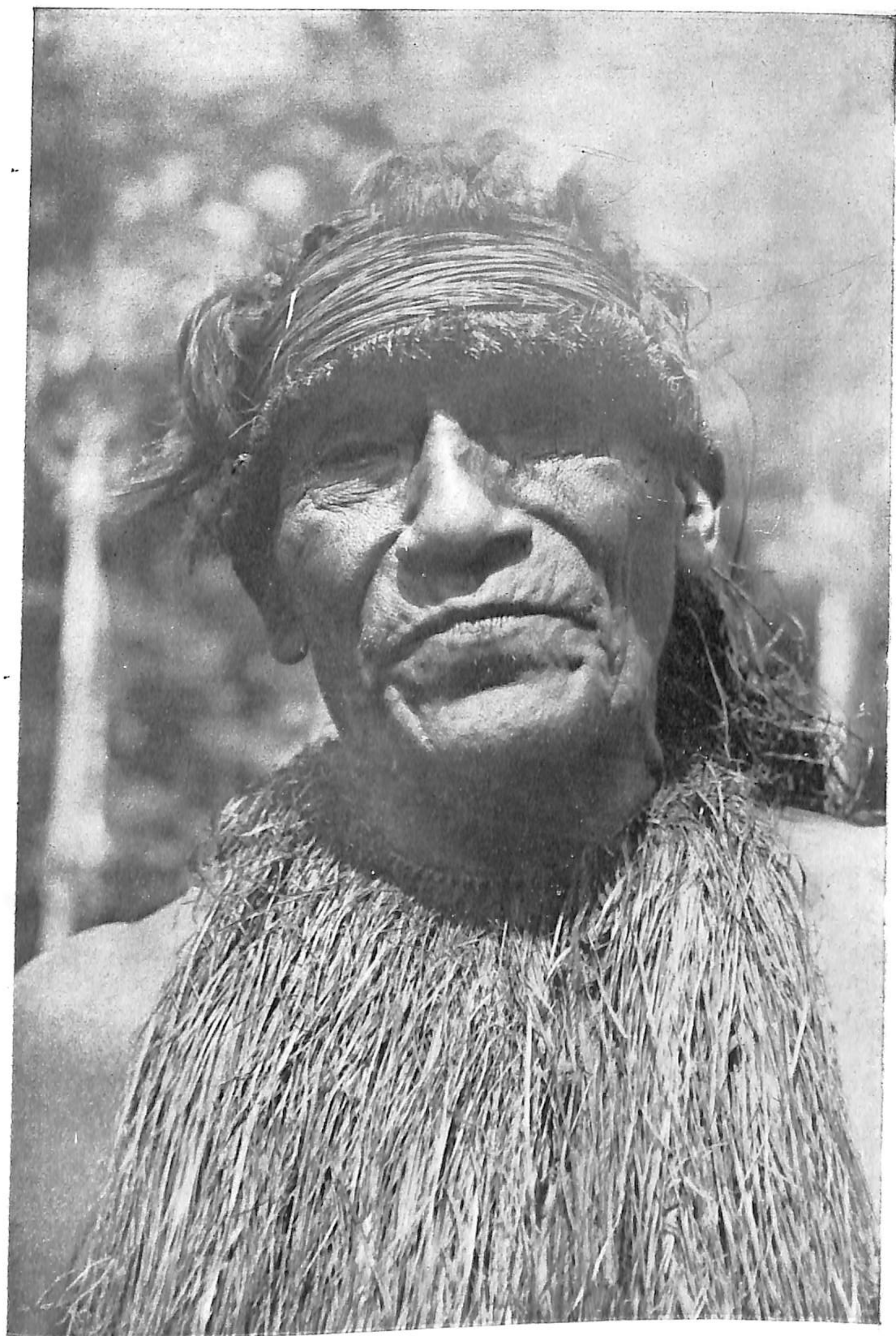
Una escuela particular de Iquitos. La luz entra por la puerta. En el salón hay dos camas. Cada niño paga tres soles mensuales. La maestra sigue sus quehaceres domésticos enseñando .....



Las escuelas elementales son pobres y los alumnos abundan. Así ocurre que los escolares deben acomodarse como pueden, lo que sería peligroso cuando siguiesen la enseñanza por mucho tiempo. Estos cuatro muchachos recibieron un deber después de haberse puesto su pupitre fuera del salón de enseñanza; lo hicieron con todo empeño demostrando así la imperfección peligrosa de su acomodación.



Casa de la región de Bagua, temible por su paludismo: Dos camas con sus mosquiteros, verdaderas jaulas de anofeles. La protección es ilusoria porque el hombre se acuesta mucho después de las horas peligrosas, se levanta de noche de su barbacoa, y ésta, tampoco, es suficientemente cerrada como para impedir que los zancudos entren por debajo; si se toma coca o cachaza, ni siquiera las picaduras molestan......



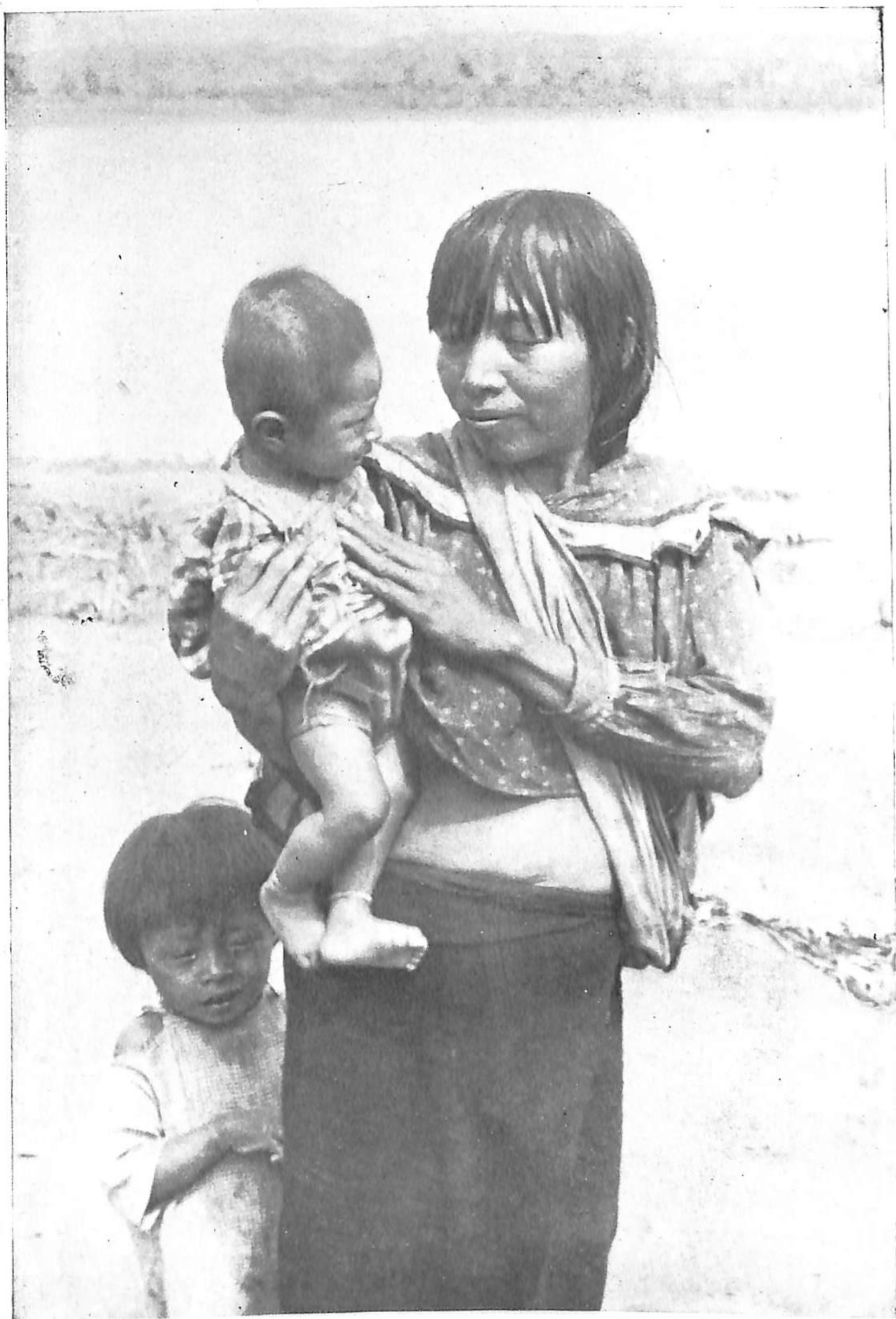
Una Yagua, bisabuelo, de posiblemente setenta años, que ha visto aún los comienzos de la colonización mestiza. Recientemente se le acaba la vista, no puede más cazar; pero es fuerte todavía y nos demuestra el vigor y las ventajas de la antigua vida india de la cual nunca se ha apartado. Tiene su dentadura, no muestra canas.



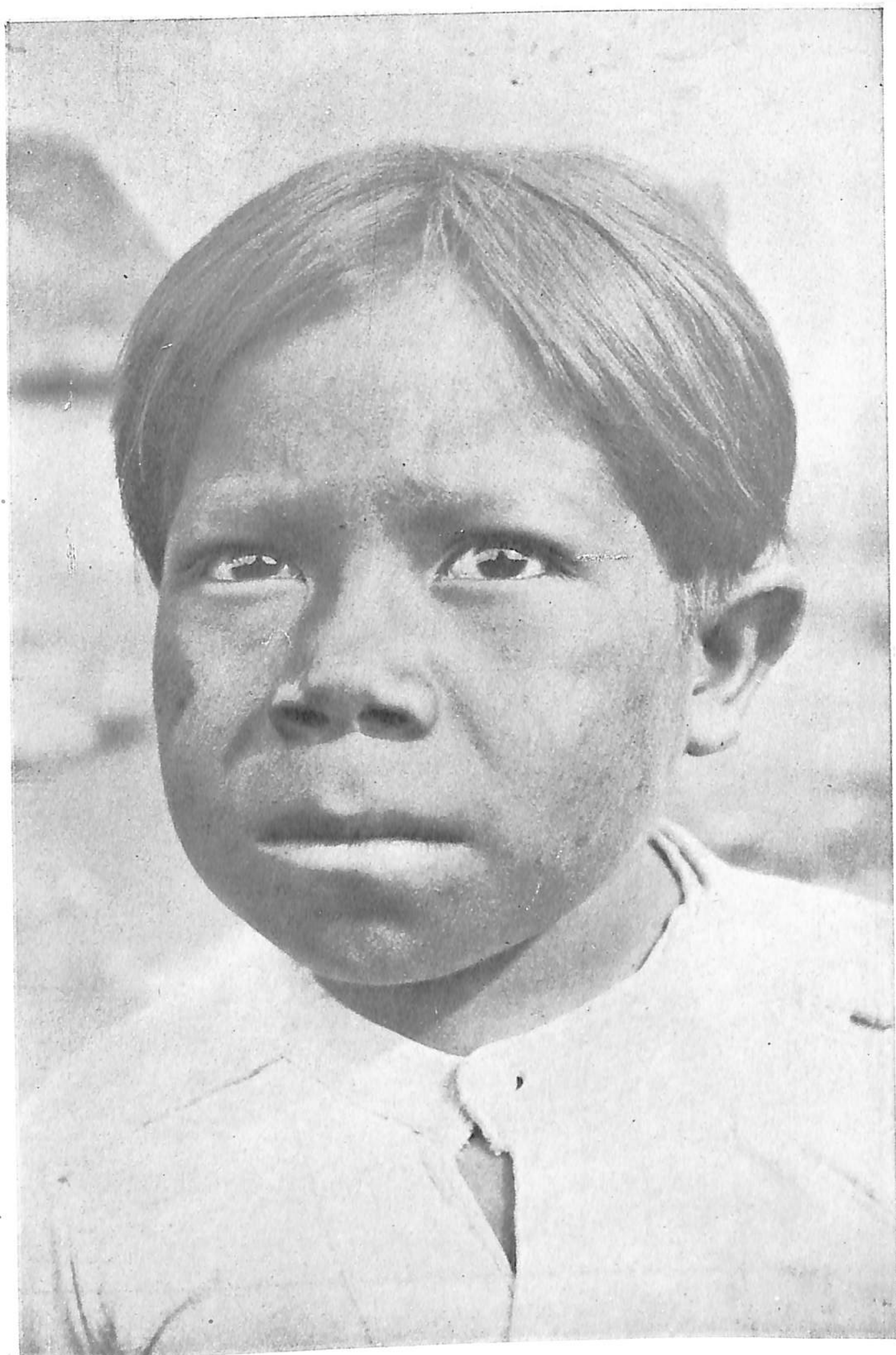
India Yagua con sus hijos, sana, alegre, prolífica. Los indios, apenas púberos, se casan y sus familias prosperan conforme a su condición natural que asegura su comida diaria, amplia y protectora, resultante del espacio disponible y de su autosuficiencia basada en éste y en sus cultivos adicionales.



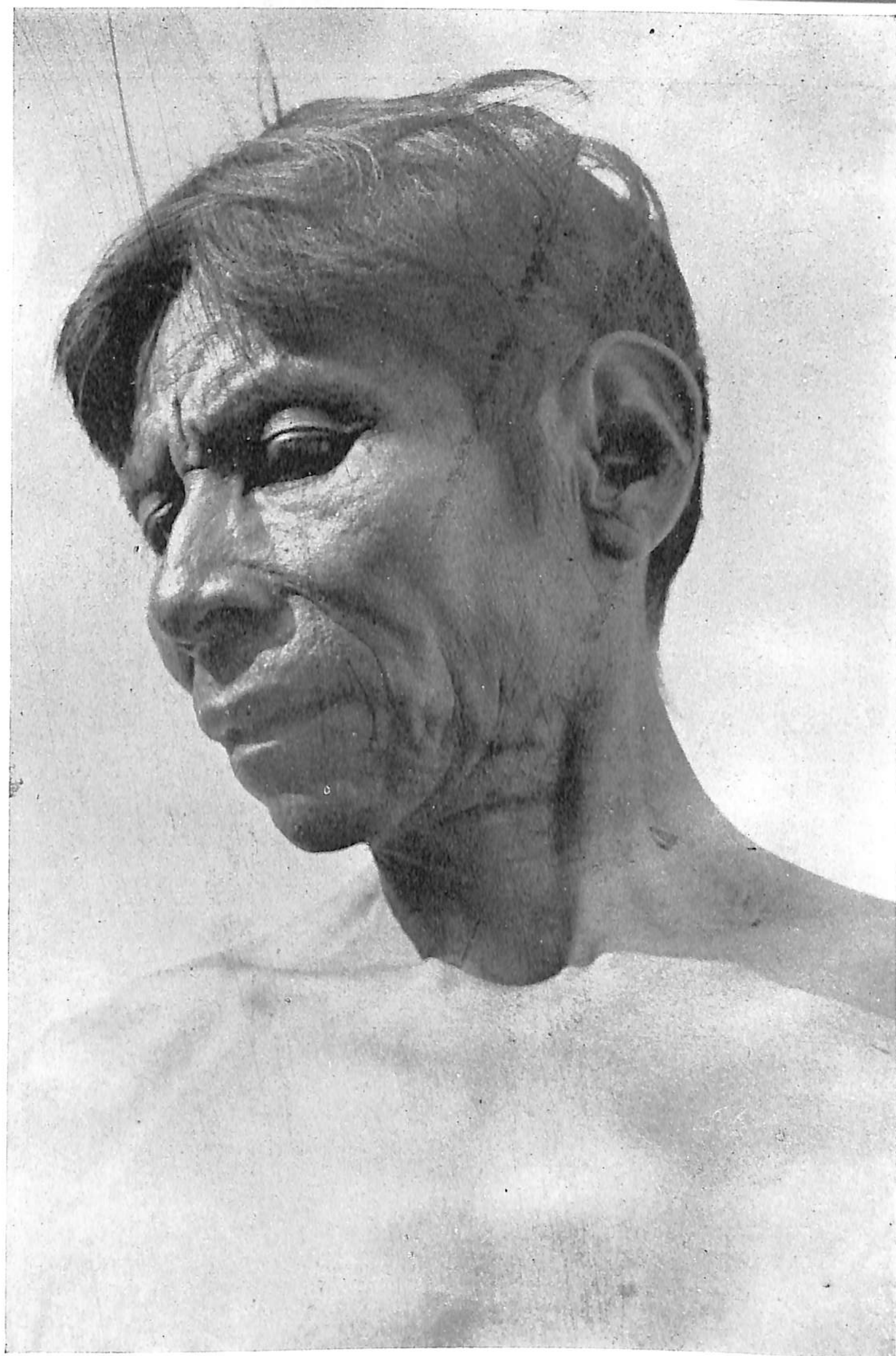
Hombre de "La Peca", último pueblo del Valle de Bagua, frente a la selva de los Aguarunas, con una población muy india y bastante vigorosa.



Chama-India del río Ucayali. Las vendas mágicas se combinan con el traje que es una concesión a la manera de vivir del "civilizado". El hijo mayor sufre de "mal de ojo".



Joven Cocama—Indio del río Marañón.

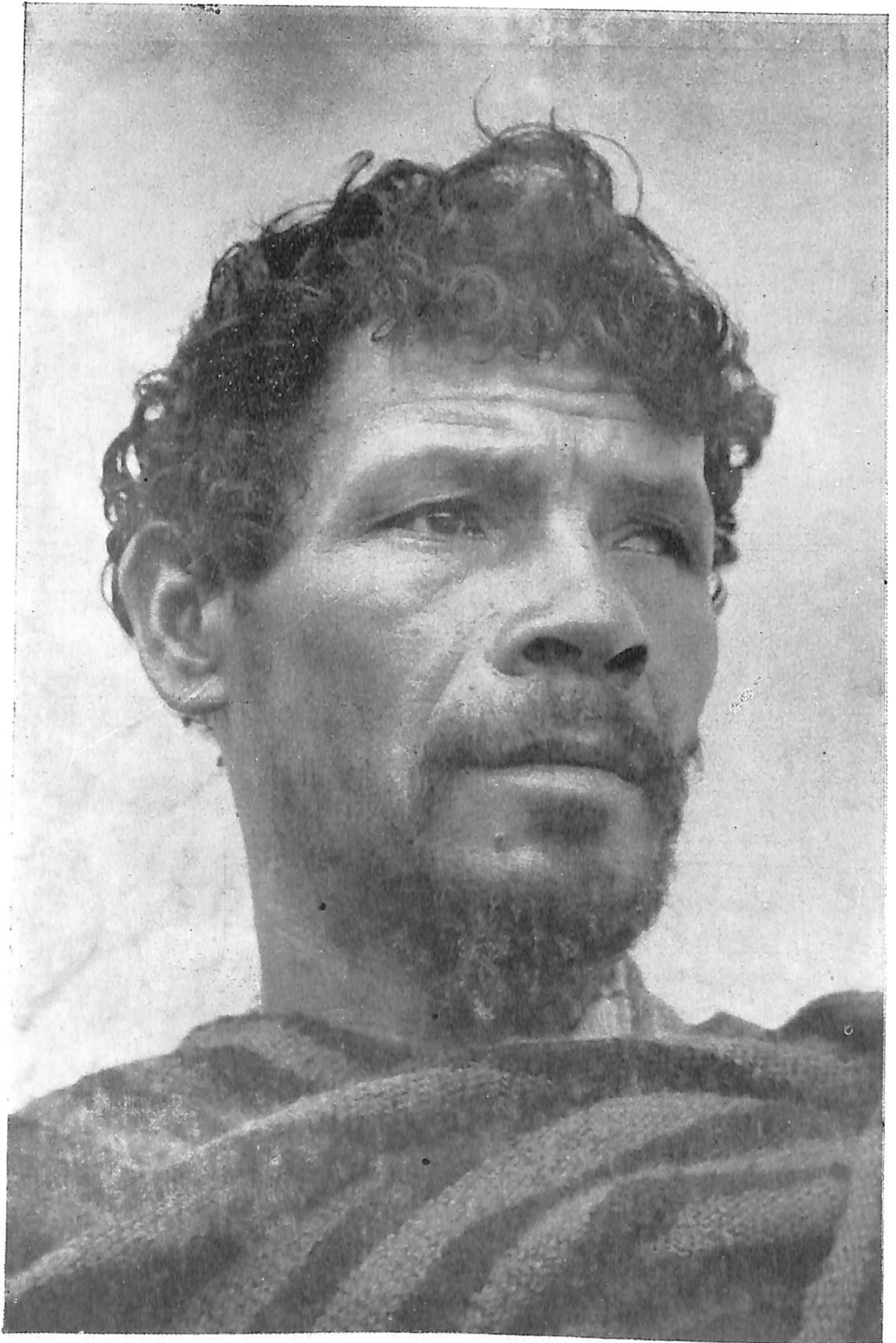


Indio balsero del Alto Ucayali.

En el libro "La Selva Peruana", para un grupo determinado de autóctonos, la variedad de sus tipos físicos fué objeto de demostración. Aquí no trato, ni de lejos, problemas de Antropología física. Tampoco, de los orígenes del indio sudamericano, sino del espectáculo fenomenológico que ofrecen ciertos grupos que se encuentran en la Amazonía peruana. Trato del mestizaje que se sobrepuso a procesos fundamentales que pertenecen de un modo algo opaco al pasado continental. El lector para informarse puede consultar la obra de Pablo Martínez del Rio: Los orígenes americanos, México, 1943.



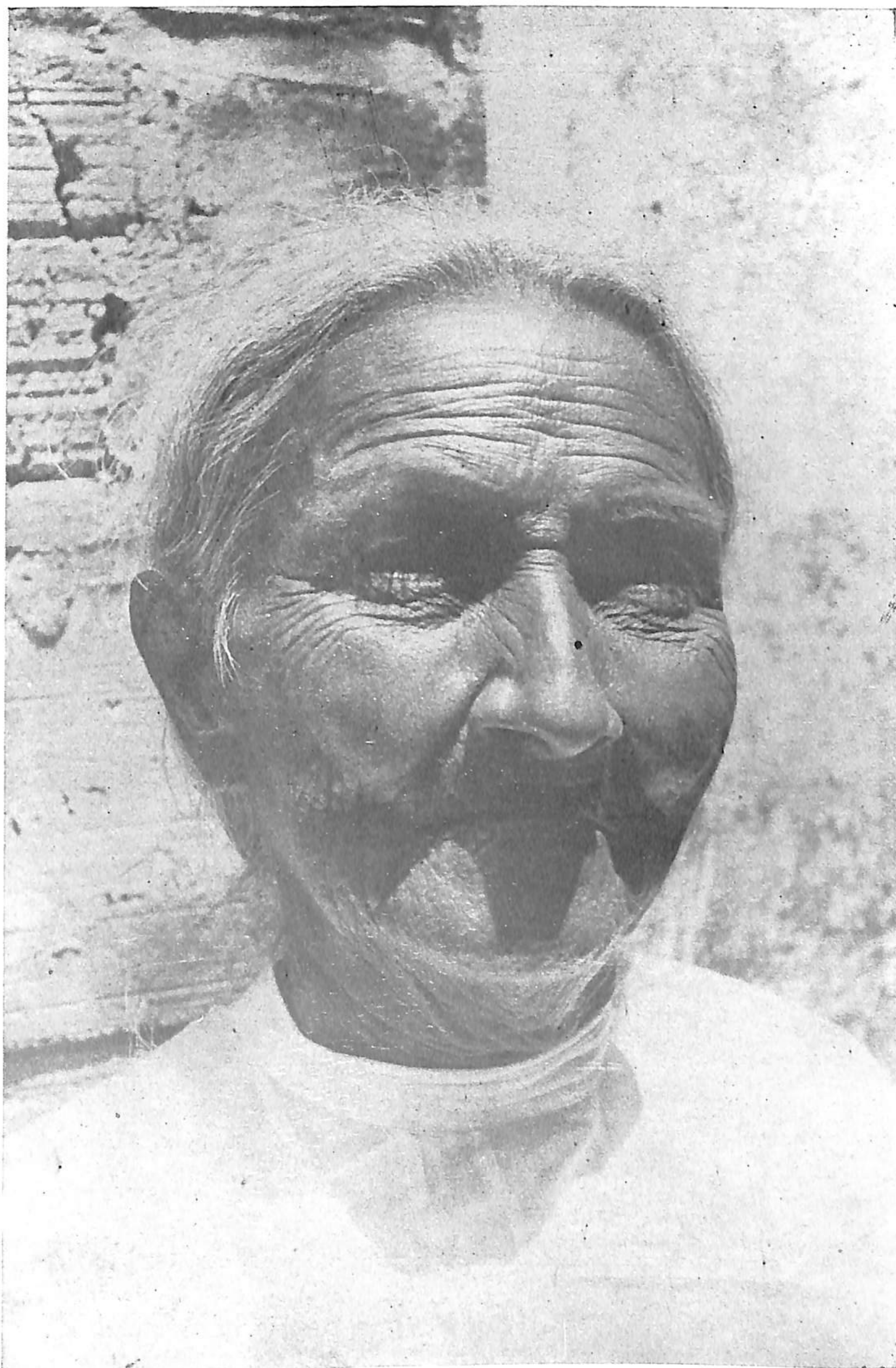
La madre india con su hijo rubio, de ojos azules, que guarda, más o menos, el tipo de su padre, de ascendencia española (vándala). Valle de Guayabamba, departamento de Amazonas. Es una ilustración viva del "crisol de razas" que es la población de estas comarcas.



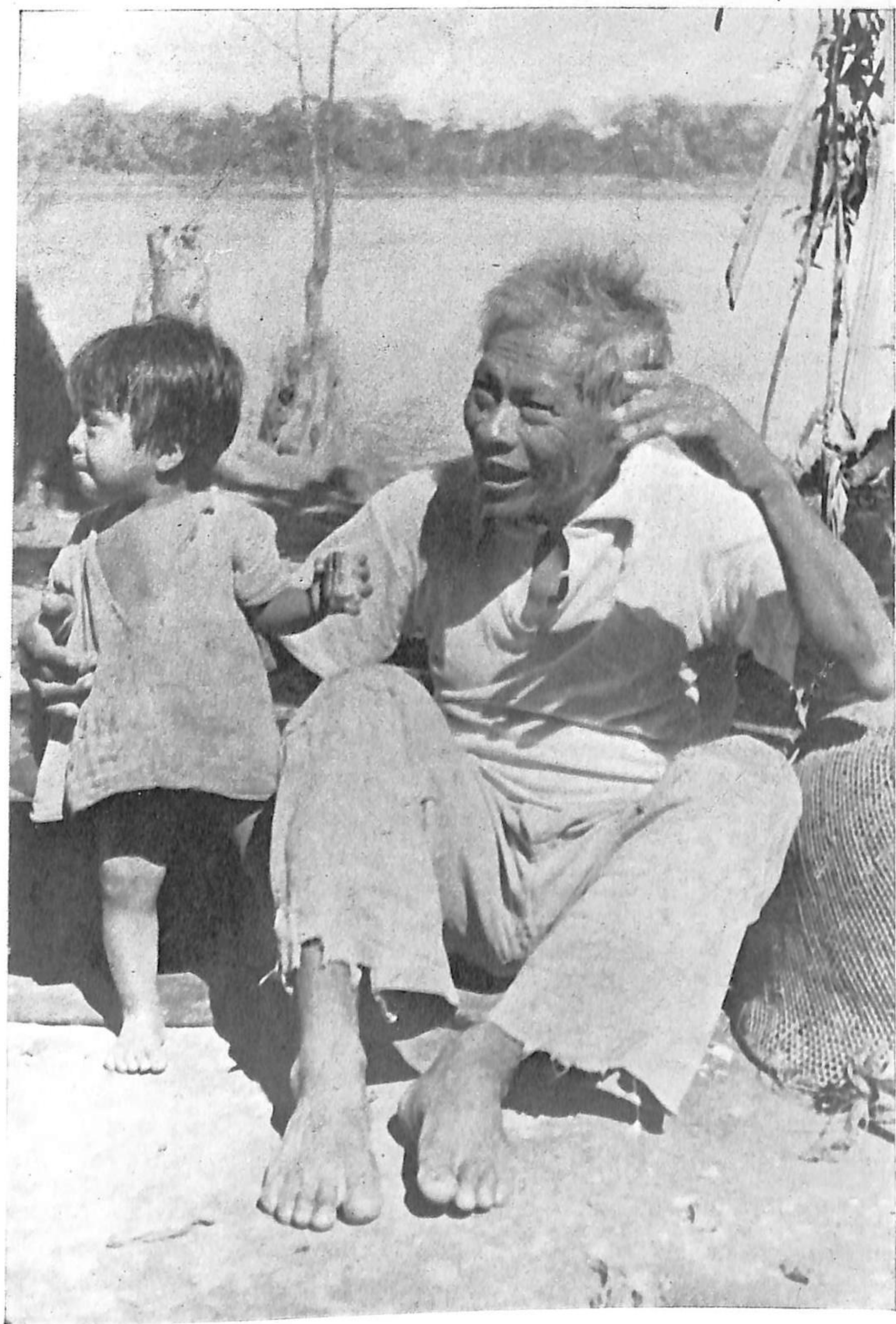
El hombre de mezcla africana. Su ojo izquierdo se ha perdido a raíz del "mal de ojo". Desde la Conquista hasta hoy hubo cierta inmigración de negros y mulatos, sin duda alguna mayor de lo que señala el Censo de 1940, aunque absolutamente no muy fuerte. El mestizaje, con el resto de la población pobre, es profuso. *No hay principios de "casta", no hay odio racial; pero sí, hay tendencias hacia el blanco, tendencias de mimetismo y de elección matrimonial.* Es el mismo proceso que Herskovits describió en mulatos de los EE. UU. y Davenport en Jamaica.



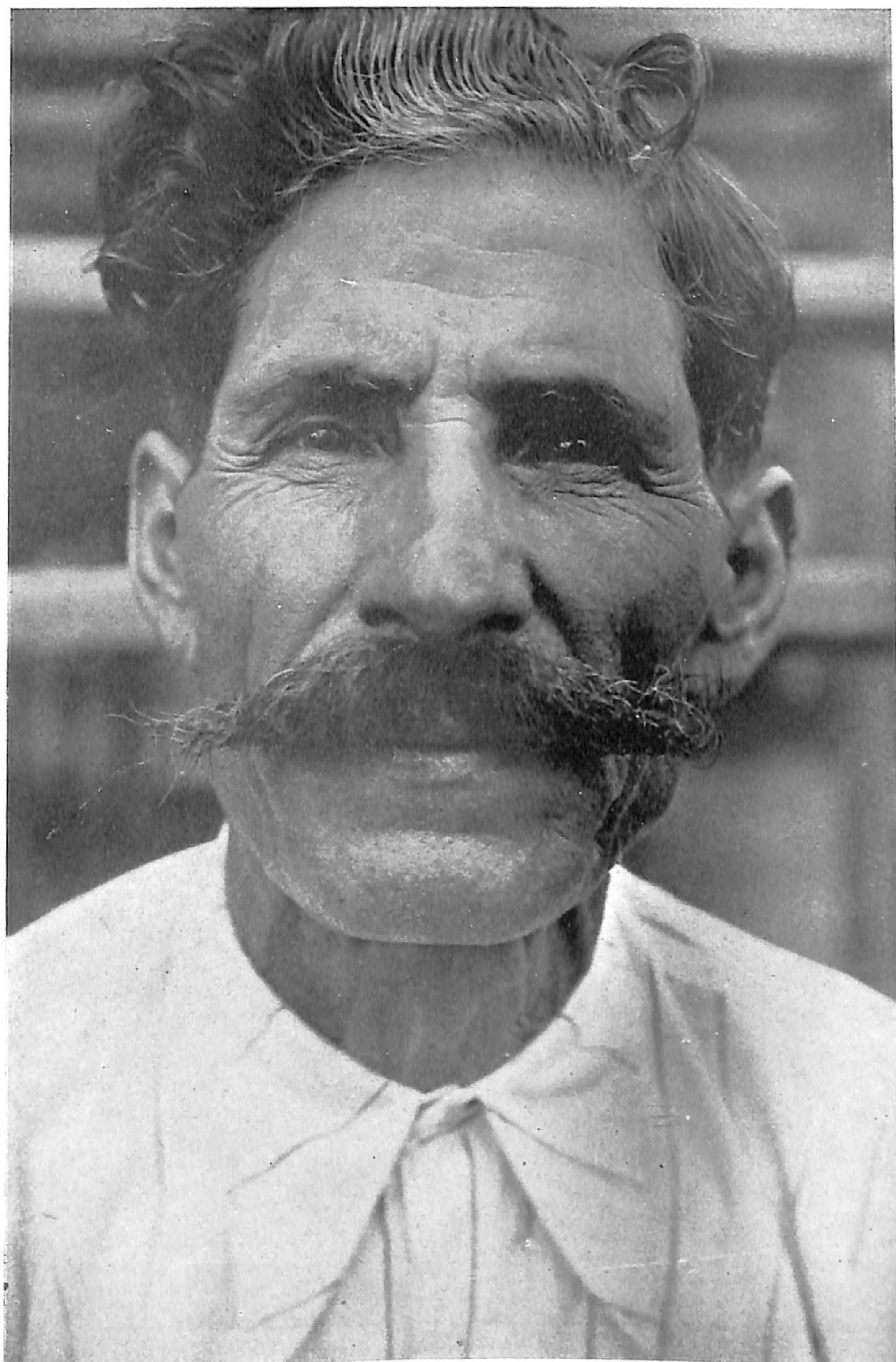
Hombre del Valle de Bagua, agricultor, perteneciendo a este grupo de inmigrantes antiguos que, mezclándose hasta cierto grado con los pobladores anteriores, se ha comprobado como elemento valioso no sólo para su tierra subtropical, andina, sino para invadir la planicie amazónica y para "colonizar" la Selva. La mayoría de estos colonos "natos" procedía del departamento de San Martín.



La nonagenaria, que vive ya más de cincuenta años en Loreto, pero que nació y se crió en Tarapoto (San Martín).



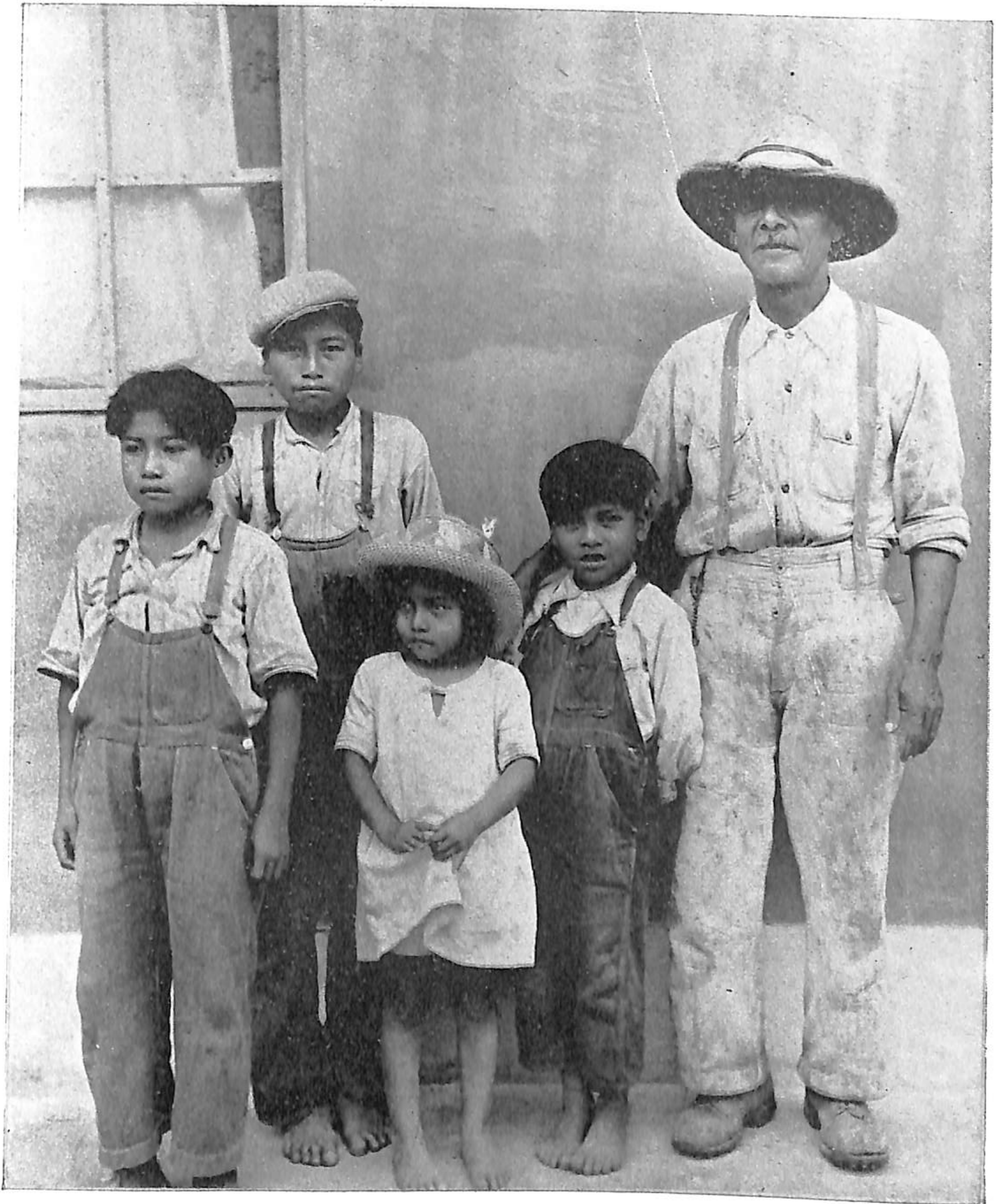
Colono del río Amazonas, con su nieto. Nacido en Tarapoto (San Martín) el hombre vive ya 30 años en Loreto, un pobre, contento, sin mayores preocupaciones.



El inmigrante sirio, de Beyrut, hombre muy trabajador que fundió una numerosa familia con su mujer regional; el hombre recién fallecido dió un ejemplo de la influencia decisiva que ejerce la cualidad de los padres sobre el florecimiento de una familia.



Un tipo bueno de colono mestizo. No es burgués. Tiene más bien ideales que principios. Atiende con gusto a cosas no existentes, sin aprecio por su existencia actual. Se burla un poco de todo. Es un intruso recién llegado a esta comarca, y vive pobremente. No ha podido desarrollar, ni la tradición épica de los malayos, ni la riqueza imaginativa que resuena en las "Mil y una noches". Es producto de los grupos diminutos de indios y de inmigrantes, que han roto con su pasado.



Serrano, casado con una mujer Campa, con 4 de sus 9 hijos que siguen el buen ejemplo de su padre, hombre sobrio y trabajador, por lo menos desde que pasó el "Sturm und Drang", la época impetuosa de su primera juventud. En una región de mortalidad infantil muy elevada (Colonia del Perené), esta familia fué una de las pocas florecientes, lo que demuestra el papel decisivo de la calidad de los padres. Sin embargo, en esta casa se comió bien; no se tomó ni cachaza, ni coca.



Familia tirolesa de Villarrica. De la antigua colonia de Posuso diversas familias se han trasplantado a sitios de clima más clementes, como Villarrica; por la interrupción de esta inmigración los descendientes de las familias "puras" han contribuído a fomentar, asimismo, el mestizaje de la población amazónica, entrando en la Baja Amazonía por el río Pachitea.



La mujer del pueblo, cuya vida es ininterrumpido cansancio, y una serie interminable de obligaciones después de la juventud que pasa con la rapidez de un relámpago: embarazos, niños, y nuevos embarazos, y lavar ropa, día tras día, esa es su vida; su cara y sus manos lo demuestran a quien se interesa por algo tan trivial como la madre pobre y sufrida, en verdad muy trivial, pero quinta esencia de la vida amazónica, alma insustituíble, defensora única del hogar.

La distrofia infantil se observa especialmente en la ciudad y en los pueblos enteramente parasíticos, cuando la madre no puede o no quiere amamantar a su hijo. La disminución apreciable que se nota en la mortalidad infantil de Iquitos, se debe al Servicio Materno-infantil que salva la mayoría de estas criaturas que antes morían sin excepción alguna. La mujer loretana, por lo general, da de mamar, y por eso en el campo, cuadros como éste, no se ven; entre los indios, por supuesto, las distrofias no se observan nunca.

El tétano del recién nacido aún es acontecimiento bastante frecuente, debido a la falta de atención higiénica durante y después del parto. Hasta en Iquitos mismo, más del 90 por ciento de los partos es atendido por "comadronas", mujeres del pueblo, sin conocimiento alguno que las califique.



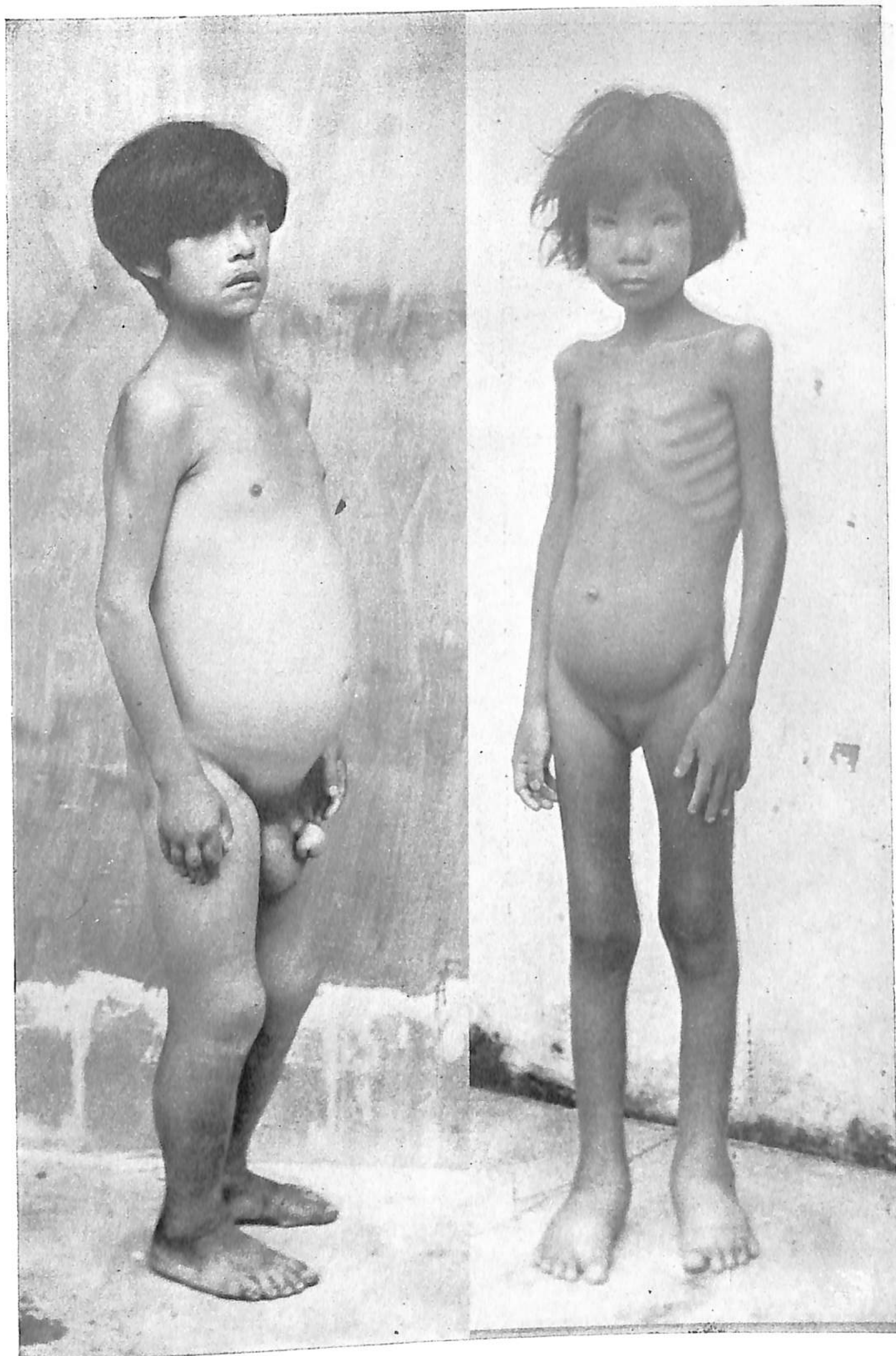
El "posheco" o "ponguete" (*ponguete*, probablemente de *pongo*, *criado indio*, quizá, aludiendo originalmente a la condición desnutrida del "criado", hecho social que he discutido en el texto; *posheco*, de *pocho*, *descolorido*, por conversión de ch en sh, como ocurre típicamente en quichua), el niño triste, pálido-verde, que sufre de anquilostomiasis anemizante. Todas las consecuencias de esta complicación gravísima de la juventud amazónica se notan: la barriga abultada, la postura pésima, los pies planos. ¡El posheco ha de desaparecer! Sin embargo, en la actualidad de la vida pobre, muy pocos niños escapan a las influencias mutilantes de la situación que hace al posheco. Aunque no siempre se presentan así, su vida es una cadena de ataques, de mejorías y de recaídas. Vencer esta condición, será un paso principal para un "saneamiento", para una regeneración de la vida cívica, una colonización definitiva.



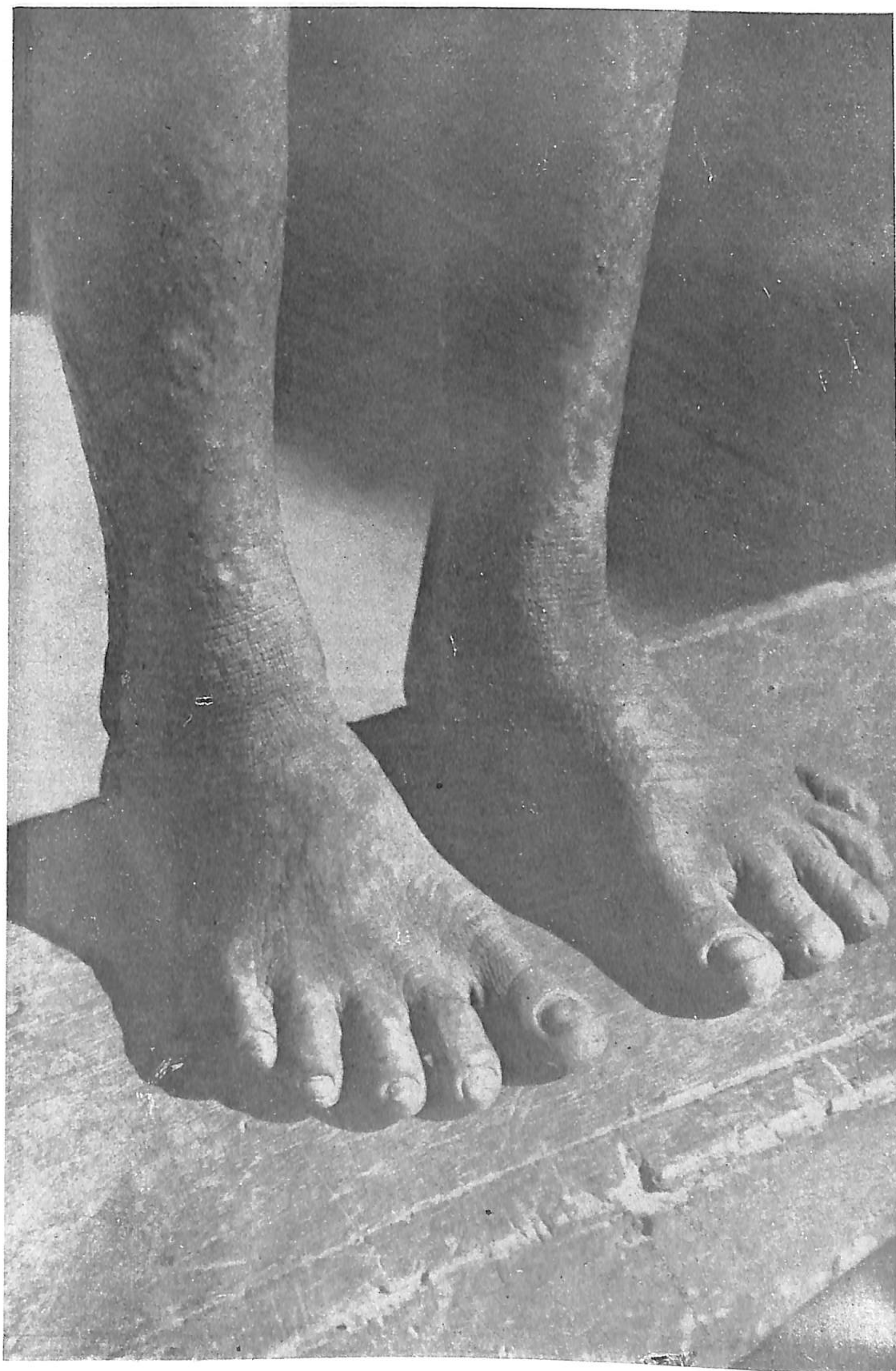
En "Los escolares de Iquitos" la condición del niño pobre de la ciudad fué objeto de estudios analíticos. Dirigiendo la atención del lector en esta exposición anterior mía, me limito a presentar a estos dos muchachos. Dan una idea acabada de la mala influencia que ejerce la vivienda pobre, su malnutrición y sus parasitismos, sobre la condición física de muchos jóvenes. Termina la época del vientre abultado, comienza el enflaquecimiento, viene la ptosis intestinal, queda la respiración mala, la pobreza muscular, en suma la mala postura que a menudo induce, también, la mala gana. La vida achacosa intrínsecamente influye sobre la educabilidad y la personalidad de los futuros moradores.



La reacción del individuo preparado que nuevamente sufre una reinfestación fuerte del anquilostoma. Por la picazón que la acompaña, ésta se llama vulgarmente "comezon".

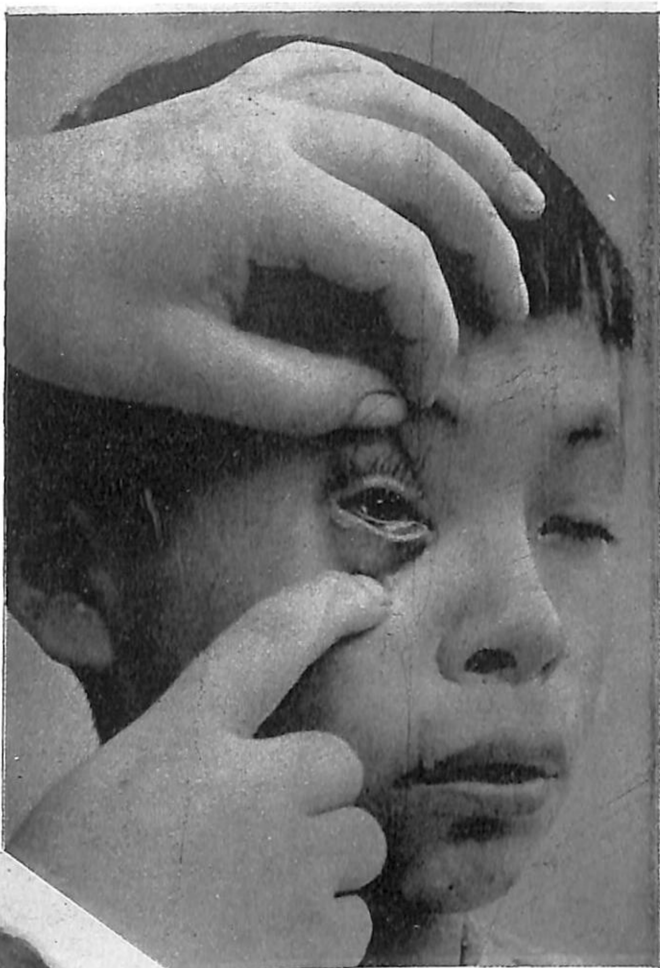


El edema del hambre, edema hipoproteinémico, la "opilación" de la Amazonía, la "Bouffissure d' Annam" de Asia, el "syndrome du Kwango" de África, todos productos de la misma insalubridad de la vida pobre de los trópicos, se deben a una anemia crónica profunda que resulta de la sinergia de la anquilostomiasis con la desnutrición proteínica: *a la izquierda*, un serrano, jornalero de una hacienda de café, víctima del "nomadismo rural" primitivo; *a la derecha*, una campa "domesticada" de un fundo del Alto Ucayali, infestada, hambrienta.

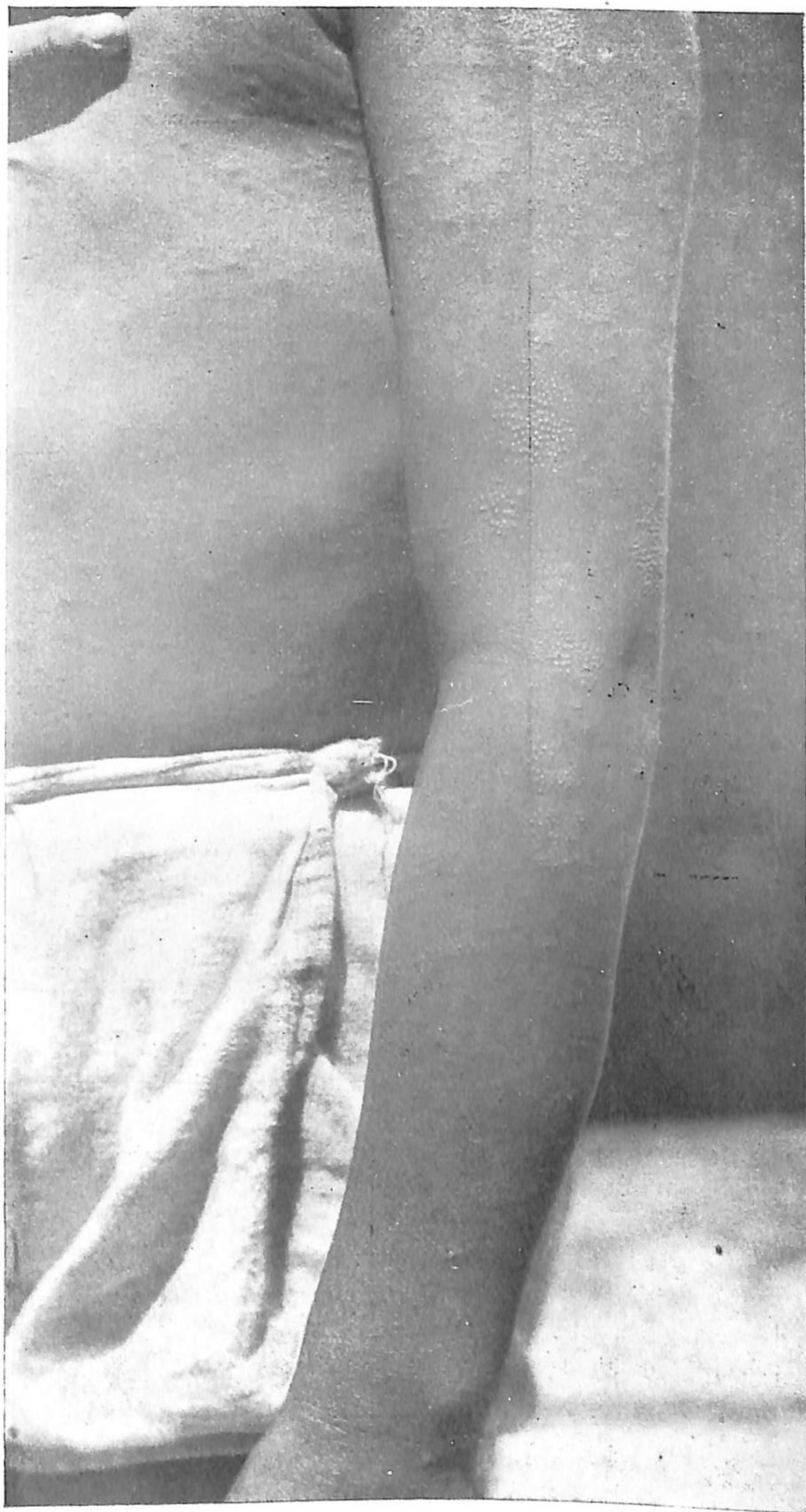


La piel martirizada de las piernas, cicatrizada, áspera, eczematosa, consecuencia de picaduras continuas, del raer con las uñas, de infecciones secundarias, un terreno bien preparado para las úlceras crónicas y para toda clase de superinfecciones.

La precarencia de la vitamina A determina que cualquier inflamación de la conjuntiva origine microlesiones corneales que fácilmente se convierten en úlceras que pueden perforar e infectar la cámara anterior del ojo, provocando una panoftalmia. Lo que el "test" de Mouriquand, Rollet, Chaix, y Corbieres demuestra en el animal de laboratorio, lo exhibe el hombre desnutrido de la Amazonía con ocasión del "mal de ojo", de la conjuntivitis epidémica del tipo Koch-Weeks. Muy a menudo, el médico puede observar los principios de la destrucción corneal (como se ve en el niño arriba reproducido), frecuentemente, nota cicatrices, turbideces, hasta ceguera, como residuos de ataques anteriores. Relativamente muy frecuente entre los colonos pobres, el fenómeno casi nunca se nota entre los indios autóctonos que siguen aún su vida arcáica, "zoística", acomodada al ambiente.







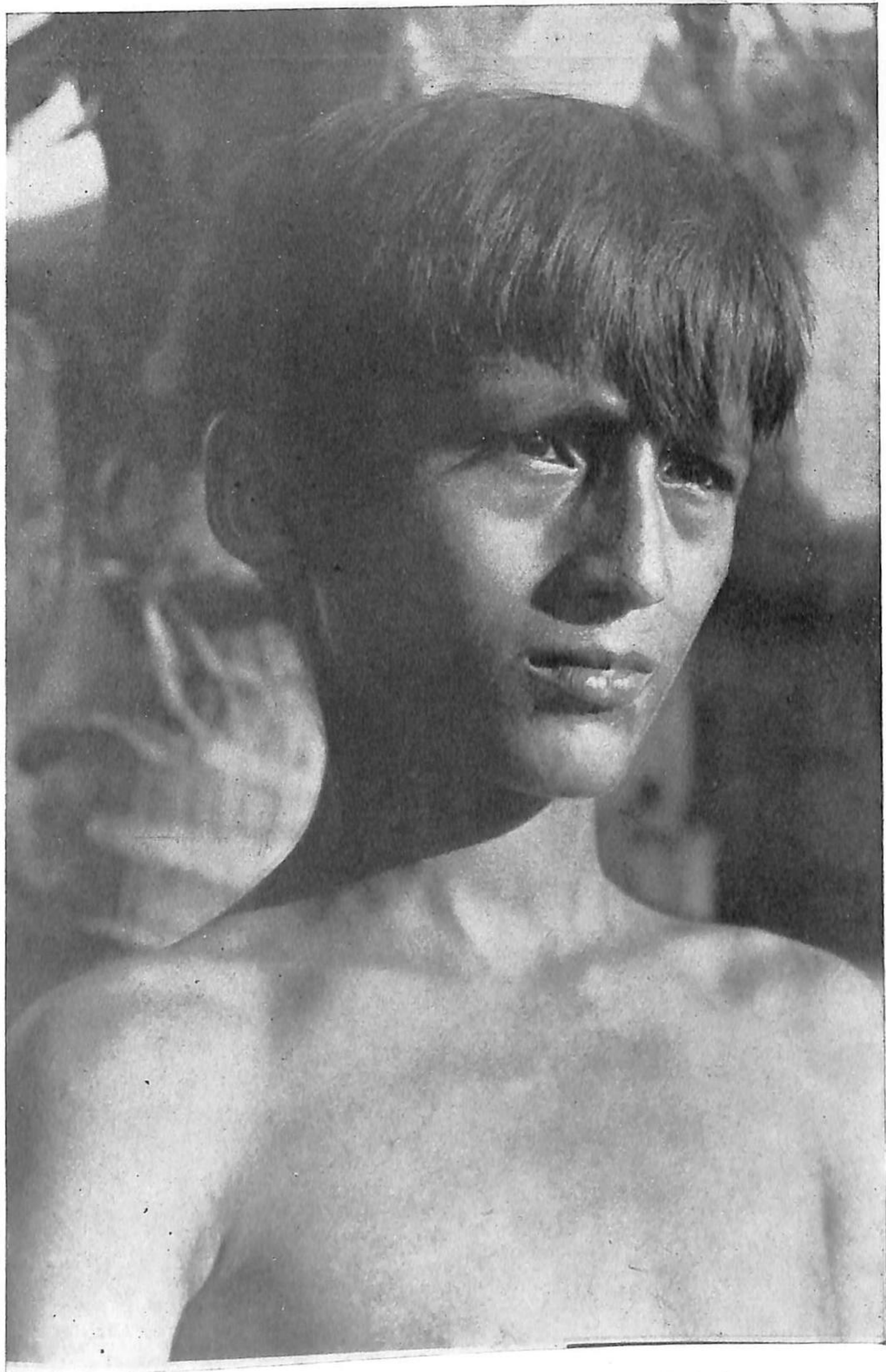
Phrynoderma, hipovitaminosis "A", queratosis folicularis o "liquen espinuloso" de la dermatología antigua "morfológica". Forma una manifestación no muy rara de las hipo y avitaminosis múltiples que prevalecen en la población urbana pobre sin hacer falta en las zonas rurales, pero siempre de preferencia en grupos que viven la vida artificial del pobre, con un mínimum de verduras, sin leche, camotes, zanahorias, etc. En el campo las golosinas del monte protegen contra estas deficiencias alimenticias.



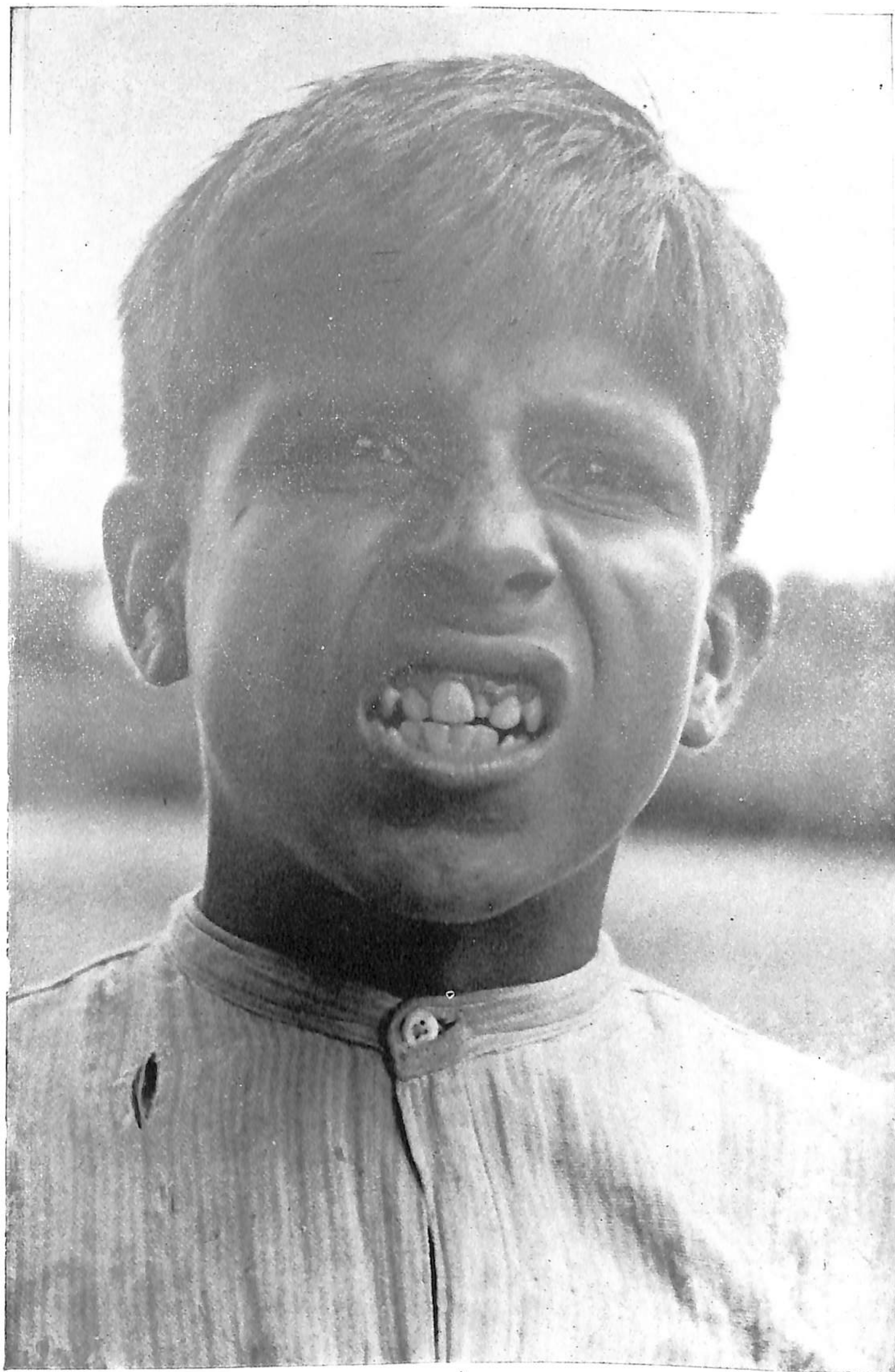
La "molleja", reacción de las mucosas de la boca o del ojo, eventualmente de ambas, que posiblemente corresponde a cierta avitaminosis A. En una escuela de los arrabales pobres de Iquitos, 10 entre 55 niños mostraron este fenómeno que raras veces da molestias. En la conjuntiva no debe confundirse con el tracoma, que no he visto en la Amazonía peruana, en la boca su localización sobre la lengua no debe tomarse por "plaques muqueuses". Prevalece en la población urbana pobre.
Sobre el pecho se notan manchas de "cancha", acromia parasitaria o pitiriasis versicolor tropical, "hodipotsy".



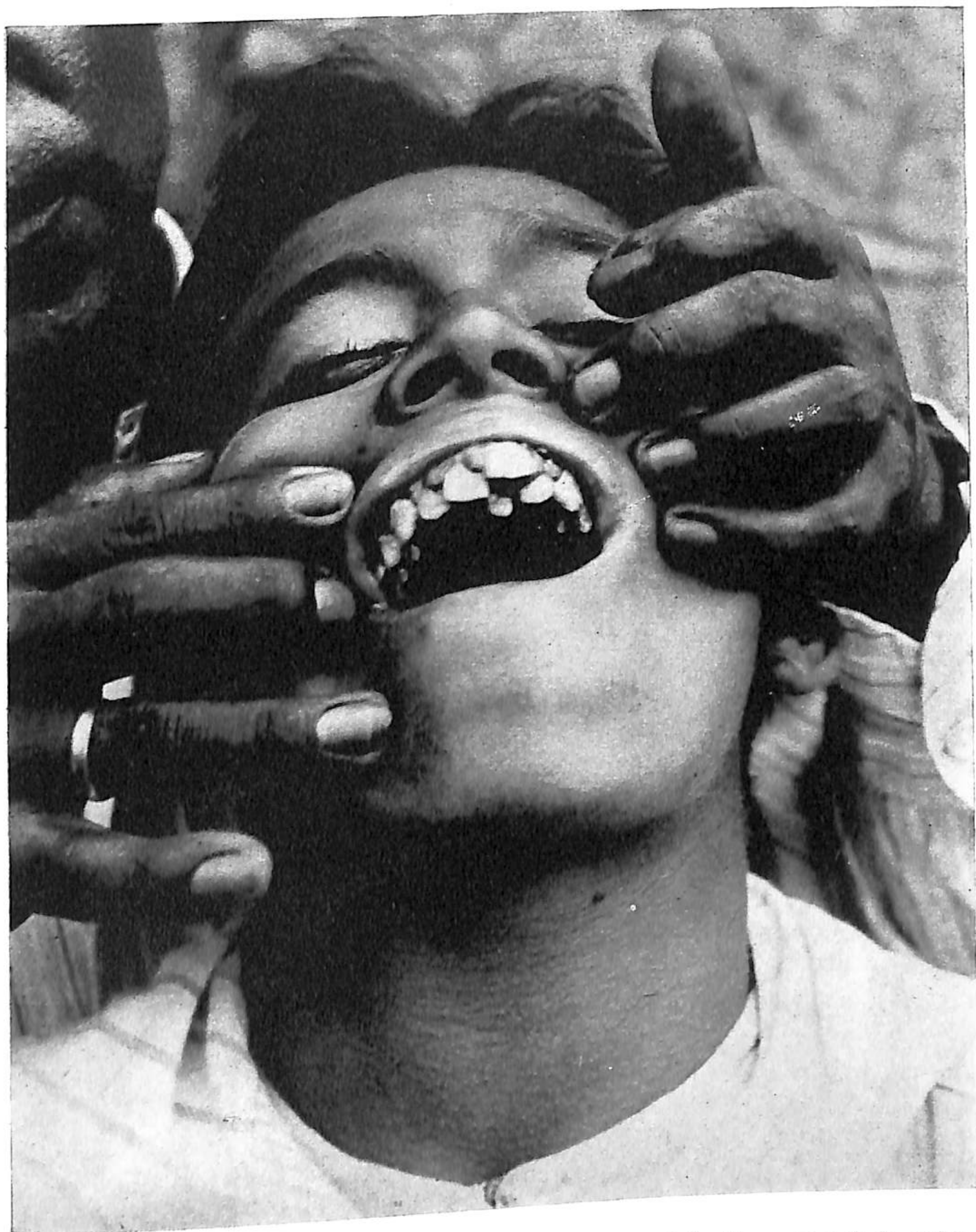
Niño malnutrido con pelagra.



La caries de la *primera dentición*, cuando llega a altos grados, rompiendo las coronas y dejando las raíces en la maxila, causa "*anomalías*", especialmente *malposiciones* de la segunda. Hay estrecha correlación entre la localización y la intensidad del primer proceso y la existencia y gravedad del segundo. Por eso, el abuso de la chancaca acentúa la frecuencia y el grado de la formación irregular. Como procesos inflamatorios del maxilar son la base de los trastornos definitivos, el desarrollo normal del hueso sufre, y el individuo muestra una *estrechez del paladar que influye sobre la formación definitiva de la cara*, dándola un aspecto fino, un poco degenerado.



Y aquí las anomalías.



Otro caso de "anomalías dentales" y malposición en forma de doble fila, a base de la caries primaria, y de los procesos inflamatorios del maxilar superior, caries que trastorna el desarrollo de los gérmenes de los dientes permanentes.



"*Fogo selvagem*", el pénfigo foliáceo de la Baja Amazonía, mal endémica de los colonos pobres y de indios domesticados y malnutridos, de origen oscuro, como lo es el pénfigo por lo general, conectado posiblemente con el metabolismo mineral, en primer lugar de los cloruros, lo que corresponde al régimen alimenticio acostumbrado de los grupos donde el mal se nota exclusivamente.



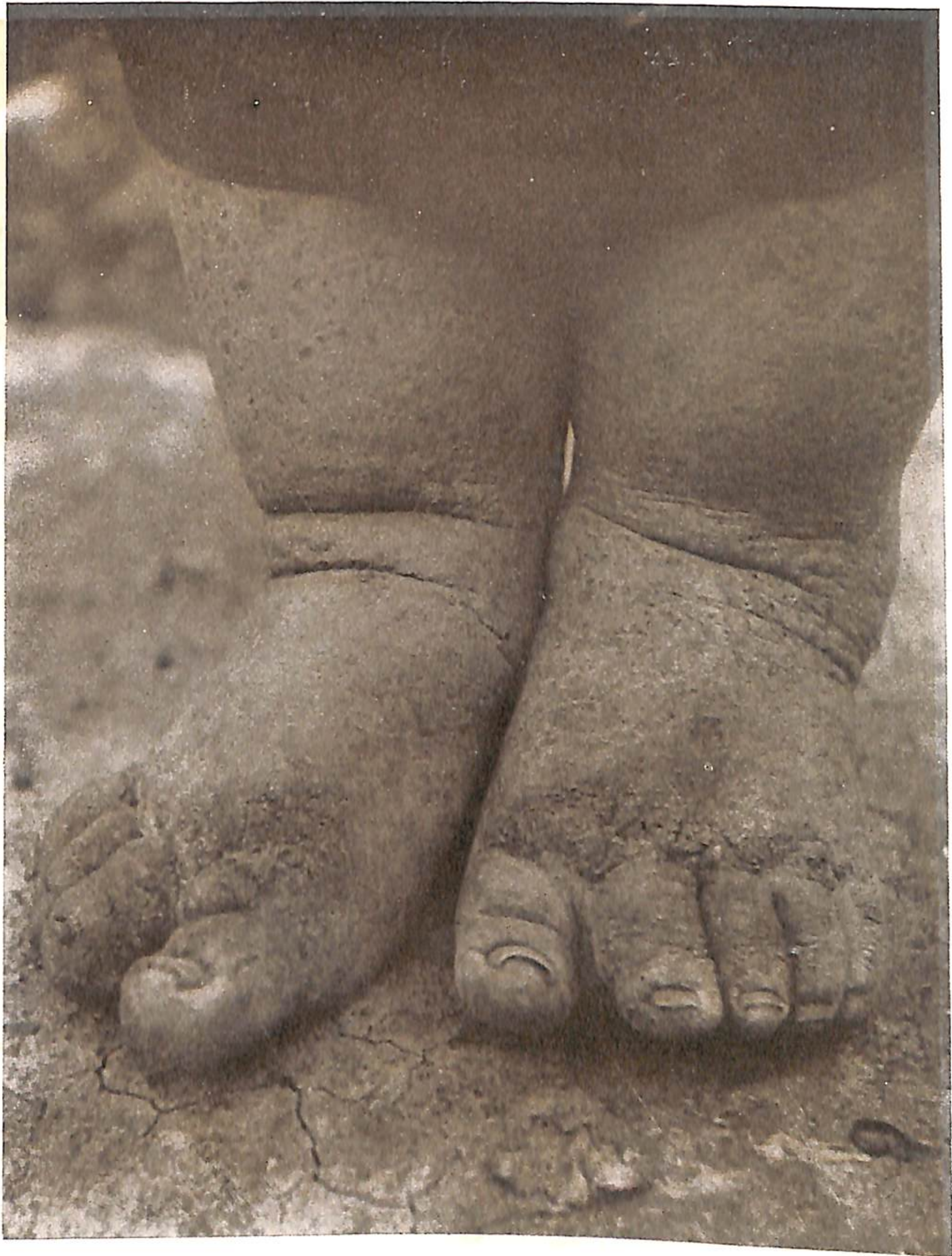
El *impétigo* es consecuencia frecuente de los trastornos iniciales que amenudo acompañan el nomadismo rural de los serranos hacia los valles de la Montaña tropical, resultan de las picaduras y del calor, del sudor y de la suciedad de individuos que no disponen ni del vestido, ni del alojamiento que requiere su trabajo; así la vida se hace suplicio y la enfermedad trivial se vuelve epidémica disminuyendo notablemente el rendimiento humano.



Epidermomicosis (Dermatemicosis *Virchow*) de la mano; aunque de ningún modo enfermedad tropical, la influencia del clima húmedo y caluroso contribuye para preparar el terreno donde se puede establecer el germen.



Epidermomicosis crónica tricofítica, de larga duración, ocupando la zona donde de preferencia se fija la trombicula de los pastos, el "isangue", provocando fuertes reacciones, comezones y rascaduras. Mucho menos frecuentes que la sarna vulgar, estos procesos a menudo se llaman en el pueblo, al igual que las sarnas, "caracha". El indio autóctono, por lo general, sabe evitar estas infecciones cutáneas.



Mossy Foot. Esta enfermedad, descrita por el doctor Thomas, es relativamente rara. He visto, en 4 años, sólo cuatro casos, dos combinados con una condición elefantiásica como lo muestra el grabado.



Pie de Madura, en comienzos.



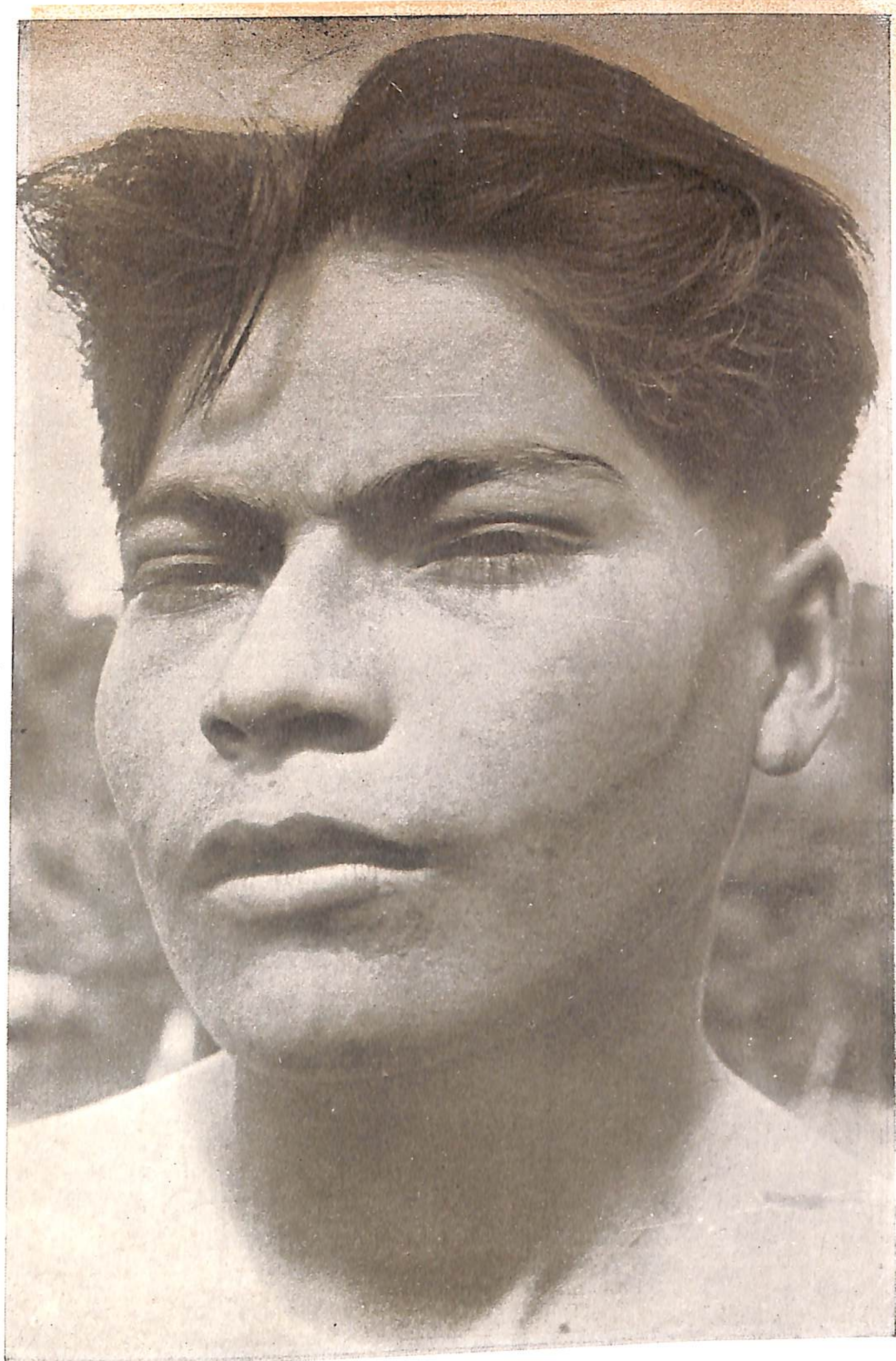
Ulcera tropical con leishmania, en un hombre que trabajó mucho tiempo en la selva, cortando árboles, desnudo hasta la cintura. Aunque se observan a menudo tales úlceras en el tronco, la mayoría se encuentra en las piernas donde el médico encuentra llagas ulcerosas de muy diverso origen, quizá, con mayor frecuencia debidas a accidentes, rascaduras, diviesos, que producen o se convierten en úlceras, bajo la influencia del anquilostoma que impide la regeneración celular.



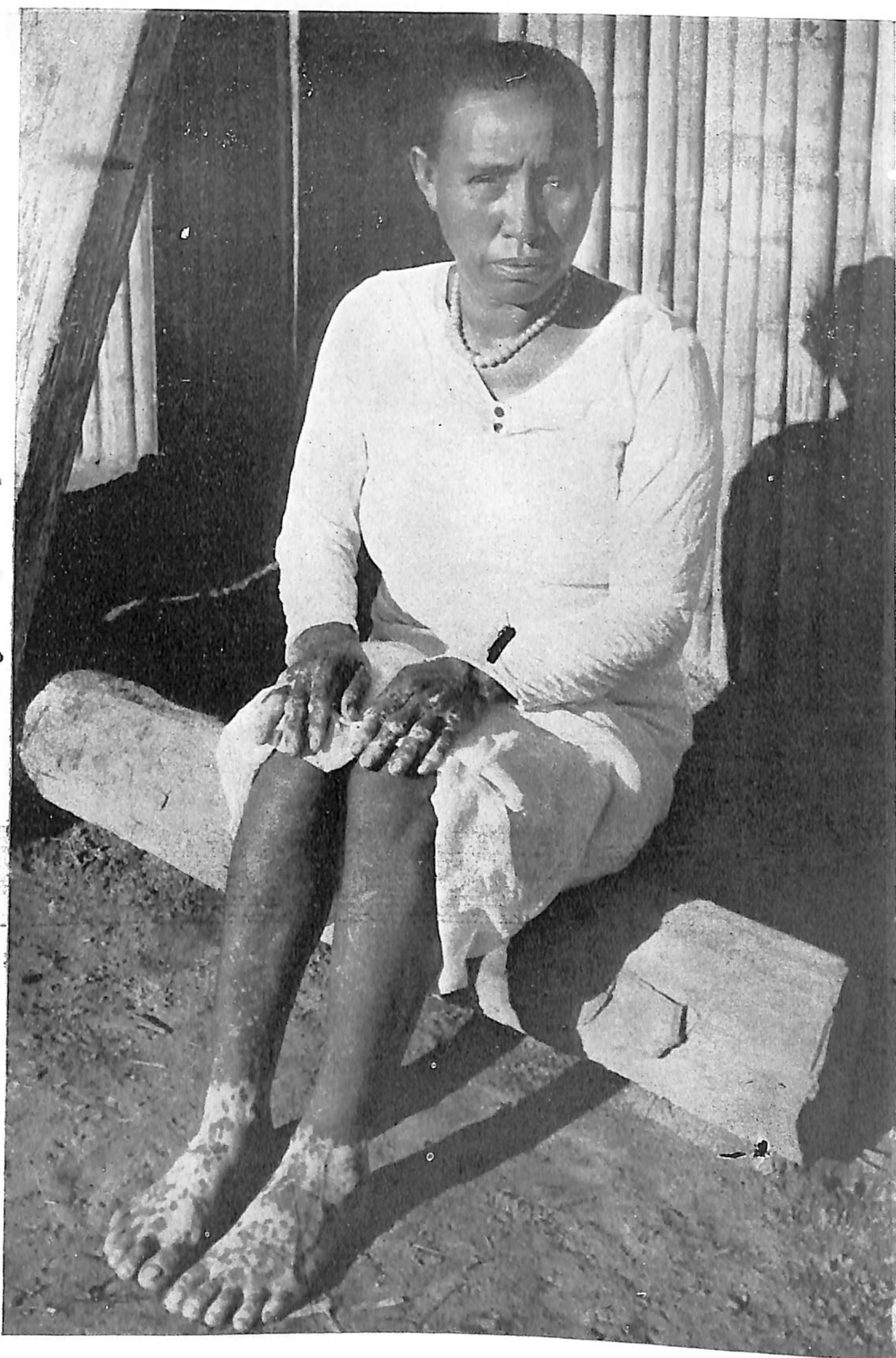
Leishmaniosis-Espundia. El granuloma ha carcomido gran parte de la nariz, del paladar, etc. La piel cubre el defecto enorme a la manera de un pliego movible, y así se evita, por lo menos, esta impresión sumamente repugnante de una destrucción completa, en forma de hueco, como la demuestran los casos graves y como se presenta, quizá, en ciertos "huacos" incaicos que algunos médicos juzgan documentos de alteraciones sifilíticas.



Leishmaniosis-espundia (Escomel), observada en un jívaro (Andoa del río Pastaza), después de algunas semanas de tratamiento médico.



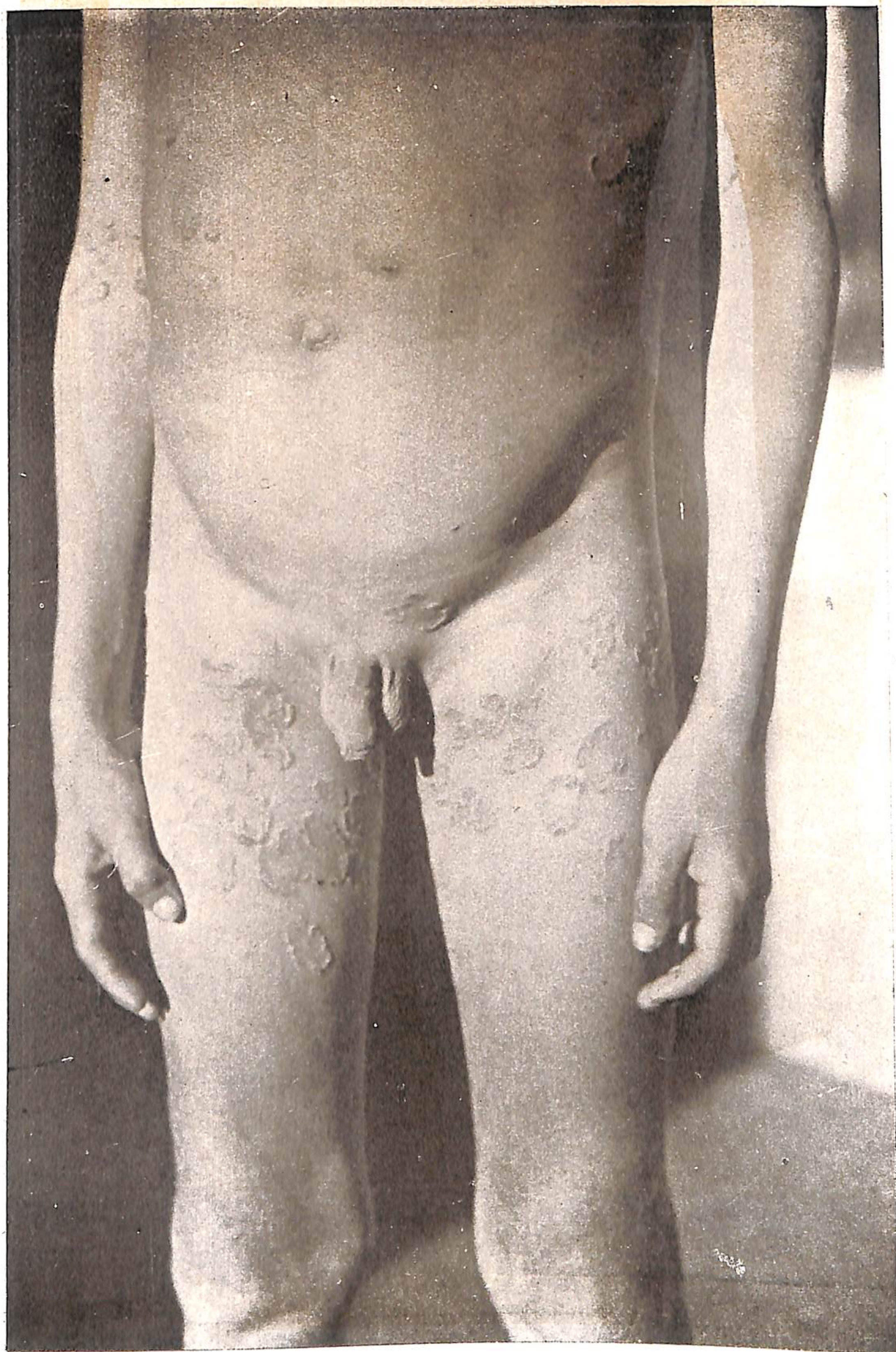
Mal de pinto, "Pinta blanca", manchas que muestran ya un liviano tono azul. Infección fresca, observada en una de las zonas de mayor densidad endémica, en el Valle de Rodríguez de Mendoza, departamento de Amazonas. Se encuentra en toda la Amazonía.



Pinto: "overo" o despigmentación permanente que ocurre en una fase postrera del proceso infeccioso, de preferencia localizada alrededor de las muñecas y de los tobillos. ("Overo" se llama un animal que tiene la piel remendada de varios colores). Indios y colonos, hombres sencillos y muy observadores, siempre están dispuestos a la burla y al sarcasmo, lo que encuentra su expresión fiel en el lenguaje regional típico.



Cuchipe-pián-yaws. La "madre cuchipe", en el labio inferior coexistente con el brote secundario que se ve en las piernas. Esta enfermedad de transmisión fácil se mantiene por las condiciones propicias que encuentra en las zonas rurales, por su inconciencia higiénica, y por la falta de tratamientos médicos completos, en el doble sentido de tratar a todos y a cada uno en tal forma que se elimine la infección. Actualmente los relapsos, después de curaciones incompletas, mantienen la endemicidad. La eliminación del cuchipe es nn problema económico y, además, de organización por depender de la cantidad necesaria de medicamentos y de un personal adiestrado en la asistencia rural.



Cuchipe-pian-yaws, brote secundario en forma serpiginosa.



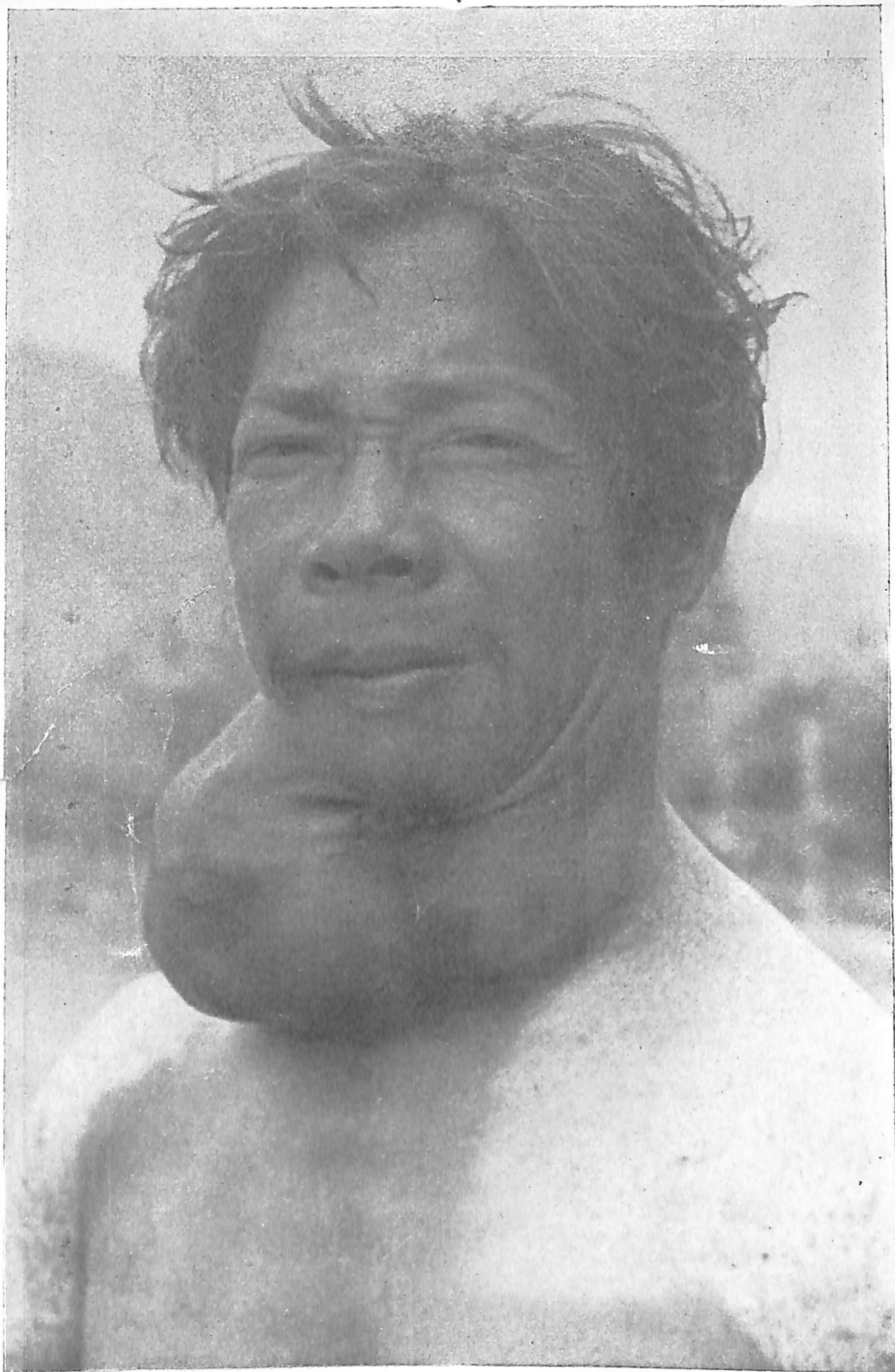
Cuchipe-pian-yaws: la "laja", hendeduras muy dolorosas de las plantas, fenómeno muy frecuente de la fase secundaria de esta enfermedad que tiene singular importancia por impedir el andar. Se debe a tratamientos incompletos de los primeros síntomas como resultan, muy a menudo, de visitas demasiado rápidas del médico o sanitario, o de la intervención de "curiosos" o curanderos de toda matiz. Algo semejante se observa en casos puros de pinto. No hay que confundir la "laja" con la epidermomicosis de las plantas.



Joven con cicatrices de viruela. En las regiones andinas este mal terrible se mantiene aún provocando, de cuando en cuando, brotes epidémicos que, felizmente raras veces, aparecen en la Selva amazónica. El joven procede de la parte subtropical del departamento de Amazonas.



El hombre leproso.



El bocio de las pendientes andinas "por esencia es una enfermedad regional" (MacCarrison), igual a lo que se conoce del Himalaya o de los Alpes. En la Baja Amazonía el bocio es raro, pero casos de hipotiroidismo liviano no son infrecuentes aunque escapen a menudo al diagnóstico, por su cuadro sintomático vago; sin embargo, el efecto de la terapia substituidora es convincente. (Cefalea, dolores vagos, neurastenia, dismenorrea, etc.). El individuo retratado tiene un tipo livianamente cretino, y, además, sufre de pinto.